LORENA MURIÉN



(Mi falso) amor de NAVIDAD

© 2025 Lorena Murién
SafeCreative © **2512043930230**
instagram.com/lorenamurien_
twitter.com/lorenamurien_
Diseño de cubierta y maquetación:
Verónica Espinosa

Quedan prohibidos (sin la autorización por escrito de los titulares del copyright) bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, reproducción y tratamiento informático, junto a la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos. No obstante, está permitida la reproducción parcial de esta obra con fines promocionales, publicitarios, reseñas del contenido de la misma en cualquier medio escrito o digital, inspiracionales, con la única obligación de mencionar al titular de copyright.

ÍNDICE

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32

33
34
35
36
37
38
39
Epílogo
Agradecimientos
Sobre la autora

Quiero agradecer a Verónica Espinosa León
por su aportación en la revisión de esta novela,
sin su ayuda y consejos el resultado no
habría sido el mismo.

"*No puedo sellar mis labios allá*
donde he abierto mi corazón."

Charles Dickens

1

Harper

Boston, Massachusetts. Diciembre de 2025.

El cursor parpadea en la pantalla con esa insistencia burlona que tanto odio. Tengo más de diez pestañas abiertas, tres campañas pendientes de revisión, quince correos sin contestar y una reunión que arranca en exactamente nueve minutos. El informe mensual sigue sin cerrarse y esto se está convirtiendo en una especie de tortura. Afuera, los copos de nieve se estrellan contra el cristal y se convierten inmediatamente en agua; apenas se diferencian de las gotas de lluvia que bajan lentas y perezosas por la ventana. Boston en diciembre siempre promete ser una postal navideña y termina pareciéndose más a un charco gris y sucio.

Apoyo la barbilla en la mano y suelto todo el aire que llevaba conteniendo desde las siete de la mañana. En la oficina flota ese silencio tenso que solo interrumpen los teclados y el ronroneo constante de las impresoras; se nota que estamos a finales de año y que el trabajo se nos ha echado encima como una avalancha. La mayoría de mis compañeros ya solo habla de reservas de esquí, cenas de Nochevieja y regalos, pero yo sigo aquí, atrapada entre gráficos, métricas y fechas de entrega. Y la verdad es que lo prefiero así: las Navidades pasadas fueron un desastre absoluto y todavía me duele recordarlo, sobre todo porque la familia me volvió a reprochar que no regresara por Navidad. Pero es que estoy harta de ser señalada como la eterna solterona de la familia.

—Harper, ¿tienes un segundo? —la voz de Mike, mi jefe, suena justo a mi espalda.

Me giro con la sonrisa profesional que he perfeccionado durante años, esa que dice «estoy encantada de vivir por y para esto».

—Claro que sí —respondo con toda la calma que puedo fingir.

Mike se apoya en el borde de mi escritorio, sosteniendo su eterno vaso de café reutilizable.

—Solo quería felicitarte personalmente por la última campaña. El cliente está como loco; ha dicho literalmente que a partir de ahora solo quiere trabajar contigo.

—Muchísimas gracias —contesto, y trato de sonar feliz, aunque por dentro siento que mi cerebro se derrite al mismo ritmo que la nieve de fuera.

—Por eso quería decirte que te mereces un respiro. No todos los días conseguimos subir las conversiones un veinte por ciento, Harper.

Asiento con entusiasmo fingido, porque en el diccionario de Mike «respiro» significa «revisar los informes atrasados desde el sofá con el portátil encima». Justo cuando busco una respuesta diplomática, mi móvil empieza a vibrar sobre la mesa. Miro la pantalla y casi se me escapa una risa: «Mamá». Claro, ella siempre aparece en el momento más oportuno.

—Lo siento mucho, Mike. Es mi madre —digo con cara de circunstancias, enseñándole el teléfono—. Si no lo cojo ahora, me va a estar llamando cada cinco minutos hasta que conteste y no quiero

que nos interrumpa en la reunión. Sé que estamos en horario laboral, pero…

—Tranquila, contesta. Las madres dan más miedo que cualquier cliente cabreado —bromea él, y se aleja hacia su despacho con una palmada amistosa en mi hombro.

Respiro hondo y pulso el botón verde.

—Hola, mamá.

—Harper, cariño, ¿tienes un minutito? —Su tono ya me pone en alerta máxima; es el mismo que usa cuando va a soltar una bomba o a reorganizarme la vida sin pedir permiso.

—Depende. Si ese minutito incluye parientes enfermos, bodas sorpresa o cualquier drama familiar, mejor lo dejamos para otro momento —respondo con todo el sarcasmo que soy capaz de reunir mientras giro la silla hacia la ventana.

—No seas exagerada, hija. Solo quería hablarte de tu abuela.

Ahí está. La carta ganadora.

—¿Qué le pasa a la abuela? —pregunto, y me aparto un mechón rebelde detrás de la oreja antes de dejarme caer de nuevo contra el respaldo, agotada.

—Nada grave, pero… ya sabes que no está como hace unos años —hace una de sus pausas dramáticas, esas que podrían ganar un Oscar—. No nos va a durar eternamente, Harper.

Cierro los ojos. Chantaje emocional edición especial Navidad. «Perfecto».

—Mamá, sabes perfectamente que tengo muchísimo trabajo y que diciembre es el peor momento del mundo para moverme de

aquí.

—Hija, por favor. Llevas tres años sin venir por Navidad. ¡Tres! —recalca, y la imagino apuntándome con el dedo, aunque estemos a cientos de kilómetros—. Tu abuela pregunta por ti cada vez que ve tu foto en la puerta del frigorífico.

Me muerdo el labio. No porque tenga ganas de discutir, sino porque sé que esta vez no voy a poder escaparme.

—No sé, mamá… Boston está imposible con este tiempo y…

—Te mando ahora mismo los horarios del tren. No acepto una negativa —sentencia, y de repente su voz se vuelve más dulce—. Será precioso tenerte en casa otra vez, ya lo verás.

Suspiro tan fuerte que casi se me escapa un gemido.

—Está bien. Iré.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que dirías que sí! —chilla al otro lado del teléfono como si acabara de ganar la lotería.

—Sí, bueno, entre la culpa y las amenazas veladas, no tenía muchas opciones —replico, y esta vez sí sonrío de verdad.

—Te quiero muchísimo, cariño.

—Y yo a ti, mamá —contesto antes de colgar rápido, no vaya a ser que añada algo más y me arrepienta de todo.

El silencio vuelve a instalarse a mi alrededor. Me quedo mirando la pantalla sin verla realmente; solo veo mi propio reflejo: ojeras marcadas, pelo que necesita un corte urgente y la tercera taza de café ya fría al lado del teclado.

Faltan quince días para Navidad.

Y voy a pasarlas en el pueblo.

La idea me produce vértigo, pero también, muy en el fondo, un alivio que no quiero reconocer todavía. Quizá desconectar del trabajo me siente bien. Quizá.

—¿Todo bien? —la voz de Jenna me saca del trance; está apoyada en la mampara que separa nuestros escritorios, con su taza humeante en la mano.

—Sí, era mi madre. El clásico drama navideño anual —respondo encogiéndome de hombros.

—¿El pack completo de «vuelve a casa o me muero de pena»? —pregunta con una ceja arqueada, conocedora del repertorio.

—Exactamente.

Jenna suelta una carcajada, se levanta de su asiento y se sienta en la esquina de mi mesa, cruzando las piernas.

—Entonces vas a ir —afirma, sin dejar lugar a dudas.

—Parece que no tengo escapatoria —admito, todavía procesándolo.

—¡Pues ya era hora! —exclama levantando su taza como si brindara—. Llevas meses sin tomarte ni un mísero día libre. No todo es márquetin y gráficas, Harper.

—Alguien tiene que mantener la nave a flote, ¿no?

—No, de hecho, alguien tiene que aprender a desconectar de vez en cuando —me rebate con una mirada que no admite réplica—. A veces pienso que vas a acabar casándote con un algoritmo y adoptando archivos excels como hijos.

«¿Por qué todo el mundo opina de mi *no* matrimonio?»

—No necesito casarme. Tengo un sueldo decente, café gratis y a Dakota.

—Eso no cuenta como vida social —sentencia antes de darle un sorbo largo a su café—. Te vendrá genial volver al pueblo. Quién sabe, igual hay alguna sorpresa entre tanto árbol de Navidad y olor a leña.

—¿Sorpresas? Lo más emocionante que pasa allí son las carreras con trineos.

—Precisamente por eso. A veces las mejores cosas aparecen donde menos te lo esperas —insiste con una sonrisa traviesa.

Pongo los ojos en blanco.

—Jenna, por favor, no empieces tú también con el emparejamiento navideño.

—Solo digo que no cierres la puerta a nada —concluye encogiéndose de hombros, y su tono es tan real que casi me convence.

Quizá tenga algo de razón. Quizá entre las luces y los recuerdos que guardo en cajas en el altillo de casa de mis padres haya algo más que polvo y nostalgia.

La reunión llega, pasa volando y, cuando el reloj marca las seis, el cielo ya es de un gris plomizo. La nieve cae con más ganas, aunque todavía se deshace al tocar el suelo. Recojo mis cosas sin prisa y, mientras bajo en el ascensor, siento una punzada rara en el pecho: nostalgia mezclada con miedo y algo parecido a una ilusión que no me permito sentir en realidad. Afuera, el frío me golpea como un bofetón. La ciudad contiene la respiración; la gente corre con los cuellos de los abrigos subidos, los escaparates brillan con

guirnaldas doradas y un pequeño coro callejero canta villancicos junto a la boca de metro.

Me paro un segundo a escucharlos. Hay algo en esas voces, algo tan puro y cálido, que me arranca una sonrisa sin querer.

Hace tanto tiempo que no siento la Navidad de verdad…

Mi móvil vibra otra vez.

> **Mamá**: Tu abuela está feliz como unas castañuelas. Te esperamos con los brazos abiertos.

Sonrío de nuevo. Vale, Harper. Lo has hecho. Vuelves a casa. A ver a la familia. A comer turrón hasta reventar. A ponerte esos jerséis horrendos que teje la abuela. A recordar quién eras antes de que Boston te tragara entera.

Camino hasta el café de la esquina porque necesito procesar esta pequeña crisis emocional con un buen capuchino. El local está a reventar, pero consigo una mesa junto al ventanal. Huele a canela, a café recién hecho y a bollos calentitos. En la barra, una pareja comparte un trozo de tarta de chocolate y se ríe por tonterías; la escena me enternece y me da un poco de envidia sana al mismo tiempo.

—¿Otra jornada maratoniana? —pregunta Natalie, la camarera de siempre, mientras me prepara el capuchino sin que tenga que pedirlo.

—Algo así. Pero parece que por fin voy a tomarme vacaciones de verdad —respondo quitándole hierro.

Ella se sirve un café para ella y se sienta un minuto frente a mí; es una de esas amistades de cinco minutos que, sin embargo, parecen de toda la vida.

—Entonces brindemos. —Levanta su taza con solemnidad—. Por Harper, la reina de las campañas imposibles, que ha sobrevivido a diciembre y que por fin va a descansar como Dios manda.

—Brindo por eso —respondo chocando mi taza contra la suya.

El primer sorbo me quema la lengua y me calienta el alma. Cierro los ojos un instante y dejo que el sabor amargo y dulce se mezcle con el murmullo de las conversaciones, las risas, la música suave de fondo.

Fuera, contra todo pronóstico, la nieve empieza a cuajar de verdad. Boston se cubre poco a poco con un manto blanco y silencioso que lo cambia todo. Miro mi reflejo en el cristal: una mujer que trabaja demasiado, que sonríe por inercia y que quizás, solo quizás, está a punto de recordar que todavía puede emocionarse por cosas pequeñas.

Cuando salgo del café, el aire huele a invierno auténtico. Respiro hondo y sonrío sin poder evitarlo. Meto las manos en los bolsillos del abrigo y camino hacia casa pensando en la voz de mi madre, en la sonrisa arrugada de mi abuela, en el olor a chimenea y a pavo asado… y en esa posibilidad, remota pero cada vez más real, de que esta Navidad pueda ser distinta a todas las demás.

2

Dakota

El aire que nos envuelve huele a chocolate caliente recién preparado, a caramelo que se derrite en la plancha y a esa especie de promesa dulce que solo aparece cuando el invierno se instala de verdad. A veces creo que ese es el verdadero súper poder de esta ciudad en diciembre: conseguir que el frío más cortante se vuelva soportable gracias a los aromas que salen de los hornos y que te abrazan como si te dijeran «tranquila, aquí estás en casa». Desde la ventanilla del Sweet Wheelz, mi food truck, observo a la gente que cruza la plaza Winthrop envuelta en abrigos gruesos, bufandas y gorros de lana con pompones. Algunos se paran delante del árbol gigante que montaron la semana pasada, sacan el móvil y se hacen fotos con la boca abierta de asombro; otros solo buscan un sitio donde meter las manos heladas y, de paso, el corazón también. Yo, la verdad, aún no tengo muy claro qué ando buscando.

—¿Ya está la siguiente tanda de galletas? —pregunta Nathan asomándose desde la cocinita con esa cara de «te he pillado soñando despierta» que pone siempre.

—Están en el horno, tranquilo —respondo sin apartar los ojos del cristal empañado.

—¿Y a ti qué mosca te ha picado hoy? —insiste, apoyándose en el marco de la puerta con los brazos cruzados y esa sonrisa de hermano mayor que tanto me saca de quicio—. Llevas todo el día

con la mirada perdida en el infinito, como si estuvieras en una peli de Hallmark.

—Estoy perfectamente —miento con la soltura de quien lleva años perfeccionando esa excusa.

Nathan resopla, se encoge de hombros y se pone de nuevo con el trabajo. Sé que no se lo traga, pero también sabe que no va a sacarme nada más.

—Lo que tú digas, socia.

Me río para mis adentros y le lanzo un trapo que no llega ni a la mitad del camino. No soporto que me llame «socia» con ese tono burlón, aunque técnicamente lo seamos desde hace cinco años. Lo que empezó como una locura pasajera —«venga, compramos un food truck y vendemos dulces hasta que nos cansemos»— terminó convirtiéndose en el Sweet Wheelz, nuestra casita con ruedas, nuestro refugio lleno de risas y algún que otro drama de última hora cuando se nos quema el caramelo.

El pitido del horno me salva de seguir dándole vueltas al tema. El olor a galletas de jengibre recién hechas inunda todo el espacio y me arranca una sonrisa automática. Nathan abre la puerta con un aspaviento, como si estuviera presentando la octava maravilla del mundo.

—¡Tachán! Otro milagro navideño recién salido del horno —exclamo mientras él deja la bandeja humeante sobre la encimera.

—Y justo a tiempo —contesto mirando el reloj de pared—. En veinte minutos empezará el caos de media tarde y todavía nos faltan tres bandejas más.

Él asiente y empieza a espolvorear azúcar glasé con una precisión que ya querrían muchos pasteleros profesionales. Poco a poco, la gente se acerca atraída por el olor: primero los curiosos, luego los habituales, después los que simplemente no pueden resistirse a una taza caliente cuando el viento sopla como si quisiera arrancarte la cara. Me encanta este momento previo, esa calma tensa antes de la tormenta de pedidos, cuando todavía puedo imaginarme que el mundo se mueve despacio.

Y entonces, sin previo aviso, la puerta lateral se abre de golpe y una ráfaga de aire polar me golpea de lleno. Me giro casi por instinto y veo a Harper, envuelta en su abrigo gris cubierto de nieve, con el pelo castaño a medio recoger y algunos mechones rebeldes pegados a sus mejillas rojas. Pero lo que más me llama la atención son sus ojos brillantes y esa sonrisa que podría derretir hasta el mismo Polo Norte.

—Pensé que hoy te sería imposible escaparte de la oficina —comento mientras me cruzo de brazos para disimular que las manos me tiemblan un poquito.

—He sufrido un ataque de cordura repentino —responde con esa media sonrisa que tanto me gusta—. Necesitaba urgentemente el mejor chocolate caliente del planeta para seguir viva. Además, así puedo demostrarles a mis compañeros que sí tengo vida social, aunque sea a base de azúcar y nata montada.

Nathan deja la espátula con un golpe seco y le guiña un ojo.

—Elección inteligente. Lo de siempre, ¿verdad? Extra de nata y virutas de cacao amargo.

—Marchando —confirma ella apoyando los codos en el mostrador y echando un vistazo alrededor—. Madre mía, cada vez que vengo esto está más bonito. ¿Quién ha puesto las guirnaldas nuevas?

—Tu amiga aquí presente tiene un gusto exquisito para la decoración navideña —responde Nathan sin perder oportunidad de lanzarme una mirada burlona.

—O porque no dejo que él toque nada —replico yo, y los tres nos reímos a la vez.

Harper suelta esa risa suya, que siempre me llega directa al pecho como si alguien hubiera encendido una estufa dentro de mí. Nathan termina de preparar la bebida en tiempo récord —seguramente para darnos un poco de intimidad— y se va a servir algunos chocolates después de que me diga con la mirada «no me lo agradezcas».

Cuando Harper coge el vaso, lo abraza entre las manos como si fuera lo más valioso del mundo.

—¿Tienes un minuto libre? —pregunta bajando un poco la voz.

—Para ti siempre tengo tiempo —respondo sin pensarlo dos veces.

Se aparta los mechones sueltos detrás de las orejas y mira alrededor para asegurarse de que nadie nos presta demasiada atención.

—Voy a cogerme vacaciones de verdad —suelta de golpe, y le da un sorbito cauteloso al chocolate—. Mi madre me ha llamado esta mañana, me ha hecho el numerito de la abuela y… he dicho que sí. Que voy al pueblo por Navidad.

Me quedo tan quieta que casi se me caen las galletas que tengo en la mano.

—¿En serio? Si llevas años jurando y perjurando que jamás volverías a pisar esas reuniones familiares porque te daban alergia —comento mientras intento procesar la noticia.

—Y me siguen dando alergia —admite con una mueca—. Pero ha sacado la artillería pesada: «tu abuela no estará siempre», «llevas tres años sin venir», «pregunta por ti cada vez que ve tu foto»… Ya sabes, el pack completo de chantaje emocional navideño.

Asiento despacio. Conozco perfectamente esa sensación, ese nudo en la garganta cuando alguien te recuerda que el tiempo no perdona.

—Creo que te vendrá genial desconectar un poco —digo con cautela, sin atreverme a mirarla a los ojos—. Llevas meses sin parar.

—Eso me ha dicho todo el mundo —suspira, y se apoya contra la pared con el vaso entre las manos—. Y supongo que tienen razón. Pero hay más… Estaba pensando que… podrías venir conmigo.

El corazón me da un vuelco tan fuerte que tengo que agarrarme a la encimera para no tambalearme. Me pongo a colocar las galletas con una concentración absurda solo para ganar tiempo y no delatarme.

—¿Yo? ¿Y qué pinto yo en ese pueblo perdido de la mano de Dios?

—Pues para empezar, parar tú también —responde con una seguridad que no le había oído nunca—. Llevas muchísimo tiempo sin un solo día libre, Dakota. Te niegas a admitirlo, pero estás agotada. Y además… me encantaría enseñarte el sitio donde crecí,

hacer todas esas cosas típicas de Navidad que tanto me dan pereza hacer sola. Sería mucho más divertido contigo. Y yo… yo lo soportaría mejor teniéndote al lado.

No sé qué contestar. Mi cerebro busca desesperadamente una excusa sólida mientras mi corazón hace palmas como un niño pequeño. Antes de que pueda articular palabra, Nathan reaparece secándose las manos con el trapo y se cruza de brazos con esa cara de «te lo dije».

—Harper tiene toda la razón del mundo —sentencia—. Llevas semanas quejándote de la espalda y diciendo que necesitas un respiro. Yo me encargo con mi primo estos días, y no se te ocurra discutírmelo.

—Nathan, pero es plena campaña navideña…

—Ni lo intentes —me corta levantando las manos—. Ya está decidido. Vas y punto.

—No me puedo creer que me estéis haciendo un complot delante de mis narices —protesto, aunque en el fondo estoy a punto de ponerme a dar saltos.

Harper me mira con esos ojazos brillantes y pone un puchero tan infantil que termina por derretirme.

—Venga, Dakota… Por favor…

Pongo los ojos en blanco, levanto las manos en señal de rendición y suelto un suspiro.

—Está bien. Iré contigo.

—¡Genial! ¡Me acabas de salvar la vida! —chilla Harper, y se lanza a abrazarme con tanta fuerza que casi me tira el gorro.

Después me planta un beso sonoro en la mejilla que me deja la piel ardiendo.

Nathan me lanza una miradita antes de volver a sus brownies con disimulo.

Los minutos siguientes son un torbellino de risas, pedidos y clientes que no paran de llegar. En un momento dado, Harper se arremanga el jersey, coge el bloc de notas y se pone a ayudarnos como si llevara toda la vida sirviendo chocolates.

—¿Qué haces? —pregunto atónita.

—Pues echar una mano, ¿no es obvio? —contesta mientras ya está anotando el primer pedido—. Puedo tomar nota y entregar mientras vosotros preparáis las cosas. Así vais más rápido y salimos antes.

Abro la boca para protestar, pero no me sale ni una palabra. La Harper que tengo delante no es la misma que suele venir impecable y se queja si se mancha el abrigo. Esta lleva harina en la mejilla, el pelo revuelto y una sonrisa enorme mientras coordina a la gente con una eficacia que ya querrían muchos responsables de sala.

—Te lo dije: puedo con esto y con mucho más —añade guiñándome un ojo.

Y lo demuestra. En menos de una hora tenemos la cola controlada, los clientes contentos y yo intentando no comérmela con los ojos cada vez que se gira para preguntarme algo. Nathan me da un codazo disimulado y susurra:

—Contrátala fija. Así bailáis esta danza más a menudo.

—Cállate ya —le contesto entre dientes, pero no puedo evitar reírme. El calor me sube hasta las orejas.

Cuando por fin baja el ritmo, Harper deja el bloc, se sienta en el taburete y suelta todo el aire de golpe.

—Ahora entiendo por qué siempre te duele la espalda al final del día.

—Bienvenida al club —respondo pasándole una botella de agua fría.

—Aun así, ha sido increíble —confiesa sin apartar su mirada de mí—. Gracias por dejarme ayudar.

—Gracias a ti por salvarnos el turno —contesto, y me siento a su lado.

Por un momento nos quedamos calladas, escuchando el ruido de la ciudad: el viento que silba entre los edificios, un saxofonista lejano que toca «Let it snow» un poco desafinado, pero con mucho corazón. Si pudiera parar el tiempo…

A veces estoy a punto de decírselo. De confesarle que llevo años enamorada de ella como una idiota, que cada vez que sonríe así siento que el mundo se detiene, que cada cita fallida suya me alegra un poquito más y que aun así sigo aquí, esperando como una tonta a que algún día me mire de otra forma. Pero siempre aparece algo: una excusa, un miedo, otro nombre que no es el mío.

Cerramos el Sweet Wheelz en silencio. Apagamos las luces del interior y las guirnaldas del exterior se reflejan en los charcos medio congelados. Harper se pone el abrigo, se cruza de brazos para entrar en calor y me espera en la acera.

—¿Dónde cenamos hoy? —pregunta con felicidad.

—¿Blue Maple te parece bien?

—Perfecto —responde, y me coge del brazo con una naturalidad que me derrite—. Hoy no pienso soltarte.

Carraspeo y cierro los ojos un segundo para no delatarme. Caminamos juntas por las aceras iluminadas, con su mano calentándome el brazo más que cualquier abrigo. Durante un rato ninguna dice nada; solo se oyen nuestros pasos y el crujido de la nieve bajo las botas.

—Va a ser divertido —comenta de pronto.

—¿El viaje?

—Sí. Tengo la sensación de que estas van a ser las mejores Navidades en mucho, mucho tiempo.

La miro de reojo y veo algo en sus ojos que no veía desde hace años: ilusión de la buena, esperanza de verdad, una chispa que me aprieta el corazón.

—Estoy completamente segura de que sí.

Y entonces se me ocurre algo.

—Oye, por cierto —añado con toda la calma del mundo—. Deberías avisar a tu madre de que no iremos en tren.

—¿Ah, no? ¿Y cómo vamos a ir?

—En mi coche —respondo disfrutando del gesto de sorpresa que cruza su cara—. Así paramos donde nos dé la gana, ponemos la música que queramos y hacemos el viaje a nuestro ritmo.

Ella abre mucho los ojos, sonríe y asiente entusiasmada.

—Trato hecho.

Y mientras caminamos con las luces de Boston parpadeando a lo lejos, siento una certeza absoluta: pase lo que pase después, quiera lo que quiera el destino, yo solo quiero estar exactamente aquí, a su lado, disfrutando de lo que estoy convencida van a ser las mejores Navidades de nuestras vidas.

3

Dakota

El aire de la mañana está friísimo; cada vez que exhalamos, el vaho forma una nube blanca que se desvanece en segundos, como si el invierno ya nos estuviera avisando de las batallas épicas de bolas de nieve que nos esperan. Porque estoy completamente convencida de que, por mucho que Harper lo niegue ahora, en algún momento sacará a la niña que lleva dentro y empezaremos a lanzarnos proyectiles helados como si tuviéramos diez años. Me ajusto el gorro de lana hasta las cejas y cierro el maletero de un golpe seco mientras observo cómo Harper lucha con su segunda maleta en el asiento trasero. La mira con odio, frunce el ceño, y después, la empuja con la rodilla mientras suelta un suspiro de frustración cuando el cinturón de seguridad se niega a colaborar.

—¿Se puede saber qué demonios llevas ahí dentro? —pregunto cruzándome de brazos para no reírme—. Parece que te vas a instalar en el Polo Norte tres meses, no que vas a pasar las fiestas con tu familia.

—No exageres —responde sin levantar la vista, dando otro empujón inútil a la maleta—. Son solo mis esenciales.

—¿Dos maletas tamaño familiar llenas de «esenciales»? —Levanto una ceja y ya no puedo contener la carcajada—. Harper, que esto es una Navidad en el pueblo, no una mudanza.

—Nunca se sabe lo que puede pasar —replica de pronto, con esa dignidad tan suya que me parece adorable, aunque me dé ganas

de abrazarla y zarandearla al mismo tiempo—. Además, tú deberías hacer lo mismo.

—Si pasa algo, existen las tiendas, las lavanderías y la improvisación —contesto mientras me acerco a ayudarla y, entre las dos, conseguimos encajar la maleta.

Harper me da un empujón juguetón en el hombro y sale disparada hacia el lado del copiloto, se mete dentro a toda prisa y se abrocha el cinturón con una rapidez sospechosa, fingiendo que no ve cómo me parto de risa.

—Eres insufrible —murmura desde el interior antes de que yo cierre mi puerta.

—Y tú una exagerada —respondo encendiendo el motor—. ¿Seguro que vas a cumplir los cuarenta dentro de poco?

—¡Oye, eso ha sido un golpe bajo! —protesta dándome un manotazo en el brazo que me hace reír aún más fuerte.

El calefactor empieza a soplar aire caliente y, poco a poco, el coche se convierte en un refugio acogedor. A través del parabrisas, las luces de Boston titilan sobre el tono plomizo del cielo; la ciudad parece dormitar bajo la capa de nieve fresca que brilla con la luz tímida de la mañana. Salimos despacio hacia la autopista y Harper enchufa su móvil al equipo de música; enseguida suena un jazz navideño suave.

Los primeros kilómetros los hacemos casi en silencio, mirando por las ventanillas como dos niñas emocionadas. Sonrío al reconocer calles que ya están llenas de guirnaldas, semáforos adornados con lazos rojos y peatones que corren encogidos dentro de sus abrigos.

Harper apoya la cabeza contra el cristal y su reflejo se mezcla con las gotas de lluvia que empiezan a caer fuera.

—No recuerdo la última vez que salí de Boston en diciembre —confiesa en voz baja, sin apartar la vista del paisaje.

—Te pasa por vivir entregada en cuerpo y alma al trabajo —respondo en tono de broma, aunque lo digo completamente en serio.

—Ya estamos con la terapia gratuita —replica poniendo los ojos en blanco, pero enseguida me dedica una sonrisa.

—Solo constato hechos. Llevas meses sin salir ni a los karaokes de los viernes con la gente de la oficina, y tú y yo… ¿cuánto hace que no tenemos una noche solo para nosotras?

—Vale, vale, me has pillado —admite levantando las manos en señal de rendición—. Cuando volvamos prometo cambiar. Aunque no me extrañaría nada que Mike me mande algún informe urgente incluso en Nochebuena, por mucho que diga que necesito este descanso.

—Como se le ocurra, va a tener que hablar conmigo primero —afirmo con una seriedad que provoca que las dos estallemos en carcajadas.

El tráfico se vuelve más ligero conforme dejamos atrás el centro; las torres de cristal se convierten en casas bajas, los neones desaparecen y la ciudad se queda atrás como una postal que alguien hubiera olvidado en el retrovisor. La carretera se abre ante nosotras en una cinta gris flanqueada por árboles cubiertos de escarcha que brillan como si los hubieran rociado con purpurina. El estrés de las

últimas semanas se disipa tan rápido que casi puedo verlo alejarse por el espejo.

Harper se ajusta la bufanda azul marino y coge el móvil.

—Hace hora y media que le mandé un mensaje a mi madre diciendo que salíamos. Como no llame pronto, me va a dar algo —me advierte entrecerrando los ojos.

—¿Tan puntual es con sus ataques de ansiedad maternal?

—Más que el telediario de las tres —contesta antes de soltar una carcajada.

No pasan ni ocho segundos cuando el teléfono empieza a vibrar. Harper me mira con una sonrisa traviesa, pone el altavoz y adopta su voz de hija perfecta.

—¡Hola, mamá!

—¡Cariño mío! —la voz de Evelyn inunda el habitáculo—. ¿Por dónde vas? ¿Has salido de la ciudad?

—Sí, mamá, estamos en la autopista desde hace un rato —responde Harper armándose de paciencia—. La carretera está bastante despejada, hay poco tráfico.

—¿«La carretera»? ¿«Estamos»? —pregunta Evelyn. «¿En serio no le ha dicho nada?»—. ¿Quién va contigo?

Harper me lanza una mirada pícara. Es la maldad personificada.

—Dakota —responde con voz cantarina.

—¡Ay, qué alegría! ¿Por qué no me lo habías dicho? —exclama Evelyn, y casi puedo verla aplaudiendo—. ¡Cuánto me alegro de que venga! ¡Dile que estoy deseando abrazarla!

—Hola, Evelyn —contesto elevando un poco la voz sin apartar la vista de la carretera—. Yo también tengo ganas de verla.

—¡Nada de formalidades! Que me haces sentir antigua —protesta entre risas—. Oye, llegáis perfectas para la comida que estamos preparando. Todo el mundo está revolucionado. Ah, por cierto, Harper…

El rostro de Harper cambia en medio segundo. Se huele a que va a recibir una bofetada

—¿Qué pasa ahora? —pregunta con cautela.

—Nada grave, cielo —responde Evelyn con una tranquilidad sospechosa—. Solo quería avisarte de que Vanessa también ha venido al pueblo estas fiestas.

El silencio que cae dentro del coche es tan denso que casi se puede cortar con cuchillo. La miro de reojo: Harper se ha quedado petrificada, con los labios entreabiertos y la mirada perdida en el infinito.

—¿Cómo que Vanessa? —susurra.

—Vanessa, tu ex —aclara Evelyn como si hablara del tiempo—. Ha venido con su novia. Y he pensado que sería bonito invitarlas a comer o a cenar un día, ¿sabes? Para cerrar heridas, hacer las paces… Esas cosas.

—¡¿Cerrar heridas?! —grita Harper, y me da un golpe en el brazo que casi hace que pierda el control del volante. Piso el freno por instinto y nos detenemos en el arcén con un pequeño patinazo.

—¡¿Qué ha pasado?! —chilla Evelyn al otro lado.

—Nada, mamá, que Dakota casi nos mata con tu noticia bomba —responde Harper con los ojos como platos.

Yo me llevo la mano al pecho, intento recuperar el aliento y, un segundo después, me echo a reír sin poder contenerme.

—Harper, por favor, respira —le digo entre carcajadas—. No es para tanto.

—¿Que no es para tanto? ¡Mi madre acaba de invitar a mi ex y a su novia actual a comer con la familia! ¡Eso es una tragedia griega en toda regla!

Evelyn carraspea al otro lado.

—Perdonad, os recuerdo que todavía sigo aquí —protesta—. Harper, hija, no dramatices tanto. Será algo informal, sin presiones, y solo si las dos queréis. Además, me pareció lo más maduro después de cómo terminasteis.

—Sí, claro, súper maduro —replica Harper con sarcasmo—. ¿Y después hacemos un brindis por su nueva relación feliz mientras yo sonrío como una idiota?

—No seas antipática —contesta Evelyn con calma—. Lo hecho, hecho está. Pero creo que no estaría mal que al menos os dijerais hola como personas civilizadas.

—Mamá, tengo que colgar —corta Harper.

—Vale, cariño. Conducid con cuidado y nos vemos en unas horas. ¡Os quiero!

—Y yo a ti —responde Harper antes de colgar y dejar caer el móvil sobre su regazo como si le quemara.

Durante unos segundos solo se oye el motor y el viento azotando los cristales. Harper se hunde en el asiento, cruza los brazos y mira al frente con cara de querer arrasar con la carretera entera.

—¿Estás bien? —pregunto con curiosidad.

—No —responde sin rodeos—. Esto es un desastre absoluto.

—Podría ser peor —intento animarla.

—¿Peor? ¿Cómo exactamente? —me reta—. Seguro que hasta se burla de que siga igual.

—Podrías tener que sentarte enfrente de ella en la cena de Nochebuena y pasarle el puré de patatas —contesto con mi mejor tono bromista.

Harper me fulmina con la mirada.

—No ayudas nada, Dakota.

—Solo intento sacarte una sonrisa —me defiendo levantando una mano del volante—. Mira, si la cosa se pone tensa, yo seré tu escudo humano. Me sentaré al lado, inventaré alguna excusa, distraeré a todo el mundo… Lo que haga falta.

Harper suspira, y sus labios se curvan apenas en una sonrisa resignada.

—¿De verdad lo harías?

—Claro que sí. Forma parte del pack de mejores amigas para toda la vida —respondo guiñándole un ojo.

—No recuerdo haber firmado ese contrato —replica entrecerrando los ojos, pero ya está sonriendo de verdad.

—Yo sí. Con sangre incluso —bromeo, y ella suelta una carcajada que me calienta más que la calefacción.

Volvemos a la carretera. El paisaje se abre en colinas blancas y bosques desnudos que parecen sacados de un cuento. Harper baja un poco la ventanilla, deja que entre el aire helado y respira hondo, como si quisiera expulsar todo el veneno de una vez.

—Lo que más me cabrea —confiesa después de un rato largo de silencio—, es que todavía me duele. Pensar que ella está tan feliz con otra mientras a mí me dejó hecha una mierda… Y encima me siento culpable por sentirlo.

—No tienes por qué sentirte culpable —respondo con calma—. Es normal. Después de lo que te hizo, es lógico que te remueva algo. Yo estaría igual.

Ella gira la cabeza y me mira fijamente. Durante un segundo siento su mirada como una caricia que se me clava en el pecho.

—¿A ti te ha pasado alguna vez? ¿Quedarte pillada de alguien que solo va a romperte el corazón?

«Si tú supieras…», pienso. «Si supieras que llevo años enamorada de ti y que cada vez que sales con alguien siento que es el fin del mundo…»

—Es muy humano —contesto, encogiéndome de hombros—. Todos hemos tenido alguna vez a alguien que nos importa más de la cuenta.

Harper asiente despacio y vuelve a mirar por la ventanilla. Un cartel anuncia un área de descanso a tres kilómetros.

—¿Paramos a comer algo? —propongo—. Llevamos más de tres horas de viaje y estoy muerta de hambre.

—Por favor. Necesito café, algo de comer y, si es posible, alquilar una familia nueva para estas fiestas —bromea, y las dos nos reímos hasta que nos duele la tripa.

—Con el café y la comida sí puedo ayudar —respondo sonriendo.

El área de descanso con un pequeño restaurante que parece sacado de una película antigua. Aparco cerca de la entrada y, en cuanto abrimos la puerta, el olor a café recién hecho y tortitas nos recibe. Dentro hace calor, Harper se quita el abrigo, se sienta frente a mí y rodea la taza de café que nos sirven poco después.

—Gracias por no reírte más de lo estrictamente necesario —murmura sin levantar la vista—. Bueno, lo de las maletas sigue estando permitido.

—Eso lo discutiremos en el próximo viaje —respondo sin pensar, y me doy cuenta de que acabo de insinuar que habrá muchos más.

Comemos despacio, sin prisa, hablando de tonterías y disfrutando de la imagen de la nieve cayendo fuera. El tiempo se detiene de nuevo. La miro mientras se limpia una miga de la comisura del labio y pienso que quizás este viaje no sea solo el regreso de Harper a su pueblo. Quizá sea el principio de algo mucho más grande.

—¿Lista para las dos horas que nos quedan? —pregunto cuando ya hemos pagado.

—Contigo siempre —responde con una sonrisa pequeña.

Salimos al frío de nuevo. El viento mueve suavemente las copas de los pinos y me fijo en estas mientras Harper sube al coche. Arranco el motor y la carretera se abre ante nosotras rápidamente. Mientras conduzco, con su mano rozando de vez en cuando mi brazo al cambiar de marcha, me pregunto cuántas cosas están a punto de cambiar para siempre.

4

Harper

Evergreen Hollow. Un par de horas después.

En cuanto el coche se detiene frente a la casa, un escalofrío me recorre de arriba abajo, y no tengo ni idea de si es por el frío que se cuela por las rendijas o por la avalancha de recuerdos que me cae encima al ver las luces del porche encendidas. Todo sigue exactamente en su sitio, como si nunca me hubiese ido: los arbustos están cubiertos por una capa perfecta de nieve, la guirnalda de siempre cuelga en la puerta principal, las sombras cálidas y anaranjadas que se filtran a través de las cortinas de encaje que mi madre se niega a cambiar desde hace veinte años. Si cierro los ojos un segundo, casi puedo convencerme de que nunca me marché, de que los últimos diez años en Boston han sido un sueño largo y agotador del que acabo de despertar.

—¿Estás lista para el huracán Lewis? —pregunta Dakota bajando el volumen de la música hasta casi apagarla.

—No sé si alguien está realmente preparado para esto —admito con una sonrisa nerviosa que no consigo disimular—. Pero ya que estamos aquí…

—Que sepas que me encantará ser testigo en primera fila —responde con una sonrisa amplia y sincera.

Salimos del coche y el aire me corta la cara. Dakota abre el maletero con naturalidad, coge mi primera maleta como si no pesara

nada y, cuando intenta sacar la segunda del asiento de atrás, me mira con los ojos como platos y una ceja arqueada.

—¿En serio tenemos que hacer como que esto es normal? —protesta mientras la arrastra un par de centímetros—. ¿Qué demonios llevas aquí dentro? ¿Ladrillos?

—No empieces otra vez —respondo intentando quitársela, pero ella se aparta rápido.

—Dijiste que eran «tus esenciales». Harper, esto pesa como si hubieras metido un cadáver.

—Son los esenciales para sobrevivir a unas navidades en familia —replico justo cuando la puerta principal se abre de golpe y el universo entero parece salir a recibirme.

Mi madre aparece en el umbral envuelta en su delantal rojo de copos de nieve, con el pelo recogido en una coleta alta y esa sonrisa que podría derretir el Polo Norte. Detrás de ella se asoman caras conocidas, risas, voces que se superponen antes de que nadie haya dicho «hola». El olor a galletas recién horneadas, a canela y a leña quemada sale en oleadas y me golpea directo en el pecho.

—¡Harper! —grita mamá, y corre hacia mí como si tuviera veinte años menos. Me abraza tan fuerte que casi me levanta del suelo—. ¡Mi niña! ¡Por fin en casa!

—Hola, mamá —consigo articular entre risas, devolviéndole el abrazo mientras noto cómo el calor de la casa se me cuela por el cuello del abrigo.

Se separa un segundo, me mira de arriba abajo como si quisiera comprobar que sigo entera y después clava la vista en Dakota con los ojos brillantes.

—¡Pero si está aquí la preciosa Dakota! —exclama dándome un par de palmadas—. ¡Ven aquí ahora mismo, guapa!

—Hola, Evelyn —saluda Dakota con una mezcla de timidez y cariño.

—¡Recuerda que nada de formalidades! —contesta mamá, y la envuelve en un abrazo de oso que deja a mi amiga sin aire—. ¡George! ¡Lauren! ¡Ryan! ¡Mamá! ¡Venid todos, que ya están aquí!

«Que alguien me saque de esta película de Hallmark antes de que me dé un subidón de azúcar».

En menos de diez segundos el porche se convierte en un caos maravilloso de abrazos, besos, voces que se pisan y risas que resuenan contra la nieve. Lauren, mi hermana pequeña, aparece con su sonrisa mágica de recién casada.

—Vaya, vaya… ¿dos maletas tamaño industrial? —pregunta señalándolas con la barbilla—. ¿Te quedas hasta Reyes o pretendes instalarte aquí para siempre?

—Muy ocurrente —respondo poniendo los ojos en blanco, pero no puedo evitar reír.

Mi padre me envuelve en uno de sus abrazos de oso, y después se hace a un lado para dejar paso a la persona que de verdad estaba esperando. La abuela avanza despacio, apoyada en su bastón de madera, con el pelo blanco perfectamente peinado y esa sonrisa suya que tanto me encanta. Tiene más arrugas, los ojos un poco más apagados, camina a un paso más lento… y aun así sigue siendo la mujer más fuerte que conozco.

—Abuela… —susurro, y siento que la voz me tiembla un poquito.

—Ven aquí, mi niña —responde con los brazos abiertos—. Sabía que este año no me ibas a fallar.

Me lanzo a abrazarla con muchísimo cuidado, como si fuera de cristal, y me aferro a ella todo lo que puedo. Huele a lavanda y a ese perfume que lleva usando desde que era pequeña. Cierro los ojos y, por un segundo, el mundo se detiene.

—Siento mucho no haber venido antes —murmuro contra su hombro.

—No importa, cielo —me contesta acariciándome el pelo con una mano temblorosa pero llena de cariño—. Lo importante es que ahora estás aquí. Y eso es lo único que cuenta.

Cuando entramos al salón, siento que algo dentro de mí cae al suelo, soltando en esa caída un peso que llevaba cargando meses. La chimenea crepita con fuerza, el árbol de Navidad brilla con luces doradas y rojas, y en la mesa baja del centro nos esperan tazas humeantes de chocolate caliente rodeadas de galletas de jengibre decoradas con glaseado. Dakota se quita el abrigo, se pasa los dedos por el pelo negro azabache para arreglárselo un poco y se sienta en el sofá como si hubiera estado aquí toda la vida. La miro y pienso que encaja tan bien que da miedo.

—Espero que vengáis con hambre —anuncia mamá dejando otra bandeja repleta de dulces en la mesa—. La abuela se ha empeñado en hacer sus recetas especiales de galletas.

—¿Las de melaza y extra de canela? —pregunto sintiendo que se me hace la boca agua solo de pensarlo.

—Las mismas —confirma la abuela con orgullo, y se sienta en su sillón de siempre.

—Esto huele mejor que cualquier pastelería de Boston —afirma Dakota cogiendo una galleta y dándole un mordisco—. En serio, Carol, deberían venir a robarle la receta.

—¿Ves? —exclama mamá mirando al resto de la familia con cara de «ya os lo decía yo»—. Esta chica sabe lo que es bueno. Me alegro de que Harper tenga al menos una amiga con criterio que la mantenga con los pies en la tierra.

—Cuando quiere…, es una mujer encantadora —responde Dakota sin perder el ritmo, y me lanza una mirada traviesa.

Abro la boca, indignada.

—¡Oye, no pienso volver a ayudarte en la food truck en la vida! —protesto y la señalo con el dedo. Poco después, el salón estalla en carcajadas.

Dakota se encoge de hombros con esa cara de niña buena que no engaña a nadie y sigue comiendo como si nada.

Hablamos del viaje, de la nieve que no ha dejado de caer, de los planes para los próximos días. Dakota se integra como si llevara años formando parte de la familia: ríe ante las bromas de mi padre, contesta con gracia a las pullas de Lauren y hasta consigue que Ryan —que normalmente es de pocas palabras— le cuente anécdotas del trabajo. Yo los observo desde mi rincón del sofá, con la taza caliente entre las manos, y siento una calma que hacía meses que no experimentaba. Mi familia siempre ha sido muy suya a la hora de aceptar a mis amistades, pero con Dakota es distinto. La miran como si ya fuera una más.

Y no me extraña nada. Porque Dakota tiene ese don: hace que todo el mundo se sienta en casa. Escucha de verdad, ríe cuando

toca, responde con inteligencia y calidez, y cada vez que sonríe parece que ilumina la habitación entera.

—Harper, hija, ¿en qué piensas? —pregunta mamá de pronto, y me doy cuenta de que llevo un rato mirando a Dakota con una sonrisa boba.

—En… en que el chocolate está increíble —miento como puedo, y todos sueltan una carcajada.

—Claro que está increíble —responde la abuela con orgullo—. Lo he hecho yo.

La tarde se nos va entre fotos obligatorias —Lauren nos obliga a ponernos gorros de Papá Noel y cuernos de reno luminosos—, abrazos que no terminan nunca y más dulces de los que deberíamos permitirnos. Cuando el reloj marca las siete, pasamos al comedor. La mesa está puesta como si fuera Nochebuena: mantel rojo, vajilla buena, velas encendidas y el olor del estofado de ternera con zanahorias que de seguro, lleva cociéndose desde la mañana flotando en el aire.

Me siento al lado de Dakota, que parece completamente en su salsa, como si hubiera cenado aquí cientos de veces.

—Entonces, Dakota —empieza papá mientras se sirve vino—, cuéntanos, ¿cómo va ese negocio tan dulce que tienes?

Ella sonríe y, cuando empieza a hablar del Sweet Wheelz, todos nos inclinamos un poco hacia delante sin darnos cuenta.

—Pues este año cumplimos cinco —explica con ese brillo en los ojos que pone cuando habla de lo que ama—. Empezamos con cosas básicas, brownies, cupcakes, lo típico. Pero cada temporada intentamos superarnos. En verano sacamos helados artesanos, en

otoño pasteles de calabaza con especias, y en Navidad… bueno, Navidad es nuestro momento estrella. Hacemos galletas decoradas, turrones caseros, trufas de mil sabores… La gente dice que solo con oler el chocolate caliente se les olvida el frío.

La abuela la mira embelesada.

—Algún día tienes que enseñarme a hacer esas trufas —le pide, y Dakota asiente encantada.

—Cuando quiera, Carol. Aunque me temo que su nieta se lleva gran parte del mérito. Sin Harper modificando cada receta, no habríamos llegado tan lejos.

«Si supierais lo desastre que soy en la cocina…»

—¿Modificando? —intervengo—. Lo único que hago es comer y decir si está bueno o no.

—Parte fundamental del control de calidad —replica Dakota sin inmutarse, y todos reímos otra vez.

Papá levanta su copa con una sonrisa enorme.

—Entonces tendremos que brindar por la persona que ha conseguido traer a nuestra hija de vuelta a casa con una sonrisa enorme —declara mirando a Dakota.

—Y por la mejor familia que podía esperar —añade ella con una sinceridad que me aprieta el pecho.

—Y por volver a estar todos juntos —dice mamá con los ojos brillantes.

Levanto mi copa, sintiendo que el nudo de la garganta ya no es de tristeza sino de algo mucho más bonito.

—Por volver a casa —propongo.

—Por volver a casa —repiten todos al unísono, y el tintineo de las copas suena como la música más bonita del mundo.

Dakota me mira entonces por encima del borde de su copa. Las luces del árbol se reflejan en sus ojos azules y, por un segundo, el ruido de las conversaciones se desvanece. Veo algo en su mirada que no sé nombrar: cariño, alivio… Sea lo que sea, me hace sentir que estoy exactamente donde tengo que estar.

No sé si las heridas antiguas de este pueblo volverán a abrirse, ni si la presencia de Vanessa terminará siendo un problema. Pero en este momento, con el calor de la chimenea en la cara, el estofado en el plato y las risas de mi familia llenando cada rincón, sé que regresar ha sido la mejor decisión que he podido tomar.

Al menos por esta noche.

5

Dakota

El sábado amanece tan blanco y silencioso que, durante los primeros minutos, me cuesta creer que no tenga que levantarme corriendo para abrir el Sweet Wheelz. No hay bandejas que ordenar, ni cucharones que limpiar, ni ese olor pegajoso a chocolate derramado que se nos mete hasta en la ropa interior después de doce horas de turno. Me quedo boca arriba en la cama, mirando el techo, escuchando cómo el viento golpea suavemente las ventanas y esperando que mi cuerpo recuerde qué se supone que hace una cuando está de vacaciones de verdad. La habitación de invitados huele a leña recién encendida; la colcha tiene bordados de lana que pican un poquito en los dedos y, desde la ventana, se ve el bosque lejano cubierto por una capa de nieve tan perfecta que parece que alguien hubiera espolvoreado los árboles con azúcar glasé durante la noche. Sonrío como una idiota porque, por primera vez en mucho tiempo, no tengo ninguna prisa.

Alguien llama a la puerta y, antes de que pueda contestar, la cabeza de Harper asoma por el hueco con el pelo revuelto y una deliciosa sonrisa de dormilona.

—¿Ya estás despierta o tengo que arrastrarte fuera de la cama?

—Abrí los ojos hace un rato —respondo incorporándome y recogiendo mi melena negra con la goma que siempre llevo en la muñeca—. Me estaba dando un momento de lujo absoluto.

—Mamá está haciendo tortitas con sirope de arce de verdad y la abuela ha amenazado con comérselas todas si no bajamos en menos de cinco minutos —anuncia apoyándose en el marco—. ¿Te apuntas o prefieres seguir contemplando el techo como si fuera una obra de arte?

—No serías tú si no priorizaras la comida por encima de todo —contesto y suelto una carcajada mientras me pongo las zapatillas.

Harper se ríe desde el umbral, envuelta en una rebeca gordísima de lana sobre un pijama de cuadros que le queda grande. Está relajada, con las mejillas sonrosadas por el calor de la casa y una tranquilidad en los ojos que casi nunca le veo en Boston. Allí siempre lleva el pelo perfecto, el maquillaje impecable y el móvil vibrando cada dos por tres en la mano; aquí parece otra persona, más real, más... «Buenos días, corazón enamorado», me digo mientras la sigo por el pasillo, «que hoy no se te note tanto».

Bajamos a la cocina entre risas. Evelyn ya está revolucionada con la sartén, la abuela sentada dando órdenes como si fuera la jefa de un restaurante de tres estrellas Michelin y Lauren y Ryan discuten sobre si las tortitas deben llevar nueces o no. En cuanto nos ven, empieza el festival de abrazos, besos y comentarios sobre lo bien que nos sienta el aire del pueblo. Harper me lanza una mirada de «sálvame» cuando Evelyn empieza a contar por enésima vez la historia de cómo heredó la receta secreta de las galletas de jengibre de la abuela Carol, así que, en un susurro que solo yo puedo oír, Harper me propone huir.

—¿Y si nos escapamos un rato y damos una vuelta por el pueblo? —murmura pegada a mi oído mientras su madre gesticula

con la espátula—. Si nos quedamos cinco minutos más, acabaremos decorando mil galletas.

—No me asusta el azúcar —respondo en el mismo tono, conteniendo la risa.

—A mí tampoco, pero sí el nivel de entusiasmo de mi madre cuando se pone en modo Navidad total.

No hace falta que insista. Veinte minutos después ya estamos abrigadas hasta las cejas, con bufandas que nos tapan media cara y gorros que nos aplastan el pelo, caminando por las calles del pueblo bajo una nieve tan fina y lenta que parece confeti caído del cielo. El sitio es exactamente como Harper me lo había descrito, pero en persona es aún más bonito: las casitas de madera con fachadas pintadas de colores cálidos, las luces que parpadean en tonos dorados, rojos y plateados, las coronas de acebo colgadas en cada puerta y los altavoces de las farolas que sueltan villancicos antiguos a volumen perfecto. Veo el mercadillo navideño formado por puestos de madera que venden chocolate caliente con nubes, adornos tallados a mano, calcetines de lana gordísima y velas aromáticas.

Aspiro tan hondo que casi me mareo de la mezcla dulce de aromas y siento cómo mis botas se hunden en la nieve fresca.

—¿No te parece una pasada? —pregunto girándome hacia ella con una sonrisa que no me cabe en la cara—. Esto es como vivir dentro de una bola de nieve. Ojalá hubiera crecido en un pueblo así.

Harper se encoge de hombros, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo y la mirada perdida en los escaparates.

—Supongo que sí —contesta con voz distraída—. Para mí es… raro. Todo me recuerda a algo.

Puedo ver la nostalgia en sus ojos como si llevara un cartel. Sé que este lugar guarda recuerdos de cuando era adolescente, de veranos interminables, de primeras veces… y también de despedidas dolorosas. Caminamos un rato en silencio hasta que, de repente, mi estómago decide romper el momento con un rugido que parece un oso despertando de la hibernación. Harper se gira hacia mí, primero sorprendida y después muerta de risa.

—¡Madre mía! —exclama entre carcajadas—. No aguantas ni media mañana sin comer algo después del desayuno. Y luego tienes la cara de decir que solo pienso en comida.

—¡Eso no es verdad! —protesto fingiendo indignación mientras me tapo la cara con la bufanda.

—¿Cómo qué no? —replica sin dejar de reír—. Si no hay paseo, café o conversación en la que no acabes comiendo algo… no eres tú.

Está tan cerca que siento su aliento en la mejilla y, por un segundo, mi cerebro traidor imagina que le contesto «pues contigo no me saciaría nunca». Me muerdo el labio para no decirlo en voz alta y pongo mi mejor cara de inocente.

—Entonces tendremos que buscar urgentemente un sitio donde alimentar a esta bestia que llevo dentro —propongo señalándome el estómago.

—Sé exactamente adónde llevarte —anuncia Harper, y de pronto me coge de la mano y tira de mí con una energía que me encanta—. Vamos antes de que tu estómago asuste a los niños del mercadillo.

Corremos —o más bien patinamos— entre la gente, doblamos una esquina y, de repente, el aire se llena de un olor a mantequilla y

azúcar tostado que me hace cerrar los ojos de puro placer. Delante de nosotras aparece un local pequeño con una fachada blanca, marcos verdes y un cartel pintado a mano que dice «Sugar & Cookies» en letras rojas y redondas. «Nada cliché, vamos».

—No puede haber un nombre más evidente para Navidad —comento muerta de risa.

—Ni más perfecto —responde Harper con una sonrisa enorme —. Era mi sitio favorito cuando era cría. Y cuando dejé de serlo, también.

Empuja la puerta y una campanilla tintinea sobre nuestras cabezas. El calorcito del interior nos envuelve como un abrazo, las mesas tienen manteles de cuadros rojos y blancos, y las paredes están llenas de estanterías con tarros de cristal repletos de galletas de todas las formas y colores imaginables. Estoy a punto de hacer un comentario cursi sobre lo bonito que es todo cuando Harper se para en seco y yo me estampo contra su espalda.

—¡Auch! ¿Qué pasa? —pregunto frotándome la nariz.

Ella no contesta. Está rígida como una estatua, con la mirada clavada en una mesa al fondo del local.

—¿Harper…? —insisto, y entonces sigo su línea de visión.

Veo a la mujer que debe ser Vanessa por la cara que tiene Harper; con una melena castaña lisa perfecta, un abrigo camel que cuesta más que mi food truck entero y una sonrisa que podría salir en la portada de cualquier revista. Frente a ella, una chica rubia de ojos claros y expresión amable habla con ella. La escena sería casi idílica si no fuera porque Harper parece a punto de desmayarse.

Antes de que podamos dar media vuelta, su ex nos ve y levanta la mano con un entusiasmo que me pone los nervios de punta.

—¡Harper! ¡Tu madre me dijo que habías vuelto! —exclama levantándose de la silla.

«Mierda».

Harper se queda paralizada y yo, que soy la valiente del dúo por obligación, aprieto su mano y le susurro sin mover los labios:

—Si salimos corriendo ahora, quedaremos como dos locas. Respira.

Ella pone un puchero que casi me hace reír, pero asiento para darle ánimos.

—Tranquila, no pasa nada —le aseguro en voz baja—. Estoy contigo.

Tiro de ella hacia la mesa como si fuéramos a una ejecución. Vanessa se lanza a abrazar a Harper con una confianza que me revuelve el estómago, como si no hubiera pasado nada entre ellas, como si no le hubiera roto el corazón en mil pedazos.

—¡Cuánto tiempo, por Dios! —exclama dándole dos besos—. ¡Estás guapísima!

—Sí… hola —responde Harper con una sonrisa tan tensa que parece que se le va a romper la cara.

Vanessa se gira hacia mí con la misma energía.

—Tú debes de ser Dakota, ¿verdad? Evelyn me contó que venías como acompañante.

«Evelyn es la radio macuto del pueblo, confirmado», pienso mientras le estrecho la mano con mi mejor sonrisa de dientes blancos.

—La misma que viste y calza —contesto con toda la amabilidad que puedo fingir.

—Y esta es Emily —añade Vanessa señalando a la rubia, que nos sonríe con una dulzura que casi me hace sentir mala persona por odiarla de entrada.

—Encantada de conoceros —dice Emily con voz suave.

—¿Por qué no os sentáis con nosotras? —propone Vanessa antes de que Harper pueda inventar una excusa—. ¡Hay sitio de sobra!

Y ya está. Nos tiene atrapadas. Nos sentamos frente a ellas y pido dos capuchinos con extra de nata y una bandeja de galletas de chocolate y avellana para compartir. Harper se queda mirando el mantel como si quisiera teletransportarse a otro planeta y yo intento mantener la conversación a flote sonriendo como una idiota.

«Deberíamos habernos quedado en casa decorando galletas con Evelyn».

—Entonces… ¿cómo va todo? —pregunta Vanessa con un tono de falsa curiosidad que me pone de los nervios.

—Bien, mucho trabajo —responde Harper con voz neutra—. Pero este año decidí volver a casa por Navidad.

—Ya, siempre has sido así —comenta Vanessa mirando a Emily con una sonrisita—. Emily y tú os parecéis mucho en eso de no parar nunca. No sé de dónde sacáis la energía.

Emily sonríe tímidamente y yo noto cómo Harper aprieta los dedos alrededor de la taza hasta que los nudillos se le ponen blancos.

—Hay quien prefiere tener la cabeza ocupada —intervengo con mi tono más dulce—. Es su forma de disfrutar de la vida.

—Y otras sabemos disfrutar sin necesidad de matarnos trabajando —replica Vanessa.

Ahí está la pullita. La recibo alto y claro. «Zorra». Me imagino estampándole la bandeja de galletas en la cara, pero en vez de eso sonrío de oreja a oreja.

—A lo mejor para algunas personas el trabajo es precisamente su manera de sentirse vivas —devuelvo con la misma falsa dulzura antes de darle un sorbo largo al capuchino.

Harper me lanza una mirada de «para el carro» que ignoro olímpicamente.

Vanessa empieza a hablar de sus viajes a París, de sus cenas en restaurantes caros de Nueva York, de su último proyecto fotográfico que, casualmente, va a exponerse en una galería súper exclusiva. Emily asiente orgullosa y Harper finge interés mientras se desmorona por dentro.

—¿Y tú a qué te dedicas, Dakota? —pregunta Vanessa de pronto, como si acabara de recordar que existo.

—Tengo una food truck de dulces en Boston —respondo con orgullo—. El Sweet Wheelz. Lo monté hace cinco años con mi mejor amigo Nathan y nos va genial. Harper me echa una mano siempre que puede.

—¿En serio? —Vanessa levanta una ceja con esa expresión de «no me lo creo»—. Me cuesta imaginarte entre harina y azúcar, Harper.

—A veces hasta prepara los brownies mejor que yo —miento—. Tiene más talento del que aparenta.

Vanessa sonríe, pero sus ojos me analizan como si quisiera encontrarle el fallo a todo. Emily, en cambio, parece genuinamente interesada.

—Me encantaría probarlos algún día —dice, encantada de verdad.

—Cuando queráis os invito —respondo con una sonrisa que esta vez sí es sincera.

Justo en ese momento mi móvil vibra sobre la mesa con el nombre de Nathan en la pantalla. Lo ignoro la primera vez, pero vuelve a vibrar y Harper salta como si le hubieran puesto un cohete.

—¿Por qué no contestas? —murmura en mi oído.

—No quiero ser maleducada…

—Créeme, serás la heroína del día —insiste con los ojos muy abiertos—. Es una llamada que estábamos esperando.

Me levanto fingiendo preocupación. Vanessa arquea una ceja, pero Harper finge una sonrisa.

—Un placer veros —zanja, y antes de que puedan responder, ya estamos en la puerta.

El aire frío nos golpea como un jarro de agua bendita. Harper respira hondo, se lleva las manos al pecho y suelta todo el aire de golpe.

—Dios, lo siento muchísimo —se disculpa—. No estaba preparada para eso.

—Nadie lo estaría —respondo apando una mano en su hombro —. Ha sido… intenso.

—Tenía que aparecer justo hoy, en mi puta cafetería favorita —se queja con una risa amarga—. Con su novia perfecta, su vida perfecta y su maldita sonrisa perfecta.

—Perfecta, puede, pero para nada es como tú —se me escapa, antes de que lo pueda evitar.

Harper me mira sorprendida, con los ojos muy abiertos y las mejillas coloradas por el frío. Por un segundo creo que va a decir algo importante, pero solo sonríe cansada y agacha la cabeza.

—Gracias por sacarme de ahí —murmura—. Eres la mejor.

—Para eso estoy, ¿no? —contesto encogiéndome de hombros.

Nos quedamos un rato de pie bajo la nieve, viendo cómo el vaho de nuestras respiraciones se mezcla en el aire. Siento unas ganas locas de cogerle la mano, de decirle que no tiene que fingir conmigo. Pero no lo hago. Me limito a caminar a su lado mientras los villancicos suenan de fondo.

Y aunque Harper no se da cuenta, mi corazón late tan fuerte que casi puedo oírlo. Porque ahí dentro, viendo cómo Vanessa la miraba como si aún tuviera algún derecho sobre ella, he sentido una envidia que me quema por dentro. Y el primer pensamiento que se me ha cruzado por la cabeza, egoísta y sincero a partes iguales, ha sido: «ojalá yo hubiera sido Vanessa. Ojalá hubiera sido yo la que nunca la dejó marchar.»

6

Harper

Todavía tengo las manos heladas cuando cerramos la puerta principal y el aire cálido de la casa nos envuelve en un abrazo reconfortante. El pasillo está en penumbra, solo iluminado por las guirnaldas que parpadean con una luz tenue y dorada, y el silencio es tan absoluto que se oye el crujido de la madera bajo nuestras botas llenas de nieve. Por lo que parece, toda la familia ha salido a hacer recados o a visitar a algún vecino, y bendigo mentalmente ese milagro porque lo único que necesito ahora mismo es un sitio donde respirar sin que nadie me pregunte cómo estoy o, peor aún, si me he encontrado con alguien por el pueblo.

Dakota me sigue escaleras arriba sin decir ni una palabra. Empujo la puerta de mi antigua habitación y dejo que se cierre sola detrás de nosotras. Me quedo parada un segundo en medio del cuarto, mirando alrededor como si acabara de entrar en un museo dedicado a la Harper de diecisiete años: las paredes llenas de fotos descoloridas con mis amigas del instituto, posters de bandas que ya nadie recuerda, la estantería ordenada de forma casi obsesiva con libros que leí mil veces y el escritorio donde mi madre ha dejado un jarrón con ramas de acebo y piñas que huelen a Navidad. Todo está igual, pero al mismo tiempo me parece de otra persona.

Empiezo a dar vueltas como un león enjaulado, incapaz de quedarme quieta.

—No me lo puedo creer —suelto, quitándome el abrigo con un tirón brusco—. Sabía que mi madre iba a liarla parda en cuanto le contara a Vanessa que había vuelto, pero ¿en serio? ¿Qué le importa a ella que yo pase las Navidades aquí después de tantos años?

Dakota se queda apoyada contra la puerta, todavía con el abrigo puesto y los brazos cruzados, mirándome con esa calma exasperante que tiene cuando yo estoy a punto de explotar.

—Harper… —intenta empezar, pero no la dejo.

—¿Y Vanessa? —continúo, deshaciéndome de la bufanda con tanta rabia que casi me estrangulo—. ¿Qué coño pretende? ¿Hacerse la amiga del año como si no hubiera pasado nada? ¿Como si no me hubiera puesto los cuernos con la primera que pasó por su lado y luego me hubiera dejado tirada como un pañuelo usado?

Tiro la bufanda encima de la cama con un resoplido.

—Lo que me faltaba ya era tener que verla toda la puñetera Navidad con su novia perfecta, sonriente, educada, feliz, como si lo nuestro hubiera sido un capítulo sin importancia.

Las palabras rebotan contra las paredes. ¿Quién me mandaría a mí pensar que podía volver al pueblo y que todo sería fácil?

—Si lo llego a saber… —sigo, quitándome los guantes de un tirón y lanzándolos sobre la cómoda—, me quedo en Boston trabajando hasta Nochevieja. Allí al menos la única persona capaz de joderme la vida soy yo misma.

Dakota sigue sin moverse, con esa paciencia infinita que a veces me saca de quicio porque me hace parecer todavía más histérica. Sé que me está dejando desahogarme, que espera a que

se me pase la ventolera, pero su calma solo consigue que me enfade más.

—Y encima lo hace así —añado gesticulando como una loca—, con esa cara de «agua pasada», como si no me hubiera roto el corazón en mil pedazos y ahora todo fuera maravilloso porque ella está feliz y yo… yo soy la soltera idiota.

Me paso las manos por el pelo, desesperada, sin saber si quiero gritar, llorar o reírme de lo absurdo que es la situación. Dakota abre la boca por fin.

—Harper, ¿no crees que tal vez…?

Pero no la dejo terminar. De repente se me enciende una bombilla, una idea tan absurda y brillante que me para en seco. Cruzo la habitación en dos zancadas, le tapo la boca con la mano y la miro con los ojos bien abiertos.

—¡Ya lo tengo! —exclamo con una sonrisa que debe parecer de loca total—. ¡Sé exactamente lo que vamos a hacer!

Ella parpadea varias veces, completamente descolocada, mientras yo retiro la mano muy despacio.

—¿El qué? —pregunta frunciendo el ceño como si temiera la respuesta.

—Dakota… —empiezo, y me siento en la cama de un salto porque de pronto tengo una energía que no me cabe en el cuerpo—. Necesito que seas mi novia.

El silencio que cae es tan denso que casi puedo oír cómo se acumula la nieve fuera.

—¿Perdona? —Dakota suelta una risa nerviosa.

—Que seas mi novia, pero de mentira, claro —hablo rápidamente, aunque ni yo misma me estoy creyendo del todo lo que estoy diciendo—. Solo durante las fiestas. Mira, es perfecto: así nadie me mirará con cara de «pobrecita Harper que sigue soltera», no tendré que escuchar las indirectas de mi madre ni de la familia de Ryan, y lo mejor de todo… Vanessa se quedará con un palmo de narices cuando me vea feliz y enamorada con mi pareja ideal.

Dakota me mira como si acabara de proponerle saltar en paracaídas sin paracaídas.

—¿Estás hablando en serio?

—Completamente —respondo levantándome otra vez y acercándome a ella—. Piénsalo bien: tenemos química de sobra, nos conocemos como si hubiéramos nacido juntas, nadie va a sospechar nada raro. Será como… un pacto temporal para sobrevivir a la Navidad.

Ella se queda quieta, con la boca entreabierta.

—Harper, esto es una absoluta locura.

—Ya lo sé —admito con una sonrisa que roza la histeria—. Pero dime una idea mejor que no implique encerrarme en esta habitación hasta que pase la Navidad.

Dakota suelta una carcajada incrédula y se pasa una mano por la cara.

—No sé… ¿fingir un catarro monumental y pasar las fiestas en la cama con pañuelos y el termómetro puesto?

—Imposible —rebato poniendo los ojos en blanco—. Mi madre me subiría caldo de pollo tres veces al día y me tomaría la

temperatura cada hora. Acabaría loca de verdad.

Me planto delante de ella, cojo sus manos entre las mías y las aprieto con suavidad.

—Venga, Dakota… Somos nosotras. Nos sale de forma natural. Solo tendríamos que… exagerar un poquito lo que ya hacemos siempre.

Ella baja la mirada a nuestras manos unidas y, por un segundo, noto que se le corta la respiración. Me asusto pensando que he ido demasiado lejos, que he cruzado una línea que no tenía que cruzar, pero ya no hay marcha atrás.

—Harper… —murmura.

—Por favor, por favor, por favor —insisto poniendo mi mejor cara de cachorro abandonado—. No te pido que hagamos una película de Hollywood. Solo… lo básico. Que parezca que estamos juntas. Por mí. Por mi salud mental.

Dakota suspira tan hondo que casi se desinfla, se deja caer en el borde de la cama y se queda mirando el suelo como si buscara respuestas en la alfombra.

—¿Tú te das cuenta de lo que estás pidiéndome?

—Perfectamente —contesto sentándome a su lado—. Te estoy pidiendo que me salves la Navidad.

La miro de reojo y veo cómo frunce el ceño, cómo aprieta los labios, cómo tamborilea los dedos sobre las rodillas. Está pensando. Está pensando de verdad. Mi enfado de antes se ha evaporado y en su lugar ha aparecido una mezcla de nervios y emoción que me hace sonreír como una idiota.

Ella gira la cabeza despacio y me mira con esa expresión de «esto es una pésima idea, pero…».

—¿Y si alguien se da cuenta?

—No se darán cuenta —aseguro, aunque sin estar convencida del todo—. Llevamos años siendo las mejores amigas del mundo mundial. Solo tenemos que… subir un poco el nivel.

—No soy tan buena actriz —protesta.

—Mentira —replico dándole un empujoncito con el hombro—. Te he visto camelarte a clientes difíciles en la food truck con una sonrisa y tres frases bien dichas.

—Eso es distinto —alega riéndose.

—Para mí cuenta —insisto inclinándome hacia ella con una chispa traviesa en los ojos—. Además, podemos poner normas claras para que nadie se lie.

—¿Normas?

—Exacto. —Levanto un dedo como si estuviera dando una clase magistral—. Regla número uno: nada de besos ni escenas empalagosas en público. Solo lo justo y necesario: cogernos de la mano, miraditas, algún abrazo… lo típico.

Dakota asiente despacio.

—Regla número dos: nada de hablar de nuestras ex en presencia de la familia. Ni Vanessa, ni nadie.

—Hecho.

—Regla número tres: esto termina después de navidades, en cuanto suenen las campanadas, volvemos a ser las mejores amigas de siempre y punto.

—Perfecto —acepta, aunque noto un matiz raro en su voz.

—Y regla número cuatro… —dudo un segundo, me rasco la nuca y carraspeo—. Nada de situaciones que puedan… complicar las cosas. Ya sabes, como en las películas, cuando las falsas novias acaban liándose de verdad.

La frase sale de mi boca y me arrepiento al instante. Dakota me mira con una expresión que no sé ni cómo interpretar.

—Entendido…

Nos quedamos calladas un momento. La habitación parece haberse encogido de repente; la luz azulada que entra por la ventana dibuja nuestras sombras en la pared y el ambiente se carga de una electricidad que no sé si me estoy imaginando.

—¿Entonces…? —pregunto con un hilo de voz.

Dakota suspira, se muerde el labio y por fin asiente.

—Vale. Sí. Acepto —dice, y una sonrisa lenta y preciosa se le dibuja en la cara—. Pero que conste que esto es la mayor locura que he aceptado nunca.

—¡Lo sé! —exclamo dando un salto y abrazándola tan fuerte que casi la tiro de la cama—. Las mejores historias empiezan con una locura, ya verás.

Nos reímos como dos tontas y, por primera vez desde que hemos salido de la cafetería, siento que puedo respirar de verdad. Me levanto y empiezo a dar vueltas otra vez, esta vez de pura emoción.

—Habrá que ensayar un poco, ¿no? —propone Dakota jugando con el borde de su bufanda.

—¿Ensayar el qué?

—No sé… cómo actuar, cómo mirarnos, esas cosas… —explica encogiéndose de hombros—. Para que sea creíble del todo. Tu madre no sabe nada más allá de que somos amigas, así que tendremos que venderlo bien.

«Mierda, es verdad».

—Diremos que… queríamos dar la sorpresa en Navidad —improviso sobre la marcha—. Que llevamos saliendo un tiempo, pero no queríamos decir nada hasta estar seguras.

Dakota suspira y se tira sobre la cama.

—Dios, Harper, si vamos a hacer esto, tenemos que hacerlo bien o nos van a pillar a la primera.

—Tranquila —respondo guiñándole un ojo—. Yo me encargo del guion.

—Y yo de que no nos metamos en líos —añade riéndose.

Me acerco, le quito el gorro de un tirón y se lo lanzo a la cara. Ella lo coge al vuelo y me mira con cara de «te mato».

—No pienso besarte, que conste —aclaro de pronto.

—No te lo he pedido —responde rápido, y las dos nos reímos otra vez.

Se levanta y se dirige hacia la puerta.

—Bueno, voy a ducharme antes de que tu madre vuelva y nos reclute para hacer galletas —anuncia—. Necesito despejar un poco la cabeza después de esto.

Antes de salir, se gira un segundo y me mira muy seria.

—Harper… No dejes que nadie, ni Vanessa ni nadie, te haga sentir menos de lo que eres. ¿Vale?

Asiento, con un nudo raro en la garganta.

—Vale.

Cuando la puerta se cierra, me dejo caer de espaldas sobre la cama y me quedo mirando el techo como si allí estuviera escrita la solución perfecta. Fingir una relación con Dakota debería ser la idea más absurda y desesperada del mundo… y sin embargo una parte de mí está emocionada de verdad. No sé si es la adrenalina o el cabreo con Vanessa.

Pero en el fondo, muy en el fondo, no puedo evitar pensar que este plan ridículo y maravilloso podría ser lo mejor que me ha pasado nunca.

7

Dakota

—¿Se te ha ido completamente la olla o qué? —La voz de Nathan retumba en el auricular incluso antes de que haya acercado bien el móvil a la oreja; seguro que la mitad de la plaza de Boston se ha girado a mirarlo.

Me dejo caer sobre la tapa cerrada del váter con todo el peso del mundo encima, y mis ojos se pierden en los azulejos blancos que tengo enfrente, perfectamente alineados, impolutos, burlándose del caos que se ha desatado en mi interior. Aspiro el olor del jabón de manos que Evelyn tiene en todos los baños, pero ni esa calma artificial consigue bajar el nudo de nervios que se me ha instalado justo debajo de las costillas.

—¿Y qué querías que le dijera? —respondo inclinándome hacia delante hasta apoyar el codo en la rodilla y la cara en la palma de la mano—. ¿Que no, Nathan? ¿Que lo siento mucho pero no puedo fingir ser su novia porque en realidad llevo años enamorada de ella como una idiota?

Del otro lado de la línea se escucha una carcajada larga, de esas que anuncian sermón nivel experto.

—Dakota, reina, se te dan de maravilla un montón de cosas: hacer el mejor brownie de Boston, decorar cupcakes como si fueras una artista consagrada, aguantar a clientes que piden cincuenta modificaciones a sus cafés… Pero mentir, mentir de verdad, nunca

ha sido lo tuyo. Y menos cuando la mentira tiene nombre, apellidos y mide metro setenta y cinco de pura tentación con ojos chocolate.

Cierro los ojos con fuerza y respiro hondo. No sé si quiero que siga hablando o si solo necesito que alguien me confirme que acabo de firmar mi propia sentencia.

—No es para tanto —miento descaradamente, aunque los dos sabemos que es una excusa tan pobre que hasta da vergüenza ajena.

—¿Que no es para tanto? —repite con un tono que sube varias octavas—. A ver si nos aclaramos: vas a pasar todas las Navidades fingiendo ser la pareja de la mujer de la que llevas colgada desde prácticamente el día que la conociste. ¿Y me dices que no es para tanto?

Me quedo muda. Hay un zumbido dentro de mi cabeza que parece un enjambre de abejas enfadadas y, al mismo tiempo, una especie de cosquilleo eléctrico que me recorre el pecho y me aprieta el corazón hasta doler.

—No se te ocurra repetirlo en voz alta —le advierto, como si pronunciarlo fuera a convertirlo en una verdad irrevocable.

—¿Que estás enamorada de ella hasta los huesos? —Nathan suspira con esa mezcla de cariño y cansancio que solo usan los mejores amigos—. Dakota, eso lo sabemos absolutamente todos menos la interesada. Hasta el repartidor de harina lo sabe, mujer.

Me muerdo el labio tan fuerte que casi me hago sangre. El nudo en el pecho se hace más grande y me impide contestar nada coherente.

—Y encima lo haces por protegerla —continúa él, ahora con un tono más suave, casi triste—. Para que su ex no le amargue las fiestas, para que su familia deje de mirarla con pena, para que no se sienta sola… Todavía no tengo claro si eres una santa o una suicida emocional.

—No exageres —intento defenderme, aunque la voz me sin fuerza.

—¿Que no exagere? —repite con una risa amarga—. Entonces explícame, listilla, ¿cómo narices vas a fingir algo que sientes de verdad desde hace años? ¿Cómo vas a ponerle normas y límites a un sentimiento que se te ve en los ojos cada vez que ella entra en una habitación?

El golpe es tan directo que me quedo sin aire. Miro el suelo, las juntas perfectas de los azulejos, mi reflejo distorsionado del grifo… y no encuentro respuesta. Porque no la tengo.

—No… no lo sé —admito después de un rato—. Solo pusimos cuatro reglas tontas y ya está.

—¿Reglas? —Se escucha movimiento al otro lado, como si se hubiera sentado de golpe—. Ay, madre, esto cada vez suena más estúpido. Tenéis un contrato prenupcial falso y todo, ¿no?

—Tenía que ayudarla —me defiendo, aunque sé perfectamente que él ve más allá—. Tú no estuviste en esa cafetería, Nathan. Se le cambió la cara cuando vio a Vanessa. Se quedó tiesa, como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. No podía dejarla así.

—Ayy, Dakota… —su voz se suaviza del todo—. Ayudar es llevarle un té cuando está enferma o escucharla llorar por teléfono a las tres de la mañana. Pero hacerte pasar por su novia sabiendo lo

que sientes… eso es jugar con fuego usando tu propio corazón como diana.

El silencio de después es largo y frío. Me froto la cara con la mano libre, como si pudiera borrar la sensación de ahogo y suspiro.

—Lo dices como si fuera imposible que algún día ella se enamore de mí —suelto de pronto, dolida, solo por no quedarme callada.

Menuda tontería acabo de decir.

Nathan guarda silencio un par de segundos eternos; puedo imaginarlo perfectamente rascándose la nuca, con esa cara de «te lo advertí» que pone cuando me meto en líos gordos.

—Eso lo has dicho tú —responde con cuidado—. Yo solo te recuerdo que ahora mismo ella está desesperada por no quedar mal delante de su ex y de su familia. Y tú, como siempre, estás dispuesta a lanzarte al vacío sin paracaídas con tal de que Harper esté bien.

Me quedo callada porque no tengo defensa posible. El baño parece encogerse, las paredes se acercan y el aire se vuelve irrespirable.

—En fin —suspiro, rendida—. Solo quería desahogarme un poco. Ya veré cómo hacerlo —añado. Y decido acabar con esta conversación—: ¿Qué tal va todo por allí?

Nathan capta el cambio de tema al vuelo y, bendito sea.

—Va todo bien —contesta con voz más alegre—. El Sweet Wheelz sigue girando, mi primo es un crack y los clientes preguntan por ti cada dos por tres. Tranquila, que no va a hundirse el barco.

Sonrío un poquito, aunque sea por inercia.

—Me alegro —digo de corazón—. Dale un abrazo a todo el mundo de mi parte.

—Y tú disfruta… o al menos sobrevive —bromea—. Te quiero, idiota.

—Y yo a ti, pesado.

Cuelgo y me quedo mirando la pantalla negra del móvil como si de pronto, la solución fuese a llegarme en un mensaje de WhatsApp. El silencio del baño es tan grande que oigo el tictac del reloj del pasillo y, sobre todo, el latido acelerado de mi propio corazón. Me levanto, me miro en el espejo y veo exactamente lo que esperaba: una mujer con cara de pánico que no engaña a nadie.

—Genial —murmuro con ironía—. Vas a fingir ser la novia de la mujer que te tiene loca desde hace años. Planazo del siglo.

Abro el grifo de la ducha y dejo que el agua corra hasta que sale caliente de verdad. El vapor empieza a llenar el pequeño espacio, empañando el espejo, difuminando mi reflejo hasta que desaparezco. Me quito la ropa despacio, como si al desnudarme pudiera deshacerme también del peso que llevo encima.

Entro bajo el chorro y cuando el agua me golpea la coronilla, los hombros, la espalda… Cierro los ojos y dejo que me envuelva por completo, que me cure por fuera, aunque por dentro siga igual de perdida. Sin embargo, Harper sigue ahí, ocupando todo mi espacio mental; la recuerdo riéndose en su habitación cuando me propuso la locura de fingir ser novias, con los ojos brillantes a causa de los nervios y la esperanza, agarrándome las manos como si yo fuera su salvavidas. La recuerdo en la cafetería, pálida y con los labios

apretados al chocar con Vanessa, intentando mantener la compostura mientras por dentro se desmoronaba.

Y entonces, descubro la razón por la que le dije que sí: porque verla sufrir se me hace más insoportable que todo el dolor que pueda sentir yo.

—Tengo que hacerlo por ella —susurro, dejando que el agua ahogue mis palabras—. Tengo que ser fuerte por ella.

Pero mi corazón late tan rápido que parece querer salir corriendo. ¿Y si Nathan tiene razón? ¿Y si al final esto acaba rompiéndome?

No sé con exactitud en qué momento Harper pasó de ser «la amiga guapa» a ser la persona sin la que no imagino mi vida. Quizá fue la primera vez que me esperó bajo la lluvia con un paraguas demasiado pequeño para las dos, o cuando se quedó hasta las tantas ayudándome a decorar la food truck aunque al día siguiente tenía reunión a primera hora. Quizá fue poco a poco, risa a risa, café a café, hasta que su voz se convirtió en la banda sonora de mis días.

Y ahora voy a tenerla cerca, muy cerca, durante días enteros. Voy a cogerla de la mano, a mirarla como si fuera mía, a dormir a dos habitaciones de distancia sabiendo que nunca podré decirle lo que siento de verdad.

Salgo de la ducha con el corazón en la garganta. Me envuelvo en la toalla. Tengo miedo de enamorarme todavía más. Tengo miedo de que ella note algo y todo se estropee. Tengo miedo de que, al final de estas fiestas, vuelva a Boston con el corazón más roto que nunca.

Cojo el móvil, abro nuestro chat y escribo tres o cuatro mensajes tontos que borro enseguida. Aquí no hace falta mensajearnos como en Boston; estamos a unos metros de distancia. Me visto con el pijama más cómodo que he traído, salgo al pasillo en penumbra y me acerco a la ventana del fondo. Afuera la nieve vuelve a caer en silencio, cubriendo el jardín con una capa nueva y limpia, como si el mundo entero pudiera empezar de cero.

Harper estará en su cuarto, seguramente dando vueltas, pensando en cómo venderle a su familia nuestra «historia de amor». Probablemente convencida de que esto le va a salvar las navidades. Yo solo puedo pensar en lo difícil que va a ser mirarla a los ojos sin confesarle todo, en lo peligroso que es fingir un amor que para mí es absolutamente real.

Suspiro contra el cristal frío.

—Esto no va a salir bien —musito, aunque una parte de mí, muy en el fondo, desea con todas sus fuerzas equivocarse.

8

Harper

La tarde se desliza con esa luz anaranjada tan típica del invierno, acariciando las paredes antes de que el sol se esconda del todo tras las colinas nevadas. El reloj del pasillo marca las cinco y media y el aroma a leña que sube desde la chimenea se entremezcla con el de las ramas de pino fresco que mamá ha colgado en cada rincón como si quisiera convertir la casa entera en un bosque navideño. Tengo la sensación de estar dentro de una burbuja cálida y perfecta, de esas que uno teme romper, y aunque al principio puse mil pegas para volver, ahora no puedo negar que este ambiente me está calando hasta los huesos de la mejor manera posible.

Mi abuela ya nos espera en la cocina con su delantal de cuadros rojos y blancos impecable, el pelo plateado recogido en una trenza de la que se escapan algunos mechones rebeldes y esa sonrisa enorme que siempre ha sido capaz de arreglarme el día entero. Cuando me ve entrar con Dakota pegada a mis talones, sus ojos se iluminan todavía más.

—Ya era hora de que bajarais, señoritas —nos recibe con esa voz dulce y un poco ronca—. Empezaba a creer que os habíais fugado otra vez al pueblo sin avisar.

—Jamás me atrevería a olvidarme de ti —respondo acercándome para plantarle un beso en la mejilla llena de arruguitas —. ¿Y los demás?

—Han ido a casa de los Smith a ayudar con no sé qué avería del árbol de Navidad y después se han llevado a Lauren a comprar algunos regalos más. Como si ya no hubiera suficientes… —explica mientras señala con la barbilla la mesa llena de ingredientes—. Así que hoy tenemos la cocina para nosotras solas. ¿No es perfecto?

—Una cita de chicas en toda regla —bromeo guiñándole un ojo, y ella suelta una carcajada que me llena el pecho de calor.

Dakota se queda un segundo de pie junto a la encimera, observando el caos organizado que mi abuela ha montado: bolsas de harina, azúcar moreno, cáscaras de naranja rallada, almendras tostadas, un tarro de miel dorada y una botella de vino dulce que promete un millón de cosas buenas.

—¿Qué vamos a preparar hoy? —pregunta con la mirada llena de luz.

Mi abuela levanta un dedo, como quien va a desvelar el secreto mejor guardado de la familia, y después nos dedica una sonrisa traviesa que le ilumina toda la cara.

—Mi famosa Trenza de Invierno —anuncia con una seriedad que nos arranca una risa a las dos—. Solo la hago cuando la casa está llena de gente que quiero.

El nombre me transporta de golpe a cuando tenía ocho años y esperaba impaciente junto al horno, con la nariz casi pegada al cristal, viendo cómo la masa subía y se doraba. Aquella trenza era mi perdición absoluta: una masa tierna y esponjosa rellena de almendra marcona, naranja confitada y un hilo de miel caliente que se derramaba al cortarla. Mi abuela siempre decía que esa receta

unía generaciones, que cada vez que alguien la horneaba, los que ya no estaban volvían un ratito a sentarse con nosotros a la mesa.

—Hoy toca invocar a los espíritus de las Navidades pasadas —digo en tono bromista, aunque se me escapa una nostalgia que no consigo disimular.

—Pues si esos espíritus vienen en forma de dulce, que vengan todos y se queden a vivir —añade Dakota con una sonrisa maravillosa.

Mi abuela la observa con un cariño tan evidente que me enternece el alma. La forma en que la mira, como si ya la considerara una más de la familia, me aprieta el pecho con una calidez inesperada.

—Me gusta cómo piensa esta muchacha —declara dándole una palmada suave en el brazo—. Toma, Dakota, ponte este delantal. Era el mío cuando tenía tu edad, y creo que a ti te quedará mucho mejor.

Dakota coge el delantal de color marfil con una delicadeza casi reverente, como si le estuvieran entregando una reliquia; se lo ata a la cintura con dedos un poco temblorosos.

—Gracias, Carol —murmura, y la timidez de su sonrisa me parece lo más bonito del mundo.

—Lo que tú decías… le queda mejor que a mí —suelto sin pensar, y las dos me miran a la vez: mi abuela con ojos pícaros y Dakota con las mejillas ligeramente coloradas.

—Venga, señoritas, manos a la obra —ordena la abuela dando otra palmada.

Nos repartimos las tareas como si lleváramos toda la vida cocinando juntas. Mi abuela calienta la leche con miel y ralladura de naranja hasta que huele de maravilla, yo mezclo la harina con la levadura y el azúcar moreno, y Dakota derrite la mantequilla con una concentración que me hipnotiza. Los ruidos de la cocina —el golpeteo de la cuchara de madera, el borboteo suave de la leche— se convierten en una sinfonía tranquila que me envuelve y me hace sentir, por primera vez en mucho tiempo, en paz de verdad.

—Cuidado con la harina, Harper —me advierte Dakota justo cuando se me escapa media bolsa y una nube blanca nos cubre a las dos como si hubiera estallado una bomba de talco.

—Demasiado tarde —respondo entre carcajadas, y ella estalla en una risa tan abierta y sincera que la cocina entera parece iluminarse.

Mi abuela se une a nosotras, y de pronto estamos las tres muertas de risa, con harina en el pelo y en la cara, como tres niñas pequeñas que han hecho una trastada.

—Nunca vas a dejar de ser un desastre enternecedor—me dice la abuela negando con la cabeza—. Menos mal que Dakota parece tener todo bajo control —añade mientras observa cómo mi amiga amasa con movimientos seguros y precisos, como si hubiera nacido para eso.

—Es que cinco años en el Sweet Wheelz tienen que servir para algo —explica Dakota encogiéndose de hombros, aunque se le nota orgullosa—. Nunca había hecho una trenza tan especial como esta.

—Tus manos saben lo que hacen porque hacen lo que aman —sentencia mi abuela con esa sabiduría sencilla que siempre me deja

pensando—. Y eso, niña, es el secreto de cualquier buena receta… y de casi todo lo demás.

Durante un instante nos quedamos en silencio, solo roto por el golpeteo de la masa contra la encimera y el murmullo de la lluvia que empieza a caer fuera. Yo me quedo quieta, mirándolas a las dos: a mi abuela con su delantal lleno de recuerdos y a Dakota con las mejillas encendidas por el calor del horno, y siento una punzada de algo muy parecido a la gratitud más pura.

Recuerdo perfectamente cuando Dakota me contó, una noche de copas y confidencias, que había perdido a su abuela cuando tenía quince años. Lo dijo sin dramatismo, con esa calma que siempre me ha parecido admirable —y otras, casi insoportable—, pero en sus ojos había un vacío que estoy segura no ha podido llenar con nada. Y ahora, viéndola reír con la mía, aprendiendo a trenzar la masa como si estuviera recibiendo la mayor de las herencias, me doy cuenta de lo mucho que me duele haber estado tantos años lejos de aquí, de esto.

—Abuela… —la llamo en voz baja, sin apartar la mirada de la mesa llena de harina—. Siento muchísimo no haber venido más veces por Navidad, de verdad. El trabajo, los horarios, las excusas… todo eso.

Ella levanta la vista y me dedica una sonrisa tan tierna que casi me hace llorar.

—No te preocupes, mi niña —responde limpiándose las manos en el delantal—. Lo único que importa es que ahora estás aquí. El resto ya está olvidado.

Sus palabras me abrazan. Dakota nos observa en silencio, con una expresión serena y respetuosa, y cuando nuestras miradas se cruzan me dedica una sonrisa pequeña que me calienta más que la cocina entera.

Juntas terminamos de trenzar la masa: tres tiras gruesas que se entrelazan con almendra picada y trocitos de naranja confitada brillando como si fueran joyas. La colocamos con cuidado en la bandeja y después de subir un poco, mi abuela la mete en el horno con la misma ceremonia que si estuviera oficiando una misa.

—Perfecta —declara admirando el resultado—. Exactamente como la hacía mi madre. Y ahora también es vuestra —añade con la voz ligeramente temblorosa—. Quiero que la hagáis juntas todos los años, aunque yo ya no esté aquí para meteros prisa.

—No digas eso —protesto al instante.

—No hay que tenerle miedo al tiempo, cariño —me contesta acariciándome la mejilla con la mano todavía enharinada—. Solo hay que procurar que deje buen sabor de boca.

El horno empieza a soltar un aroma que es pura infancia: miel caliente, masa recién hecha… Mi abuela se sienta junto a la ventana, mirando cómo la lluvia se transforma en nieve otra vez, y Dakota y yo recogemos en un silencio cómodo, lanzándonos miradas de vez en cuando.

—Te quiere mucho —me susurra Dakota mientras seca un cuenco con el paño.

—Y yo a ella —respondo con la garganta un poco cerrada—. Más de lo que soy capaz de decirle sin sentirme fatal por todo el tiempo que he perdido con ella.

—Seguro que lo sabe —afirma con esa certeza tranquila que tiene—. Las abuelas siempre saben esas cosas.

Cuando el *ding* marca la hora, mi abuela abre el horno y saca la bandeja con cuidado de no quemarse. La trenza está dorada, brillante, con la miel burbujeando ligeramente por los bordes, y el olor ya nos envuelve como una manta.

—La Trenza de Invierno está lista —anuncia orgullosa, y sus ojos brillan de emoción.

Dakota se inclina para olerla y cierra los ojos.

—Prometo aprenderme la receta de memoria —le dice a mi abuela—. Y si me da permiso, haré una versión mini para vender en el Sweet Wheelz. Con su nombre y todo.

—Claro que sí, hija —responde mi abuela dándole una palmadita en el brazo—. Estoy segura de que la harás con el mismo amor con el que la hemos hecho hoy.

Nos quedamos las tres alrededor de la mesa, cortamos un trocito pequeño para probar y el sabor me transporta treinta años atrás: dulce, cálido, con ese toque cítrico que se queda en la lengua y te obliga a cerrar los ojos un segundo.

—Esta noche la serviremos para toda la familia —decide mi abuela—. Quiero que todos prueben el recuerdo que hemos creado juntas hoy.

Y mientras la nieve sigue cayendo lenta y silenciosa fuera, cubriendo el mundo de blanco, siento que, a pesar de todos los errores, de todas las navidades que me perdí y de los miedos que traje en la maleta, volver aquí ha sido la mejor decisión que podía tomar. Porque hay momentos que uno sabe, incluso mientras los

vive, que se quedarán grabados para siempre. Y este, con mi abuela sonriendo, Dakota a mi lado y el sabor de la trenza en la boca, es sin duda uno de ellos.

9

Harper

El aire de la tarde está tan frío que hasta duele respirar. Las luces del pueblo se encienden poco a poco, primero las farolas, luego las guirnaldas que cruzan las calles de lado a lado; y al final todo se baña en ese resplandor dorado y cálido que solo existe en diciembre. Llevamos tres días aquí y, mientras caminamos en tropel con la familia —todos envueltos en gorros, bufandas y guantes que no combinan entre sí—, tengo la sensación de haber caído dentro de una de esas postales navideñas antiguas que mi abuela guarda en una caja de lata y que saca cada año para enseñárnoslas, aunque ya nos las sepamos de memoria.

Papá va delante contando con todo lujo de detalles los preparativos para la cena de Nochebuena como si fuera el general de un ejército de mazapanes; mamá y Lauren discuten acaloradamente sobre si hacen falta más bolas plateadas o si con las rojas ya vale, y la abuela, envuelta en su abrigo gris de toda la vida, se agarra del brazo de Ryan con una confianza absoluta mientras él la guía entre la nieve con esa paciencia infinita que siempre ha tenido con ella. A mi lado camina Dakota, con las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos del plumas y la mirada perdida en las luces, como si todavía estuviera procesando que esto es real, que nosotras somos reales para todo el mundo que nos rodea.

La miro de reojo y no puedo evitar sonreír.

—¿Seguro que no te estás arrepintiendo de haber aceptado este disparate? —susurro pegándome tanto a ella que mi aliento le debe hacer cosquillas en la oreja.

Ella gira la cabeza despacio, me dedica una sonrisa enorme que le llega hasta los ojos y responde en el mismo tono cómplice:

—Por ahora aguanto el tipo. Pregúntame dentro de una semana.

Contengo la risa y sigo caminando, con el corazón latiéndome un poquito más rápido de lo normal. Cada paso que damos me acerca un segundo más al punto sin retorno de este juego que empezamos hace nada y que ya parece haber cobrado vida propia.

El centro de Evergreen Hollow —porque aunque en los mapas ponga otro nombre, para todos nosotros siempre será Evergreen Hollow, el pueblo donde la Navidad se toma muy, muy en serio— está transformado por completo. Desde que tengo uso de razón lo convierten en un plató de película: guirnaldas que cruzan las calles como puentes de luz, farolas envueltas en cintas rojas y blancas, escaparates con muñecos de nieve que parecen guiñarte el ojo, un árbol gigantesco en la plaza que debe medir lo menos doce metros… Todo eso que me perdí durante años, refugiada en Boston con la excusa del trabajo, ahora me golpea de lleno y me llena los ojos de colores y los pulmones de olor a chocolate caliente y a madera quemada.

—¿Te acuerdas de cuando te escapabas a hurtadillas para ver el encendido del árbol? —pregunta la abuela de pronto, alzando la voz para que la oigamos por encima del bullicio.

—Cómo iba a olvidarlo —respondo con una sonrisa que se me escapa sola—. Me castigabais sin postre y al día siguiente repetía el del anterior.

—Solías tenernos en vilo —añade mamá entre risas—. Siempre aparecías con la nariz roja y las mejillas llenas de azúcar glas.

Sonrío porque sí, este sitio siempre ha sido mi lugar feliz. No por las luces ni por los puestos —aunque también—, sino porque en diciembre, todo puede ser un poquito más bonito de lo que es el resto del año.

Mientras avanzamos, siento que Dakota roza mi brazo con el suyo, un contacto tan leve que casi parece casual, pero que me recuerda al instante el pacto que tenemos. El teatro. La farsa preciosa que hemos montado. La miro de reojo y levanto las cejas con disimulo. Ella frunce el ceño sin entender. Muevo la cabeza hacia abajo, hacia nuestras manos escondidas en los bolsillos, y abro mucho los ojos en plan «¡venga ya!». Ella arquea una ceja, divertida, como diciendo «¿en serio, ahora?». Yo asiento con energía. Ella niega con la cabeza, conteniendo la risa. Insisto con una mueca exagerada que debe parecer de dibujo animado. Al final pone los ojos en blanco, se muerde el labio para no reírse y saca la mano del bolsillo. Somos las reinas de la mímica.

Cuando sus dedos, cubiertos por el guante de lana, rozan los míos y finalmente se entrelazan, siento un cosquilleo que me recorre la palma y sube por el brazo hasta instalarse en algún sitio cerca del corazón. Es ridículo. Es parte del plan. Pero su mano encaja tan bien en la mía que por un segundo olvido que todo esto es mentira.

No me da tiempo ni a contar hasta tres.

—¡Por todos los santos del cielo! —grita mamá al girarse y vernos—. ¡¿Se puede saber por qué narices no nos habíais dicho nada?!

La familia entera se para en seco. Dakota y yo nos quedamos plantadas en mitad de la acera, con las manos unidas como dos adolescentes pilladas en pleno beso.

—Precisamente… por esa reacción —contesto intentando no reírme—. No queríamos montar un circo.

—¿Que no queríais montar un circo? —repite Lauren con los ojos como platos—. ¡Si llevas años diciendo que el amor no era lo tuyo, que bastante tenías con el trabajo! ¡Qué calladito os lo teníais, par de dos!

Le da un codazo a Dakota que la hace sonrojarse hasta las orejas.

—Bueno… a veces las cosas cambian cuando menos te lo esperas —responde ella con una naturalidad que me deja alucinada y que podría convencer hasta al mismísimo Papá Noel.

La abuela, que observa todo desde atrás, asiente muy despacio.

—Ya lo sabía yo —declara con una seguridad pasmosa—. Hacéis una pareja preciosa. Se os nota desde el primer día.

Papá sonríe de oreja a oreja y suelta un «ya era hora, hija» que provoca carcajadas generales. «No podía faltar la referencia a la solterona», pienso. Mamá nos mira con los ojos brillantes, como si acabáramos de anunciarle que nos casamos mañana.

Yo, por dentro, estoy a punto de explotar: de vergüenza, de risa, de alivio, de todo junto. Pero funciona. Funciona tan bien que casi me lo creo. Dakota me lanza una mirada rápida que es mitad pánico, mitad «luego te voy a matar», y yo le aprieto la mano en señal de victoria absoluta.

El paseo sigue, aunque ahora todas las conversaciones giran en torno a nosotras como planetas alrededor del sol.

—¿Y desde cuándo estáis juntas? —pregunta mamá sin poder contenerse más.

Dakota abre la boca y la vuelve a cerrar, así que hablo yo antes de que se bloquee.

—Unos meses —miento con una sonrisa que espero parezca de estar enamorada. Pero enamorada de verdad—. Al principio no queríamos decir nada hasta estar seguras… ya sabéis.

—Y habéis hecho bien —sentencia la abuela—. Lo que se cuida en silencio crece más fuerte. Como los buenos bizcochos: cuanto menos los toqueteas, mejor suben.

El comentario me deja muda. Dakota sonríe y, por un segundo, me pregunto si la abuela no estará viendo locuras.

Llegamos por fin a la plaza del Mirador, mi sitio favorito del mundo mundial. Está encima de una de las pequeñas colinas y desde ahí se ve el resto del pueblo: lucecitas más pequeñas que parpadean como estrellas caídas, chimeneas que echan humo blanco, tejados cubiertos por una capa perfecta de nieve. En el centro, el abeto gigante brilla con miles de bombillas, y alrededor los puestos del mercado navideño forman un círculo mágico de madera y luces.

—Es… espectacular —susurra Dakota a mi lado, con los ojos muy abiertos—. Ahora entiendo por qué te volvías loca con este sitio.

—Venía aquí cuando necesitaba desconectar de todo —le cuento en voz baja, casi como si le confesara un secreto—. Me sentaba en ese banco de ahí, con un chocolate caliente y los auriculares puestos, y me quedaba hasta que apagaban las luces.

Ella me mira un segundo que por lo pronto, se me hace más largo.

—Pues ahora tendrás que traerme más a menudo —dice con una suavidad que me descoloca por completo.

La familia se dispersa entre los puestos: mamá y Lauren buscando adornos, papá y Ryan probando el ponche, la abuela sentada en un banco con su chocolate. Nosotras nos quedamos solas frente al árbol, con las manos todavía entrelazadas y las luces reflejándose en sus ojos azules como si fueran un cielo lleno de estrellas.

—Oye… —rompo el silencio—. Mañana montan la pista de hielo más abajo. ¿Te apetece ir? Podríamos patinar un rato.

—¿Patinar? —pregunta arqueando una ceja.

—Claro. Además, necesito humillarte en público por lo menos una vez estas vacaciones.

Ella suelta una carcajada.

—¿Estás segura de que la que va a acabar en el suelo voy a ser yo? —replica, desafiándome.

—Completamente —respondo sacándole la lengua como una niña.

Pero la burbuja se rompe cuando veo a Vanessa de reojo.

Está a unos metros, junto al puesto de chocolate caliente, con su abrigo crema perfecto y las orejeras que le hacen parecer sacada de una revista. Emily está a su lado, sosteniendo dos vasos humeantes mientras Vanessa le dice algo al oído.

Mi cuerpo se tensa. Dakota sigue mi mirada y, al reconocerla, su expresión se vuelve suave, casi protectora. Odio que me vea así de vulnerable. Vanessa levanta la vista justo en ese momento. Me ve, y sonríe.

Ya está. Se acabó darle el gusto de verme incómoda.

Sin pensarlo dos veces, aprieto la mano de Dakota con fuerza, enderezo la espalda y le devuelvo la sonrisa más brillante que tengo.

Vanessa se acerca con paso tranquilo.

—¡Qué casualidad! —exclama con melosidad—. ¿Qué hacéis por aquí?

—Pasear con la familia —respondo—. Y disfrutar de las luces con mi novia.

La palabra sale redonda, segura, y veo cómo el gesto de Vanessa vacila un instante antes de recomponerse.

—Qué bien —dice recuperando la compostura—. Pues que tengáis una tarde estupenda.

—Igualmente —contesto con dulzura, y aprieto un poco más la mano de Dakota antes de tirar de ella para seguir caminando.

Pasamos por delante de ellas con la cabeza alta. Siento sus miradas en la espalda, pero no me giro. Dakota entrelaza sus dedos con los míos con más fuerza, como diciendo «estoy aquí, tranquila».

—¡Nos vemos por ahí! —grita Vanessa a nuestra espalda con un tono que pretende ser alegre.

Seguimos avanzando entre la gente, la nieve que empieza a caer con más ganas y los villancicos que suenan de fondo. Dakota me aprieta la mano una vez más, en silencio, preguntándome sin palabras si estoy bien. Y aunque una parte de mí todavía tiembla por dentro, no puedo evitar sentir una especie de euforia salvaje.

«Perfecto», pienso mientras las luces nos envuelven y la música nos arropa. «El plan está saliendo mejor de lo que jamás imaginé».

—¿Vamos a comer algo? —propongo, y Dakota asiente sin pensarlo.

10

Dakota

—¡Harper Lewis, qué sorpresa! ¡La eterna desaparecida! —brama una voz masculina nada más cruzar la puerta del restaurante, antes siquiera de que me dé tiempo a quitarme la bufanda.

Un tío alto, ancho de espaldas, con el pelo castaño revuelto y una sonrisa que parece iluminar todo el local se lanza sobre Harper como si hiciera diez años que no se ven, y la envuelve en un abrazo de oso que la levanta del suelo sin esfuerzo aparente. Ella suelta un gritito de sorpresa que se transforma al instante en una carcajada, y yo me quedo allí plantada, con la puerta entreabierta a mi espalda, dejando que la nieve se cuele dentro y choque contra el olor intenso a carne asada que llena el ambiente.

El restaurante entero parece detenerse un segundo para mirar la escena.

—Jacob Miller, suéltame antes de que me rompas algo —protesta Harper entre risas cuando por fin consigue liberarse de él—. ¿Sigues abrazando así o es un trato VIP reservado solo para mí?

—Solo para la gente que de verdad he echado de menos —responde él sin soltarla del todo, con una voz grave y cálida que parece hecha para contar historias junto a una hoguera—. No me lo puedo creer. Harper Lewis en carne y hueso, y por Navidad.

—Ya ves, hasta yo hago milagros de vez en cuando —contesta ella mientras se arregla el abrigo y se pasa una mano por el pelo.

Yo cierro la puerta por fin y me acerco despacio, reconociendo el nombre al instante: Jacob Miller, el primer amor serio de Harper, el bombero del pueblo, el que aparecía en fotos antiguas con dieciocho años y una sonrisa que podía romper mil y un corazones. Lo había mencionado alguna vez, casi de pasada, pero nunca con tanto detalle como para prepararme para esto.

Aunque no sé para qué me tengo que preparar exactamente.

—¿Jacob Miller? —pregunto acercándome, más por romper el hielo.

Él se gira hacia mí y me ofrece una mano enorme, con una sonrisa abierta y sincera que no deja lugar a dudas.

—El mismo que viste y calza. ¿Y tú eres…?

No dejo que Harper abra la boca. Extiendo la mano, la estrecho con firmeza y sonrío con toda la naturalidad que soy capaz de fingir en ese momento.

—Dakota —respondo—. La novia de Harper.

El silencio dura apenas un segundo, pero es suficiente. Veo de reojo cómo Harper abre los ojos como platos y traga saliva, y yo, sin darle tiempo a reaccionar, entrelazo mis dedos con los suyos como si lleváramos años haciéndolo cada día. Me sale tan fácil que hasta me asusto un poco.

Jacob parpadea una vez, luego otra, y después su cara se abre en una sonrisa todavía más grande.

—Vaya, vaya —exclama—. Así que al final alguien consiguió atraparte, Lewis. Enhorabuena a las dos.

—Estaba segura de que pasar las Navidades aquí sería un acierto —añado, mirando a Harper con una sonrisa—. Y parece que sí había gente que la echaba de menos.

Harper me mira de reojo, entre divertida y alucinada, y aprieta mi mano como diciendo «¿de verdad acabas de soltar eso?». Yo le devuelvo una sonrisa inocente.

Jacob nos invita a sentarnos con su grupo sin opción a réplica: Mason, su compañero de turno, un tipo simpático con voz profunda; Eli, el mecánico oficial del pueblo y especialista en soltar chistes malos, y Rachel, enfermera pelirroja con una risa que contagia a tres mesas de distancia.

The Pine & Hearth es exactamente el sitio que imaginaba: paredes de madera oscura, lámparas de forja que cuelgan del techo, una chimenea enorme en una esquina y velas encendidas en cada mesa que huelen a pino y a canela. En el fondo, alguien toca el piano con suavidad, versiones lentas de villancicos que te abrazan por dentro. Es tan acogedor que casi duele.

Nos sentamos. Harper enfrente de Jacob, yo a su lado, muy cerca. El camarero deja las cartas y se marcha con una sonrisa. Yo intento leer la mía, de verdad que lo intento, pero las letras bailan y se mezclan con las risas y con la forma en que Harper se inclina hacia delante cuando Jacob empieza a contar batallas antiguas.

—¿Y tú qué, Jacob? —le pregunta ella, con una enorme sonrisa —. ¿Sigues salvando gatos de árboles y apagando chimeneas mal encendidas?

—Algo más que eso, pero sí —responde él riendo—. Sigo en el parque. Capitán de turno desde hace dos años. El pueblo no me

deja marchar, ya lo sabes.

Ella asiente, y veo cómo sus ojos se suavizan con esa nostalgia que siempre aparece cuando habla de este lugar. Yo intento centrarme en la carta, pero no hay manera.

—Fuimos novietes, ¿sabes? —suelta Jacob de pronto mirando directamente hacia mí, con una naturalidad que me deja helada—. El primer amor de verdad de esta cabezota. Justo cuando entré en el parque. Éramos unos críos.

Harper se atraganta con la cerveza y tose un poco.

—Ha llovido mucho, Jacob —responde ella, refugiándose detrás del vaso.

Yo sonrío. O al menos intento que parezca una sonrisa. Porque claro que tiene pasado. Claro que tiene historias con otras personas. Claro que alguna vez miró a alguien como me mira a mí ahora mientras fingimos, y ya no me mirará más. Pero oírlo así, de golpe, con esa familiaridad tan cómoda, me da una punzada justo debajo del esternón que no esperaba.

Celos. Puros, absurdos y reales.

El camarero trae los platos: guiso de ternera que huele a gloria, puré cremoso, pan recién hecho… El vapor me golpea la cara y me obliga a volver al presente. Cojo el tenedor como si fuera un salvavidas.

—¿Y tú, Dakota? —pregunta Rachel con cierta curiosidad—. ¿A qué te dedicas?

—Tengo una food truck de dulces en Boston —respondo agradecida por el cambio de tema—. El Sweet Wheelz. Llevamos

cinco años y, la verdad, no me imagino haciendo otra cosa.

—¿Dulces? —interviene Eli levantando su jarra—. Entonces eres oficialmente la persona más peligrosa de esta mesa.

—Depende de la cantidad de azúcar que aguantéis —contesto riendo, y por un rato consigo relajarme de verdad.

Hablamos de cupcakes, de niños hiperactivos en Halloween, de la vez que Harper casi incendia la cocina del food truck probando una receta nueva, en una de esas tardes en las que me ayudó después del trabajo… Todos ríen, yo también, y durante unos minutos la conversación fluye de maravilla. Pero cada vez que Harper se gira hacia Jacob y se le ilumina la cara con un recuerdo compartido, siento que algo se me tensa otra vez por dentro.

No tengo derecho. Lo sé. Esto es teatro. Un pacto con fecha de caducidad. Pero cuando él le roza la mano al pasarle la cesta del pan, siento que me quema la piel, aunque no sea la mía.

—¿Estás bien? —me susurra Harper de pronto, inclinándose hacia mí con cierta preocupación.

—Perfectamente —miento con una sonrisa que espero la convenza—. Es la cerveza, que me ha subido rápido.

Ella asiente, aunque no se lo traga del todo.

La cena sigue entre anécdotas, risas y más cerveza. Jacob cuenta la vez que tuvieron que rescatar a un reno de plástico del tejado de la iglesia, Harper se parte con la historia de cuando se quedó encerrada en el instituto después del baile de fin de curso, y yo participo, sonrío, bromeo ante sus comentarios… Pero por dentro voy contando los minutos para que termine.

Al final brindamos «por los reencuentros y por las sorpresas del invierno», y cuando nos despedimos en la puerta, Jacob abraza a Harper otra vez.

—Me ha alegrado muchísimo verte —le dice mirándola a los ojos—. No desaparezcas otros tantos años, ¿vale?

—Prometido —responde ella con una sonrisa que parece sincera.

—Y tú, Dakota —añade girándose hacia mí—, cuídala mucho. Es un tesoro.

—No lo dudes ni un segundo —contesto sin pestañear.

Cuando se alejan entre la nieve, el silencio entre nosotras cae como una losa. Caminamos despacio por la calle recién nevada, con las huellas de nuestras botas marcando el camino. Harper mete las manos en los bolsillos y su aliento forma nubecitas blancas que se deshacen en el aire helado.

—¿De verdad estás bien? —pregunta sin mirarme directamente.

—Claro —miento otra vez—. Solo estoy cansada. Cambiar de rutina me deja ko.

Ella se detiene, me mira a los ojos como si intentara leer más allá, y al final suspira y se agarra de mi brazo con naturalidad.

—Vamos a casa —dice—. Mañana será otro día.

Caminar así, pegadas, con su cuerpo rozando el mío a cada paso, debería ser fácil. Debería ser parte del guion. Pero no lo es. Su perfume me envuelve, cálido, con ese toque cítrico y floral que siempre lleva, y se mezcla con el frío hasta marearme.

Cierro los ojos un instante mientras avanzamos entre la nieve y las luces parpadeantes. No sé si es la cerveza, el cansancio o la tormenta que tengo dentro, pero hay una certeza que me duele reconocer: fingir que esto no me afecta va a ser mucho más difícil de lo que imaginé. Y mucho más doloroso también.

11

Harper

El cielo se abre en un azul tan puro que parece recién pintado, y el sol rebota sobre la nieve recién caída como si quisiera derretirla con alegría. Delante de nosotras, la pista de patinaje reluce como un espejo gigante, llena hasta los topes: niños que chillan muertos de risa, parejas que patinan cogidas de la mano como si el hielo fuera suyo, adolescentes que se hacen los valientes y se estampan nada más dar dos pasos. Algunos abandonan la pista con las mejillas coloradas y se lanzan a los puestos de chocolate caliente y esas galletas de canela que huelen a Navidad desde tres calles más allá.

Cuatro días, y ya siento que he recuperado los años perdidos.

Aprieto los patines que llevo colgados al hombro y me giro hacia Dakota. Su bufanda amarilla le tapa hasta la nariz, pero no consigue ocultar esa sonrisa que parece tener vida propia. Tiene las mejillas encendidas, el gorro naranja ligeramente ladeado y un mechón negro rebelde que se niega a quedarse quieto. Sin pensarlo dos veces, alargo la mano y se lo arreglo, como si colocar bien ese trozo de lana fuera lo más importante del mundo en este momento.

—Lo llevabas torcido —le digo, con la excusa más tonta que se me ocurre.

Ella alza una ceja por encima de la bufanda.

—¿Ya está a tu gusto, señorita perfeccionista? —replica, inclinando la cabeza con un gesto que me hace suspirar.

—Muchísimo mejor, sí —respondo, y me doy cuenta de que sonrío como una idiota.

A veces tenemos estas conversaciones absurdas que no llevan a ninguna parte y, al mismo tiempo, nos dicen todo lo que necesitamos saber la una de la otra.

Nos quedamos mirándonos un par de segundos más de lo estrictamente necesario. Siento un cosquilleo que me sube desde los dedos de los pies hasta la nuca, una especie de corriente silenciosa que me obliga a apartar la vista antes de que ella note que lo estoy haciendo.

Carraspeo, miro hacia cualquier lado y señalo la pista con la barbilla.

—¿Y si nos apostamos algo? —propongo, buscando desesperadamente cambiar de tema y bajar la tensión que flota entre nosotras.

Cosa que, obviamente, no consigo.

Dakota se cruza de brazos y clava la mirada en los patines que cuelgan de su hombro como si estuviera calculando una estrategia posible a ganar.

—¿De verdad quieres arriesgarte tanto, Harper Lewis? —pregunta con cierta picardía juguetona—. Porque podría ser divertido… siempre y cuando la apuesta valga la pena, claro.

Me río, porque no me queda otra.

—Tú dirás.

Se lleva el índice a los labios, fingiendo pensar, aunque sé perfectamente que ya lo tiene todo planeado.

—Vale. Si gano yo; o sea, si me caigo menos veces que tú, te tocará preparar brownies navideños para repartir en The Pine & Hearth… para todo el pueblo. Imagínatelo: mesas larguísimas, gente entrando y saliendo, villancicos de fondo, olor a chocolate por todas partes… Sería el evento del año.

Abro los ojos como platos.

—¿Cocinar para todo Evergreen Hollow? ¿Estás loca? Si lo único que sé hacer sin quemar nada es en la cocina del Sweet Wheelz.

—Precisamente por eso —contesta con una sonrisa maliciosa que me dan ganas de borrarle de un beso «mierda no, mejor de un tortazo, aún no lo tengo claro»—. Considéralo un desafío personal. Además, yo estaré ahí para supervisarte, no te preocupes.

Meneo la cabeza, conteniendo la risa. Dakota y sus ideas imposibles, siempre tan segura de sí misma, tan creativa, tan… irritantemente perfecta.

—Está bien —acepto, alzando la barbilla—. Pero si gano yo, me das la receta secreta de esos brownies de triple chocolate que haces en la food truck. Y no quiero excusas ni ingredientes «aproximados». Quiero cada gramo y cada minuto de horno. Quiero poder hacérmelos todos los fines de semana hasta que me dé un subidón de azúcar.

Sus ojos brillan con algo que no sé descifrar. Se queda callada un instante, se muerde el labio inferior y, por fin, extiende la mano enguantada.

—Trato hecho —sentencia.

—Trato hecho —repito, y estrechamos las manos.

El contacto dura apenas dos segundos, pero es suficiente para que note cómo se me acelera el pulso. Su piel está caliente a pesar de los guantes y del frío que nos rodea.

Caminamos hasta el banco de madera junto a la valla, nos sentamos y empezamos a cambiarnos los zapatos por los patines. El asiento está helado, y este se me cuela por los vaqueros hasta los huesos. Mientras me ato los cordones, observo a Dakota: se concentra como si estuviera montando una tarta de tres pisos, con esa elegancia natural que tiene hasta para las cosas más tontas.

—¿Lista? —pregunta al ponerse de pie con una agilidad que me deja con la boca abierta.

—Más que lista —respondo, y me levanto con menos gracia de la que me gustaría.

Entramos en la pista. Las cuchillas crujen sobre el hielo y un escalofrío me recorre la espalda. Los primeros metros son un desastre: brazos abiertos, rodillas temblando, el corazón en la garganta. A mi lado, Dakota se desliza como si hubiera nacido con patines puestos.

—¡Vaya, vaya! ¡Parece que los años sentada delante de un ordenador te han oxidado un poco! —grita mientras gira a mi alrededor con una facilidad que me saca de quicio.

—¡Ya veremos quién ríe la última cuando te hartes de hacer piruetas! —le contesto, aunque en el fondo sé que esto lo tengo perdido.

«Cocinar para todo el pueblo. Madre mía, ¿cómo se te ocurre Harper?»

Acelero un poco, intentando no quedarme atrás, pero el hielo tiene otros planes. Un niño pasa como un cohete, me roza el brazo y pierdo el equilibrio por completo. Justo cuando creo que voy a comerme el suelo, veo cómo Dakota choca contra otro patinador y cae de espaldas con un grito cómico.

Me detengo como puedo, me inclino hacia ella y le ofrezco la mano muerta de risa.

—¿Qué decías, campeona?

Ella acepta la ayuda con las mejillas rojas como tomates y la risa todavía bailándole en los labios.

—Calla, calla… Tú sigue patinando, que ahora te pillo.

Reímos las dos, y por unos minutos todo es fácil, ligero, perfecto. No hay exnovias que duelan, ni secretos, ni fingimientos que podrían agotarnos el corazón. Solo el hielo, las risas y esa conexión que crece sin pedir permiso.

Doy otra vuelta más rápida, el aire frío me azota la cara, las cuchillas suenan como una canción que solo conocemos nosotras. Hasta que algo rompe la magia. A lo lejos, en el borde de la pista, observo que están Vanessa y Emily. Compartiendo un vaso de chocolate caliente, riéndose como si el mundo siguiera siendo suyo. Me quedo clavada en el sitio. Esto debería de dejar de afectarme tanto…

Intento disimular, respirar hondo, seguir adelante, pero la angustia me aprieta el pecho. Las piernas se me ponen rígidas, el corazón me late en los oídos y, cuando quiero darme cuenta, un grupo de niños se cruza delante de mí como una manada de renos borrachos. Trato de esquivarlos, giro demasiado rápido y… plaff.

Efecto dominó. Todos al suelo en una maraña de brazos, piernas y risas.

—Joder… —susurro mientras intento sentarme en el hielo.

—¿Está bien? —pregunta un niño pequeño con los guantes blancos.

—Sí, sí, perdonad, ha sido culpa mía. ¿Vosotros estáis bien?

Asienten entre carcajadas y salen disparados como si no hubiera pasado nada.

—Menudo espectáculo —oigo a mi lado. Dakota se acerca conteniendo la risa, con los ojos brillantes—. Lástima no haberlo grabado para la posteridad.

—No digas ni mu —la advierto, intentando levantarme.

Y, claro, resbalo otra vez y vuelvo a caer de culo delante de ella. Dakota estalla en una carcajada tan contagiosa que hasta a mí me dan ganas de reír, aunque en realidad me gustaría que me tragara la pista entera. Odio esto. Odio que Vanessa siga teniendo tanto poder sobre mí, aunque ni siquiera me esté mirando.

—Creo que alguien acaba de perder su apuesta —canturrea Dakota entre risas.

—Sí, creo que sí —admito, forzando una sonrisa, aunque el orgullo me queme por dentro—. Un trato es un trato.

Me ayuda a levantarme y salimos de la pista tambaleándonos. El aire frío nos golpea nada más abandonar el hielo. Me quito los guantes, me froto las manos intentando recuperar calor y la miro de reojo. Dakota está radiante, con esa luz traviesa en los ojos que aparece cuando gana algo importante.

—Entonces… brownies para todo el pueblo —me recuerda, alzando una ceja con aire triunfal.

—No me lo recuerdes, por favor —protesto, aunque empiezo a encontrarle la gracia—. Aunque… igual hasta acabo disfrutándolo.

—Tranquila, estaré a tu lado en ese desastre culinario —promete, guiñándome un ojo.

Nos quedamos un rato calladas, mirando la pista desde fuera. Las luces parpadean, la gente ríe, los villancicos suenan lejanos. Todo parece envuelto en una burbuja de felicidad sencilla. Por un instante me olvido de Vanessa, de Emily, del pasado que aún me persigue. Solo existe este momento, esta calma que solo siento cuando estoy con ella.

El viento sopla suave y un copo de nieve se posa en su nariz. Sin pensarlo, alargo la mano y se lo quito con cuidado. Ella me mira y sus ojos azules reflejan todas las luces del pueblo.

El mundo se detiene.

Quiero decirle algo, cualquier cosa que explique este nudo que tengo en el pecho, pero las palabras se me atascan. Dakota sonríe y me obliga a respirar hondo.

Este plan no debería sentirse tan real.

Nos alejamos del bullicio caminando despacio hacia el centro. Las luces de los puestos nos acompañan, tiñendo la nieve de colores cálidos. De pronto, Dakota se adelanta unos pasos, se gira y me mira con esa sonrisa enorme que ilumina más que todas las guirnaldas juntas.

—No recordaba lo competitiva que puedes llegar a ser.

—No solemos tener citas tan… intensas —respondo antes de poder morderme la lengua.

Se queda callada un segundo. La palabra «citas» flota entre nosotras como un copo que aún no decide si caer o seguir suspendido en el aire.

—Ya… claro —musita al fin, con un tono que no sé cómo interpretar.

Camino un poco más rápido para disimular el calor que me sube al cuello a pesar del frío. Ella mete las manos en los bolsillos del abrigo y me observa de reojo, con esa sonrisa traviesa que se le ha instalado en la cara desde hace días.

—¿Qué? —pregunto, nerviosa—. Me estás mirando raro.

—Nada… solo pensaba que deberíamos compensar tu estrepitosa derrota de alguna manera —contesta, con un brillo juguetón en los ojos.

—¿Compensar? ¿Cómo?

—No sé… tal vez haciendo algo que se te dé mejor que patinar.

—¿Por ejemplo? —la reto, cruzándome de brazos sin borrar la sonrisa.

No responde con palabras. Baja la vista al suelo, se agacha disimuladamente y, antes de que me dé tiempo a reaccionar, una bola de nieve perfecta impacta contra mi abrigo con un «plof» rotundo.

—¡Oye! —protesto, mirando la mancha blanca con los ojos como platos.

—¡He ganado otra ronda! —exclama, y echa a correr entre risas.

No me lo pienso dos veces. Me agacho, cojo nieve, la compacto con saña y lanzo. Le doy en pleno hombro. Dakota suelta un grito que se convierte al instante en una risa gloriosa. De repente estamos corriendo entre los árboles, esquivando bancos, farolas y montones de nieve, lanzándonos bolas como si tuviéramos diez años otra vez.

Me quema el aire en los pulmones de tanto reír. Ella se esconde detrás de un arbusto, pero el gorro naranja la delata. Me acerco sigilosa, levanto el brazo… y Dakota se incorpora de golpe y me da en toda la cara.

—¡Eso es juego sucio! —grito entre risas, limpiándome la nieve de las pestañas.

—¡En el amor y en la nieve todo vale, Lewis! —me provoca, muerta de risa.

—¡Esto no es…! —empiezo, pero no termino.

Porque al intentar esquivar su siguiente ataque piso una placa de hielo traicionera y pierdo el equilibrio. Dakota se lanza a sujetarme, pero solo consigue verse arrastrada conmigo. Caemos las dos en un montón de nieve blanda, entre risas y jadeos. Ella queda encima, apoyada con una mano a cada lado de mi cabeza, respirando agitada.

El mundo se calla. Solo se oyen nuestras respiraciones mezclándose en nubes blancas. Sus ojos azules me miran sin parpadear, tan cerca que puedo contarle las pestañas cubiertas de copos. Su aliento me roza la mejilla, cálido, dulce, a una distancia

peligrosamente pequeña. Podría apartarme, soltar una broma, romper el hechizo antes de que sea demasiado tarde. Pero no me muevo. No quiero moverme. Y no entiendo por qué.

—Creo que… —susurra.

—¿Qué…? —musito yo, con la voz ronca.

Ella sonríe, niega suavemente con la cabeza. Un copo se posa en su párpado y, sin pensarlo, alargo los dedos para quitárselo.

—Nada —dice todavía sobre mí—. Solo que… las derrotas no te sientan nada mal.

Y se ríe como si no acabara de poner mi mundo patas arriba.

Me incorporo un poco. Nuestras rodillas se rozan bajo la ropa gruesa y siento un cosquilleo que me recorre entera. No entiendo por qué me cuesta tanto apartar la vista, por qué siento que si me acerco un centímetro más ya no habrá marcha atrás. A lo lejos suenan villancicos, las luces parpadean entre los árboles, la gente sigue con su vida. Pero aquí, ahora, solo existe la nieve derritiéndose en mis mejillas, su respiración agitada y esa sonrisa que se me clava muy dentro del pecho.

«No. No. Mil veces no. Este plan no debería sentirse así de ninguna maldita manera.»

12

Dakota

Han pasado tres horas desde que hemos vuelto y, por más que lo intento, mi cabeza se niega a salir de aquel instante exacto: la nieve cayéndonos encima, las risas que se fueron apagando despacio, su cara tan cerca de la mía… como para poder contar cada una de sus pestañas cubiertas de pequeños copos. No entiendo qué demonios me pasa. He hecho todo lo posible por distraerme; ayudar a Carol con la cena, poner la mesa con esmero, cantar villancicos desafinando a propósito para arrancar alguna carcajada, incluso reírme de mí misma cuando he confundido la sal con el azúcar. Pero nada funciona. La imagen de Harper, con las mejillas encendidas por el frío, sus labios entreabiertos y los ojos brillando de una forma que nunca le había visto, vuelve una y otra vez, se repite en bucle, se me clava como una astilla que no hay manera de sacar.

Ahora mismo estamos en la cocina, donde el calor del horno ha empañado todos los cristales y el aire huele a canela, naranja, clavo y ese pan recién horneado que parece abrazarte nada más entrar. Carol corta manzanas con cuidado y esmero, y mientras tanto me va dando instrucciones con esa voz tan dulce que ya nunca voy a olvidar. El resto de la familia llegará en cualquier momento y quiere tener la cena perfecta para recibirlos.

—Dakota, preciosa, ¿te importaría pelar las granadas? —me pide sin levantar la vista del cuchillo.

—Claro que no —respondo. Y durante unos minutos consigo que mis manos se muevan solas, que mi cabeza se centre en algo tan simple como separar las semillas rojas que caen en el cuenco como si fueran rubíes diminutos.

Estamos preparando una ensalada de invierno con granada, nueces tostadas, queso fresco y un aderezo de miel y limón que Carol jura que es tradición en la familia desde que su abuela era niña. Dice que las semillas simbolizan prosperidad para el año nuevo, y yo siento como si eso pudiera llenar de algún modo el vacío que noto crecer dentro de mí.

—De verdad que me hace mucha ilusión que hayas venido con Harper estas fiestas —comenta de pronto, y el cuchillo se me queda suspendido a medio camino.

—Yo también estoy encantada de estar aquí —consigo articular.

Ella me lanza una mirada rápida por encima de las gafas y sonríe con esa complicidad que tienen las abuelas cuando saben más de lo que dicen.

—A veces pienso que mi nieta necesita a alguien que le baje un poco los humos, que le recuerde que la vida no es solo correr de un lado a otro y trabajar hasta caer rendida en el sofá. Alguien que le enseñe a parar, a mirar alrededor, a disfrutar de verdad.

—Supongo que todos necesitamos a alguien así alguna vez —respondo, y noto cómo el nudo del estómago se aprieta un poco más.

Harper no está en la cocina. Hace un rato sonó su móvil y murmuró algo sobre una llamada urgente de Jenna, su compañera

de Boston. Salió al pasillo con el teléfono pegado a la oreja y prometió volver en dos minutos. Pero ya han pasado veinticinco.

Carol deja el cuchillo, se seca las manos en el delantal a cuadros y suspira con una mezcla de cariño y resignación.

—¿Me haces un favorcito, cielo? —pregunta—. Baja al sótano y trae una botella de vino tinto. Hay una caja a la izquierda nada más bajar las escaleras, la etiqueta está un poco desgastada, pero la reconocerás en cuanto la veas.

—Sin problema —contesto, me quito los guantes de cocina y salgo al pasillo.

En el salón suena «All I Want for Christmas» a volumen bajito y las luces del árbol parpadean en dorado y rojo, como si quisieran recordarle al mundo que aquí dentro todo es cálido y seguro. Camino canturreando la melodía sin darme cuenta, pero al doblar la esquina, la voz de Harper me frena en seco.

Está en el despacho pequeño que da al jardín trasero. La puerta está entreabierta y su voz llega clara, aunque habla en susurros, como si temiera que alguien la pudiese escuchar.

—No, Jenna, no es eso… Ya te lo he explicado, estoy bien —la oigo protestar, cansada—. Solo que… no sé. Todo esto me tiene la cabeza hecha un lío.

Doy un paso atrás por instinto. Sé que no debería escuchar, que lo correcto sería seguir mi camino y fingir que no he oído nada, pero mis pies se han quedado pegados al suelo.

—Ver a Vanessa ha sido… extraño —continúa Harper, y su voz tiembla un poco—. Creía que lo tenía superado, de verdad, pero cada vez que la veo con Emily me entra un cabreo que… —La oigo

suspirar, debe de haber tocado el pecho, porque hace una pausa— …que no sé cómo explicar. No es que todavía la quiera, o al menos eso pienso… Es más bien que me duele verla tan tranquila, tan feliz, como si yo nunca hubiera existido en su vida.

El corazón se me encoge. Bajo la mirada al suelo, buscando el aire, en un intento de que mi cuerpo no empiece a temblar.

—Puede que no haya cerrado del todo esa etapa —admite Harper de nuevo—. Hay heridas que tardan más de lo que una quisiera en cicatrizar, aunque te empeñes en buscar a otra persona que te haga olvidar. Ya, ya sé que un clavo no saca a otro clavo, no me lo repitas.

Trago saliva. Quiero irme, quiero dejar de escuchar, pero sigo aquí plantada como una idiota, castigándome.

—No, claro que no se lo he dicho —prosigue Harper—. Lo de Dakota es solo… un plan, Jenna. Un plan estratégico para que Vanessa no se crea que sigo destrozada cuando nos crucemos. Además, ya sabes lo bien que se le da fingir, es divertida, cercana… No podría haber elegido a una cómplice mejor.

La frase me atraviesa como un cuchillo helado. «Cómplice». «Fingir». «Plan».

—Y esto es temporal, así que tranquila —añade, y su tono se vuelve casi despreocupado—. Tengo todo bajo control. En cuanto volvamos a Boston, cada una a su vida y punto. Ni dramas, ni complicaciones.

Sus palabras retumban en mi cabeza como un eco cruel.

—Sí, sí… Así no tendré que aguantar las miradas de pena, ni las preguntas incómodas, ni a Vanessa presumiendo de su relación

perfecta delante de todo el mundo. Sé que es ridículo, pero funciona. Y Dakota lo entendió desde el primer día, no sabes lo agradecida que estoy. Siempre está ahí cuando la necesito, es… increíble.

Se hace un silencio tan largo que el tictac del reloj del pasillo parece atronador.

Ahí está. Negro sobre blanco. Soy la amiga perfecta, la tapadera perfecta, la mentira perfecta.

«¿Qué esperabas, Dakota?», me reprendo en silencio mientras siento que algo se me rompe dentro del pecho. «¿Que de repente se enamorara de ti porque compartisteis un par de miradas intensas en la nieve? ¿Que todo ese juego de miradas, roces y risas significara lo mismo para ella que para ti?».

Cierro los ojos un segundo, respiro hondo y me obligo a moverme. Camino despacio hacia la puerta del sótano, concentrándome en el crujido de la madera bajo mis botas para no derrumbarme ahí mismo.

La luz del sótano es tenue, amarillenta. Encuentro la caja casi al instante, cojo una botella al azar —da igual cuál sea— y me quedo un rato mirándola como si pudiera darme las respuestas que necesito. Quisiera dejar de sentir este nudo, dejar de imaginar cómo sería si Harper me mirara de verdad, sin máscaras, sin planes, sin fecha de caducidad. Pero no puedo permitirme seguir alimentando ilusiones que solo me van a destrozar más.

Subo las escaleras con la botella apretada contra el pecho y, cuando entro en la cocina, Carol levanta la vista y sonríe como si nada hubiera pasado.

—¡Ya era hora! Pensé que te habías perdido entre tanto tesoro —bromea con esa risa que calma cualquier tormenta.

—Había tantas que me costó elegir —miento, y la sonrisa que le devuelvo me sabe a cartón.

Carol coge la botella, la examina y asiente satisfecha.

—Perfecta. Justo la que buscaba —dice, y luego me mira con esos ojos que lo ven todo—. Estás un poco pálida, cariño. ¿Seguro que te encuentras bien?

—Perfectamente —respondo demasiado rápido—. Solo cansada. Ha sido un día largo.

Ella asiente sin insistir, pero sé que no se lo ha creído del todo.

—No me extraña. Harper tiene la habilidad de arrastrar a todo el mundo a su ritmo frenético —comenta con cariño—. Pero se nota cuánto te quiere, Dakota. Se le ilumina la cara cuando habla de ti.

Las palabras me golpean como un mazazo. «Cuánto me quiere. Si ella supiera…»

—Sí… —musito, bajando la vista al suelo—. Para mí también es muy importante.

Carol sonríe, satisfecha, y vuelve a sus fogones.

—Ve a descansar un rato si quieres. En nada servimos la cena.

Obedezco y me siento en el pequeño banco junto a la ventana. Fuera, la nieve ha empezado a caer otra vez, suave y silenciosa, cubriendo el jardín con un manto blanco que parece querer borrar cualquier tipo de dolor. Las luces del porche dibujan círculos dorados sobre la escarcha y, por un momento, me permito imaginar que nada de lo que he oído es verdad.

Harper entra en la cocina minutos después, con el móvil ya guardado y esa sonrisa despreocupada que ahora me parece tan falsa.

—¿Ya está todo? —pregunta alegremente.

—Sí —respondo con la voz más neutra que consigo reunir.

Ella se acerca a la encimera, prueba la ensalada y cierra los ojos de placer.

—Esto está increíble, abuela. Te has lucido.

—El mérito es de Dakota —responde Carol, guiñándome un ojo con complicidad.

Harper me mira entonces, y por un segundo sus ojos recuperan esa intensidad que tenían cuando estábamos tiradas en la nieve, cuando el mundo parecía detenerse.

—Gracias por echarle una mano —dice sin dejar de observarme.

Asiento y fuerzo una sonrisa que espero que parezca real.

—No hay de qué.

Porque la verdad es muy sencilla, aunque duela como el infierno.

Nada de esto es real. Ni los paseos cogidas de la mano, ni las risas compartidas, ni las miradas que me hacían creer que quizá, solo quizá, sentía algo parecido a lo que yo siento.

Todo es una mentira que yo misma acepté llevar a cabo. Y ahora solo me queda sobrevivir a los días que faltan para el fin de fiestas, sonreír cuando toque, y fingir que esto no va a acabar destrozándome.

Después, las dos volveremos a Boston, a nuestra vida de siempre, a sus planes reales.

Y yo… aprenderé a olvidarla.

Aunque sepa que eso va a ser lo más difícil que he hecho nunca.

13

Harper

La hora de la verdad ha llegado y, por más que haya intentado retrasarlo con excusas absurdas, ya no tengo escapatoria: toca pagar la apuesta que perdí. Dakota lleva toda la mañana actuando como si estuviéramos a punto de inaugurar los Juegos Olímpicos de la repostería, y ahora empiezo a sospechar que lo de los brownies para todo el pueblo era algo que ya tenía pensado para este quinto día en el pueblo. La cocina de mis padres parece el plató de un programa de televisión. El mármol está invadido por bolsas de harina, cacao puro, azúcar glas, mantequilla a temperatura ambiente, huevos frescos, vainilla de la buena y un montón de especias que Dakota ha traído en una caja como si fuera a abrir una tienda de delicatesen navideñas.

La abuela se ha acomodado en su rincón favorito junto a la ventana con una taza de té humeante entre las manos y nos observa con esa sonrisa pícara. Del salón nos llegan risas contenidas y comentarios en voz baja; Lauren y Ryan han hecho apuestas sobre si seré capaz de no quemar la cocina entera, y mi madre amenaza con grabarlo todo «para tener pruebas que nadie vaya a olvidar».

—No me puedo creer que hayamos convertido la cocina de mamá en un laboratorio de alta repostería —protesto mientras me ato el delantal que Dakota me ha lanzado con esa cara de traviesa que tanto me descoloca.

—No dramatices tanto —replica ella, anudándose el suyo con la misma soltura que tiene cada mañana en el Sweet Wheelz—. Si no te arriesgas un poco, nunca ganas de verdad.

—Te recuerdo que esto no es la food truck —respondo, cruzándome de brazos mientras finjo una seguridad que no siento ni de lejos. Sobre todo, cuando se trata de hornos y temporizadores.

—Precisamente por eso. No hay clientes a los que decepcionar, solo tu ego.

La fulmino con la mirada y le tiro un trapo que hace a la abuela reír.

—Qué bonito es veros así —murmura ella, con los ojos brillantes—. Parecéis dos niñas jugando a las casitas, pero con chocolate.

El comentario me tensa de golpe y siento cómo el calor me sube hasta las orejas. Dakota sonríe, pero no contesta, y yo me concentro en verter la harina en el bol como si fuera la misión más importante de mi vida. Sin embargo, no puedo negar que hay algo profundamente reconfortante en todo esto. Dakota se mueve con una naturalidad pasmosa; casca los huevos de un solo golpe, mide los ingredientes a ojo y, cuando me ve perdida, simplemente se acerca, coloca sus manos sobre las mías y guía el movimiento con una paciencia que me derrite por dentro.

—Más despacio —susurra muy cerca de mi oído, y su aliento me hace cosquillas en la nuca—. Tienes que envolver la masa, no batirla como si estuvieras enfadada con ella. Así entrará aire y quedarán más esponjosos.

El roce de sus dedos sobre los míos me provoca un escalofrío que intento disimular mirando fijamente el bol, aunque cada célula de mi cuerpo está pendiente de lo cerca que está, de su olor a vainilla y canela, de la forma en que su voz baja un tono cuando habla solo para mí.

—¿Mejor así? —pregunto.

—Perfecto —contesta sin alejarse ni un centímetro.

Por un segundo el mundo se reduce al sonido de la cuchara contra el bol, al aroma intenso del cacao y a la certeza de que, si giro la cabeza ahora mismo, nuestros labios estarán a un suspiro de distancia.

Y lo peor… es que me asusta lo mucho que me gusta esa idea.

—Deberías dejarme sola si lo que quieres es que haga el ridículo delante de medio pueblo mañana en The Pine & Hearth —bromeo para romper la tensión.

—Imposible —responde con una sonrisa que casi se oye—. Solo intento evitar una catástrofe culinaria internacional.

Seguimos trabajando entre bromas y risas contenidas. Cada vez que nuestras manos se rozan por casualidad, siento una descarga eléctrica que me recorre la espalda y me hace olvidar por qué empezó todo esto.

Cuando llega la hora de los ingredientes secretos, Dakota saca un frasquito de cristal con etiqueta manuscrita y lo agita con orgullo.

—¿Qué diantres es eso? —pregunto, inclinándome para leer.

—Extracto de canela, clavo, un toque de naranja rallada y una pizca de mi alma —bromea—. Lo preparé ayer. Créeme, esto va a

convertir unos brownies normales en la octava maravilla navideña.

—¿Y si los estropea? —me preocupo. Y lo hago de verdad.

—Entonces al menos olerán bien mientras todo el pueblo nos odia —contesta encogiéndose de hombros, y su risa me contagia sin remedio.

Yo no me quedo atrás: a una bandeja le echo sal marina en escamas que encontré en la despensa, a otra un chorrito de café expreso disuelto que olía demasiado bien como para ignorarlo, y a la tercera unos lacasitos de colores que robé del armario de las golosinas. Brownies navideños con sorpresa.

—¿No eras tú la que decía que yo exageraba? —protesta Dakota, aunque se le escapa la risa.

—Dice que todo lo malo se pega, ¿no? —respondo, y le guiño un ojo.

Metemos las tres bandejas en el horno y, en cuestión de minutos, la cocina entera huele a gloria bendita. El calor se mezcla con las especias y el chocolate fundido. Mi abuela se levanta para olfatear como un perrito y suelta un suspiro de pura felicidad.

—Madre mía, esto va a ser un éxito rotundo —sentencia.

Mientras esperamos, nos apoyamos en la encimera y el silencio se vuelve cómodo, casi íntimo. Afuera sigue nevando con suavidad, y las luces del jardín se reflejan en los cristales empañados. Dakota se queda mirando el paisaje con expresión pensativa.

—¿Sabes en qué estaba pensando? —pregunta de pronto, sin girarse—. Si mañana sale bien, podríamos repetir esto todos los años. No como apuesta, sino como tradición nuestra. Aquí, en

Boston, donde sea. Brownies para todo el mundo, chocolate caliente, villancicos malos y gente feliz.

—¿Un evento oficial de brownies solidarios? —pregunto, y la idea me hace sonreír de verdad—. Con cartelitos diseñados por mí, luces, música y tú mandando en la cocina como la mejor directora de obra.

—Exacto —confirma, y su voz suena más suave de lo habitual —. Tú te encargas de que quede bonito y yo de que sepa a gloria. Seríamos imbatibles.

Me quedo callada un segundo, observando cómo prueba un resto de masa con el dedo y se lo lleva a los labios. El gesto es tan sencillo y tan suyo que me quedo embobada.

—¿Por qué se te ocurrió hacer esto? —pregunto de repente—. Mejorar el pueblo… Ya lo haces siempre con el Sweet Wheelz. Y ahora, parece que te hayas propuesto salvar la Navidad tú sola.

Ella se encoge de hombros y sonríe.

—Porque me gusta ver sonreír a la gente —responde como si fuera lo más evidente del mundo—. Y este pueblo tiene magia, pero también necesita un empujoncito de vez en cuando. Si puedo aportar un granito de arena, aunque sea con chocolate y mala leche, me vale.

—A veces olvido lo team Navidad que eres —admito, y esta vez no hay burla en mi voz—. Si mañana sale bien, si de verdad conseguimos que The Pine & Hearth se llene de gente feliz por unos brownies, podría ser el principio de algo muy grande.

—Lo será —afirma con una seguridad implacable—. Porque lo haremos juntas.

El pitido del temporizador nos saca del trance. Sacamos las bandejas y el olor es tan brutal que hasta mi padre aparece en la puerta como por arte de magia. Los brownies han quedado perfectos: corteza crujiente, interior jugoso, olor que te hace salivar nada más acercarte. La abuela aplaude, Lauren grita «¡ya era hora!» y Ryan empieza a repartir trozos como si fuera el maestro de ceremonias.

Todos prueban al mismo tiempo. Hay un silencio reverencial de tres segundos antes de que exploten los elogios.

—Dios mío, esto está para llorar —gime mi madre, cerrando los ojos.

—Harper, te has superado —dice Lauren, con la boca llena—. Y eso que pensaba que ibas a incendiar la casa.

—El toque de café es una pasada —añade Ryan, señalando la bandeja correspondiente—. Y los lacasitos… ufff, eres un genio.

Dakota me mira de reojo con orgullo y yo siento que se me infla el pecho como si hubiera ganado un premio gordo.

—Parece que al final no ha sido tan desastre —susurra solo para mí.

Cuando los brownies desaparecen a velocidad luz y la cocina queda en calma, nos quedamos solas recogiendo.

—La prueba no se me ha dado tan mal, ¿eh? —comento, con una sonrisa que no puedo contener.

Ella asiente, deja el trapo y se gira hacia mí con una expresión que no sé descifrar.

—Ha sido increíble verte tan concentrada —confiesa—. Parecías… feliz de verdad.

—No sé quién ganó la apuesta original —respondo, secándome las manos—, pero creo que al final las dos lo hemos hecho.

Le lanzo el trapo con un guiño y ella lo atrapa al vuelo. Nos quedamos mirándonos un segundo de más, y en ese instante entiendo que algo ha cambiado para siempre. No sé si en ella, en mí o en el aire que respiramos, pero sin duda… quiero disfrutarlo.

14

Dakota

La voz ha corrido como la pólvora por Evergreen Hollow. Apenas son las diez de la mañana y The Pine & Hearth está que revienta: las mesas repletas, las sillas que han tenido que traer del almacén, y hasta gente de pie con el plato en la mano porque no queda ni un sitio libre. Desde la puerta el interior parece una de esas postales antiguas que tanto le gustan a Carol: luces cálidas colgando de las vigas de madera, guirnaldas improvisadas con ramas de abeto, el olor a chocolate caliente y vainilla que se te mete hasta los huesos, y un murmullo alegre con el sonido de los villancicos cantados a viva voz.

Las dos mesas largas están cubiertas con manteles rojos y blancos, y encima, en filas perfectas, las bandejas con los brownies que llevamos preparando desde las siete de la mañana: los de café intenso y canela, los que llevan trocitos de galleta de jengibre, los de especias navideñas con naranja y clavo, y los que hicimos con Oreo triturada porque Harper insistió en que «los niños se volverían locos». Carol exigió que los cartelitos fueran en cursiva «porque queda más elegante», y Harper se pasó casi una hora dibujando copos de nieve diminutos en cada uno.

No sé cuántas veces la he mirado desde que llegamos. He perdido la cuenta, la verdad. Pero cada vez que lo hago, siento un vuelco en el estómago que no sé si es nervios, emoción o simplemente miedo a que esto se acabe demasiado pronto, por

mucho que tenga que convencerme. Harper se mueve entre la gente como si hubiera nacido para esto: saluda a los vecinos por su nombre, les ofrece probar cada uno de los brownies, escucha sus alabanzas con los ojos brillantes y una sonrisa que ya no parece fingida ni un ápice. Está radiante, más guapa que nunca con el delantal puesto y el pelo recogido en una trenza floja de la que se le escapan varios mechones rebeldes.

—No pensé que fuera a venir medio pueblo —le digo en voz baja cuando consigo acercarme con otra bandeja recién salida del horno.

—¿Dulces gratis antes de Navidad? —contesta sin dejar de sonreír a una señora mayor que le está contando la receta de su madre—. Claro que han venido todos, Dakota. Aquí la gente huele el chocolate a tres kilómetros.

Me río, aunque la risa me sale un poco forzada. La garganta se me ha cerrado sin darme cuenta, no sé si por el calor del local o porque verla tan feliz, tan en su elemento, me revuelve todo por dentro.

De repente, Harper se gira hacia mí, me rodea con los brazos y me abraza fuerte, sin previo aviso, como si le hubiera salido del alma. Menos mal que ya había dejado la bandeja.

El abrazo es breve, apenas dos segundos, pero siento su cuerpo contra el mío, su perfume mezclado con cacao y vainilla, y tengo que cerrar los ojos para no marearme.

—Gracias por hacer esto conmigo —susurra contra mi oído.

No me da tiempo a contestar. La puerta se abre de par en par y entra una ráfaga de aire frío junto con un grupo de bomberos

riéndose a carcajadas, quitándose la nieve de los abrigos. El primero que veo es Jacob, con esa sonrisa de anuncio que nunca le falla, seguido de Eli, Rachel y un par más del turno. Harper se tensa un segundo y luego abre los brazos como si estuviera en su propia fiesta.

—¡Los héroes del pueblo han llegado! —exclama Jacob, y se lanza a abrazarla sin pensarlo.

Me quedo mirando el abrazo más tiempo del necesario. Sé que no significa nada, sé que es solo Jacob siendo Jacob, pero ver cómo ella le devuelve la sonrisa con esa naturalidad me aprieta el pecho hasta no poder respirar.

—Vaya, parece que el cuerpo de bomberos también tiene olfato para el dulce —murmuro, más para mí que para nadie.

Harper me lanza una mirada rápida, pero no dice nada. Jacob ya está probando tres brownies a la vez y haciendo comentarios exagerados que provocan carcajadas a su alrededor. Yo intento centrarme en cortar porciones, en rellenar las bandejas vacías, en cualquier cosa que no sea mirar cómo Harper ríe con la cabeza echada hacia atrás ante cualquier comentario suyo.

En ese momento, mi móvil vibra en el bolsillo del delantal. Lo saco disimuladamente y veo varios mensajes de Nathan.

> **Nathan**: Aquí te echamos de menos, jefa. Ya estoy pensando en recetas nuevas para enero.
>
> **Nathan**: ¿Cómo va el «descanso» navideño?
>
> **Nathan**: Mándame foto de los brownies, anda, que quiero copiarte ideas.

Sonrío sin ganas y le envío una foto rápida de la mesa llena. Dos segundos después llega otro mensaje que me deja helada.

Nathan: Oye, ¿y qué tal va el teatro navideño con tu «novia ficticia»? ¿Sigue el plan en pie o ya ha pasado de categoría?

Me quedo mirando la pantalla como una idiota. No sé qué contestar. Ni siquiera sé si quiero contestar.

—¿«El teatro navideño con tu novia ficticia»? —repite una voz justo a mi lado.

Doy un respingo y casi se me cae el móvil. Harper está ahí, con los brazos en jarras, el ceño fruncido y una expresión que no le había visto nunca dirigida a mí.

—¿Qué…? —balbuceo, intentando guardar el teléfono, pero ya es tarde.

—¿Se lo has contado a Nathan? —pregunta en voz baja, pero cortante.

—No es… no es lo que parece —intento explicar, bajando aún más la voz.

—¿Que no es lo que parece? —repite, acercándose un paso—. ¿Se lo has contado o no?

Algunas cabezas se giran hacia nosotras. Siento las mejillas arder y, sin pensarlo dos veces, la cojo del brazo y la arrastro hacia el pasillo lateral, donde la luz es más tenue y el ruido del local llega amortiguado.

—¿Por qué se lo has dicho? —insiste en cuanto estamos solas.

—¿Y qué tiene de malo? —respondo, cruzándome de brazos para protegerme—. Es mi mejor amigo, Harper. Confío en él. Pensé que sería divertido, nada más.

—¡Era algo entre nosotras! —exclama, y su voz tiembla de incredulidad y de algo que parece… dolor—. ¡Privado! Ahora se va a

pensar que estoy loca…

—No lo hice con mala intención —digo, y noto que la voz se me quiebra también—. Solo… se lo comenté de pasada, como una anécdota. No pensé que te molestara tanto.

—¿Que no pensaste que me molestara? —repite, y ahora sí que está enfadada de verdad—. ¡Dakota, estamos mintiendo a todo el pueblo, a mi familia, a la gente que quiero! ¡Y tú vas y se lo cuentas a Nathan como si fuera una simple broma tras una borrachera!

Me quedo callada. No tengo excusa. O sí la tengo, pero ninguna suena bien ahora mismo. Porque la verdad es que me duele.

—Recuerda que fui yo la que acepté esta farsa solo para que tú no tuvieras que pasar vergüenza delante de Vanessa —suelto al fin, y mi voz suena más dura de lo que en realidad pretendía—. No lo olvides.

Harper parpadea, como si mis palabras le hubieran dado una bofetada. Se queda mirándome un segundo eterno, abre la boca para decir algo y la vuelve a cerrar. Luego niega con la cabeza y, sin añadir nada más, se da la vuelta y regresa al salón.

Me quedo ahí, apoyada contra la pared fría, sintiendo cómo el corazón me late tan fuerte que casi retumba en el pasillo. El murmullo alegre del local sigue llegando, pero suena lejano, como si estuviera bajo el agua.

Los minutos siguientes son un infierno lento. Veo a Harper desde la distancia: sonríe, ofrece brownies, habla con Jacob y con los demás como si no hubiera pasado nada. Pero yo la conozco. Conozco la rigidez de sus hombros cuando está cabreada, la forma

en que aprieta los labios cuando intenta no llorar, el modo en que evita mirarme, aunque estemos a dos metros.

Nathan me escribe otra vez, pero no contesto. No tengo fuerzas ni ganas. Me quedo mirando por la ventana: la nieve cae suave sobre el pueblo, las luces parpadean, todo parece perfecto. Y yo me siento fatal.

Carol se acerca un rato después con dos tazas de chocolate caliente en las manos.

—Toma, cielo —me dice, ofreciéndome una—. Pareces necesitarla.

—Gracias —murmuro, cogiendo la taza.

Ella me observa con atención y después dice sin más:

—Harper siempre ha sido muy orgullosa —comenta en voz baja —. Se enfada rápido, pero se le pasa igual de rápido. Dale tiempo.

Asiento, porque no sé qué otra cosa hacer. Me da una palmadita en el brazo y se va, dejándome sola otra vez.

La tarde se va apagando. El local se vacía poco a poco: la gente se despide con abrazos, se lleva cajitas de cartón con los brownies que han sobrado, promete volver el año que viene. Cuando el último vecino cruza la puerta, el silencio que queda es casi reconfortante.

Harper recoge bandejas sin mirarme. Sus movimientos son rápidos, mecánicos, como si quisiera terminar cuanto antes y largarse. Quiero acercarme, quiero pedirle perdón de verdad, pero cada vez que doy un paso las palabras se me atrancan.

Aunque al final lo intento.

—Harper —susurro.

Ella se detiene, pero no se gira.

—No quise hacerte sentir mal —continúo, con la voz temblorosa—. De verdad. Solo… no pensé que te afectara tanto que Nathan lo supiera.

—Claro que me afecta —responde, volviéndose hacia mí. Sus ojos están brillantes, no sé si de rabia o de algo más—. Esto… todo esto ya es bastante complicado sin que encima tenga que sentirme como una estúpida que va contando mentiras a la gente que quiero.

—No eres eso —digo bajito—. Y yo no lo conté como una broma. Solo… necesitaba hablarlo con alguien.

Ella me mira un segundo más, extrañada, como si buscara algo en mi cara. Luego suspira, baja la vista y sigue recogiendo.

—Lo siento —añado, porque es lo único que me sale.

Harper asiente apenas, sin decir nada, y sigue con lo suyo.

Me quedo quieta, observando cómo se aleja de nuevo. Y mientras la veo moverse entre las mesas vacías, entiendo de golpe que ya no sé dónde acaba el teatro y dónde empiezo yo. Que nunca debí aceptar esta mentira.

Cuando salimos a la calle ya es de noche. Las luces del pueblo parpadean entre la niebla, y la nieve cruje bajo nuestras botas. Caminamos en silencio hacia casa, una al lado de la otra pero más lejos que nunca. Solo quedan unos días para que las fiestas se acaben.

Solo tengo que aguantar un poco más.

Después todo volverá a la normalidad.

O eso me repito, aunque no me lo creo ni yo.

15

Dakota

La mañana amanece con un frío que se te mete hasta los huesos, colándose por cada rendija de la casa como si quisiera recordarnos que el invierno ya está aquí de verdad. El cielo tiene ese tono perlado, casi blanco, que anuncia más nieve, y desde la ventana del comedor observo cómo el humo de la chimenea de la casa de enfrente, asciende lento, difuminándose entre la neblina que abraza todo el pueblo como un velo. El olor del café recién hecho se entremezcla con el de las tostadas, y aunque en teoría debería sentirme en casa, en ese ambiente cálido y familiar que tanto echaba de menos, algo dentro de mí quiere pensar lo contrario. Harper no ha abierto la boca en toda la mañana, ni tampoco lo hizo anoche cuando llegamos.

Está sentada justo enfrente, con las manos rodeando su taza, removiendo el café una y otra vez sin llevarse ni una gota a los labios. Su melena le cae sobre los hombros en ondas desordenadas que, en cualquier otro momento, me habrían parecido irresistibles. Hoy, sin embargo, solo sirven para confirmar lo que ya sé: sigue enfadada, profundamente enfadada. No necesita decirlo; lo leo en la manera en que evita mi mirada, en ese silencio denso que no rompe ni con el más mínimo atisbo de sonrisa.

Intento sonreírle yo, pero ella mantiene la vista fija en la taza. Evelyn y George charlan animadamente sobre las compras de última hora para Nochebuena, mientras Lauren y Ryan debaten si la

fachada necesita más luces o si ya parece que estamos en plena Las Vegas. Es extraño verlos a todos reunidos tan temprano, pero supongo que las tradiciones familiares tienen ese poder: arrastran incluso a los más reacios.

A quien sí presto atención de verdad es a Carol, que nos observa a Harper y a mí con una sonrisilla traviesa que no augura nada bueno.

—Vaya, vaya… —suelta de pronto, dejando la taza sobre la mesa con un golpecito delicado—. Ya que estamos todos reunidos y el café parece no hacer efecto en las más jóvenes, ¿por qué no nos contáis la historia completa? ¿Cómo os enamorasteis de verdad?

La tostada se me atraganta de golpe y, antes de que pueda controlarlo, empiezo a toser como si estuviera a punto de morir. Por si fuera poco, la cuchara se me escapa de los dedos y choca contra el plato con un tintineo que retumba en todo el salón. Harper alza la cabeza de golpe, con los ojos como platos, y me clava una mirada que dice claramente: «Sácame de aquí ahora mismo o estamos muertas».

Trago saliva con dificultad, fuerzo una sonrisa que espero resulte convincente y carraspeo para aclararme la garganta.

—Pues… supongo que fue casi desde el primer día —empiezo, procurando que no se me noten los nervios, mientras me limpio discretamente con la servilleta—. Cuando la contraté para llevar el marketing del Sweet Wheelz, ya noté que había algo especial entre nosotras, una conexión que iba más allá de lo profesional.

Evelyn se inclina hacia delante, claramente intrigada.

—¿De verdad? Cuéntanos más.

—Sí —continúo, y bajo la mesa aprieto suavemente la mano de Harper para transmitirle algo de calma… y también porque, si no la toco, creo que se levantará y saldrá corriendo—. Aunque en aquel momento las dos teníamos la cabeza en mil cosas. Estábamos con otras personas, la vida era complicada y no parecía el instante adecuado. Pero hace unos meses nos fuimos de fin de semana con unos amigos —miento con una naturalidad que hasta a mí me sorprende— y allí, saltó la chispa definitiva. Desde entonces prácticamente no nos hemos separado.

Lauren nos sonríe con picardía.

—O sea que un viajecito romántico lo cambió todo. Qué bonito —comenta, y la intensidad con la que mira a su hermana me obliga a carraspear de nuevo.

«Por favor, que no sospeche nada».

—Exacto —añado, arriesgándome a lanzar una mirada fugaz a Harper. Ella asiente apenas, siguiéndome el juego lo mejor que puede—. Desde entonces viene muchísimo a la food truck. Me ayuda con las trufas de chocolate; las suyas son una auténtica delicia, aunque todavía se resiste a probar recetas más complicadas.

—¿Y por qué no las preparasteis para el gran evento? —pregunta George, curioso, alzando una ceja.

Antes de que yo pueda articular respuesta, Harper deja la taza con un golpe seco que hace temblar los cubiertos.

—Porque a Dakota le pareció divertidísimo retarme y ponerme en evidencia delante de todo el pueblo —responde con voz cortante.

—Contigo es imposible apostar sin que te lo tomes a la tremenda, cariño… —bromeo, intentando bajar la tensión con una

sonrisa juguetona.

Y entonces, sin pensarlo dos veces —o quizá pensándolo demasiado—, me inclino hacia ella y le planto un beso rápido en los labios. No es solo teatro, aunque me repito que sí lo es; el corazón me da un vuelco tan fuerte que casi me mareo. El roce dura apenas un segundo, lo justo para que toda la mesa se quede en silencio absoluto, como si hubiéramos pulsado un botón de pausa.

Harper se queda petrificada, con los ojos muy abiertos y una expresión que oscila entre el shock y algo más. «Disimula, mujer, que nos pillan».

—Con el tiempo espero que se convierta en una cocinera de primera —añado rápidamente, tratando de recuperar el control y arrancar alguna risa.

Y funciona. Carol suelta una carcajada encantada, Lauren aplaude y hasta Evelyn esboza una gran sonrisa. La tensión se deshace poco a poco y la conversación deriva hacia otros temas. Yo me concentro en terminar el desayuno, aunque todavía siento el calor de ese beso fantasma en los labios. No debería haberlo hecho. Y, sin embargo, no me arrepiento ni un poquito.

Más tarde, mientras todos recogen la mesa, me acerco al fregadero. Harper está con las mangas del jersey subidas y la espalda muy recta, lavando platos como si quisiera borrar la discusión de anoche con cada movimiento. Me coloco a su lado, apoyando la cadera contra la encimera. El vapor del agua caliente empaña la ventana y dibuja círculos difusos en el cristal.

—Perdóname por lo de Nathan —susurro, asegurándome de que nadie más me oiga—. De verdad que nunca quise hacerte daño.

Ella no me mira, solo enjuaga un plato y lo coloca con cuidado en el escurridor.

—Ya.

—No vas a pasarte todas las Navidades enfadada conmigo, ¿verdad? —intento bromear, dándole un leve codazo.

—No lo sé —responde, y aunque el tono sigue seco, percibo un matiz más suave, como si la rabia se hubiera ido deshaciendo poco a poco para dejar paso al cariño de siempre—. Es que eres insoportable, Dakota.

—Pues así me quieres —replico, exagerando el puchero y la sonrisa.

Por fin gira la cabeza y me dedica una media sonrisa que me sabe a victoria absoluta.

—He estado pensando… —añado, aprovechando que el ambiente se ha relajado—. ¿Y si nos escapamos un rato y vamos a montar en trineo?

Harper parpadea, claramente sorprendida.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente. Carol me habló de esa colina preciosa al norte del lago, rodeada de abetos gigantes. Me apetece salir, respirar aire fresco, desconectar un poco. Además… —hago una pausa teatral y bajo la voz como si revelara un secreto— … podríamos llevarnos un termo de chocolate caliente y tomarlo allí arriba, viendo el paisaje.

Sé que intenta resistirse; lo veo en cómo se muerde el labio inferior y baja la mirada al suelo. Pero de pronto sus ojos se

iluminan con esa chispa infantil que tanto me gusta y una sonrisa enorme le cruza el rostro.

—Vale. Me has convencido. Es una idea genial.

Esa sonrisa me deja sin aliento. Es la primera vez en días que la veo reír de verdad, sin barreras ni reproches, y me asusta reconocer lo que me provoca: una calidez que se expande por el pecho, una mezcla de alivio y de ese sentimiento que todavía me niego a confesarle en voz alta. «Por nuestra amistad», me repito como un mantra que cada vez suena más débil.

«Es por nuestra amistad».

. . .

El resto del día pasa entre risas y preparativos improvisados. Carol nos obliga a ponernos mil capas, Evelyn prepara un termo enorme de chocolate y Lauren insiste en llevar su cámara para «inmortalizar el momentazo». Cuando por fin salimos de casa, vamos envueltas en bufandas, gorros de lana y guantes hasta los codos, y la nieve cruje bajo nuestras botas como si nos diera de nuevo la bienvenida.

Evergreen Hollow me sigue pareciendo la imagen perfecta; los tejados blancos, luces doradas que titilan en las ventanas, villancicos lejanos que flotan en el ambiente como una banda sonora perfecta.

—Apuesto lo que quieras a que te caes antes que yo —dice Harper mientras avanzamos tirando del trineo.

—¿Otra apuesta? —me río—. Definitivamente no aprendes.

—Es que me encanta ganar.

—Mentirosa. Lo que te encanta es competir conmigo.

Ella me lanza una mirada cargada de picardía, con los ojos brillando mientras mueve las cejas.

—Puede ser. Pero si me caigo, tendrás que recogerme tú, ¿trato?

—Trato —respondo sin pensarlo, y solo cuando veo su sonrisa triunfal caigo en la trampa.

La colina está llena de niños y familias, risas y bolas de nieve volando por los aires. Subimos hasta la cima, nos sentamos en el trineo —ella delante, yo detrás— y siento su cuerpo pegado al mío, su aliento cálido rozándome la mejilla. El corazón me late tan fuerte que casi no oigo el bullicio.

—¿Preparada? —pregunta, girando un poco la cabeza.

—No.

Pero Harper se impulsa sin avisar y el trineo se lanza cuesta abajo como un cohete. Grito, río, me agarro a su cintura con todas mis fuerzas mientras el viento nos azota la cara. El mundo se reduce a un borrón blanco y azul, y por un instante no existen mentiras ni historias complicadas; solo nosotras dos, volando, riendo como cuando éramos crías.

Al llegar abajo, el trineo se clava en la nieve y rodamos las dos de lado, muertas de risa. Harper se gira hacia mí, con las mejillas coloradas y los ojos chispeantes.

—¿Ves? Te dije que te iba a encantar —jadea entre carcajadas.

—Casi me matas del susto —protesto, aunque no puedo parar de reír—. Y encima pretendes llevarte el mérito cuando la idea fue mía.

—¿No decías que me encanta competir contigo?

Nos quedamos tumbadas un rato, recuperando el aliento, mirando el cielo pálido y las copas de los abetos que parecen acariciar las nubes. No debería sentirme tan feliz, no cuando todo esto es una farsa. Pero el corazón, terco, late a su aire.

—Dakota… —susurra Harper de pronto, girando la cabeza hacia mí.

—¿Qué?

—Gracias. Por hacer que estas Navidades sean… más fáciles.

No sé qué responder. Solo asiento lentamente, porque si abro la boca temo que se me escape todo lo que llevo guardando.

Regresamos colina arriba cogidas de la mano, sin pensar demasiado en lo que significa ese gesto. El sol brilla bajo detrás de las montañas, tiñendo la nieve de tonos dorados. A mitad de camino, Harper se detiene de golpe, coge un puñado de nieve y me lo estampa en el abrigo.

—¡Eh, tramposa!

—Habías prometido no enfadarte —se defiende, riendo a carcajadas.

El corazón me empieza a latir rapidísimo.

Recojo nieve a toda prisa y se la lanzo. En cuestión de segundos estamos en plena guerra, corriendo, esquivando, cayendo una encima de la otra hasta quedar cubiertas de blanco de pies a cabeza.

Cuando por fin paramos, agotadas, Harper me mira en silencio. Su aliento forma nubecitas frente a la boca y sus ojos me buscan

con una intensidad que me roba el aire. El bosque se queda callado, solo se oye mi corazón retumbando.

—Te lo advertí: no sabes perder —musita, con una sonrisa burlona.

—Pensaba que esa eras tú —responde una voz a mi espalda.

Me giro de golpe y ahí está Vanessa, con los brazos cruzados y una ceja arqueada, junto a Emily que sostiene otro trineo.

—¿Recordando viejos tiempos, chicas?

Harper palidece de golpe. Y yo siento que el aire se me escapa de los pulmones.

16

Harper

No sé si es el frío glacial o el miedo visceral lo que me paraliza primero, pero durante unos segundos eternos el mundo entero parece congelarse a mi alrededor. La voz de Vanessa retumba en mis oídos como un eco cruel de aquellos años que creía haber enterrado bajo toneladas de nieve y olvido, y que, sin embargo, han resurgido con solo verla aparecer en el pueblo. No debería sorprenderme tanto que esté precisamente aquí, en esta colina, justo hoy, pero lo hace; su presencia irrumpe como un mazazo inesperado, tan afilada como el viento que me corta la cara y me deja sin aliento.

Parpadeo varias veces, intentando convencerme de que es una alucinación provocada por el frío, pero no hay escapatoria: ahí está ella, con una chaqueta negra que le sienta como un guante, las mejillas encendidas por el aire helado y esa sonrisa tan característica. A su lado, Emily sostiene el trineo con las dos manos y me dedica una sonrisa tensa, casi de compromiso, como si estuviera pidiéndome perdón en silencio por el incómodo reencuentro. Dakota se incorpora despacio a mi lado y noto cómo todo su cuerpo se tensa.

—¿Recordando los viejos tiempos, chicas? —pregunta Vanessa con un tono que esconde veneno puro.

No encuentro palabras. Dakota me lanza una mirada rápida, como diciéndome «ni se te ocurra explotar ahora».

Lauren, que estaba más arriba sacando fotos como una posesa —no entiendo cómo ha bajado tan rápido—, contempla la escena con los ojos brillando de pura emoción. Se cruza de brazos, ladea la cabeza y su sonrisa se ensancha hasta límites insospechados.

—Esto se pone interesante de verdad… —murmura, más para sí misma que para los demás, aunque todos la oímos perfectamente.

Ryan, que está a su lado, le da un codazo disimulado.

—Baja la cámara, mujer, que vas a congelar a Harper —protesta en voz baja.

Lauren suelta una carcajada y vuelve a alzar el objetivo sin el menor remordimiento.

—¿Y perderme el momentazo del año? Ni de coña.

Yo solo quiero que la nieve me trague entera y me saque de aquí. Vanessa se acerca de nuevo, arrastrando su trineo con un chirrido que me pone los nervios de punta.

—Menuda casualidad, ¿no? —repite con un deje burlón que no se molesta en disimular—. Se me ocurrió que sería divertido volver a la colina… como solía hacer hace unos años.

«Como solía hacer…». Tres palabras que me atraviesan el pecho. Antes de que todo se fuera al garete, antes de que ella decidiera que nuestra relación ya no le servía y la mandara a la mierda sin mirar atrás.

Dakota da un paso al frente, colocándose sutilmente entre nosotras como un escudo humano.

—Harper también pensó que sería una idea genial traerme por primera vez —responde con una sonrisa traviesa—. ¿Verdad, cariño?

«No sé qué haría sin ella en este momento».

La tensión se vuelve tan densa que casi se puede masticar. Emily carraspea incómoda y Lauren deja escapar una risita nerviosa que intenta disimular tapándose la boca.

—Vale, vale —interviene mi hermana, bajando los últimos metros con la cámara todavía colgada al cuello—. Ya que el destino nos ha juntado a todos, ¿por qué no aprovechamos y hacemos algo divertido de verdad? ¿Qué tal una pequeña competición entre parejas?

—¿Competición? —repito, frunciendo el ceño y sintiendo cómo la sangre me sube a la cabeza—. Lauren, por Dios…

—¡Sí, sí, sí! —exclama Vanessa al instante, con un entusiasmo que suena a todo menos inocente—. Entre parejas me parece perfecto.

Su voz puede parecer dulce como un caramelo, pero sus ojos me lanzan un desafío en toda regla. Me niego a darle el gusto de creer que todavía puede intimidarme.

—No creo que sea el mejor plan —musita Emily, claramente incómoda, pero Vanessa la ignora como si no hubiera hablado.

—Venga, Harper —insiste, dando un paso más hacia mí y bajando la voz lo justo para que solo yo la oiga—. ¿O tienes miedo de volver a perder contra mí?

El calor me sube por el cuello hasta las orejas. Dakota me observa de reojo, esperando mi reacción, calibrando si voy a estallar

o a contenerme. Sé que, si contesto con rabia, me delataré y le daré exactamente lo que quiere; pero si me quedo callada, también habrá ganado. Así que respiro hondo, planto la mejor de mis sonrisas falsas y alzo la barbilla.

—Perfecto. Pero no esperes que te deje ganar solo porque seas tú.

Vanessa arquea una ceja, divertida, como si acabara de escuchar el chiste del año.

—¿Dejarte ganar? Querida, eso nunca ha estado en mi diccionario.

Lauren aplaude como si estuviera en un plató de televisión.

—¡Esto va a ser épico! Competición navideña en directo y delante de medio pueblo. Ryan, saca el móvil y cronometra, ¡venga!

Ryan la mira con una cara de «¿de verdad me estás metiendo en esto?».

—¿En serio tenemos que alimentar este circo? —se queja, aunque ya está buscando la app del cronómetro.

—Las Navidades necesitan drama, cariño —responde Lauren guiñándome un ojo—. Y vosotras acabáis de servirlo en bandeja.

Dakota parece no saber dónde meterse. Vanessa se ajusta el gorro y después sonríe.

—Reglas fáciles: la pareja que llegue última invita a cenar a la ganadora. Así tendremos excusa para… ponernos al día tranquilamente y conocernos todas un poco mejor —propone con una inocencia que no engaña a nadie.

Dakota lo pilla al vuelo; noto cómo se tensa todavía más a mi lado. Se inclina hacia mí y me susurra al oído:

—Si te echas atrás ahora, ella creerá que ha ganado sin ni siquiera competir.

Busca mi mano bajo el guante y la aprieta con fuerza. Me encanta sentir su apoyo incondicional, ese calor que me transmite incluso con el frío que nos rodea.

—No pienso darle ese placer —respondo entre dientes.

—Pues entonces vamos a darles espectáculo —concluye ella, y me roza el cuello con los labios en un gesto rápido que me eriza toda la piel.

Nos colocamos en lo alto de la pendiente. El viento levanta pequeños remolinos de nieve que se me pegan al abrigo. A lo lejos se oyen las voces animadas: Lauren gritando la cuenta atrás, Ryan protestando y Emily suspirando con resignación. Yo solo percibo el latido ensordecedor de mi propio corazón y el crujido de los trineos al apoyarse en la nieve.

—¿Preparada? —pregunta Dakota, agarrando las cuerdas con fuerza.

—Más que nunca —miento descaradamente.

Vanessa y Emily se sitúan a unos metros. Ella me dedica esa sonrisa de superioridad que tan bien conozco y que durante años me hacía sentir pequeña. Por un instante vuelve la antigua punzada en el estómago, esa necesidad absurda de demostrarle algo. Pero esta vez no es por ella. Esta vez es por mí, por nosotras, por todo lo que he construido desde que ella salió de mi vida.

Lauren levanta el brazo como si fuera la salida de una carrera profesional.

—¡A la de tres! ¡Una… dos… tres!

El trineo se lanza cuesta abajo con un impulso brutal que me arranca un grito. Dakota suelta una carcajada salvaje, tira de las cuerdas para mantener el rumbo y el viento nos azota la cara sin piedad. La velocidad me roba el aliento, pero al mismo tiempo me regala una sensación de libertad absoluta que hacía años que no experimentaba. Por un instante no existe nada más que el rugido del aire y la risa de Dakota resonando delante de mí.

—¡A la izquierda, Harper, a la izquierda! —grita entre risas.

La nieve se levanta a ambos lados como una cortina blanca. Siento su espalda contra mi pecho, el latido acelerado de su corazón, su alegría desatada, y me sorprendo riendo yo también, riendo de verdad, sin filtros ni miedos. El mundo se convierte en un torbellino de luces, frío y adrenalina pura.

A mitad de la pendiente conseguimos adelantarlas. La euforia me explota en el pecho como si hubiera ganado la lotería.

—¡Las estamos dejando atrás! —chillo, sin poder contenerme.

—¡Te dije que íbamos a darles caña! —grita Dakota, y su voz vibra de pura felicidad.

Por un segundo nuestras miradas se cruzan con las de Vanessa. Es breve, pero suficiente para reconocer en sus ojos esa sombra de sorpresa y… ¿envidia? ¿rabia? No me da tiempo a analizarlo.

El final de la pista se acerca a toda velocidad. Dakota intenta gritarme algo, pero el viento se lo lleva. Solo alcanzo a oír su risa cristalina. Y entonces el trineo golpea un montículo oculto bajo la nieve.

Todo sucede en cámara lenta y rápida al mismo tiempo. Siento cómo perdemos el equilibrio, cómo el mundo da una vuelta de campana. Un grito se me escapa mientras rodamos y después el blanco lo inunda todo. El impacto contra la nieve me deja sin aire en los pulmones y durante unos segundos solo oigo el zumbido sordo de mi propio pulso.

Cuando consigo abrir los ojos, el cielo aparece encima de mí, de un azul tan intenso que duele mirarlo. Y debajo de mi cuerpo está Dakota.

Tiene nieve pegada al gorro, a las pestañas, a las mejillas sonrosadas. Está tan cerca que siento su aliento cálido chocando contra mi cara helada. Me mira con los labios entreabiertos, los ojos como platos, y durante un segundo infinito no existe nada más en el mundo.

No pienso. No respiro. Solo la miro.

El tiempo se detiene, atrapado entre el vapor de nuestras respiraciones. Hay una corriente eléctrica entre nosotras, una tensión dulce y peligrosa que me recorre la columna vertebral. Si inclinara la cabeza apenas unos centímetros, podría besarla. Y sé, con una certeza que me aterra, que lo deseo con todo mi ser. No por la maldita farsa. No por la apuesta. Sino porque es ella.

«Hora de la muerte. Cuatro y media de la tarde».

Pero entonces una carcajada estruendosa rompe el hechizo.

—¡Eso ha sido de película, chicas! —grita Lauren desde lo alto —. ¡Tenéis estilo hasta para estamparos!

Vanessa también ríe, con esa sonrisa triunfal que ahora me repugna. La burbuja perfecta se hace añicos.

—Parece que algunas cosas nunca cambian, Harper —comenta al acercarse, sin molestarse en disimular la satisfacción—. Aunque debo reconocer que ha sido divertidísimo veros morder el polvo.

Me incorporo de golpe, sacudiéndome la nieve del abrigo, y fuerzo una sonrisa que espero resulte creíble.

—No cantes victoria tan pronto. Solo ha sido un tropiezo sin importancia.

—Claro, claro —responde ella, y me lanza una mirada cargada malas intenciones—. A veces los tropiezos son precisamente lo que más se recuerda, ¿no crees?

Siento que Dakota se tensa a mi lado, lista para saltar y arrancarle los pelos si hace falta. De hecho, la imagino. Pero ya no soy aquella Harper que se encogía ante sus indirectas.

—Nos debéis una cenita romántica —añade Vanessa, levantando su trineo con aire victorioso—. ¿Mañana por la noche os viene bien?

Antes de que pueda abrir la boca, Dakota asiente con una calma que me sorprende.

—Perfecto. Allí estaremos.

La miro de reojo, desconcertada, pero ella me devuelve una sonrisa serena, como si tuviera un as guardado en la manga.

Cuando Vanessa y Emily se alejan colina arriba, Lauren se acerca partida de risa.

—Sois un desastre precioso. Las fotos son oro puro, os lo juro.

—Ni se te ocurra subirlas a ningún sitio —la amenazo, aunque sé que es una pelea perdida.

—Tranquila, solo las pasaré por el grupo familiar —contesta con un guiño antes de irse detrás de Ryan.

Me quedo allí plantada, con la nieve hasta los tobillos y el corazón latiéndome todavía a mil por hora. Dakota se acerca, se sacude el gorro y murmura con una sonrisa ladeada:

—Otra apuesta perdida, ¿eh?

Cierro los ojos y dejo escapar una risa amarga, pero extrañamente liberadora.

—Sí. Otra jodida apuesta perdida.

17

Dakota

—Todo va a salir bien, de verdad, solo tienes que ser tú misma —le digo a Harper mientras intento alisar una chaqueta que en realidad está perfecta.

En el fondo lo que busco es una excusa absurda para rozarla, para calmar mis propios nervios con el contacto de sus hombros bajo mis dedos. La luz del dormitorio es suave y dorada, filtrada por las guirnaldas que Ryan colgó con tanto cariño en el marco de la ventana; afuera, la nieve cae despacio, sin prisa, cubriendo el jardín de los Lewis con una capa tan limpia que parece sacada de un cuento. Me encanta que en este pueblo nieve casi todos los días, como si el invierno se empeñara en mantenernos dentro de una bola de cristal navideña. Harper se observa en el espejo con el ceño ligeramente fruncido, mordiéndose el labio inferior como si quisiera borrar su propio reflejo.

—No sé si esto es buena idea, Dakota —susurra con un suspiro largo que parece salirle del alma, mientras se ajusta la chaqueta una vez más—. Tengo la sensación de que todo puede irse a la mierda en cualquier momento y no quiero que ocurra.

—No va a pasar nada malo —insisto, acercándome un poco más y bajando la voz para sonar más convincente—. Es solo una cena, Harper. Cuatro personas comiendo alrededor de una mesa, nada más.

—Una cena con mi ex, la misma que me engañó durante meses sin el menor remordimiento, y con su nueva novia sentada al lado —rectifica ella, y suelta el aire con fuerza, como si pronunciar esas palabras le quemara.

La miro con calma a través del espejo. Ella se gira de golpe, cruza los brazos sobre el pecho y me observa como si intentara convencerse a sí misma más que a mí. Sé exactamente lo que pasa por su cabeza: enfrentarse a Vanessa es abrir de nuevo una herida que lleva años intentando cicatrizar, pero también sé que huir de esta cena sería peor, porque entonces esa mujer seguiría teniendo poder sobre ella, seguiría rondándola como un fantasma que se niega a desaparecer. Lo que necesitamos es un espectáculo impecable, una actuación tan convincente que a Vanessa no le quede ninguna duda de que Harper está enamorada hasta los huesos… aunque yo sea perfectamente consciente de que ese amor, al menos por ahora, no es ni mucho menos de verdad.

—Vale, voy a intentar relajarme —concede al fin, aunque la tensión en sus hombros la delata por completo.

Nos sentamos frente al tocador y cojo la brocha del colorete. Harper cierra los ojos y respira despacio, obediente. Su piel está helada por el invierno, pero bajo mis dedos se siente viva, delicada, tan suave que no puedo evitar que se me escape un suspiro.

—Con un toque será más que suficiente —murmuro, concentrada en no pasarme—. No necesitas nada, Harper, ya brillas por ti misma.

—¿Segura? —Abre un ojo, claramente escéptica.

—Completamente segura —respondo, y le sonrío con toda la ternura que soy capaz de reunir. Ella me devuelve la sonrisa, aunque enseguida se la traga otro suspiro nervioso que me parte el corazón.

Después le arreglo el pelo. Lo lleva suelto, con ondas naturales que huelen a coco y a vainilla, y cada vez que paso los dedos entre sus mechones siento que el pulso se me acelera sin remedio. Me repito que solo estoy ayudándola, que este es un gesto de amistad, pero la verdad es que estar tan cerca de ella me roba el aliento. Cuando termino, me aparto un paso y la contemplo entera.

—Perfecta —susurro.

Harper alza la vista y nuestras miradas se cruzan en el espejo durante unos segundos eternos. Me quedo muda, atrapada en el reflejo de sus ojos, deseando con todas mis fuerzas poder leer en ellos aunque solo sea una pizca de lo que siente por mí, un indicio de que quizá, tal vez, yo también le gusto un poquito. Pero lo que veo es miedo, cansancio y esa sombra de fastidio que le provoca toda esta situación. Nada más.

Yo también me he arreglado más de lo habitual. Me he pintado los labios de un rojo intenso que casi nunca uso, porque de pronto sentí la necesidad absurda de sentirme poderosa, de blindarme con algo que me hiciera parecer segura, aunque por dentro sea un caos absoluto. Al mirarme en el espejo reconozco a una mujer que intenta aparentar control cuando en realidad lleva semanas conteniendo un torbellino de emociones que amenazan con desbordarla en cualquier momento.

Harper se fija en mis labios y carraspea antes de desviar la mirada con rapidez.

—Bueno… —musita mientras coge su bolso—. Creo que ya estamos listas.

Le ofrezco la mano y entrelazo nuestros dedos con suavidad, como si ese gesto pudiera protegerla de todo lo que viene.

—Estoy aquí contigo —le aseguro, apretándola un poco—. Si en algún momento te sientes insegura o asustada, solo recuerda que no estás sola, ¿vale?

Ella asiente despacio y durante unos segundos no dice nada. Luego aprieta mi mano con una fuerza que me sorprende, como si ese simple contacto fuera el ancla que necesita para no hundirse.

El The Pine & Hearth está rebosante de luz y calor. Las velas titilan sobre cada mesa, las coronas de pino adornan las paredes y el aroma a canela y madera quemada envuelve todo el local, creando una atmósfera tan acogedora que casi parece mentira que fuera de esas puertas el invierno siga siendo tan crudo. Entramos despacio, todavía con el frío pegado a la ropa, y noto cómo varias cabezas se giran al vernos pasar. No me extraña; Harper está espectacular. Hasta Jacob está aquí, sentado cerca de la barra con un par de compañeros del parque de bomberos; cuando nos ve, levanta la mano y nos dedica una sonrisa enorme. «Este chico debe de tener un horario muy flexible», pienso, conteniendo la risa.

Vanessa nos espera en una mesa del fondo. Emily está colocando con cuidado dos jarras de cerveza, y el brillo de los ojos de Vanessa al vernos entrar no me gusta nada; es esa mirada depredadora que busca cualquier grieta, cualquier debilidad para hincarle el diente. Harper se tensa a mi lado, así que aprieto su mano una última vez antes de soltarla.

Nos acercamos. Vanessa se pone de pie con un movimiento estudiado, presumiendo de ese vestido negro que le queda como un guante, y después esboza una sonrisa tan perfecta que resulta más que falsa.

—Vaya, qué puntuales —comenta—. Temía que os hubierais arrepentido en el último momento.

—No íbamos a dejaros plantadas —responde Harper, y noto cómo le cuesta hablar.

La ayudo a quitarse la chaqueta con una lentitud deliberada que no pasa desapercibida para nadie, y cuando se sienta me inclino y deposito un beso rápido en sus labios, suficiente para que Vanessa parpadee y apriete los suyos en una línea fina.

Emily, bendita sea, sonríe con una dulzura genuina que alivia un poco la tensión.

—La verdad es que no estaba segura de que aceptarais venir —confiesa mientras despliega la servilleta sobre su regazo—. Después del espectáculo de ayer en la colina y que la Nochebuena está a la vuelta de la esquina, pensé que preferiríais descansar.

—Una apuesta es una apuesta —replica Vanessa con una sonrisa que destila triunfo por los cuatro costados—. Y Harper siempre ha sido de las que pagan sus deudas enseguida, ¿a que sí?

—Por desgracia —contesta Harper, forzando una sonrisa que no llega a sus ojos—, me tomo esas cosas demasiado en serio.

—Eso mismo le estaba diciendo a Emily hace un rato —añade Vanessa, dejando la carta sobre la mesa con fingida despreocupación—. Ella también es de las que lo dan todo por ganar… aunque esta vez no haya sido posible.

—No perdimos por tanto —intervengo yo, intentando bajar la temperatura de la mesa—. Digamos que el trineo tenía otras prioridades.

—Y la nieve tampoco ayudó —apostilla Harper, y las dos reímos al mismo tiempo.

Vanessa se recuesta en la silla, coge su jarra y nos observa por encima del borde con esa mirada calculadora que me pone los nervios de punta.

—No os preocupéis —dice encogiéndose de hombros con una indiferencia que no engaña a nadie—. Prometo portarme bien y no restregároslo demasiado. Además, la cena corre de vuestra cuenta, así que ya me siento suficientemente compensada.

—Pues entonces pide lo más caro de la carta sin miedo —bromeo, y le guiño un ojo a Harper para que se relaje, aunque noto que su mano tiembla ligeramente bajo la mesa.

Emily suelta una carcajada sincera.

—Eso mismo iba a decirle yo.

—No hace falta que las arruinemos —responde Vanessa alzando una ceja con picardía—. La compañía es mucho más importante que la comida… aunque no prometo ser prudente esta noche.

Me quedo pensando qué demonios habrá querido decir con eso y escondo la cara tras la jarra de cerveza para que no me lea la expresión.

El camarero aparece, toma nota y desaparece. Harper pide la hamburguesa con patatas caseras, yo la imito porque no tengo ni

idea de qué elegir, Vanessa se decide por las costillas a la barbacoa y una ensalada para compartir, y Emily añade el pollo especialidad de la casa. Mientras esperamos, el murmullo del local nos envuelve: risas lejanas, el crepitar de la chimenea, el tintineo de las copas. Todo parece cálido, casi idílico, y sin embargo la tensión en nuestra mesa es tan densa que casi se puede cortar con un cuchillo.

—Contadme —Vanessa rompe el silencio, apoyando los codos en la mesa y alternando la mirada entre las dos—. ¿Cómo os va la vida en pareja? Supongo que en Boston todo será más… fácil.

Harper da un trago largo a su cerveza antes de responder.

—Nos va bien, la verdad. Este año ha sido intenso, pero muy bueno —dice, y su voz suena sorprendentemente segura—. Dakota y yo hemos encontrado un ritmo que nos funciona.

—Eso tiene que ser precioso —interviene Emily con una sonrisa sincera—. Debe de ser divertido compaginar tu trabajo con todo lo del Sweet Wheelz.

—Lo es —responde Harper, y por primera vez parece relajarse un poco—. No puedo pasarme tanto como quisiera, pero siempre que puedo echo una mano con ideas para la marca, con las redes sociales de la food truck… Cosas pequeñas, pero me encanta sentirme parte del proyecto.

—Y se le da de maravilla —añado yo, sin poder contener la sonrisa boba que me sale cada vez que hablo de ella. Le acaricio el cuello con suavidad y deposito un beso en su mejilla—. Tiene un don para hacer que todo encaje, incluso cuando yo estoy perdida.

—Vaya —murmura Vanessa, inclinando la cabeza con un gesto que parece casi teatral—. Desde fuera dais la impresión de ser… muy

distintas.

—Los opuestos se atraen, ¿no? —replico sin dudar ni un segundo.

Ella sonríe, claramente satisfecha de haber encontrado un resquicio por donde hurgar. No quiere una charla inocente; quiere señalarnos las diferencias, abrir cualquier grieta. Lo veo claro, y Harper también, porque empieza a girar el anillo del dedo índice como si fuera su amuleto de la suerte.

Emily, que parece la única persona sensata en esta mesa, cambia de tema con mucha habilidad y empieza a hablar de las colinas, de lo rápido que bajamos a pesar del desastroso final, de lo cómico que fue vernos rodar por la nieve como dos croquetas. Harper se ríe, por fin, y esa risa se me mete dentro como un rayo de sol en pleno diciembre.

—Todavía tengo nieve metida en sitios que no voy a mencionar —bromea, mirándome con un brillo travieso en los ojos.

—Eso te pasa por no saber frenar a tiempo —le sigo el juego, y reímos las dos como si estuviéramos solas en el mundo.

Pero la paz dura poco.

—Aun así —retoma Vanessa, apoyando la barbilla en la mano —, hay que reconocer que formáis una pareja… curiosa.

—¿Curiosa? —repito, alzando una ceja.

—Sí —continúa, dando golpecitos con las uñas al vaso—. Hay algo en vosotras que parece tan natural y, al mismo tiempo, tan… ensayado. Es fascinante.

«Mierda». Siento que el corazón se me para un segundo. «¿Se ha dado cuenta?». Pero no, imposible. Respiro hondo y me obligo a mantener la calma.

—Quizá es que todavía estamos aprendiendo a compenetrarnos del todo —responde Harper con una sonrisa afilada—. Pero vamos avanzando, ¿verdad, amor?

Por dentro me siento ridículamente orgullosa. Hay fuego en su voz, ese fuego que normalmente guarda bajo llave. Vanessa parece disfrutarlo, como si le encantara pinchar hasta encontrar sangre.

Durante un rato nos concentramos en la comida, o al menos lo intento. El sabor de la hamburguesa es increíble, el calor del local me reconforta, pero no consigo desconectar: cada frase entre Vanessa y Harper parece un cable a punto de hacer chispa.

—Siempre admiré eso de ti —le suelta de pronto Vanessa, apartándose un mechón con estudiada lentitud—. Esa cabezonería de no rendirte nunca, aunque supieras que ibas a perder.

—Y yo siempre admiré tu habilidad para hablar incluso cuando nadie te ha pedido opinión —replica Harper con una dulzura tan falsa que casi da miedo.

Emily baja la mirada y se muerde el labio para no reírse. Yo me quedo con la patata a medio camino de la boca, literalmente boquiabierta.

Vanessa, sin embargo, se limita a dar un sorbo lento a su cerveza.

—Supongo que eso también forma parte de mi encanto —contesta con calma—. No saber cuándo callarme.

—O no querer hacerlo —añado yo, incapaz de contenerme más.

Vanessa me mira fijamente, como si me midiera de arriba abajo, y noto que Harper se tensa otra vez. Le rozo la mano por debajo del mantel, «no caigas, no le des lo que quiere».

Emily vuelve a salvar la velada preguntando por la food truck y Harper, ya más tranquila, empieza a hablar de los nuevos postres que quiero lanzar la próxima temporada. Pero Vanessa deja el tenedor sobre el plato con un golpe seco que corta la conversación.

—Se os ve muy compenetradas —concede, y su tono es tan neutro que asusta.

—Pues sí —responde Harper sin dudar. Y entonces, sin previo aviso, añade con una calma que me deja helada—: Es lo que pasa cuando encuentras a la mujer de tu vida.

Mi mano, que aún rozaba la suya, se queda paralizada. El corazón me da un vuelco tan fuerte que creo que todos lo oyen. No lo ha dicho solo por este teatro. Lo ha dicho mirándome a los ojos, con una seguridad que me deja boquiabierta.

La miro y el mundo se reduce a ella: a sus labios, al brillo de sus ojos, al leve temblor de su respiración. Cuando se inclina y me besa, no tengo tiempo de reaccionar. El beso es lento, profundo, inesperado, y me duele de tan bonito que es. Duele porque quiero que sea real, porque cada célula de mi cuerpo grita que estoy perdida, que ya no hay vuelta atrás.

Cuando se separa, Harper vuelve a mirar a Vanessa con una serenidad que impone respeto. Vanessa sonríe, pero sus ojos se han

endurecido como el hielo. Emily parece emocionada, sin saber qué decir.

Yo soy incapaz de articular palabra. Siento el cuerpo temblando, como si ese beso hubiera roto algo dentro de mí. La farsa, el papel, la mentira… todo se desvanece. Solo queda este latido desbocado que me empuja hacia ella sin remedio.

Para romper el silencio incómodo, alzo mi jarra con una sonrisa que espero parezca despreocupada.

—Brindemos —propongo—. Por estas navidades llenas de sorpresas.

—Por las sorpresas —responde Vanessa, entrecerrando los ojos con una expresión que no logro descifrar.

Bebe un trago largo y sonríe con esa mueca que esconde mucho más de lo que muestra. Sé que no ha terminado, que en esa sonrisa hay una promesa de caos que todavía no ha desplegado del todo. Pero entonces Harper roza mi mano bajo la mesa otra vez. Su pulgar dibuja círculos lentos sobre mi piel y la sensación me recorre entera, cálida, viva.

Ojalá pudiera creer que todo esto puede convertirse en verdad.

Al menos esta noche. Aunque mañana despierte en otra realidad.

18

Harper

El aire del aseo es más frío que el del resto del restaurante, como si incluso las paredes del The Pine & Hearth se hubieran hartado del calor humano, del bullicio y de las risas falsas que llenan el salón. El murmullo lejano de las conversaciones se cuela por debajo de la puerta, amortiguado, entremezclado con la música navideña que suena desde la zona principal, y yo me apoyo en el lavabo con las dos manos, dejo escapar un suspiro que parece arrancarme el alma e intento aflojar el nudo que me aprieta el pecho desde hace horas.

El espejo me devuelve una versión de mí misma que apenas reconozco: ojos cansados, el rímel ligeramente corrido, una tensión que se me ha grabado en cada gesto del rostro. Podría culpar al agotamiento del día, a la presión de mantener la farsa, a la cena entera con Vanessa y Emily… pero sería mentira. Es algo mucho más incómodo: es el peso de tener que fingir algo que ya no sé si estoy fingiendo, el miedo a que la mentira que inventamos para protegernos se haya convertido en una verdad que no estoy preparada para asumir.

Me mojo las manos bajo el grifo y dejo que el agua helada me despierte, que me devuelva al presente. Observo cómo las gotas resbalan entre mis dedos, cómo tiemblan apenas mientras trato de controlar la respiración.

Oigo pasos en el pasillo y mi estómago se contrae antes siquiera de verla. Su perfume llega primero, ese aroma a canela que

me golpea como un recuerdo que no pedí para esta Navidad. «Por favor, que no sea ella, que me deje en paz, aunque sea cinco minutos», pienso, pero ya sé que es una súplica inútil.

La puerta se abre y ahí está, reflejada en el espejo, con esa sonrisa afilada que siempre fue su arma favorita. Se acerca despacio, con calma estudiada y se apoya en el lavabo a mi lado como si el espacio fuera suyo.

—¿Sabes una cosa? —empieza, sin preámbulos—. Nunca, ni en un millón de años, te imaginé saliendo con alguien como Dakota.

Alzo una ceja y la miro de reojo, intentando mantener la compostura aunque ya siento que la sangre me empieza a hervir.

—¿Alguien como Dakota? —repito, con un tono cortante que estoy segura no le ha pasado desapercibido.

Vanessa ladea la cabeza, observándome con una mezcla de diversión y desprecio.

—Sí, exactamente. Tú siempre fuiste más de… otro estilo de mujeres.

—¿Y qué estilo es ese, Vanessa? —pregunto, y esta vez no disimulo mi desagrado.

Ella sonríe más, como si acabara de ganar un punto.

—Más de mujeres como yo, por ejemplo.

Da un paso más cerca, acorta la distancia con una seguridad que me revuelve el estómago, y antes de que pueda reaccionar posa una mano en mi cintura con la misma naturalidad con la que lo hacía años atrás, como si el tiempo no hubiera pasado, como si todavía tuviera derecho a tocarme. Me atrae hacia ella con suavidad, pero

hay algo posesivo en su gesto, algo que me enciende todas las alarmas.

—Dime la verdad —susurra, tan cerca que siento su aliento contra mis labios—. ¿De verdad no has recordado ni por un segundo lo que fuimos?

No me da tiempo a responder. En un movimiento rápido, casi violento, me besa. Su boca choca contra la mía con una urgencia que no tiene nada de tierna, solo deseo crudo y una arrogancia que me repugna. Me muerde el labio inferior con saña y el pinchazo de dolor me devuelve de golpe a la realidad. La empujo con fuerza, con las dos manos, y consigo apartarla lo suficiente para romper el contacto.

—¿Qué coño haces? —le espeto, limpiándome los labios con el dorso de la mano como si pudiera borrar su sabor.

Vanessa suelta una risa, satisfecha, como si hubiera conseguido exactamente lo que buscaba.

—Vamos, Harper, no finjas que te ha sorprendido tanto. Sabes que nunca he sido de contenerme.

—Lo que eres es una auténtica hija de puta —siseo, y esta vez no intento controlar el temblor de la voz—. ¿Cómo te atreves a besarme teniendo a Emily ahí fuera? ¿Qué clase de persona hace eso?

Ella se encoge de hombros con una indiferencia que me hiere más que el propio beso.

—No tenemos una relación tan cerrada, tranquila. A Emily no le importa.

Sus palabras me golpean como un puñetazo en pleno estómago, porque son las mismas que usaba conmigo cuando yo era la que estaba al otro lado, la que se tragaba excusas y mentiras envueltas en su maldito perfume caro.

Se gira hacia el espejo, saca la barra de labios del bolso y empieza a retocarse con una precisión casi insultante, como si lo que acaba de pasar no tuviera la menor importancia.

—Por cierto —añade, sin mirarme, mientras delinea su boca con calma—, tus labios siguen sabiendo exactamente igual de bien.

Y antes de que pueda articular una sola palabra más, sale del aseo con la misma tranquilidad con la que entró, dejando la puerta cerrarse tras ella con un golpe seco que retumba en mis oídos.

Apoyo las manos en el lavabo otra vez y cierro los ojos con fuerza. Respiro hondo, una, dos, tres veces, intentando calmar el torbellino que tengo dentro. «Mierda, mierda, mierda». No sé si tiemblo de rabia, de asco o de algo mucho peor. Quiero convencerme de que no ha significado nada, de que ha sido solo otra de sus provocaciones baratas, una forma más de demostrar que todavía cree que puede jugar conmigo. Pero no puedo negar que ha removido algo que creía superado: la certeza de que sigo dejando que mi pasado me condicione, que me marque, que me haga dudar de todo lo que estoy construyendo ahora.

Me enjuago la boca con agua fría, me limpio los labios con papel hasta que ya no queda ni rastro de ella, respiro hondo otra vez y me obligo a recomponer la expresión antes de salir. No pienso darle el gusto de verme rota.

Cuando abro la puerta, el ruido del restaurante me golpea de nuevo como una ola. Camino despacio hacia la zona de las dianas, donde ya se ha formado un corrillo animado. Jacob ríe con esa despreocupación perpetua mientras sostiene una cerveza, Emily charla con él y Dakota… Dakota me mira fijamente desde el otro lado, como si hubiera estado esperándome, como si supiera exactamente lo que acaba de pasar, aunque no tenga forma de saberlo.

Está apoyada contra la pared, con los brazos cruzados y una expresión que no es de enfado, sino algo mucho más doloroso: preocupación profunda. La veo desde lejos y siento que el corazón se me encoge. Por esta noche no pienso contarle nada; no quiero cargar sobre ella más peso del que ya lleva.

Me acerco con paso firme, forzando una sonrisa que me cuesta la vida mantener.

—Todo está bien, tranquila —digo antes de que abra la boca.

Ella asiente despacio, pero sus ojos me dicen que no se lo traga.

—¿Segura? —pregunta en voz baja.

—Sí —miento, y aparto la mirada porque sé que si la sostengo demasiado se me va a notar todo—. Solo necesitaba un poco de aire.

La mentira me sabe a veneno. Dakota me observa un segundo más, luego me tiende un dardo con una sonrisa pequeña, casi triste.

—Tu turno —dice simplemente.

Lo cojo, agradeciendo en silencio que no insista, que me dé espacio, aunque sé que le cuesta. Me coloco frente a la diana, pero apenas veo los números; todo es un borrón de luces y ruido. Lanzo el dardo y, como era previsible, ni siquiera roza el tablero.

—No pasa nada —me susurra Dakota al oído, acercándose lo justo para que solo yo la oiga—. Es solo un juego.

«Solo un juego», repito mentalmente, y me pregunto si esa frase también podría aplicarse a lo nuestro, a esta farsa que empezamos por mi beneficio y que ya no sé cómo parar.

Los demás aplauden cuando Jacob clava el dardo en el centro exacto, y Vanessa celebra con aspavientos exagerados, como si no acabara de cruzar todas las líneas posibles. Sus ojos se cruzan con los míos y me dedica una sonrisa cargada de veneno. No soporto esa mirada triunfal, no soporto saber que crea que todavía tiene poder sobre mí.

—Voy a pedir la cuenta —anuncio de pronto, tendiéndole mi cerveza a Dakota—. Es tarde y mañana será otro día largo.

Ella me mira unos segundos más, como si quisiera decir mil cosas, pero al final solo asiente.

Salimos al frío de la noche y el aire helado me azota la cara como una bofetada bien merecida. La nieve ha vuelto a caer, fina y silenciosa, cubriendo las calles de un blanco impoluto que las luces del pueblo tiñen de dorado y azul. Caminamos despacio hacia el coche sin decir nada, con el eco del restaurante todavía resonando a nuestra espalda y el peso de todo lo no dicho flotando entre nosotras.

—Harper —pronuncia Dakota al fin, cuando llegamos junto al coche—. ¿Qué ha pasado ahí dentro?

Me detengo en seco y aprieto los labios.

—Nada —respondo.

—No te creo —susurra, y la tristeza que veo en sus ojos por no confiar en ella, duele. Duele demasiado.

No quiero que esté triste por mí. No se lo merece.

—No quiero hablar de ello ahora —murmuro, bajando la mirada al suelo nevado.

Dakota guarda silencio un instante. Puedo sentir su respiración, su calor a mi lado, esa presencia que siempre consigue tranquilizarme, aunque ahora mismo me sienta fatal por mentirle.

—De acuerdo —acepta al fin, y suelta un suspiro largo—. No voy a presionarte. Pero recuerda que estoy aquí, que no tienes que cargar con todo sola, ¿vale?

Levanto la vista y la encuentro mirándome con esa luz en los ojos que parece capaz de iluminar hasta la noche más oscura. Y aunque sé que no merezco su paciencia, que no merezco que me salve una y otra vez, siento que algo dentro de mí se rompe y se recompone al mismo tiempo.

No sé en qué momento mi vida se convirtió en esto: en una cadena de verdades a medias, de sentimientos que no sé nombrar, de heridas que todavía supuran bajo la piel. Lo único que tengo claro, absolutamente claro, es que cuando pienso en Dakota algo se calma dentro de mí, algo encuentra su lugar.

Y no pienso permitir que Vanessa, ni el pasado, ni ninguna maldita mentira me quite lo único auténtico que tengo ahora mismo entre las manos. Nuestra amistad, nuestra conexión… no voy a dejar que nadie me estropee esto.

Sobre todo, no voy a dejar que Vanessa tenga la última palabra. Jamás.

19

Dakota

En una semana todo esto habrá terminado. Ese es el primer pensamiento que me atraviesa la mente en cuanto abro los ojos, como un mantra que intento repetir hasta creérmelo de verdad.

El reloj de la mesilla marca las ocho y cuarto, pero la habitación de Harper sigue envuelta en esa frialdad propia de las noches de diciembre en Evergreen Hollow. Me quedo tumbada un rato, con la mirada perdida en el techo, escuchando el viento que azota los abetos del jardín y hace crujir las contraventanas. Harper duerme —o finge dormir— a mi lado, dándome la espalda. Su respiración es lenta, profunda, pero conozco demasiado bien ese tipo de sueño: el que se interrumpe cada pocos minutos porque la cabeza no para.

Desde la cena de anoche con Vanessa y Emily, algo se ha roto en ella. No sé si fue una frase, una mirada o simplemente el hecho de tener que compartir mesa con quien le hizo tanto daño años atrás, pero desde entonces anda ausente, como si una parte de ella se hubiera quedado atrapada en aquella conversación. He intentado sacarle qué pasó sin presionarla, pero siempre responde lo mismo: «Nada, estoy cansada». Y yo, que la conozco mejor que nadie, sé que eso significa «no quiero hablar de ello».

Me incorporo con cuidado para no despertarla, recojo mi ropa del suelo y salgo de puntillas hacia mi propia habitación. La casa está en silencio; solo se oye el crujido de la madera vieja bajo mis pies descalzos y, desde la cocina, el leve zumbido de la tetera

eléctrica que Carol programa todas las noches para que esté lista al amanecer.

Enciendo el móvil y veo siete mensajes de Nathan. No los abro todavía. Necesito café, aire y, sobre todo, dejar de sentirme como una impostora dentro de mi propia piel. Así que decido vestirme rápido y dar una vuelta.

Fuera, el pueblo amanece bajo una nueva capa de nieve. El cielo está tan bajo y gris que parece que alguien ha estirado una manta de plomo sobre los tejados. Las luces navideñas aún parpadean con desgana, como si también ellas estuvieran cansadas de tanto brillo forzado. Camino sin rumbo, con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo, dejando que el frío me despierte a base de mordiscos en las mejillas.

Cuando el aire ya me quema los pulmones, me detengo bajo el porche de una tienda cerrada y marco el número de Nathan.

—Al fin —contesta al segundo tono con voz ronca y cansada—. Dime que has puesto fin a esta locura, por favor.

Sonrío sin ganas.

—Lamento no darte buenas noticias.

—Dakota… —Suspira tan fuerte que casi puedo verle pasarse la mano por la barba de tres días—. No entiendo cómo permites que Harper te meta en esto. Ella no tiene ni idea de lo que sientes y…

—Nathan —lo interrumpo antes de que siga por ese camino—. Harper no sabe nada, y nunca va a saberlo. Punto.

—¿Y hasta cuándo vas a seguir con el numerito de novia feliz?

—En siete días volvemos a Boston y todo volverá a su sitio —respondo, observando cómo una ráfaga levanta la nieve recién caída y la hace bailar delante de mí—. Ella seguirá con su vida, yo seguiré enamorada en silencio, y el mundo no se acabará.

—No creo que tú puedas volver atrás después de esto —insiste, más serio—. Te conozco desde los dieciséis, Dakota. Eres la persona más transparente del planeta cuando algo te importa de verdad.

Aprieto el móvil contra la oreja hasta que me duele la mano.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que le suelte como si nada «Oye, Harper, por cierto, llevo años enamorada de ti»? ¿Que reviente la Navidad y nuestra amistad en un solo golpe? —Alzo la voz sin darme cuenta y dos señoras mayores que pasan con sus bolsas de la compra me miran como si acabara de blasfemar en la iglesia—. Por favor, ahórrame el sermón.

Nathan se queda callado unos segundos largos.

—Vale —cede al fin—. Pero no deberías pasar por esto sola.

—No estoy sola —miento, forzando una sonrisa que suene convincente—. Te tengo a ti, ¿no?

—Sí, y por eso mismo te repito lo que te dije cuando me lo contaste la primera vez: no juegues con fuego, Dakota. Aunque sea Harper, esto puede terminar muy mal.

Bufo y me apoyo contra la pared helada de la fachada. Para cortar el tema de raíz, pregunto por el negocio.

—¿Cómo va el Sweet Wheelz?

Su voz se ilumina al instante.

—Está siendo una auténtica locura. Estamos haciendo casi el doble de caja que el año pasado por estas fechas. Creo que con lo que saquemos esta temporada podríamos plantearnos abrir una segunda furgoneta o incluso buscar un sitio fijo.

—Eso suena increíble —respondo, y esta vez el entusiasmo es sincero.

Seguimos hablando de nuevos sabores para los donuts y de si merece la pena invertir en una máquina de gofres más grande. Pero mientras Nathan divaga sobre si los gofres de chocolate belga triunfarían en primavera, mis ojos se quedan clavados en una figura al fondo de la calle. Emily está parada frente al escaparate de una tienda de adornos navideños, inclinada, observando algo con atención. La luz de las guirnaldas se refleja en su pelo y, por un segundo, parece sacada de una de esas postales que venden en el aeropuerto.

—Tengo que colgar, Nathan. Te llamo luego.

—Espera, Dakota… —Pero ya he pulsado el botón.

Cruzo la calle con cuidado de no resbalar en la nieve compacta de la acera. Lo último que necesito es un esguince navideño.

—¿Emily? —la llamo cuando estoy a pocos metros.

Se gira sobresaltada y, al reconocerme, su cara se abre en una sonrisa amplia.

—¡Hola! No te había visto —saluda, con el frío tiñendo sus mejillas de rosa.

—¿Qué haces por aquí tan temprano? —pregunto, después hecho un vistazo al escaparate y me quedo boquiabierta—. Vaya,

parece la cueva oficial de Papá Noel.

La tienda es un estallido de luces, colores y villancicos suaves. Guirnaldas, renos de madera, trenes que dan vueltas sin parar alrededor de una aldea en miniatura y, en el centro, un árbol enorme cubierto de copos plateados que brillan como si estuvieran hechos de hielo de verdad.

—¿Entramos? —propone ella, con los ojos iluminados—. Es imposible pasar de largo sin curiosear.

Ni siquiera me pienso el empujar la puerta, y después una campanilla anuncia nuestra llegada. Dentro huele a pino recién cortado y a galletas de jengibre. Me quedo parada en medio del pasillo con la boca entreabierta.

—Esto es… increíble —murmuro.

Emily sonríe y, por primera vez, reparo en los hoyuelos que se le marcan cuando lo hace.

—Siempre que viajo a un pueblo con encanto navideño, tengo que entrar en sitios así. Y esta tienda, te lo juro, tiene la decoración más bonita que he visto en la vida.

Nos detenemos frente a una estantería llena de figuritas de cerámica: casitas nevadas, ositos polares con bufandas, farolitos diminutos… Me entretengo mirando una noria de madera que gira despacio, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Quería decirte una cosa —rompe el silencio de pronto—. Siento muchísimo lo de anoche.

—¿Por Vanessa?

Asiente, bajando la mirada hacia sus botas.

—Sí. Normalmente no es así de… cortante. Pero este pueblo le trae muy malos recuerdos y la familia prácticamente la obligó a venir estas fiestas. Creo que está más tensa de lo habitual.

—Harper está igual —admito, pasando el dedo por el borde de una taza con estrellitas—. Supongo que no es fácil reencontrarse con alguien con quien compartiste tanto…

Emily me mira con una mezcla de comprensión y tristeza.

—Supongo que no.

Me arrepiento al instante de haber abierto la boca. Recordarlo me duele, no solo por Harper, sino por mí. Fingir ser su pareja es la tortura más refinada que se me podía ocurrir. «No juegues con fuego, Dakota». Sacudo la cabeza para espantar la voz de Nathan.

Para aligerar el ambiente, Emily señala un tren eléctrico que cruza un puente de madera.

—¿Te imaginas tener uno así en casa? Me pasaría las noches muertas viéndolo dar vueltas.

—Yo también —respondo riendo—. Aunque probablemente terminaría dormida en el sofá con la boca abierta.

Terminamos comprando tonterías: un copo de nieve de cristal soplado, una bola de nieve con un trineo dentro «para recordar la carrera», y dos tazas con el logo de Evergreen Hollow. Cuando salimos, la nieve ha empezado a caer otra vez, como si el cielo quisiera borrar las huellas del día anterior.

—¿Te apetece un chocolate caliente? —pregunta, encogiéndose de hombros—. Con este frío es casi obligatorio, y no quiero seguir dando vueltas sola.

Acepto sin pensarlo dos veces. Caminamos por la calle principal hablando de tonterías: de lo bonito que queda el pueblo nevado, de cómo las luces parecen más mágicas cuando no hay nadie mirando, de lo distinto que es todo aquí comparado con las grandes ciudades. Terminamos en una cafetería pequeñita junto al ayuntamiento, con chimenea de leña y manteles de cuadros rojos y blancos.

Nos sentamos junto a la ventana. El camarero nos trae dos tazas humeantes de chocolate denso, coronadas con nata montada y virutas de cacao.

—Entonces… —dice Emily tras el primer sorbo, limpiándose el bigote de nata con la lengua—, ¿cómo es eso de llevar una food truck? Es la primera vez que conozco a alguien que se dedica a algo así.

—Lo más importante, sin duda, es no quemar los donuts —bromeo, y ella suelta una carcajada—. Empecé con Nathan hace cinco años. Al principio él llevaba la parte de los números y yo la cocina, pero con el tiempo hemos terminado haciendo de todo. Nos encanta improvisar recetas, viajar a ferias, ir a varios pueblos… Aunque Boston sigue siendo nuestra base.

—Debe de ser una vida muy libre —comenta, removiendo su chocolate con la cucharilla.

—Libre y agotadora a partes iguales —reconozco—. Pero me hace sentir viva. Conoces a gente de todo tipo, ves sonrisas todos los días… No cambiaría eso por estar ocho horas delante de un ordenador. —La miro mientras habla y añado más suave—: ¿Y tú? Creo que no me contaste a qué te dedicas.

—Soy diseñadora de interiores —responde con un brillo de orgullo tranquilo—. Me encanta transformar espacios, hacer que la gente se sienta en su casa. Supongo que por eso me vuelve loca la Navidad: todo se vuelve más cálido, más humano, más lleno de pequeños detalles que te pueden hacer feliz.

La conversación fluye sin esfuerzo. Hablamos de su vida en Vermont, de cómo conoció a Vanessa en una exposición de arte, de lo distintas que son. Su tono no es amargo, pero entre línea percibo un cansancio profundo, como si llevara meses sosteniendo una relación que ya pesa más de lo que ilumina.

En un momento dado, nuestras manos se rozan al alcanzar las tazas. Ninguna de las dos se aparta de inmediato. Emily se recoge el pelo detrás de la oreja y me mira con una timidez que no le había visto hasta ahora.

—Ha sido muy agradable coincidir contigo —dice en voz baja, perdiéndose un instante en el fondo oscuro de su chocolate—. Creo que necesitaba respirar aire fresco.

—Te entiendo perfectamente —respondo—. A veces solo necesitamos un pequeño respiro, ¿verdad?

Asiente y mira hacia la ventana. La nieve cae sin prisa, y la luz de las farolas se refleja en sus ojos como si fueran trocitos de hielo iluminados. De pronto su sonrisa se desvanece.

—Vanessa y yo… —empieza, jugueteando con la cucharilla—. Llevamos casi tres años juntas. Al principio todo era fácil, éramos un torbellino: viajes, planes, risas constantes. Pero últimamente siento que hablamos idiomas distintos.

La escucho sin interrumpir. Sé que no busca consejo, solo alguien que no la juzgue.

—Ella siempre ha sido más libre que yo —continúa—. Y eso me encantaba. Pero con el tiempo esa libertad se ha convertido en distancia. Es como si estuviera en otro planeta incluso cuando está sentada a mi lado. Tenemos un acuerdo de relación abierta, sin reproches. Pero hay días que me pregunto si eso no es solo una manera bonita de admitir que ya no nos importamos tanto como antes.

Se encoge de hombros, como quitándole importancia.

—¿Se lo has dicho alguna vez? —me intereso.

—Lo he intentado. Pero Vanessa es experta en esquivar conversaciones incómodas. Cambia de tema, me dice que exagero, o me besa hasta que me olvido de lo que iba a decir. —Suspira y dobla la servilleta una y otra vez—. A veces pienso que seguimos juntas por pura inercia, y lo de estos días… solo me lo confirma.

La confesión queda suspendida entre nosotras. Sé perfectamente a qué se refiere con «lo de estos días» y me duele en lugares que prefiero ignorar. Me impresiona su calma, su forma de aceptar algo tan grande con tanta dignidad. Me recuerda a mí misma cuando intento convencerme de que fingir esta relación es lo mejor, aunque por dentro me esté desmoronando pedazo a pedazo.

—Debe de ser muy duro —murmuro.

—Lo es. Pero también es liberador decirlo en voz alta por fin. —Me mira y su sonrisa vuelve, más pequeña pero más verdadera—. No suelo hablar de esto con nadie. Gracias por escucharme sin juzgar.

—Gracias a ti por confiar en mí —respondo, y lo digo de corazón.

Nos quedamos un rato en silencio, solo se oye el crepitar de la leña. Emily juguetea con el asa de su taza y de pronto alza la vista.

—Me alegra mucho haberte conocido, Dakota. Eres… diferente. Especial.

Siento que me falta el aire. No sé si es por sus palabras o por la intensidad con que me mira, pero un cosquilleo recorre mi piel entera.

—Yo también me alegro —logro decir, y carraspeo para disimular—. Muchísimo.

Ella ríe bajito.

—Para que lo sepas… me pareces una mujer maravillosa.

La frase me atraviesa como un rayo. Por un segundo quiero contarle todo: que no soy tan maravillosa, que estoy mintiendo a todo el mundo, que ni siquiera soy la novia de Harper. Pero no puedo. Así que solo sonrío.

Fuera, la nieve sigue cayendo y el pueblo parece envuelto en una burbuja de luz y silencio. Emily se queda mirando el paisaje un rato y yo la observo de reojo, preguntándome por qué su presencia me resulta tan reconfortante y tan peligrosa al mismo tiempo.

Cuando se levanta para abotonarse el abrigo, lo hace con una elegancia natural que quita el aliento. Me mira una última vez y sonríe.

—De verdad, gracias por esto. Hablar contigo ha sido… fácil. Con Vanessa a veces siento que mis palabras rebotan contra una

pared.

—Quizá porque yo no tengo ninguna pared que proteger —respondo sin pensar.

—Exacto —susurra.

Nos quedamos unos segundos mirándonos en silencio.

Al salir, el frío nos azota la cara. Emily se sube la bufanda hasta la nariz, me dedica una última sonrisa y se aleja calle abajo. La veo desaparecer entre la nieve y siento un nudo en la garganta.

La observo mientras se va y pienso no solo en su belleza, sino en esa serenidad que la envuelve incluso cuando todo parece complicado. En la forma en que escucha, en cómo sonríe con los ojos antes que con la boca. Y de pronto me sorprendo imaginando cómo sería hacerla reír más a menudo, o qué sentiría si sus dedos decidieran explorar mi piel en lugar de rozar accidentalmente mi mano.

«¿Pero a ti qué demonios te pasa hoy, Dakota?», me riño mentalmente.

Sacudo la cabeza con fuerza, como si así pudiera borrar la imagen. No, no y no. No necesito más líos. Ya tengo bastante con el que tengo.

Pero la chispa ya está ahí. Quizás porque ambas estamos atrapadas en mentiras que ya no sabemos cómo sostener. O tal vez, porque por primera vez en mucho tiempo, algo verdadero acaba de empezar a asomar entre tanta nieve.

20

Harper

Me despierto con una opresión rara en el pecho, como si hubiera dormido sobre una piedra que ahora se me clava entre las costillas. Durante unos segundos no sé ni dónde estoy; el techo es el mismo de siempre, pero todo parece distinto. Me giro hacia el lado de la cama que ocupó Dakota anoche y encuentro solo un hueco frío y una arruga en la sábana que aún conserva la forma de su cuerpo. El calor se ha ido, pero no hace tanto que se levantó, porque si paso la palma por encima todavía noto un resto tibio. Me quedo mirando esa marca absurda, como si pudiera explicarme por qué se ha marchado sin decir nada, sin un beso en la frente, sin un «ahora vuelvo».

Dos minutos de paz, eso es todo lo que me concedo antes de que la realidad me golpee de nuevo.

Trago saliva con dificultad. A lo mejor solo necesitaba aire, o a lo mejor, igual que yo, también precisaba un rato a solas para digerir el desastre de anoche. No la culparía. Intento estirarme, pero tengo los músculos tan tensos que hasta el simple gesto de incorporarme me provoca un pinchazo en la nuca. Y entonces vuelve todo: la risa de Vanessa, su manera de mirarme como si los años no hubieran pasado, el momento exacto en que me acorraló en el aseo con esa cercanía que no pedí ni quise. Un segundo más y quizá habría hecho algo de lo que me arrepentiría toda la vida. Por suerte, todavía conservo algo de cordura.

—Qué idiota eres, Harper —musito entre dientes, soltando el aire como si así pudiera expulsar también la vergüenza.

Me froto la cara con las dos manos, como si quisiera borrarme el recuerdo. Si vuelvo a cruzarme con ella, le dejaré clarísimo que no se acerque otra vez. No pienso repetir esa escena ni permitir que me ponga en una situación tan estúpida, tan injusta para Dakota y tan peligrosa para mí.

Me levanto despacio, busco en el armario algo que me haga sentir menos vulnerable y elijo unos vaqueros, un jersey grueso de lana gris y la bufanda azul oscuro que me regaló la abuela hace un par de Navidades. Me calzo las botas marrones que, curiosamente, compré una semana antes de volver al pueblo, como si mi subconsciente ya supiera que iba a necesitar protegerme del frío por fuera y por dentro. Me miro en el espejo y me doy cuenta de que no estoy para premios de belleza, pero al menos sigo siendo persona.

Antes de salir, bajo a la cocina. La abuela está sentada junto al ventanal, con una taza humeante entre las manos y el chal de siempre sobre los hombros. La luz del amanecer le dibuja el perfil con suavidad, y durante un segundo pienso que no existe nadie en el mundo que represente mejor la palabra «hogar» que ella.

—Buenos días, mi niña —dice nada más verme.

—Buenos días —respondo, más ausente de lo que quisiera.

—¿Has conseguido dormir algo?

—Un poco —miento a medias mientras me sirvo café en la taza más grande que encuentro—. ¿Has visto a Dakota?

—Salió hace un rato —contesta tras dar un sorbito lento a su té —. Carol me comentó que la llave no estaba echada cuando bajó.

Asiento. No me extraña.

Voy a sentarme a su lado, pero antes de que apoye el culo en la silla, ella deja la taza en la mesa y me mira con esos ojos que lo saben todo sin necesidad de preguntar.

—Ven aquí un momento —me pide con suavidad.

Obedezco sin pensarlo. Me abraza fuerte, como solo abrazan las abuelas que han visto pasar demasiadas tormentas, y me aprieta contra su pecho hasta que siento que parte del peso que llevo encima se pierde.

—Gracias —susurro, escondiendo la cara en su hombro.

—No tienes que agradecerme nada, tonta —me contesta mientras me acaricia el pelo—. Gracias a ti por seguir viniendo a verme, aunque haya cosas en este pueblo que todavía te duelan.

Me quedo así un rato largo, respirando su olor a lavanda, sintiendo cómo la ternura me atraviesa de pies a cabeza. Podría quedarme ahí todo el día, pero algo dentro de mí me empuja a salir, a moverme, a no ahogarme en mis propios pensamientos.

—Creo que voy a dar una vuelta —anuncio al fin, separándome con una sonrisa que espero la convenza.

—Hazlo, cariño. Pásate por el mercadillo, a lo mejor encuentras algo bonito que te alegre la mañana —me anima con ese brillo pícaro que nunca pierde.

Fuera, el aire me corta la cara. La primera bocanada quema, pero después de unos metros el frío se vuelve casi adictivo, como si cada paso me limpiara un poco por dentro. Las calles están cubiertas por una capa fina y crujiente de nieve recién caída; las coronas de

abeto cuelgan de todas las puertas, y el olor a leña y canela flota pesado entre las casas. Los escaparates parecen postales vivas: cintas doradas, renos sonrientes, luces que parpadean sin cansarse…

Camino despacio, dejando que el murmullo del mercadillo me envuelva. A mi izquierda, un grupo de niños se lanza bolas de nieve con gritos de guerra; a la derecha, una pareja mayor elige adornos de cristal soplado mientras se ríen como adolescentes. Todo es tan absurdamente perfecto que por un momento dudo de si este lugar existe de verdad o si es un decorado que se desmontará en cuanto me vaya.

Me detengo frente a un puesto de velas artesanales. El olor a vainilla y naranja especiada me obliga a cerrar los ojos. Había olvidado lo fácil que era respirar aquí cuando no tenía tantos fantasmas. Una señora mayor me ofrece una tacita de té caliente con clavo y canela; la acepto solo por tener algo con lo que calentarme las manos. El vapor me empaña las gafas y, durante unos segundos, el mundo desaparece.

Estoy tan perdida en el aroma que no veo venir a la persona que se acerca por el otro lado hasta que chocamos de frente y el té salpica un poco sobre la nieve.

—¡Joder, lo siento! —exclamo, retrocediendo para no resbalar.

Una mano firme me agarra del brazo justo a tiempo.

—Tranquila, Harper, que no ha sido para tanto.

Levanto la vista y me topo con la sonrisa amplia y despreocupada de Jacob. Lleva el uniforme de bombero, el pelo húmedo por la nieve y varias bolsas de papel que huelen a azúcar glas desde aquí.

—Vaya, mira quién sigue teniendo debilidad por los dulces —comento, señalando las bolsas con una media sonrisa que me sale sin esfuerzo.

—Hay vicios que no se curan ni con los años —responde él, encogiéndose de hombros.

Nos miramos un instante. No hay tensión, ni rencor, ni esa electricidad incómoda que a veces queda cuando dos personas se quisieron mucho. Solo la familiaridad tranquila de quienes se desearon lo mejor y cumplieron con ello.

—¿Y tú qué? —pregunta al cabo de un rato—. ¿Va todo bien? Anoche te vi un poco…

—Estoy bien, sí —miento, porque decir la verdad sería demasiado—. Dando un paseo para despejarme.

Nos quedamos callados viendo pasar a la gente. Con Jacob siempre fue fácil el silencio; nunca hizo falta llenarlo de ruido. Quizá por eso me permito quedarme ahí parada, disfrutando de una calma que últimamente escasea.

—Bueno —dice al fin, ajustándose las bolsas—. Tengo que volver a la estación. Les prometí a los chicos algo dulce para el turno.

—Siempre tan detallista —bromeo.

Él suelta una carcajada y, antes de irse, se gira con su típica expresión traviesa.

—Oye, por cierto, he visto a tu chica hace un rato —suelta como quien no quiere la cosa—. Estaba tomándose un chocolate con

Emily en la cafetería de Marie. Qué bien que al menos ellas se lleven bien, ¿no? —añade con un guiño—. Bueno, te dejo, ¡cuídate!

Y se aleja dejándome clavada en la nieve, con la boca entreabierta y una sensación rara apretándome el estómago.

¿Mi chica? ¿Dakota con Emily?

La imagen se forma sola: las dos sentadas frente a frente, riendo, compartiendo confidencias, mirándose de esa forma que… «No. Para.»

—¿Qué coño hacía Dakota tomándose un chocolate con Emily? —susurro tan bajo que solo la nieve me oye.

Intento ser racional. El pueblo es pequeño, es normal que se crucen, quizá fue algo casual, un «hola, qué casualidad» que acabó en donde Marie. Pero la lógica no consigue apagar el calor incómodo que me sube por el pecho, ese pinchazo feo que me duele bastante.

Empiezo a caminar sin darme cuenta hacia la cafetería. Las luces del interior brillan detrás del cristal empañado y cada vez que alguien abre la puerta sale una nube de olor a chocolate y canela.

Giro el pomo con las manos temblando un poco.

Dentro está casi lleno: una pareja susurra junto a la ventana, un grupo de adolescentes se parte de risa cerca de la barra, Marie prepara una bandeja de pasteles con su sonrisa de siempre. Pero no hay ni rastro de Dakota ni de Emily. Quizá se fueron hace nada. Me acerco al ventanal y miro la calle.

Respiro hondo. No debería importarme. No tengo derecho. Estamos fingiendo, no hay nada que me dé permiso para sentir esto.

Y sin embargo lo siento: celos, rabia, miedo, todo mezclado en una bola que me quema por dentro.

Pido un café solo. Marie me lo sirve con una sonrisa maternal.

—Cuánto tiempo sin verte por aquí, Harper.

—Sí, ya había pasado mucho —respondo sin apenas mirarla.

El primer sorbo es tan amargo que me centra en el presente. El calor me baja por la garganta y me obliga a volver al mundo. Pienso en Dakota: en cómo anoche me miró preocupada, en cómo insistió en que le contara qué pasaba, en lo mucho que odiaría verme así, consumida por algo que ni siquiera entiendo.

Termino el café, pago y vuelvo a la calle. La nieve cae ahora con ganas, cubriéndolo todo de blanco. Camino sin rumbo fijo, pero mis botas me llevan directas a la pista de patinaje. Me paro frente a la valla y cierro los ojos. Recuerdo perfectamente cómo nos miramos cuando nos caímos, cómo su risa me salvó de hacer el ridículo más espantoso, cómo durante un segundo el mundo se redujo a sus ojos y a los míos.

—Ridícula —me digo en voz alta—. Estás siendo absolutamente ridícula.

Me abrazo a mí misma para entrar en calor y me quedo ahí plantada, con la nieve acumulándose en los hombros. No sé si quiero que Dakota aparezca y me explique qué hacía, o si prefiero no saberlo nunca. Solo sé que algo se ha movido dentro de mí, algo pequeño, casi imperceptible, pero que ya no tiene marcha atrás.

El tipo de cosa que empieza como un susurro y acaba cambiando toda la melodía.

Aunque todavía no tenga ni idea de cuál va a ser la nueva canción.

21

Harper

El sonido de los cubiertos contra los platos me taladra los oídos como si cada golpe fuera un recordatorio de lo poco que me apetece estar aquí. Miro el mantel de cuadros rojos y blancos, las velas que parpadean con su luz dorada, los centros de piñas y ramas de abeto que huelen a bosque; todo está perfecto, como salido de una revista, y sin embargo yo me siento fuera de lugar, como una pieza que alguien ha colocado en el puzle equivocado.

Intento centrarme en el plato que tengo delante, pero apenas he tocado nada. Mi abuela me observa desde el extremo opuesto de la mesa con esa dulzura suya que nunca falla, aunque no puede disimular del todo la preocupación que le nubla los ojos; ella siempre sabe cuándo algo me corroe por dentro. Dakota, sentada a mi lado, tampoco dice nada, pero no hace falta: percibe cada cambio de humor como si lleváramos un cable invisible conectado entre nosotras. Mis padres, ajenos a la tormenta que me revuelve las tripas, siguen charlando sobre la decoración de los vecinos, sobre quién ha puesto más luces este año y quién ha ganado el concurso informal de la calle más navideña.

—Ya verás como los renos de los Thompson terminan fundidos antes de Nochebuena —bromea mi padre, y mi madre suelta una carcajada.

De pronto ella clava la mirada en mí y me señala con el tenedor.

—Harper, cariño, ¿no vas a probar la tarta? Te he guardado el trozo más grande.

Bajo la vista al plato que ha colocado delante de mí: tarta de nuez con bourbon, chocolate caliente y ese sirope de arce que me transportaba directa a la infancia, a esas tardes sentada en la encimera mientras mi madre batía la masa y me dejaba chupar la cuchara. El olor debería hacerme sonreír, debería despertarme algún recuerdo feliz, pero hoy solo me revuelve el estómago.

—Ahora no me apetece, gracias —respondo, y empujo el plato un poco hacia el centro de la mesa.

Mi abuela suspira, un sonido tan suave que casi se pierde entre el ruido de las copas, y Dakota hunde el tenedor en el puré de patatas con fuerza, como si quisiera evitar mirarme. Mi padre carraspea, incómodo, y decide lanzar otro tema al aire para salvar la cena.

—¿Os habéis enterado de que este año vuelve el festival de karaoke del pueblo y que lo hacen mañana? Han puesto el cartel en la plaza y todo.

Levanto la cabeza de golpe. Dakota abre mucho los ojos y se gira hacia mí con una sonrisa que pretende ser divertida.

—¿Karaoke? ¿Aquí? No me habías contado nada de eso —comenta, y parece convencida de rescatar la noche.

—Porque nunca me ha interesado lo más mínimo —respondo, encogiéndome de hombros, y le doy un sorbo largo al agua para no tener que seguir hablando.

Mi madre suelta una risita y niega con la cabeza.

—No me lo puedo creer. Si cuando eras adolescente te pasabas horas encerrada con el micrófono del viejo equipo de música, practicando como si fueras a salir en la tele —recuerda, y su tono está lleno de cariño, pero yo solo siento que me enciendo por dentro —. Hasta te sabías las coreografías enteras de las Spice Girls.

—Tú lo has dicho: cuando era adolescente —replico, y aparto la mirada hacia la ventana para no tener que enfrentarme a nadie más.

El silencio que cae después es incómodo. Siento todas las miradas puestas en mí y, de pronto, el aire de la habitación me parece insuficiente. Me limpio los labios con la servilleta, la doblo con cuidado exagerado y la dejo junto al plato.

—Perdonad, tengo que hacer una llamada de trabajo —anuncio, levantándome antes de que nadie pueda protestar.

—¿En vacaciones? —pregunta mi padre, con las cejas arqueadas.

—Ya sabes cómo es la agencia —miento, y fuerzo una sonrisa que espero que cuele.

No espero respuesta. Rodeo la mesa, salgo al pasillo y subo las escaleras casi de dos en dos. No tengo ninguna llamada, claro que no; solo necesito escapar de ahí, de sus miradas, de la sensación de que todos esperan que sea la Harper alegre de siempre y yo hoy no puedo ofrecerles ni una mísera versión de eso.

Llego al descansillo y, justo cuando voy a entrar en mi habitación, una mano me agarra la muñeca y tira de mí hacia dentro. Dakota cierra la puerta de un golpe seco, se apoya contra la madera y cruza los brazos, mirándome con una mezcla de enfado y preocupación que no se molesta en disimular.

—¿Se puede saber qué narices te pasa? —suelta sin preámbulos.

—Nada —miento, y me cruzo de brazos también, como si así pudiera protegerme.

—A mí no me engañas, Harper. Llevas todo el día con una cara de mala leche que no puedes ni disimular, y ahora te levantas de la mesa con la excusa más tonta del mundo. Tu madre solo intenta que pasemos unos días normales en familia y tú la tratas como si te estuviera torturando.

Me quedo mirándola, alucinada. ¿En serio me está echando la bronca ahora mismo?

—¿Tú me vas a reprochar algo a mí? —pregunto, y noto cómo la rabia me sube por la garganta.

—No lo sé, dímelo tú —responde sin pestañear, y da un paso hacia mí.

Nos quedamos así unos segundos, midiéndonos con la mirada. Su calma me saca de quicio casi más que cualquier grito.

—Vale, ya que insistes tanto, te lo suelto —digo al fin—. Jacob me comentó que te vio esta mañana muy tranquila tomándote un chocolate caliente con Emily.

La sorpresa le cruza la cara como un relámpago.

—¿Perdona?

—Lo que oyes. ¿Qué hacías con ella?

Dakota se lleva las manos a la cabeza y exhala un suspiro largo, como si estuviera hablando con una niña pequeña que no entiende nada.

—¿En serio te has puesto así porque tomé un triste chocolate con ella?

—¿Te has olvidado de quién es Emily? ¿De con quién viene?

—No, no me he olvidado —responde, y su voz se endurece un poco—. Pero tu problema es con Vanessa, no con Emily. Y, créeme, ella no tiene la culpa de nada. Es una persona encantadora, Harper.

Esa palabra, «encantadora», me golpea como un puñetazo en el estómago. No es que tenga razón o no; es que no soporto escucharla defenderla, no soporto que hable de ella con esa suavidad en la voz, sin un ápice de culpa, sin un titubeo.

—¿Encantadora? —repito, y noto cómo se me tensa la mandíbula—. Vaya, qué rápido has encontrado a alguien encantador en este pueblo.

—No es justo que me digas eso —replica, y por primera vez veo que le he hecho daño de verdad; sus ojos se oscurecen—. Nos cruzamos por casualidad, charlamos un rato porque las dos estábamos solas y ya está. No hay más misterio.

—Qué casualidad más oportuna, sí señor.

—¿Qué estás insinuando exactamente? —pregunta, y ahora sí suena enfadada.

—Nada —miento, aunque el tono me delata por completo.

Dakota se pasa una mano por el pelo, frustrada, y yo miro hacia la ventana para no tener que seguir enfrentándome a sus ojos. El corazón me late tan fuerte que lo oigo en los oídos, y no entiendo por qué me afecta tanto, por qué la simple idea de que haya estado riendo con otra persona, compartiendo confidencias, miradas, lo que

sea, me quema por dentro como si tuviera derecho a sentirlo. Porque no lo tengo. Lo sé perfectamente. Esto es falso. Todo es un teatro. Y aun así los celos me comen viva.

—Harper —habla de nuevo, y da otro paso hacia mí—. No entiendo por qué te lo estás tomando así.

—No importa —respondo.

—Claro que importa —insiste, y ahora sí alza un poco el tono—. Llevas todo el día esquivándome, enfadada con el mundo entero, y ahora resulta que es por esto.

—No es por ti —miento otra vez.

—Ah, ¿no? —replica con sarcasmo—. Pues cualquiera lo diría.

Abro la boca para contestar, para soltarle cualquier cosa que la haga callar, pero justo en ese momento mi móvil empieza a vibrar dentro del bolsillo. Lo saco, miro la pantalla y veo el nombre de Mike parpadeando.

Salvada por la campana.

—Tengo que cogerlo —digo, y le doy la espalda antes de que pueda protestar—. ¿Me dejas sola, por favor?

Siento su mirada clavada en mi nuca unos segundos más, pero al final oigo sus pasos, la puerta que se abre y se cierra con cuidado, como si no quisiera hacer ruido. Solo entonces me permito soltar todo el aire que tenía atrapado en los pulmones.

Me paso las manos por la cara, intento calmar el temblor de las piernas, pero lo único que consigo es sentirme más miserable que antes. Sé que he sido injusta, borde, cruel incluso. Sé que Dakota no se merecía ni una sola de las palabras que le he soltado. Pero no

puedo parar esta sensación que me recorre las venas como veneno: la imagen de ella riendo con Emily, de sus manos rozándose al alcanzar las tazas, de esa complicidad que yo creía que solo existía entre nosotras.

Y lo peor de todo es que no entiendo por qué me importa tanto.

Respiro hondo, echo la cabeza hacia atrás y pulso el botón verde.

—Dime que no ha pasado ninguna catástrofe con la campaña de los perfumes, Mike, porque de verdad que hoy no estoy para más dramas.

22

Dakota

El aire frío de la noche nos empuja a caminar pegados los unos a los otros, compartiendo el poco calor que nos queda para que la temperatura no nos cale en los huesos. Evergreen Hollow entero se ha echado a la calle por este festival de karaoke improvisado, y las calles parecen haber despertado de golpe después de meses de letargo. Las guirnaldas de luces navideñas cruzan de farola en farola, parpadeando en destellos que se reflejan en la nieve recién caída; el olor dulzón de las castañas asadas se entremezcla con el chocolate caliente, y justo cuando giramos la esquina hacia el The Pine & Hearth —cómo no, el epicentro de todo—, una nevada fina y silenciosa empieza a posarse sobre nuestros abrigos como si alguien hubiera decidido decorar la noche un poco más.

Harper va unos pasos por delante, del brazo de su abuela, y la estampa me aprieta el pecho de una forma que no sé explicar: ternura pura y, al mismo tiempo, una nostalgia que no me corresponde sentir. Carol se agarra fuerte al brazo de su nieta, saludando con esa sonrisa enorme a cada vecino que se cruza en su camino, como si el mundo entero fuera familia suya. Harper, en cambio, mantiene el rostro serio, aunque intenta disimularlo; el pelo suelto le cae en ondas oscuras sobre los hombros del abrigo negro, y las luces de colores se deslizan por sus mejillas cada vez que pasa bajo una farola.

—Cariño, ¿ha pasado algo con Dakota? —le pregunta Carol en voz baja, pero lo suficientemente clara como para que yo la oiga.

Harper niega con la cabeza sin siquiera girarse.

—No, abuela. Todo está perfectamente —responde con esa calma estudiada que usa cuando quiere cerrar la puerta a cualquier conversación que le incomode.

Siguen avanzando y yo me quedo un par de metros atrás, fingiendo interés por los escaparates iluminados, aunque en realidad solo trato de tragarme la punzada de incomodidad que me produce su distancia. Respiro hondo, lleno los pulmones de aire helado y miro alrededor: las casitas de madera lucen coronas de pino y lazos rojos en las puertas, nuestras botas dejan huellas perfectas sobre la capa blanca que cubre las aceras, y un grupo de niños con gorros de reno persigue a un golden retriever que lleva un lazo rojo enorme atado al cuello. Parece una postal viviente, una de esas películas cursis de Navidad que tanto me gustan, pero que ahora apenas consigo disfrutar porque tengo la cabeza en otro sitio.

Todavía me retumba la discusión de ayer. La forma en que Harper pronunció el nombre de Emily, como si le quemara en la lengua; la manera en que apretó los labios después, conteniendo lo que de verdad quería soltar. He repasado cada palabra, cada silencio, una y otra vez, buscando una grieta por donde entenderla. Porque… «no estará celosa, ¿verdad?» La idea me parece tan absurda que casi me río sola en mitad de la calle. Harper celosa de mí. Imposible. Ella nunca…

—Dakota, ¿ya has pensado con qué canción vas a abrir fuego? —La voz de Evelyn me saca del bucle.

—¿Eh? —parpadeo, aturdida. Ella sonríe con picardía.

—En el karaoke, mujer. Que este año hay premio para la pareja ganadora y todo.

—Ah, vale… —Me paso la mano por la nuca, buscando una respuesta que suene medianamente convencida—. Aún no lo tengo claro del todo. Estaba pensando en algo de The Cranberries, si lo tienen. Esas canciones siempre aparecen en mis momentos importantes. Aunque al final supongo que lo decidiremos entre las dos.

Por el rabillo del ojo veo cómo Harper se tensa un instante, apenas un segundo, pero suficiente. Y de repente, sin avisar, el recuerdo me golpea con tanta nitidez que casi puedo oler el perfume de vainilla que llevaba aquella noche de verano.

Conducía ella, como siempre, en su viejo Jeep con las ventanillas bajadas porque el aire acondicionado había decidido tomarse vacaciones permanentes. Yo iba medio dormida en el asiento del copiloto, con la cabeza apoyada en el asiento y el viento caliente revolviéndome el pelo. En la radio sonaba Linger, esa guitarra melancólica y la voz rota de Dolores que parecía flotar entre nosotras. Harper tarareó la canción desafinando como solo ella sabe hacerlo, inventándose la mitad de la letra, y yo, sin poder contenerme, me eché a reír como nunca.

—No sé cómo haces para cantar tan rematadamente mal y que aun así suene precioso —le dije, todavía riendo.

Ella me miró de reojo, con esa media sonrisa traviesa que tanto me gusta.

—Es un don, qué le vamos a hacer. No todo el mundo nace con buena voz y oído —respondió, guiñándome un ojo—. Además, esta canción me encanta. Me trae recuerdos de cosas que no quiero olvidar nunca.

Nunca le pregunté qué cosas eran aquellas. Me quedé callada mirando el cielo anaranjado del atardecer, sintiendo que Linger acababa de convertirse en algo nuestro, algo que nadie más entendería.

El recuerdo se desvanece cuando empujamos la puerta del The Pine & Hearth y el calor del local nos golpea de frente junto con el ruido. Han decorado hasta el último rincón: bolas de discoteca que lanzan destellos plateados por las paredes, estrellas colgantes, guirnaldas de luces y velas encendidas en todas las mesas. En el fondo, un pequeño escenario improvisado con focos de colores espera a los más valientes.

—Madre mía, qué ambiente —murmuro, intentando sacudirme los nervios.

El local está a reventar: familias enteras, parejas abrazadas, grupos de amigos que ya van por la tercera ronda. En una mesa cercana veo a Jacob con sus compañeros del parque, todos con jerséis navideños horrorosos y las mejillas coloradas. Y un poco más allá, cómo no, están Vanessa y Emily.

Vanessa saluda a medio pueblo como si fuera la anfitriona oficial, riendo a carcajadas y levantando su copa cada dos por tres. Emily, más discreta, sonríe con esa calma elegante que la caracteriza, sosteniendo su jarra de cerveza. Nuestras miradas se cruzan un segundo; ella alza apenas la comisura de los labios en un

gesto amable, casi tímido. Yo aparto la vista rápido, pero no lo suficiente como para ignorar el cosquilleo extraño que me recorre la espalda.

—¡Dakota, ven, que nos han guardado sitio aquí delante! —exclama Carol, tirando de mí con una energía que ya la quisieran muchas veinteañeras.

Nos sentamos justo enfrente del escenario. Harper se deja caer a mi lado en silencio, como si todavía estuviera decidiendo si hablarme o no. Su madre reparte vasos de sidra caliente, y su padre aplaude entusiasmado cuando el maestro de ceremonias —un señor con barba postiza y gorro de Papá Noel— sube al escenario.

—¡Bienvenidos al Karaoke Navideño de Evergreen Hollow! —grita, micrófono en mano—. ¡Este año las parejas luchan por el trofeo del pino dorado y un vale para una cena romántica en el Blueberry Diner!

El público estalla en aplausos y vítores. Yo intento contagiarme, de verdad que lo intento, pero la tensión que flota entre Harper y yo es tan densa que casi se puede cortar.

Las primeras actuaciones son un desfile de desastres entrañables: una madre y su hijo pequeño destrozan *Jingle Bell Rock*, unos adolescentes convierten *Last Christmas* en un grito colectivo, y Jacob y sus compañeros se marcan un *Don't Stop Believin'* sorprendentemente afinado que hace que medio local coree el estribillo.

Cuando anuncian nuestro nombre, Harper me clava una mirada de advertencia que casi me hace reír. «Por fin vuelve a ser ella».

—No te atrevas a dejarme en ridículo, Dakota. Te lo advierto.

—¿Yo? —Levanto las manos en son de paz y le guiño un ojo—. Tranquila, confía en mí.

Subimos al escenario entre aplausos. Las luces nos ciegan un instante, el micrófono pesa más de lo normal en mi mano, y Harper se cruza de brazos con esa mezcla de diversión y pánico que le queda como un guante. Busco en la lista, encuentro lo que quiero y pulso el botón antes de que pueda arrepentirme.

Suena el primer acorde de Dreams y la cara de Harper es un poema: primero incredulidad, después una mirada que dice «te mato», y finalmente una sonrisa que no puede contener. No es nada navideño, pero la melodía nos envuelve y, por primera vez en todo el día, siento que respiramos al mismo ritmo.

Canto la primera estrofa con el corazón en la garganta. Ella me sigue, titubeante al principio, pero conforme avanza la canción se va soltando, y su voz —tímida, cálida, un poco ronca— se mezcla con la mía de una forma que me eriza la piel.

"Oh, my life is changing every day, in every possible way…"

Cuando llega su turno, me mira fijamente y canta más alto, más segura, como si la letra hubiera estado esperándola.

"And oh, my dreams, it's never quite as it seems, never quite as it seems…"

El local se difumina. Ya no hay luces, ni público, ni esta extraña competición. Solo estamos ella y yo, y la canción que un día fue nuestra sin que ninguna de las dos lo admitiera. Sin pensarlo, busco su mano. Nuestros dedos se rozan primero, inseguros, como si temiéramos romper algo frágil, pero enseguida se entrelazan con

naturalidad. Su palma está helada, pero el contacto me quema por dentro.

Terminamos el estribillo cogidas de la mano, y cuando Harper se equivoca en una palabra y se ríe de sí misma, la miro y pienso que no cambiaría este instante por nada del mundo. Ni por el trofeo, ni por el vale, ni por nada.

Bajamos del escenario entre aplausos y Harper sonríe de verdad, con los ojos brillantes y las mejillas sonrosadas.

—No ha estado nada mal —admito, dándole un pequeño empujón con el hombro.

—No cantes victoria todavía —replica, aunque ya no suena enfadada—. Todavía nos queda la final.

La noche avanza entre risas y canciones cada vez más locas. Vanessa y Emily suben después y eligen *Take a Chance on Me* de ABBA. Desde el primer segundo Vanessa se adueña del escenario: gira sobre sí misma, se arrodilla dramáticamente ante Emily, canta con una voz grave y teatral que hace que todo el mundo se parta de risa. Emily intenta seguirle el ritmo, elegante incluso cuando tropieza con los pasos improvisados de su pareja, y termina riéndose tanto que se le saltan las lágrimas.

—Está en su salsa —comenta Harper a mi lado, y por primera vez suena divertida de verdad.

Cuando llega el estribillo, Vanessa se lanza a los pies de Emily en una declaración de amor exageradísima que arranca carcajadas y aplausos a partes iguales. Emily, roja como un tomate, la ayuda a levantarse entre risas y le susurra algo al oído que la hace reír aún más.

La final llega antes de lo que esperamos. El presentador anuncia las dos parejas con más puntos y, cómo no, estamos nosotras y ellas.

—Genial —masculla Harper—. Justo lo que me faltaba.

Subimos otra vez. La canción sorpresa es *It's Beginning to Look a Lot Like Christmas*; al menos es bonita. Cantamos las primeras estrofas casi en susurros, con nuestras voces entrelazadas, y el público acompañándonos con palmas suaves. Vanessa, fiel a su estilo, convierte la actuación en un espectáculo de gestos exagerados y guiños al público.

La cosa deriva en una comedia absurda: nos reímos a mitad de estrofa, Harper intenta mantener la compostura, pero termina rendida cuando me ve a punto de llorar de risa. Y entonces pasa. Un foco nos ilumina desde arriba y, al alzar la vista, veo la rama de muérdago colgando justo encima de nuestras cabezas, balanceándose como si se burlara de las dos.

El local entero estalla:

—¡Beso! ¡Beso! ¡Beso!

Harper abre los ojos como platos. Yo siento que el corazón se me va a salir por la boca.

—No… —empieza a decir, pero el griterío ahoga su voz.

Vanessa nos mira con una sonrisa traviesa. La música sigue sonando, pero ya nadie la escucha. Me acerco despacio, como si el suelo estuviera lleno de cristales. Levanto la mano, rozo su mejilla, siento cómo se le eriza la piel bajo mis dedos. Sus ojos verdes me miran asustados, expectantes, brillantes.

Y la beso.

No por este maldito teatro. No por la mentira que llevamos días representando. Es un beso de verdad, profundo, hambriento, cargado de cada una de los sentimientos que he escondido durante estos meses. Harper se queda quieta un segundo eterno y después me devuelve el beso con una dulzura que me deja con las piernas temblando. Sus labios saben a sidra y a canela, y a algo… maravilloso.

El local estalla en vítores y aplausos, pero yo apenas lo oigo. El mundo se reduce al latido acelerado de su corazón contra el mío, al roce de sus dedos en mi nuca, a la certeza absoluta de que, pase lo que pase después, nada volverá a ser como antes.

23

Harper

El aroma a canela y vainilla lo impregna todo en la cocina, se mezcla con el chisporroteo alegre de la sartén y con el vapor que sube de la cafetera. La luz de la mañana se cuela suave a través de las cortinas de cuadros, tiñe las baldosas de un dorado cálido y hace que hasta el aire parezca más dulce. Estoy en paz, una paz que no recordaba haber sentido desde hace años, y me permito saborearla mientras bato la masa con movimientos pausados, casi como un ritual. Hoy me he levantado la primera, antes de que el reloj marque las siete, con una idea clara y sencilla: preparar un desayuno que haga sonreír a todo el mundo. No quiero pensar en lo que pasó anoche, no quiero analizarlo, no quiero ponerle etiquetas. Solo quiero que esta mañana sea perfecta y que la canción que llevo tarareando desde que abrí los ojos siga sonando dentro de mí.

Saco los moldes navideños que mi madre guarda desde que yo era pequeña y empiezo a verter la masa: renos con cuernos torcidos, abetos diminutos, copos de nieve que se doran al instante. Les doy la vuelta en el momento exacto —cuando la superficie se llena de burbujas— y añado trocitos de manzana salteada en mantequilla y caramelo, un chorrito de sirope de arce, virutas de chocolate negro que se derriten nada más tocar la sartén. Mientras trabajo, una sonrisa tonta se me escapa sola al recordar el festival de karaoke, la forma en que todo el pueblo gritó «¡beso!» y, sobre todo, la manera en que Dakota me miró antes de cumplir con su petición. Un beso nada fingido. Lo sé porque sentí su aliento temblar

contra mis labios, porque su mano en mi nuca no tembló a causa del pánico escénico sino de algo mucho más profundo, porque cuando el mundo volvió a encenderse después de ese beso yo ya no era la misma.

Tarareo bajito, casi sin darme cuenta:

"*And oh, my dreams… it's never quite as it seems… never quite as it seems…*"

—La mentira nos está funcionando de maravilla —musito para mí misma mientras apilo las tortitas en una fuente.

—¿Qué mentira es esa, cariño?

El cucharón se me escapa de la mano y cae dentro del bol con un *plaf* sonoro que salpica masa por toda la encimera. Me giro con el corazón en la garganta y ahí está mi abuela, apoyada en el marco de la puerta, envuelta en su bata y con el pelo asomando bajo el gorro de dormir. Me mira con esa mezcla de ternura y picardía que siempre ha roto todas mis defensas.

—¡Abuela! —exclamo entre risas nerviosas mientras cojo un trapo—. ¡Por Dios, qué susto me has dado! ¿No deberías estar aún en la cama?

Ella avanza despacio, arrastrando un poco las zapatillas, y se sienta en la banqueta más cercana sin dejar de observarme.

—Buenos días a ti también, mi niña. A mi edad una ya duerme poco y escucha mucho —responde con una sonrisa traviesa—. Además, olía a tortitas desde mi habitación. ¿Qué se celebra para que estés levantada a estas horas y con tan buena cara?

—Nada en particular —miento mientras limpio el desastre que he armado—. Solo… me apetecía mimaros un poco. Lleváis todos estos días cuidando de mí y ya era hora de devolveros el favor.

—Pues me parece una idea preciosa —dice, y sus ojos se arrugan en las esquinitas—. Aunque no hacía falta revolucionar la cocina entera para demostrarlo.

Las dos nos reímos y el sonido rebota por las paredes como si la casa también estuviera feliz. Le acerco la silla más cómoda, le pongo un cojín en la espalda, le sirvo un vaso de zumo de naranja recién exprimido y ella acepta todo con esa dignidad de reina madre que no va a perder nunca.

—Mira que eres mandona cuando quieres —comenta.

—Lo heredé de la mejor —le contesto, y le planto un beso en la mejilla arrugada.

Mientras termino de poner todo en los platos, mi abuela me observa en silencio durante unos segundos que se me hacen eternos. Sus manos descansan sobre la bata, entrelazadas con esa delicadeza que tienen las personas que ya han vivido mucho y ya no necesitan correr un segundo más.

—Estás distinta, Harper —habla, después de un rato—. Como si hubieras soltado un peso que llevabas cargando demasiado tiempo.

Me quedo quieta con la espátula en la mano. No esperaba que fuera tan directa.

—Puede ser —admito, y le doy la vuelta a la última tortita—. Los últimos días han sido… intensos, sí. Pero también buenos.

—¿Por Vanessa? —pregunta sin rodeos.

El nombre cae entre nosotras como una piedra en un estanque. Suspiro y dejo la espátula a un lado.

—Sí, también. No entiendo por qué mamá insiste tanto en que «tenemos que hablar» y «perdonarnos» y todo ese rollo, porque la verdad es que para mí no es nada fácil, abuela… Hay cosas que duelen por mucho tiempo, y que tampoco se pueden olvidar.

—Tu madre siempre ha visto el mundo a través del corazón, Harper. A veces se olvida de que no todo el mundo cicatriza al mismo ritmo. Pero si insiste es porque cree en ti, porque sabe que dentro de ese caparazón que te has puesto hay una mujer generosa capaz de perdonar cuando esté preparada. Y también sabe que no tienes por qué hacerlo si no te sale del alma.

Me muerdo el labio inferior. De pronto siento ganas de llorar y no sé muy bien por qué.

—No quiero que estas navidades giren alrededor de ella otra vez —confieso en voz baja—. Quiero que sean nuestras. Tuyas, mías, de mamá, de papá… y de Dakota.

Mi abuela sonríe con una dulzura infinita.

—Entonces ya tienes la respuesta, ¿no crees? Cuando uno encuentra a alguien que le hace sentir en casa, lo demás se vuelve ruido de fondo. Y tú, mi niña, has encontrado a alguien que te mira como si fueras el primer día de primavera después de un invierno muy largo.

Me quedo sin aire. Esa mujer es Dakota. Mi mejor amiga. La persona que ha estado sosteniéndome en silencio desde que todo se rompió hace años. La que aceptó esta locura de fingir ser pareja para protegerme de las preguntas incómodas, y terminó metiéndose

tan dentro de mi piel que ya no sé dónde acaba la mentira y dónde empieza la realidad.

En ese momento se oyen pasos arrastrándose por el pasillo y Dakota aparece en el umbral, medio dormida, con el pelo hecho un nido de pájaros y el pijama de cuadros colgando de un hombro. Se rasca la nuca, parpadea despacio y me dedica una sonrisa ladeada que es maravillosa.

—Buenos días —murmura con la voz ronca de sueño.

—Buenos días, bella durmiente —respondo, y siento que la sonrisa me sale sola.

Ella se acerca sin prisa, como si la cocina fuera suya desde siempre, y antes de que pueda reaccionar se inclina y me da un beso suave en los labios. Es breve, apenas un roce, pero me deja clavada en el sitio con el corazón latiéndome en las sienes. Huele a sueño cálido y a ella, y por un segundo me olvido de que mi abuela está mirando. Y que esto… no debería de pasar con tanta naturalidad.

—Vaya, vaya —dice la abuela con una carcajada baja—. Así sí que se despierta una con ganas de comerse el día. Hacéis una pareja preciosa, mis niñas. Os lo digo de verdad.

Yo sigo sin poder hablar. Miro a Dakota, que se ha sentado ya como si nada, sirviéndose café con total naturalidad, y ella alza una ceja con esa mezcla de timidez y diversión que me vuelve loca.

—¿Estabais cotilleando sobre mí? —pregunta en tono burlón.

—Nunca —respondo, recuperando por fin la voz y apuntándola con la espátula—. Solo decidíamos si darte de desayunar o no. El jurado todavía está deliberando.

Ella suelta una carcajada y mi abuela la acompaña. Sirvo los platos, pongo la fuente en el centro de la mesa y me siento frente a Dakota con una taza de chocolate caliente entre las manos. Ella observa las tortitas como si fueran obras de arte.

—¿Con forma de reno y todo? Harper, eres una artistaza —dice, y coge el tenedor con entusiasmo—. Si saben la mitad de bien de lo que huelen, te las pediré todos los días.

—Primero termina de desayunar, ansiosa —replico, y las dos nos reímos.

Mi abuela prueba el primer bocado y cierra los ojos con deleite.

—Qué ricas que están. Para llorar de alegría… —sentencia—. Eres igual que tu madre cuando se pone romántica en la cocina: todo le sale con amor.

—Será cosa de familia —contesto, y siento que el pecho se me ensancha.

Durante un rato nos quedamos en un silencio cómodo. Dakota y yo nos miramos de vez en cuando por encima de las tazas, y cada vez que sus ojos se posan por los míos, siento una descarga eléctrica. Mi abuela nos observa con esa sonrisa serena que siempre ha tenido, y de pronto me doy cuenta de que está memorizando la escena, guardándola en ese rincón del corazón donde se guardan los tesoros que una sabe que no volverá a tener.

—Estas son las mañanas que hay que atesorar —dice de pronto, con la voz un poco más ronca—. Los desayunos sin prisa, las risas que salen solas, las personas que te hacen sentir que el mundo es un lugar más amable…

Trago saliva. Sé perfectamente a qué se refiere.

—Lo sé, abuela —respondo, y le cojo la mano por encima de la mesa—. Y te prometo que voy a atesorar cada segundo.

Ella aprieta mis dedos con una fuerza que ya no tiene, pero que de alguna forma aún transmite.

—Tú siempre has mirado demasiado hacia adelante, Harper. Corriendo detrás del siguiente día como si este no fuera suficiente. Pero a veces hay que parar, respirar hondo y darse cuenta de que la felicidad no está al final del camino… está aquí, en una cocina que huele a tortitas y en dos personas que te quieren tal y como eres.

Dakota nos mira con los ojos brillantes y deja el tenedor con cuidado.

—No sabes lo afortunada que me siento de haber entrado en esta familia, Carol —le dice a mi abuela con una sinceridad que me aprieta el corazón—. Tienes un don para hacer que todo parezca más bonito.

Mi abuela sonríe y, por primera vez en mucho tiempo, veo que se le humedecen los ojos.

—Vosotras me hacéis bonita a mí también —responde—. Y la vida me ha enseñado que los sentimientos hay que decirlos en voz alta, porque nunca sabemos cuánto tiempo nos queda para hacerlo.

La frase se queda flotando en el aire como una verdad demasiado grande para una cocina tan pequeña. Me quedo mirando la nieve que cae despacio al otro lado de la ventana y siento que algo dentro de mí se rompe y se recompone al mismo tiempo.

—Entonces prometo no callarme nada más —afirmo, y miro a Dakota directamente a los ojos—. Ni una sola cosa.

Ella me devuelve la mirada y, aunque no dice nada, su expresión habla por sí sola

Respiro hondo, cojo el sirope y rompo el momento antes de que me ponga a llorar delante de las dos.

—Bueno, ¿alguien quiere más tortitas o tengo que comérmelas todas yo?

Dakota levanta la mano como una niña buena.

—Yo, por favor. Pero solo si me das la receta secreta.

—Ni lo sueñes —replico—. Tú todavía me debes la del Sweet Wheelz que sabe a gloria. Esto es patrimonio familiar.

Las tres estallamos en carcajadas y el sonido se mezcla con el viento suave que sacude los cristales. Afuera sigue nevando, dentro huele a vainilla y a hogar, y por primera vez en mucho tiempo siento que no me falta absolutamente nada.

Y todo es gracias a Dakota. Porque por mucho que me resista a decirlo en voz alta, en el fondo ya lo sé: lo que empezamos como una mentira hace semanas se ha convertido en la verdad más bonita que he tenido nunca.

24

Dakota

El mercadillo navideño de Evergreen Hollow brilla como si alguien hubiera volcado un saco de estrellas sobre la plaza: las casetas de madera están pintadas de rojo, verde y dorado, las guirnaldas de luces se cruzan por encima de nuestras cabezas formando túneles luminosos que parpadean al ritmo de los villancicos, y el blanco perfecto de la nieve recién caída hace que todo parezca recién de una bola de cristal. Caminamos los siete juntos —Harper, Carol, sus padres, Lauren, Ryan y yo— avanzando despacio entre la multitud, esquivando codazos y risas, con las manos cargadas de bolsas y el aliento convirtiéndose en vaho delante de nuestras caras.

No puedo dejar de mirar a Harper: lleva la bufanda hasta la nariz, el pelo suelto que se le escapa del gorro y los ojos brillantes de esa nostalgia dulce que solo aparece cuando pisa su pueblo. Cada vez que sonríe a algo —un niño que corre con un reno de peluche, una anciana que vende velas de miel, el olor a chocolate caliente que sale de todos los puestos—, siento que el corazón se me ensancha un poco más.

—No me lo puedo creer —murmura de pronto, deteniéndose frente a un puesto de adornos de cristal—. Siguen haciendo exactamente lo mismo que cuando yo tenía diez años, es como si el tiempo se hubiera parado aquí. —Me mira a los ojos—. La tradición familiar es dar regalos artesanos la noche antes de Nochebuena…

—¿En serio? —pregunto, acercándome a ella para ver mejor las figuritas que sostiene entre los dedos enguantados.

—Sí —asiente, y su voz se vuelve casi un susurro—. Veníamos toda la familia, cada uno elegía algo hecho a mano y lo envolvíamos con papel de periódico. Nada de tiendas, ni del mejor papel del mundo. Solo cosas que alguien había hecho con sus manos y con cariño. Luego nos los dábamos esa misma noche, antes de la cena.

Su padre, que va unos pasos por delante, se gira con una sonrisa pícara que no deja lugar a dudas.

—Todavía lo hacemos —aclara—. Pero yo diría que este año mi hija ya tiene el mejor regalo del mundo —comenta, y baja la mirada de forma ostensible hacia nuestras manos entrelazadas.

Harper se pone colorada hasta las orejas, y yo siento que el pecho se me llena de una calidez ridícula. Aprieto sus dedos con suavidad y ella me lanza una mirada de advertencia que no consigue ocultar la sonrisa que le tira de las comisuras.

Cada vez que la miro, el recuerdo del beso del karaoke me golpea en un delicioso flashback; sus labios temblando contra los míos, el ruido del local desapareciendo, el sabor a sidra… Desde entonces todo sabe mejor: el café de la mañana, la nieve en la lengua, incluso el aire frío que me quema los pulmones. A pesar de las advertencias de Nathan resonando en mi cabeza —«no confundas la farsa con la realidad, Dakota»—, cada día que pasa estoy más convencida de que lo nuestro dejó de ser teatro hace mucho.

Nos paramos frente a un puesto de tallas de madera y Harper se inclina para acariciar un reno diminuto con la punta de los dedos.

La luz se refleja en sus ojos y, por un segundo, parece una niña llena de ilusión. Me quedo mirándola embobada, memorizando la curva de su sonrisa, el mechón rebelde que se le escapa del gorro, la forma en que se muerde el labio cuando algo le gusta de verdad. Y decido que necesito encontrarle algo que sea solo nuestro, algo que pueda decirle lo que aún no me atrevo a pronunciar en voz alta.

—Tengo que hacer una escapada rápida —le anuncio, soltándole la mano con cuidado—. Voy a buscarte tu regalo sorpresa, así que ni se te ocurra seguirme.

—¡Oye, eso es trampa! —protesta entre risas, intentando agarrarme del abrigo.

Me inclino, y le robo un beso rápido en los labios.

—Las trampas navideñas están permitidas, ¿no te acuerdas?

—¡Dakota! —exclama, pero ya estoy retrocediendo entre la gente, levantando la mano en señal de victoria mientras ella sacude la cabeza con esa mezcla de fastidio y cariño que tanto me gusta.

El mercadillo es un laberinto de luces y aromas: paso junto a un puesto de castañas asadas que huele a gloria, otro de velas de soja con olor a pino y canela, un tercero donde una señora mayor vende calcetas de lana con dibujos de copos de nieve. Llego hasta una caseta de joyería artesanal y me detengo frente a un expositor lleno de piezas únicas: anillos de plata martilleada, pendientes con cuarzo rosa, colgantes de madera tallada a mano. Uno me roba el aliento: un copo de nieve diminuto, hecho de madera de abedul clara, tan delicado que parece imposible que alguien lo haya tallado sin romperlo. Es Harper entera; fuerte y frágil al mismo tiempo, único, imposible de replicar.

Estoy tan absorta mirándolo que no noto que alguien se ha detenido a mi lado hasta que siento un golpecito suave en el hombro.

—Uy, perdón… —empiezo a decir mientras me giro.

—No pasa nada —responde una voz conocida—. ¡Anda, pero si eres tú!

Emily me sonríe con calidez. Lleva un gorro blanco de lana gorda, un abrigo largo color crema que le llega casi hasta las botas y un vaso de chocolate caliente del que sale vapor. Sus mejillas están sonrosadas por el frío y sus ojos brillan con la misma luz del mercadillo.

—¡Emily! Hola —la saludo, enderezándome—. No te había visto entre tanta gente.

—Es lo que tiene esto, que te tragas a la gente —ríe—. ¿Qué tal la resaca post-karaoke? Creo que medio pueblo sigue hablando del beso bajo el muérdago.

Me río, aunque siento que me sube un poco el calor al cuello.

—Intensa, muy intensa —admito—. Harper y yo todavía estamos procesándolo, creo.

—Fue precioso —dice con sinceridad—. Y el pueblo entero os adoró. Hasta he escuchado entre los vecinos que sois «la pareja más bonita que ha visto en años».

Nos reímos las dos y, por un momento, la conversación fluye con facilidad, como el otro día en la cafetería. No hay ningún tipo de coqueteo, ni segundas intenciones; solo dos personas charlando en medio de un mar de luces navideñas.

Y entonces siento un tirón fuerte en la muñeca que me aleja de Emily y del copo de nieve.

Me giro y me encuentro con Harper. Tiene los labios apretados, los ojos encendidos y una expresión que no le había visto nunca. Sin decir una palabra, me arrastra varios metros alejándome del puesto, abriéndose paso entre la gente que empieza a mirarnos con curiosidad.

—¡Harper, espera! ¿Se puede saber qué pasa? —intento seguirle el paso, pero ella no aminora el ritmo.

—¿Que qué pasa? —replica con la voz temblorosa por la rabia —. ¡Eso debería de preguntarlo yo! ¿De verdad estabas tonteando con Emily delante de todo el mundo?

—¿Perdona? —Me planto en seco, obligándola a parar—. Estábamos hablando, Harper. Solo eso.

—¡Claro! ¡Como el otro día! —exclama, y su voz sube de volumen sin que parezca darse cuenta—. ¿Sabes lo que parece desde fuera? ¿Sabes lo que podría parecerle a la familia?

Miro alrededor y veo que ya tenemos público: sus padres están a unos metros con el ceño fruncido, Lauren y Ryan se miran preocupados, Carol observa la escena con una tristeza infinita en los ojos. El nudo que tengo en la garganta se hace más grande.

—Harper, por favor, baja la voz —le pido, intentando mantener la calma—. No estoy tonteando con nadie. Ni con Emily ni con nadie. ¿De verdad vas a montar un numerito por una conversación de dos minutos?

—¿Un numerito? —repite, y su voz se quiebra—. ¡Esto era un plan, Dakota! ¡Un plan para que dejaran de preguntarme por

Vanessa y por qué estoy sola! ¡Y ahora resulta que la que queda como idiota soy yo porque mi «novia» no puede evitar acercarse a la pareja de mi ex delante de todo el pueblo!

Las palabras me golpean como un puñetazo. Me quedo mirándola, atónita, y siento que algo dentro de mí se rompe del todo.

—¿Eso es lo que piensas de mí? —pregunto en voz baja—. ¿Que te haría esto? ¿Después de todo lo que ha pasado estos días? ¿Después del beso, de las tortitas, de las noches hablando hasta las tantas?

Ella aprieta los labios y aparta la mirada.

—No sé qué pensar —admite, y suena tan dolida que me parte el corazón.

—Pues yo sí —respondo, y el enfado me sale por fin—. Llevo días haciendo la idiota por ti, fingiendo ser algo que… Y tú sigues tratándome como si fuera una cría que no sabe lo que quiere. ¿Sabes qué, Harper? Si cada vez que hable con alguien vas a ponerte así, esta mentira se acaba aquí mismo.

Las palabras salen solas, sin filtro, y en cuanto las digo sé que no hay marcha atrás. El silencio que cae entre nosotras es tan denso que casi duele. Harper me mira con los ojos muy abiertos, como si acabara de abofetearla.

—Perfecto —susurra con la voz rota—. Pues se acabó.

Se da la vuelta y se pierde entre la multitud sin mirar atrás. La veo alejarse, con la bufanda ondeando como una bandera, y siento que el suelo se abre bajo mis pies.

—¡Harper! —grito, dando un paso—. ¡Harper, espera!

Pero ella no se gira. Desaparece entre la gente, entre las luces y las risas que ahora suenan huecas y lejanas. Estoy a punto de correr tras ella cuando mi teléfono vibra con insistencia en el bolsillo del abrigo. Lo saco con manos temblorosas y contesto sin mirar la pantalla.

—¿Sí? —pregunto, todavía agitada.

—Dakota. —La voz de Nathan suena tensa, entrecortada, con sirenas lejanas de fondo—. Escúchame un segundo, por favor.

—Nathan, ahora no puedo hablar —intento cortarle—. Tengo que ir detrás de Harper, hemos discutido y…

—¡Ha pasado algo! —me interrumpe, y su tono me hiela la sangre—. Es el Sweet Wheelz. Ha habido un incendio.

El mundo se detiene.

—¿Qué? —susurro.

—Tranquila, ha sido pequeño, ya está controlado —añade rápido—. Pero el lateral del camión ha quedado bastante dañado. Parece que fue un cortocircuito en el panel de luces navideñas. Los bomberos dicen que no hay riesgo, pero… vamos a necesitar hacer reparaciones serias.

Me quedo sin aire. Miro la nieve pisoteada a mis pies, las luces que parpadean alegres sobre mi cabeza, las caras felices de la gente que pasa a mi lado, y todo me parece irreal.

Harper se ha ido.

Su familia me mira como si acabara de romper algo irreparable.

Y ahora mi camión, mi sueño, mi vida entera en ruedas, está herido.

—Lo siento muchísimo, Dakota —continúa Nathan, y suena agotado—. Te mando fotos y el informe ahora mismo. Lo arreglaremos, te lo prometo, pero… creo que vas a tener que volver antes de lo previsto.

Cuelgo sin despedirme y me quedo con el teléfono en la mano. Tengoel corazón en algún lugar entre el pecho y el suelo, mientras la nieve sigue cayendo despacio sobre un mercadillo que de pronto ya no parece tan mágico.

25

Harper

—¿De verdad tienes que irte ya? Solo faltan cuatro días para Nochebuena.

Dakota introduce la bolsa en el maletero y lo cierra de un golpe seco que retumba en el aire helado de la mañana y me atraviesa más que el propio frío. No me mira de inmediato; se queda unos segundos inmóvil, con la palma apoyada en la puerta del coche, respirando hondo, como si estuviera desenredando un nudo de palabras que se le han atravesado en la garganta.

Cuando por fin se gira, sus ojos aparecen cansados, pero también cargados de esa decepción silenciosa que duele mucho más que cualquier reproche que pueda decirme a la cara.

—No me queda otra opción, Harper —aclara, y sé perfectamente que dice la verdad—. Nathan necesita que esté allí con él en la food truck. El incendio no arrasó todo, pero… tengo que verlo con mis propios ojos para decidir qué hacemos a continuación. Y justo ahora, en la peor época del año. Joder, qué mala suerte.

Asiento sin decir nada. Me gustaría rodearla con los brazos, estrecharla fuerte hasta que se disipara esa nube que nos separa, pero me contengo. Sé que no está así solo por el Sweet Wheelz. Desde mi numerito en el mercadillo navideño se ha levantado entre nosotras una barrera invisible, un abismo que ya no sé si seré capaz de poder cruzar. El impulso de pedirle perdón otra vez me quema la lengua, aunque en el fondo intuyo que las palabras ya no bastarían.

—Serán solo un par de días —me asegura, encogiéndose de hombros con una sonrisa que no termina de cuajar—. Te prometo que estaré de vuelta antes de Nochebuena.

«Te prometo». Ojalá pudiera creerla ciegamente, pero algo dentro de mí susurra que esta vez la promesa no va a cumplirse como tal.

—Espero arreglarlo todo lo antes posible —añade, y no sé si se refiere únicamente al negocio o también a lo nuestro; a veces las dos cosas se mezclan tanto que ya no distingo dónde acaba una y empieza la otra.

Me quedo plantada en la acera, abrazándome el cuerpo para protegerme del frío mientras ella se sienta al volante. La puerta se cierra y, segundos después, el motor cobra vida y rompe el silencio sepulcral que me rodea. La nieve ha cubierto tejados y ramas con una capa fina y brillante, y las luces de las casas parpadean como si todo el pueblo contuviera la respiración junto conmigo. Dakota me dedica una última mirada antes de arrancar; su rostro parece sereno, pero sus nudillos se han puesto blancos de tanto apretar el volante. Cuando el coche empieza a alejarse, levanto la mano en un gesto torpe, sin saber muy bien por qué lo hago. Ella no responde. O quizá sí me ve y prefiere no contestar. Sea como sea, yo apenas alcanzo a distinguir nada a través del vaho que empaña mis ojos.

Permanezco quieta unos segundos más, viendo cómo la silueta del vehículo se reduce a un punto y luego desaparece del todo. Solo cuando la calle queda completamente vacía el frío se cuela hasta los huesos y me cala de verdad.

Respiro hondo, me giro y regreso al interior arrastrando las botas de estar por casa sobre la nieve recién caída. Las guirnaldas y la corona con su lazo rojo parecen burlarse de mí desde el porche. Esta quietud navideña es tan perfecta que resulta casi cruel comparada con el torbellino de emociones que cargo dentro.

El calor del recibidor me golpea de golpe, pero ni siquiera eso logra reconfortarme. En el salón, mi madre dobla y envuelve regalos con papel verde brillante, mi padre hojea el periódico como es habitual a esta hora del día y la abuela teje en su mecedora con esa paz que siempre he envidiado. Los tres levantan la vista cuando me oyen entrar.

Nadie abre la boca, pero la pregunta flota en el aire, escrita en sus cejas arqueadas y en sus miradas preocupadas: «¿Qué demonios ha pasado entre vosotras?».

Dejo el abrigo en el perchero y fuerzo una sonrisa que sé que no convence a nadie.

—Me ha dicho que volverá cuanto antes —explico con voz neutra—. El incendio no ha sido tan grave como parecía, pero tiene que evaluar los daños en persona.

—Vaya por Dios —murmura mi madre sin levantar demasiado la vista del lazo que está atando—. Espero que no sea nada que no se pueda arreglar rápido.

—Seguro que en un par de días la tienes otra vez aquí dando guerra —añade mi padre con su optimismo habitual, y yo asiento, aunque en el fondo no me lo creo del todo.

Me escabullo hacia la cocina antes de que alguien decida indagar más. Necesito moverme, ocupar las manos, hacer cualquier

cosa que me impida pensar. Abro cajones, revuelvo armarios, busco desesperadamente algo dulce que llevarme a la boca. Pero el tarro donde mamá guarda las de jengibre está completamente vacío.

Alguien suspira a mi espalda.

—Cuando eras pequeña hacías exactamente lo mismo —comenta la abuela apoyándose en el marco de la puerta con una sonrisa tierna—. En cuanto algo te preocupaba, corrías directa a por el chocolate. ¿Te acuerdas del día de la audición para el musical de fin de curso? Casi te da un ataque.

No puedo evitar reírme; el recuerdo me devuelve por un instante a aquella Harper de quince años que creía que el mundo se acababa si no conseguía el papel protagonista. Qué sencilla parecía entonces la vida.

—Cómo voy a olvidarlo —respondo entre risas—. Estaba tan nerviosa que se me olvidó la letra que llevaba semanas ensayando.

Ella se acerca despacio, con esa calma que parece detener el tiempo, y se sienta en uno de los taburetes. Con un gesto me invita a acompañarla. Obedezco, porque nunca he sabido decirle que no a mi abuela.

—¿Por qué no me cuentas de una vez qué ha pasado de verdad? —pregunta con mucho tacto y dulzura.

Me muerdo el labio y clavo la mirada en la mesa. Por un segundo estoy a punto de soltarlo todo: contarle que nada de esto era real al principio, que Dakota y yo solo fingimos estar juntas para que Vanessa me dejara en paz, que el beso del karaoke fue… aunque cada vez estoy menos segura de que lo fuera. Que lo que

empezó como un pacto absurdo se ha convertido en algo que me aterra y me ilusiona a partes iguales.

Pero las palabras se me atascan.

—Supongo que lo arreglaremos cuando vuelva —musito con una sonrisa frágil—. Si es que vuelve, claro.

La abuela asiente despacio, como si leyera entre líneas todo lo que me callo.

—Ya verás como sí, cariño. Hace un rato me prometió personalmente que estaría aquí para Nochebuena, y a mí no se atreverá a fallarme —me aclara guiñándome un ojo—. Lo único que tienes que hacer es ser sincera contigo misma, Harper. Contigo y con lo que de verdad sientes.

Alzo la vista, sorprendida.

—¿Has hablado con ella?

—Claro que sí, antes de que se marchara. —Me acaricia la mano con suavidad, como hacía cuando era pequeña y tenía pesadillas—. A veces las palabras más difíciles son las que más merecen la pena decirlas en voz alta.

Sus ojos marrones, llenos de arrugas y de vida, me miran con tanta ternura que siento que podrían ver directamente dentro de mi alma. Me dedica otro guiño cómplice, de esos que no necesitan explicación, y la frase «sé sincera contigo misma» se queda dando vueltas en mi cabeza mientras ella se levanta para prepararse una taza de té.

Me quedo sola en la cocina, contemplando el vapor que asciende de la tetera como si fueran señales de humo. Afuera, el

viento sacude las ramas cargadas de nieve y el cielo se tiñe de un gris sucio, como si también estuviera esperando que yo despierte de una vez. Nada consigue distraerme, porque todos mis pensamientos regresan una y otra vez a Dakota: al golpe seco del maletero, a la tensión de sus manos en el volante, a ese último «espero solucionarlo cuanto antes» que sonó más a despedida que a promesa.

«Tonta, si cuando vuelvas a Boston la verás todos los días», me regaño en silencio.

Cierro los ojos y la veo como si aún estuviera aquí: la bufanda alrededor del cuello, las manos metidas en los bolsillos del abrigo, esa sonrisa pícara que siempre consigue hacerme temblar. Recuerdo el olor de su perfume mezclándose con el frío, la forma en que me besó en el karaoke. Tan real, que por un instante olvidé por completo que estábamos actuando.

Sacudo la cabeza, me levanto y regreso al salón. Mis padres hablan en voz baja, pero se callan en cuanto cruzo el umbral. Me dejo caer en el sofá junto a la chimenea; las llamas crepitan con un sonido hipnótico que me envuelve.

Mi madre me observa unos segundos antes de atreverse a hablar.

—¿Quieres hablar?

—No —respondo sin pensar, y la palabra suena más cortante de lo que pretendía—. Solo… necesito un poco de tiempo para ordenar mis ideas.

Los dos asienten sin insistir. Saben que no soy de las que se desahogan fácilmente.

El reloj de pared marca las cinco y media. El cielo ya se ha vuelto completamente negro y las luces del árbol de Navidad parpadean con una dulzura que antes me llenaba de calma y ahora me resulta casi insoportable. Sé que debería pedirle perdón, pero no sé ni por dónde empezar. ¿Por haber dudado de ella de forma tan absurda? ¿Por unos celos que ni siquiera comprendo del todo? ¿Por haber convertido en realidad algo que empezó siendo una mentira?

La abuela aparece de nuevo y se sienta a mi lado con su taza de té humeante. Me pasa el brazo por los hombros y apoya la cabeza contra la mía. El gesto es tan sencillo y tan lleno de cariño que me cuesta horrores no derrumbarme aquí mismo.

—No permitas que el miedo te impida decir lo que de verdad sientes, cielo —susurra muy cerca de mi oído—. A veces el amor llega disfrazado de amistad y nos da tanto miedo reconocerlo que preferimos seguir fingiendo que no está ahí.

La miro, atónita.

—¿Cómo sabes tú…?

—Porque llevo vividos muchos inviernos, pequeña —responde con una sonrisa melancólica y pícara a la vez—. No hace falta haber estudiado para reconocer cuando el corazón de alguien late más rápido de lo normal por una persona.

Me quedo sin palabras. Ella aprieta mi mano con fuerza y, durante un rato, solo escuchamos el crepitar del fuego y el viento que golpea los cristales como si quisiera entrar a recordarnos que la vida sigue fuera.

—Intenta descansar un poco, cariño —me dice al cabo, besándome la frente con esa calidez que siempre logra calmarme—.

Mañana todo parecerá menos complicado, ya lo verás.

La observo mientras sube las escaleras arrastrando sus zapatillas, hasta que su silueta se pierde en la penumbra del pasillo.

La casa vuelve a quedar en silencio, apenas roto por el sonido de las tijeras de mi madre y el chisporroteo de la leña. Me quedo mirando las llamas durante mucho rato, con las piernas recogidas bajo una manta, dejando que el calor me envuelva poco a poco.

Pienso en lo fácil que era todo cuando Dakota y yo decidimos fingir. Cómo convertimos aquello en un juego divertido para sobrevivir. Pero también pienso en cómo, casi sin darnos cuenta, ese juego dejó de serlo. En cómo los besos falsos empezaron a saber a verdad, en cómo sus abrazos dejaron de ser parte del teatro para convertirse en el único lugar donde realmente quería estar. Por mucho que ella no lo sepa, «ni seguramente lo sienta».

Lo que yo siento por ella ya no cabe en excusas. Lo que comenzó como la mayor mentira de mi vida se ha convertido, sin yo quererlo, en una realidad.

Y sí, me aterra. Claro que me aterra. Porque Dakota es mi mejor amiga, la persona que mejor me conoce en el mundo, y reconocer esto en voz alta podría romper para siempre lo más bonito que he tenido nunca.

26

Harper

El aire helado de la noche me corta las mejillas en cuanto pongo un pie en la calle, y aunque respiro hondo con la esperanza de que el frío me aclare las ideas, lo único que consigo es que el dolor del pecho se haga más agudo y punzante. Desde que Dakota se marchó, todo en Evergreen Hollow me parece lejano y falso. Nada tiene sentido si ella no está.

Camino con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo, sintiendo cómo la nieve cruje bajo mis botas. Las guirnaldas parpadean sobre las fachadas de madera, reflejándose en los charcos congelados que brillan como espejos rotos. Me detengo frente al escaparate oscuro de la floristería y observo los ramos secos de eucalipto y las coronas que cuelgan como promesas que nunca se cumplieron. El olor a canela y leña quemada llega desde alguna chimenea cercana, y por un segundo cierro los ojos e intento quedarme ahí, suspendida en ese aroma que huele a hogar y a recuerdos que ya no sé si quiero recuperar.

Pero el silencio no tiene piedad conmigo esta noche, así que sigo andando hasta que el letrero de The Pine & Hearth aparece al final de la calle, bañando la nieve en un resplandor dorado y cálido que parece la única luz real en kilómetros. Empujo la puerta y el calor me golpea de lleno, junto con el murmullo de conversaciones ajenas y el tintineo de copas. Por suerte, hoy no hay karaoke, ni

conocidos que me pregunten, ni nada que pueda dolerme más que mi soledad.

Me quito el abrigo, lo dejo sobre el respaldo de un taburete y me siento frente a la barra. El recuerdo del último karaoke me atraviesa: la risa de Dakota resonando en mi oído, su voz rozando la mía mientras cantábamos fatal, el calor de su mano entrelazada con la mía como si nunca fuera a soltarla. Pido un whisky con hielo, luego otro. El alcohol me calienta las mejillas y, por primera vez en días, siento que los nudos se deshacen, aunque sea solo por unas horas.

El camarero me sirve con una sonrisa discreta y no intenta entablar conversación; agradezco el silencio. Aun así, mis ojos se desvían hacia la puerta cuando se abre de nuevo y entra una mujer que no recuerdo haber visto nunca por aquí. El pelo rubio le cae en ondas perfectas sobre un abrigo largo color avellana; se sacude la nieve de los hombros con un gesto elegante y se acerca a la barra con paso tranquilo. Tiene esa clase de belleza que transmite calma y peligro a partes iguales, como si supiera exactamente el efecto que causa.

—¿Puedo sentarme aquí? —pregunta señalando el taburete vacío junto al mío, y su voz es baja, aterciopelada, con un acento que no logro ubicar del todo.

Asiento sin pensarlo demasiado. Ella pide un gin-tonic y, mientras espera, me observa de reojo. Sus ojos son de un azul tan intenso que por un instante me quedo sin aire, porque ese tono me recuerda inevitablemente a los de Dakota cuando está a punto de reír.

—¿Eres de por aquí? —pregunta girándose un poco hacia mí.

—Más o menos —respondo, forzando una media sonrisa—. Hace años sí lo era. Ahora vengo solo en Navidad.

—Yo estoy de paso —explica mientras le sirven la copa—. Duermo aquí esta noche y mañana sigo rumbo al norte.

Asiento, sin saber muy bien qué añadir. Ella da un sorbo lento y deja que el silencio se instale entre nosotras sin prisa, sin incomodidad. Después me mira de nuevo, esta vez con más atención, y siento que algo dentro de mí se acelera sin permiso.

—Tienes cara de querer estar en cualquier otro sitio —comenta con una chispa traviesa en la voz.

—Puede ser —admito, girando el vaso entre mis dedos—. O puede que simplemente no tenga ni idea de dónde quiero estar.

Ella ladea la cabeza, observándome con interés genuino.

—Eso suena mucho más sincero —susurra, y hay algo en su tono que me hace bajar la guardia.

La conversación fluye con una facilidad extraña, como si las dos supiéramos que mañana no volveremos a vernos y eso nos permitiera ser completamente honestas. Ella me pregunta por las luces del mercadillo, por si la nieve siempre cae con tanta insistencia, por dónde se toma el mejor chocolate caliente. Y yo, sin saber muy bien cómo, acabo contándole anécdotas de cuando era niña, recuerdos que tenía guardados bajo llave: la vez que me perdí en el bosque con mi padre, la primera nevada que vi siendo muy pequeña, incluso algún detalle de estos días que no le he confesado ni a mi propia almohada.

Cuando el camarero nos sirve otra ronda, la noto mirándome con una intensidad distinta. No es descarada, pero sí directa, y me hace apartar la vista, aunque no consiga mantenerla alejada demasiado tiempo.

—No parece que estés pasando unas navidades fáciles —apunta, dando en el centro de la diana sin esfuerzo.

—Digamos que no están saliendo exactamente como las había imaginado —reconozco, y la frase me suena muy muy triste.

—Las cosas que de verdad importan rara vez lo hacen —responde con una sonrisa pequeña, casi melancólica—. Y cuando lo hacen, suele ser para peor.

Doy un trago largo y siento el whisky quemándome la garganta mientras la música cambia a algo más íntimo. Ella se inclina un poco hacia mí y su perfume me envuelve: una nota limpia, cítrica, tan parecida al de Dakota que el pecho se me encoge de golpe.

Cuando nuestras miradas vuelven a cruzarse, algo se rompe dentro de mí. Su mano roza la mía sobre la barra, apenas un segundo, pero la piel me arde donde me ha tocado. Sonríe con esa mezcla peligrosa de consuelo y promesa, y susurra:

—¿Qué te parece si te vienes conmigo esta noche?

El corazón me late tan fuerte que estoy segura de que lo oye. Su propuesta flota entre nosotras como una invitación y una huida al mismo tiempo. No respondo con palabras; solo asiento despacio, sintiendo cómo el calor del alcohol y algo mucho más profundo se mezclan en mi vientre. Ella sonríe de nuevo, paga las copas con un gesto rápido y se levanta. Me pongo el abrigo y salimos juntas al frío cortante de la noche.

Caminamos en silencio por las calles apenas iluminadas por las guirnaldas que parpadean como luciérnagas moribundas. Su brazo roza el mío de vez en cuando, un contacto casual que despierta nervios que creía muertos desde que Dakota se fue. El Evergreen Inn aparece al final de la avenida principal, con su fachada de ladrillo rojo y su letrero discreto que todo el pueblo conoce de sobra. Ella empuja la puerta y el vestíbulo nos recibe con un calor sofocante. El recepcionista nos dedica una inclinación de cabeza casi imperceptible mientras ella saca la llave y me guía hacia el ascensor sin detenerse.

Dentro del pequeño cubículo metálico, el espacio se reduce a nosotras dos. Su perfume me envuelve otra vez y enciende algo primario que llevo días intentando ignorar. Me apoyo en la pared, observando cómo pulsa el botón del tercer piso, y cuando las puertas se cierran y el ascensor empieza a subir, mis pensamientos se arremolinan: Dakota, su risa lejana, el vacío que ha dejado, y esta mujer —cuyo nombre aún desconozco— que parece ofrecer un puente temporal sobre el abismo.

Las puertas se abren y ella me guía por el pasillo alfombrado donde solo se oye nuestra respiración. Saca la tarjeta y abre la habitación 312. El interior es cálido, acogedor: una cama grande con edredón blanco inmaculado, una lámpara de pie que derrama luz ámbar sobre las paredes crema, y una ventana desde la que la nieve cae en silencio sobre el pueblo dormido. Cierra la puerta, deja caer su abrigo sobre la butaca y se gira hacia mí.

—¿Cómo te llamas? —pregunto con la voz ronca.

—Liora —responde acercándose despacio—. ¿Y tú?

—Harper —susurro, y antes de que pueda procesarlo, sus manos ya están en mis hombros, deslizando el abrigo hacia abajo.

Lo dejo caer al suelo y el aire de la habitación me eriza la piel a través del jersey. Liora se inclina y su aliento cálido roza mi cuello; un escalofrío me recorre entera y cierro los ojos, rindiéndome al tacto de su boca que despierta sensaciones que había enterrado bajo capas de culpa y nostalgia. Sus manos bajan por mis brazos, explorando con una lentitud deliberada que me hace temblar, y cuando llegan a mi cintura me atraen hacia ella con una urgencia que ya no disimula.

Nos besamos y su lengua se cuela en mi boca con decisión. Respondo con hambre, enredando los dedos en su pelo rubio y sedoso. El sabor del gin-tonic aún persiste en ella. Liora gime contra mis labios, un sonido grave que vibra en mi pecho, y sus manos suben por mi espalda quitándome el jersey con destreza.

La prenda cae y ella retrocede un paso, admirándome con una mirada que me hace sentir deseada, expuesta y poderosa a la vez. Sus dedos recorren el encaje de mi sujetador, rozan mis pezones que se endurecen al instante, y un jadeo se me escapa sin permiso. Sonríe, se inclina y besa el hueco entre mis pechos; el calor de su boca es abrasador. Desabrocha el sujetador con un movimiento fluido y mis pechos quedan libres. Sus labios capturan un pezón, succionan con la presión justa, y el placer me recorre como una corriente eléctrica. Muerdo mi labio para contener el gemido, pero se me escapa igualmente.

Mis manos no se quedan quietas: tiro de su suéter, lo levanto por encima de su cabeza y descubro un torso tonificado y un

sujetador negro que contrasta con su piel clara. La beso con avidez, recorriendo su cuello mientras saboreo la piel mezclada con perfume. Ella suspira y me desnuda del todo, dejándome solo en bragas. Me empuja suavemente hacia la cama y caigo sobre el edredón mullido; se quita los vaqueros con rapidez y se sube sobre mí en ropa interior.

Sus muslos se abren a ambos lados de mis caderas y siento el calor de su sexo presionando contra el mío a través de la tela fina. Nos movemos instintivamente, frotándonos con un ritmo que crece sin control. Sus manos exploran mis pechos, pellizcan mis pezones hasta fundir el dolor con el placer más intenso… Bajo las manos por su espalda, araño ligeramente su piel, y ella responde arqueándose, con su aliento entrecortado contra mi oído.

Deslizo una mano entre nosotras, aparto su braga y mis dedos encuentran su humedad. Está empapada, caliente, y gime profundamente cuando introduzco un dedo en su interior, sintiendo cómo se contrae alrededor de mí. Muevo el dedo despacio al principio, curvándolo lentamente; ella cabalga mi mano con un vaivén hipnótico, y añado un segundo dedo, acelerando el ritmo para escucharla gemir, más y más.

Y Liora no se queda atrás: arranca mis bragas con un tirón impaciente y sus dedos me encuentran, separan mis pliegues hinchados y se hunden en mí de un solo empujón. Arqueo la espalda con un grito ahogado; el placer es tan intenso que apenas tengo opción a respirar. Nos movemos en sincronía, follándonos con una urgencia que no deja espacio para nada más, sudorosas, jadeantes, marcándonos la piel con uñas y dientes.

El clímax me alcanza rápido, un nudo que se deshace con sus dedos curvándose dentro de mí una y otra vez.

—Córrete para mí, Harper —susurra contra mi oído, ronca, cargada de deseo.

El orgasmo me atraviesa como un rayo y mi sexo se contrae alrededor de ella. No le doy tiempo a recuperarse: la giro, me coloco entre sus piernas abiertas y bajo dándole besos hasta encontrar su sexo. Lamo su clítoris con avidez, saboreando su esencia; sus dedos se enredan en mi pelo, guiándome con tirones suaves. Introduzco la lengua en su interior mientras mis dedos masajean su clítoris en círculos rápidos. Sus gemidos se vuelven más altos, sus caderas se alzan buscando mi boca, y acelero hasta que su cuerpo convulsiona y un grito prolongado escapa de su garganta mientras se corre contra mi lengua.

Nos derrumbamos juntas, exhaustas, con la respiración entrecortada. Liora respira profundamente a mi lado y yo siento el pulso latiendo en mis sienes, en mi sexo todavía sensible. Aunque el cansancio me pesa en los músculos, un impulso profundo me empuja a buscar más, a prolongar este olvido físico que ahoga por unas horas el nombre de Dakota.

Ella se incorpora apoyándose en un codo y su mano recorre mi abdomen con lentitud, trazando círculos que reavivan el fuego. Separo las piernas sin pensarlo, exponiéndome a su toque con una vulnerabilidad que me hace jadear. Sus dedos se deslizan entre mis pliegues aún resbaladizos, me penetran con facilidad y el movimiento es lento, deliberado, como si quisiera memorizar cada contracción. Muerdo mi labio, pero el gemido sale profundo y

entrecortado mientras mis caderas se alzan al encuentro de su mano. Liora acelera el ritmo, y luego, su pulgar presiona mi clítoris en círculos precisos hasta que el placer me nubla de nuevo la vista.

Mi mano busca su sexo, lo encuentra caliente y empapado, y nos sincronizamos de nuevo, follándonos de manera casi desesperada. El tercer orgasmo nos alcanza casi al unísono, un estallido compartido que nos deja entrelazadas entre sábanas revueltas. El aroma a sexo impregna el aire. Liora besa mi frente con ternura inesperada y su respiración se calma contra mi piel. Por un momento, el vacío en mi pecho parece llenarse con este calor físico, aunque sé que es un parche, un desahogo que no borra el anhelo real que siento hacia otra persona, solo lo enmascara bajo capas de placer agotador.

Nos quedamos así, enredadas, mientras la nieve sigue cayendo en silencio sobre el pueblo dormido. Y en la quietud que sigue al deseo, siento una paz frágil, teñida de culpa y de una satisfacción amarga, sabiendo que mañana esta mujer desaparecerá de mi vida como si nunca hubiera existido, y yo seguiré aquí, con el corazón partido y los secretos intactos.

27

Dakota

El aire de Boston me golpea nada más bajar del coche y, aunque es el mismo que he respirado cientos de veces, hoy se siente extraño, casi hostil, como si la ciudad entera me recordara que ya no pertenezco del todo a ella después de estos días en Evergreen Hollow. El tráfico ruge a mi alrededor, los cláxones suenan impacientes, la gente camina deprisa con la cabeza gacha; todo es demasiado rápido, demasiado ruidoso, demasiado lejos de aquel pueblo donde el tiempo se mide en copos de nieve y miradas que duran una eternidad.

Cuando llego al Sweet Wheelz, el corazón se me encoge de golpe. Ahí está, en su sitio de siempre, pero con una costra negra que le recorre el lateral como una cicatriz reciente. La pintura burbujea en algunos puntos, el metal aparece retorcido y gris, y un olor tenue a quemado aún flota alrededor, impregnado en el aire frío. Me quedo parada frente a lo que ha sido mi sueño durante años, incapaz de moverme, como si al acercarme demasiado fuera a confirmar que esto es real y no una pesadilla de la que puedo despertar.

—Al menos no fue tan grave —murmura Nathan a mi lado, con las manos metidas en los bolsillos y la voz baja, como si hablara con alguien que acaba de perder a un ser querido—. Los bomberos dicen que unos minutos más y podría haber explotado.

Asiento despacio, sin apartar los ojos de la marca ondulada que cruza la chapa.

—Definitivamente sí, podría haber sido mucho peor —respondo, aunque siento el corazón hueco. Perdido.

Me acerco y paso los dedos por el borde chamuscado; el metal está áspero, quebradizo, y la pintura se desprende como piel muerta. A través de la rendija del portón entreabierto veo el interior ennegrecido: el horno reducido a un amasijo retorcido, el suelo cubierto de hollín, las cacerolas que tanto cuidaba ahora deformadas e inservibles.

—Justo cuando lo teníamos todo listo para dar el salto… —susurro, y la rabia me sube por la garganta—. Cuando por fin íbamos a abrir la segunda unidad, va y pasa esto. No me lo puedo creer.

Nathan se apoya en el parachoques intacto y me mira con una calma que me saca de quicio en un momento como este.

—Hemos tenido suerte, Dakota —insiste, convencido—. El fuego no llegó a la zona de atención al cliente, los depósitos de gas están perfectos y el seguro cubrirá gran parte.

—Gran parte, tú lo has dicho —repito con amargura, soltando el aire despacio—. Pero la otra parte la pondremos de nuestros ahorros, esos que llevábamos meses guardando para expandirnos. Adiós al plan de tener dos food trucks antes del verano.

Él guarda silencio; los dos sabemos que es verdad. Cierro los ojos un segundo y trato de contener la frustración que me aprieta el pecho. Habíamos trabajado tanto, noches enteras diseñando menús,

buscando ubicaciones, soñando despiertos… y ahora todo se pospone, quizá para siempre.

Nathan se endereza y cruza los brazos.

—Míralo por el lado bueno —dice, y esta vez esboza una sonrisa pequeña—. A lo mejor el universo solo nos está diciendo que vayamos más despacio, que consolidemos lo que ya tenemos antes de lanzarnos a por algo más.

Lo miro con los ojos entrecerrados.

—¿El universo? ¿En serio, Nathan?

—Llámalo como quieras —responde encogiéndose de hombros —. A veces las cosas se tuercen para que las hagamos mejor la segunda vez.

Su optimismo me resulta insoportable en este momento.

—O simplemente se tuercen y punto —replico, apartando la vista—. Y te toca recoger los pedazos y seguir adelante como puedas.

Nos quedamos un rato en silencio, contemplando el daño mientras el ruido lejano de la ciudad sigue su curso, indiferente a nuestra pequeña catástrofe. Luego Nathan suspira, da una palmada suave en el lateral intacto del camión y me mira.

—Venga, vamos a tomar algo caliente. Yo necesito cafeína y tú necesitas azúcar urgentemente antes de que te dé una bajada de tensión.

No discuto. Caminamos juntos hasta la cafetería de la esquina, un local pequeño y cálido donde nos sentamos junto al ventanal desde el que aún puedo ver el Sweet Wheelz con su herida negra

brillando bajo la luz mortecina del mediodía. Pido un chocolate caliente que apenas pruebo; solo lo sostengo entre las manos buscando un calor que no termina de llegarme.

Nathan me observa unos segundos antes de atreverse.

—¿Y con Harper…? ¿Cómo sigue todo?

Levanto la vista, tensa.

—¿De verdad es el momento de hacer esto?

—Tarde o temprano tenía que preguntarlo —responde con calma—. ¿Ya habéis puesto fin a la farsa de una vez?

Intento sonar indiferente, pero lo cierto es que esta «farsa» era lo más increíble que estaba viviendo hasta el momento.

—Antes de marcharme le dije que se había acabado todo. Que ya no hacía falta seguir fingiendo. ¿Contento?

Mi voz tiembla al final y él lo nota. Por eso su expresión se suaviza.

—No quería ser borde, Dakota —murmura, y da un sorbo lento a su café—. Solo me preocupo por ti.

—Ya lo sé —admito, y suspiro—. Pero duele igual.

Se queda callado un instante, removiendo el café con la cucharilla.

—Es que… estás enamorada de ella hasta los huesos y aceptaste participar en este juego absurdo que… —suelta al fin, sin rodeos—. Está claro que te está pasando factura.

Bajo la mirada hacia la mesa.

—Harper se puso celosa solo porque hablé un rato con Emily, la pareja de Vanessa —explico, intentando ordenar el caos que llevo dentro—. Y no lo entiendo. Al principio todo era teatro, una excusa para que Vanessa dejara de molestarla y se creyera superior. Nada más. ¿Por qué reaccionar así si no siente nada por mí?

Nathan alza una ceja, realmente confuso.

—¿Y tú qué crees? ¿Que de repente le has empezado a gustar de verdad?

—No lo sé —confieso, y la sinceridad me quema por dentro—. Porque la verdad es que a veces lo creo. Hay momentos en los que me mira y siento que el mundo se para. Pero luego pienso que solo estoy viendo lo que quiero ver.

Él deja la cucharilla con cuidado sobre el platillo y se inclina hacia delante.

—Dakota, con todos mis respetos… tienes la cabeza llena de pájaros.

—¿Perdona? —Frunzo el ceño.

—Estás tan metida en la mentira que ya no distingues la realidad —continúa sin alterarse—. Tú misma me dijiste que solo era un favor, que no iba a pasar absolutamente nada, que sabías muy bien lo que hay. Y ahora, de repente, resulta que todo lo que ella hace, tiene un significado profundo.

Me remuevo incómoda en la silla.

—Las cosas cambian, Nathan. La gente cambia.

—Para ti han cambiado y para mal —puntualiza—. No estoy tan seguro de que para ella también.

Sus palabras se clavan justo donde más duele.

—No puedes saberlo —replico, aunque apenas soy capaz de pronunciar esas palabras—. Harper no es de las que fingen tan bien. Si se puso celosa es porque siente algo, estoy segura.

—¿O porque es una persona orgullosa y no le gustó que su «novia falsa» hablara con otra delante de todo el pueblo? —contraataca con suavidad—. El ego también juega en estas cosas, Dakota.

Me quedo callada. No tengo respuesta para eso.

—Mira, no te culpo —prosigue, bajando la voz—. El ambiente navideño, los paseos bajo la nieve, el muérdago, las luces… es el escenario perfecto para confundirse. Pero Harper no está enamorada de ti. Está atrapada en su propia historia, igual que tú en la tuya.

—Eso no es justo —susurro, dolida.

—Ni tú sabes lo que ella siente de verdad —responde sin alterarse—. Solo ves lo que necesitas ver para justificar lo que te niegas a dejar de sentir.

Bajo la mirada al chocolate, que ya se ha enfriado por completo. Mis dedos rodean la taza buscando un calor que ya no existe.

—Entonces, según tú, todo esto es cosa mía —murmuro—,… y me lo estoy inventando.

—No te lo estás inventando —matiza—. Lo estás magnificando. Has convertido una mentira cómoda en una excusa para dejar que tus sentimientos crezcan sin freno.

Levanto la vista y lo miro fijamente.

—¿Y tú nunca has estado enamorado de alguien que no debías?

Sonríe con una mueca amarga que no le había visto antes.

—Claro que sí. Por eso te lo digo con conocimiento de causa. Te inventas señales, interpretas cada gesto, cada silencio, cada mirada perdida. Y al final te das cuenta de que la mayoría de esas «señales» solo existían en tu cabeza para no tener que enterrar lo demás.

Sus palabras se quedan flotando entre nosotros, pesadas como el mismo plomo. Me quedo mirando el vapor que ya no sale de mi taza mientras una tristeza honda me recorre el cuerpo entero. Por un instante deseo con todas mis fuerzas estar de vuelta en Evergreen Hollow, aunque solo sea para verla una vez más, para comprobar si lo que Nathan dice es verdad o si, por el contrario, en los ojos de Harper había algo real.

Recuerdo cómo la dejé frente a su casa, con los brazos cruzados sobre el pecho y esa mirada que parecía contenerlo todo. Recuerdo el silencio del coche mientras me alejaba y cómo no fui capaz de decirle nada más que un estúpido «espero solucionarlo cuanto antes».

—En fin, por ahora centrémonos en lo que tenemos que hacer. Que es tirar de todos nuestros ahorros en arreglar el Sweet Wheelz —cambio de tema de golpe, porque no aguanto más.

Nathan asiente sin insistir.

—Lo solucionaremos. Yo me encargo del presupuesto y del papeleo del seguro. No estamos tan mal como parece: el Sweet

Wheelz sigue en pie, tú sigues aquí, y mientras eso sea así, siempre habrá manera de salir adelante.

Afirmo con la cabeza, aunque sus palabras no consiguen llenar el vacío que siento. La conversación se diluye poco a poco; nos quedamos mirando por la ventana, viendo pasar a la gente con bolsas de regalos, a niños arrastrando trineos diminutos por la acera. Por un segundo imagino a Harper sentada a mi lado, cogiéndome la mano por debajo de la mesa, susurrándome que todo irá bien, que lo arreglaremos juntas. Pero la imagen se desvanece tan rápido como aparece.

Me levanto, cojo el abrigo.

—Tenemos la reunión con el perito en una hora —le recuerdo.

Nathan deja unos billetes sobre la mesa y se pone en pie.

—Vamos. Cuanto antes empecemos, antes terminaremos.

Salimos a la calle y el viento me azota la cara, frío y cortante, devolviéndome de golpe a la realidad. Miro una última vez hacia el Sweet Wheelz, y siento una tristeza tan profunda que apenas puedo respirar.

—Ahora mismo solo quiero centrarme en la food truck —murmuro, más para mí que para él—. Nos va a costar un riñón salir de esta, pero lo haremos.

Y mientras camino a su lado, una sensación de vacío se instala en mi pecho, y ya no sé si tiene más que ver con el sueño chamuscado que dejamos atrás o con la persona que dejé en un pueblo nevado sin decirle todo lo que necesitaba oír.

28

Harper

—¿Seguro que no necesitas ayuda con algo? Sabes perfectamente que estoy dispuesta a hacer lo que sea, Dakota, cualquier cosa que esté en mi mano.

—No, no hace falta, de verdad, no te preocupes tanto —responde ella, aunque a mí no me engaña ni un segundo—. Han dicho que, en un par de días, todo estará arreglado. Ya veremos qué cubre el seguro cuando llegue el peritaje definitivo.

La imagino perfectamente, con las manos metidas hasta el fondo en los bolsillos de su abrigo favorito, el pelo recogido en esa coleta desordenada que se hace cuando está nerviosa, y esa arruga casi imperceptible entre las cejas que aparece cada vez que los planes se le tuercen de forma inesperada. Habla con aparente serenidad, sí, pero yo detecto la vibración ansiosa que se cuela entre sílaba y sílaba, esa inquietud que no logra disfrazar del todo, aunque decenas de kilómetros nos separen en este momento.

—Ojalá pudiera hacer algo más concreto desde aquí —insisto, porque la impotencia me quema por dentro—. Cualquier cosa, de verdad.

—Harper… —murmura—. Todo está bajo control, te lo prometo. Nathan y yo lo estamos gestionando poco a poco. No hace falta que te preocupes tanto, ¿vale?

Pero yo sé que no es así. La conozco demasiado bien: cuando algo le duele de verdad, Dakota lo esconde detrás de esa sonrisa

amplia y despreocupada, como si quisiera demostrarle al mundo entero que puede con todo y con más.

—Está bien —acepto al final, aunque me gustaría seguir llevándole la contraria—. Pero prométeme que me llamarás en cuanto necesites cualquier cosa, por pequeña que sea.

—Lo prometo —contesta, y durante un segundo su voz se quiebra apenas, como si al otro lado del teléfono esbozara una sonrisa cansada que yo no puedo ver pero que casi siento en la piel —. No te preocupes tanto, de verdad.

—Por mucho que lo repitas, no vas a conseguir que deje de hacerlo —le digo, y esta vez mi tono es más cercano.

—Ya verás como en nada me tienes por allí —replica con un matiz juguetón que me alivia un poco—. Espero tener todo solucionado cuanto antes, tal como te prometí. No voy a fallar a Carol. Ni tampoco a ti.

Se produce un silencio breve. Al fondo escucho el rumor de la ciudad donde está, el claxon impaciente de algún coche, el viento golpeando el micrófono del móvil y, muy cerca de mi oído, lo que me parece un suspiro contenido. Quiero decirle que la echo muchísimo de menos, que la casa parece enorme y tristona sin su risa llenando los pasillos, que hasta el aroma a galletas de jengibre sabe más apagado desde que se fue; pero me muerdo la lengua, porque no es el momento.

—Cuídate mucho, por favor —logro articular—. Y ni se te ocurra ahogar las penas en tableta tras tableta de chocolate, que ya sabemos cómo acabas después.

Esta vez sí se ríe de verdad, y el sonido me atraviesa el pecho como un rayo de sol en pleno invierno.

—No te prometo nada —responde entre carcajadas—. Nos vemos en nada, Harper.

Cuando cuelga, me quedo mirando la pantalla negra del móvil durante varios segundos, como si así pudiera retener un poco más su voz. El vacío que deja su ausencia se me clava justo debajo de las costillas, un hueco que ninguna otra cosa logra llenar. Camino sin rumbo por la cocina, envuelta en el perfume dulzón de canela y jengibre que impregna toda la casa, y la impotencia vuelve a apretarme la garganta. Sé que no puedo coger un martillo y arreglar yo misma el Sweet Wheelz, pero tal vez… tal vez exista otra forma de ayudarla, de conseguir que los daños no terminen de hundir todo por lo que ha luchado durante años.

Sin pensarlo dos veces, busco el contacto de Mike y marco. Contesta al segundo tono.

—¿Ya echas de menos la oficina, Lewis? —bromea nada más descolgar, y su risa franca me arranca una sonrisa involuntaria—. Te prometí vacaciones de verdad y esta vez he cumplido, ¿o no?

—No te llamo exactamente por eso —admito, y noto que la voz me tiembla un poco por culpa de los nervios—. Aunque gracias por recordármelo.

—Uy, eso suena a que estás tramando algo gordo —comenta, divertido—. Suéltalo.

Le cuento todo: el incendio, los destrozos en la food truck, la cara que imagino que debe tener Dakota cada vez que mira los restos chamuscados, la cantidad de dinero que van a perder después

de tanto esfuerzo, de tantas madrugadas y fines de semana invertidos en levantar ese sueño rodante. Mike guarda silencio al otro lado, pero oigo el golpeteo rítmico de sus dedos sobre la mesa, señal inequívoca de que está procesando cada palabra.

—Vale —dice, con ese tono práctico que tanto me gusta de él —. Pero dime qué tienes en mente exactamente.

—Quiero que la agencia monte una campaña exprés de márquetin navideño —suelto de corrido, cada vez más convencida—. Algo rápido, bonito, muy visual, que ponga el foco en el Sweet Wheelz justo en estas fechas. Cuando la tengamos lista, la lanzamos en redes, movemos a la gente del pueblo y de los alrededores para que vayan a apoyarles en cuanto vuelvan. Incluso podríamos traer la food truck aquí, a Evergreen Hollow, para Nochebuena y Navidad. Sería una forma de atraer turismo local y, de paso, la empresa se lleva una campaña solidaria preciosa de cara a la galería.

—¿Convertirlo en un pequeño fenómeno navideño de pueblo? —pregunta, y casi puedo ver su ceja alzada.

—Exacto —confirmo, sintiendo que la idea cobra vida propia—. Podríamos presentarlo como un proyecto improvisado de cierre de año, algo emotivo: «Apoyamos los pequeños sueños» o el eslogan que mejor encaje.

Mike suelta una carcajada profunda.

—Siempre tan sentimental, Lewis. Me encanta.

—Llámalo como quieras —replico, riendo también—, pero sé que funcionaría. Y después nos lloverán propuestas parecidas, ya verás.

Se produce otro silencio breve, más reflexivo, y luego le oigo exhalar lentamente.

—De acuerdo, me has convencido. Mándame un mail con el briefing completo y lo muevo con Jenna y el equipo creativo. Pero —añade con tono de advertencia—, quiero que disfrutes de la Navidad de verdad, Harper. Nada de pasarte lo que queda de fiestas delante del ordenador. El año que viene vamos a arrasar y necesito a mi estrella con las pilas a tope, porque no vas a tener ni un segundo de respiro.

—Prometido —miento con descaro, porque ya sé que no voy a cumplir ni la mitad.

Cuando cuelgo, el corazón me late tan fuerte que casi retumba en los oídos. Me pongo el abrigo a toda prisa, cojo un puñado de galletas de jengibre que mi madre y mi hermana han dejado enfriando sobre la encimera —todavía tibias y perfectas— y salgo de casa sin decir ni mu.

El aire helado me golpea nada más cruzar el umbral, pero no me importa lo más mínimo. Muerdo una galleta mientras camino deprisa hacia el centro, dejando que el dulzor se mezcle con el frío que me corta las mejillas. Las luces navideñas siguen encendidas a pesar de la hora. El mercadillo bulle de gente, los villancicos suenan alegres desde los altavoces y, por primera vez en mucho tiempo, toda esa atmósfera empalagosa me parece… acogedora.

Doblo la esquina y ahí está la estación de bomberos, con su fachada de ladrillo rojo y la puerta metálica enorme que siempre me ha parecido imponente. Del tejado cuelga una guirnalda gigantesca de luces, y en la entrada han colocado un abeto decorado con

cascos en miniatura y cintas de todos los colores. Empujo la puerta y el calorcito del interior me abraza al instante, junto con el olor a café recién hecho y las risas de los chicos.

Jacob está junto a uno de los camiones, revisando una manguera. Al verme, su cara se ilumina.

—¡Pero mira quién ha decidido honrarnos con su presencia! —exclama, dejando la manguera a un lado—. Pensé que solo aparecías cuando olía a chamusquina.

—Necesito pedirte un favor bastante grande —voy directa al grano, porque no tengo tiempo para rodeos.

—Uy, esto pinta serio —responde, cruzando los brazos y apoyándose en el camión—. Dispara.

Le explico el plan entero otra vez: el incendio, la campaña que acabo de venderle a Mike, y sobre todo mi idea loca de traer el Sweet Wheelz al pueblo para Nochebuena y Navidad. Jacob escucha sin interrumpir, asintiendo de vez en cuando, con esa expresión tranquila que siempre me ha transmitido confianza.

—Quiero saber si sería posible instalarla en algún sitio que no moleste a las salidas de emergencia ni rompa ninguna norma de seguridad —concluyo—. Y, claro, con todos los permisos en regla. No quiero meterte en líos.

Él se frota la barbilla, pensativo, y al cabo de unos segundos sonríe de medio lado.

—La plaza mayor —dice con seguridad—. Este año han cancelado dos puestos de última hora. Si colocamos la food truck allí, cubrimos el hueco, tienen toda la visibilidad del mercadillo y,

además, quedaría precioso con las luces. No lo veo nada descabellado.

Me quedo mirándolo, boquiabierta.

—¿En serio?

—Completamente. Puedo hablar con el alcalde esta misma tarde, mover algunos hilos. Y si hace falta, te ayudo con el papeleo. Entre bomberos nos conocemos todo —añade guiñándome un ojo.

—Jacob, no sabes cuánto te lo agradezco —murmuro, sintiendo que los ojos se me humedecen un poco.

—No hay de qué, mujer —responde él, quitándole importancia con un gesto—. Por cierto… —Baja la voz y me mira con picardía— …se te nota muchísimo que estás enamorada de ella hasta las trancas.

La sonrisa se me congela en la cara.

—¿Qué? —balbuceo, notando cómo el calor me sube desde el cuello hasta las orejas.

—Venga ya, Harper, no me vengas con tonterías —insiste, riendo bajito—. Has cruzado medio pueblo con la que está cayendo solo para echarle una mano. Eso no lo hace cualquiera. Quien te ha visto y quién te ve…

El corazón me da un vuelco tan fuerte que creo que se me va a salir del pecho. Intento mantener la compostura, pero el rubor me traiciona.

—No… no es eso exactamente —logro articular, aunque sueno poco convincente incluso para mí misma—. No estás entendiendo bien la situación…

Jacob arquea una ceja, divertido.

—¿Ah, no? Pues explícamelo tú, porque yo lo tengo clarísimo.

Me paso una mano por el pelo, nerviosa, buscando las palabras adecuadas. Durante unos segundos barajo la posibilidad de seguir con la mentira, de mantener la fachada un poco más, pero algo dentro de mí se rebela. Dakota no se merece que siga mintiendo por ahí, y tal vez Jacob, con esa mirada franca y sin juzgar, sea la primera persona a la que pueda contarle la verdad sin miedo.

—No es lo que todo el mundo piensa —empiezo—. Dakota y yo… no estamos juntas. Nunca lo hemos estado.

Él parpadea, genuinamente sorprendido.

—¿Cómo que no? Pero si todo el pueblo…

—Lo sé —lo corto, resignada—. Fue una mentira que se me ocurrió a mí. Le pedí que fingiera ser mi novia porque no quería que me vieran como la solterona que vuelve a casa por Navidad y, sobre todo, porque no quería dar explicaciones a Vanessa ni a nadie. Fue una idea absurda, una idea que se nos fue completamente de las manos.

Jacob se pasa una mano por la cara, entre atónito y divertido.

—Joder, Harper… eso sí que no me lo esperaba.

—Ni yo, créeme —admito, y por primera vez en mucho tiempo me río de verdad al decirlo—. Empezó como algo tonto y… bueno, aquí estamos.

Él niega con la cabeza, todavía procesándolo, pero su sonrisa es cariñosa.

—¿Sabes qué te digo? Que creo que no hace falta aparentar demasiado cuando se te ilumina la cara entera cada vez que hablas de ella. Eso no se finge, Harper.

Abro la boca para replicar, pero no encuentro palabras. El recuerdo de la noche con Liora me cruza la mente como un fogonazo y el estómago se me retuerce de culpabilidad. Justo en ese instante, la puerta de la estación se abre de golpe y una sirena corta el aire con su chillido estridente. Los chicos empiezan a correr en todas direcciones, poniéndose los trajes a toda velocidad. Jacob agarra su casco sin dudar.

—¡Vamos chicos! —grita por encima del ruido—. Luego seguimos esta charla tan interesante, ¿vale?

Asiento, todavía aturdida. Antes de subir al camión, se acerca un segundo, me planta un beso rápido en la mejilla y añade con una sonrisa enorme:

—Y no te castigues tanto, mujer. A veces hasta las mentiras más tontas sirven para darte cuenta de lo que de verdad importa. ¡En cuanto vuelva me pongo con los permisos, te lo prometo!

No me da tiempo a responder. La puerta metálica se cierra con un golpe seco y el camión sale disparado, dejando tras de sí el eco de las sirenas y una nube de nieve revuelta.

Me quedo allí plantada un buen rato, viendo cómo las luces rojas desaparecen entre las calles blancas. El frío me cala hasta los huesos, pero apenas lo noto. Camino de vuelta hacia el centro del pueblo con las manos metidas en los bolsillos, las luces navideñas parpadeando a mi alrededor y las palabras de Jacob dando vueltas en mi cabeza como un tiovivo que no para.

«Se nota que estás muy enamorada de ella.»

Repito la frase una y otra vez, la pruebo en voz baja, como quien prueba un sabor nuevo y no sabe si le gusta o lo va a odiar. La nieve sigue cayendo despacio, cubriendo tejados y calles con su manto silencioso, y mientras camino siento el corazón latiendo tan fuerte que casi me duele.

¿De verdad estoy enamorada de Dakota?

La pregunta no me suena a locura, sino más bien… a una gran posibilidad.

29

Dakota

El aire gélido me azota las mejillas nada más bajar del coche. Todo el pueblo parece suspendido en un silencio sereno, envuelto en una luz blanca y limpia que el amanecer derrama sobre la nieve del día anterior. Dejo que el aliento se escape de mis pulmones lentamente y, antes de avanzar, alzo la vista hacia la casa de los Lewis. Las cortinas están abiertas de par en par, y el humo que asciende de la chimenea dibuja una espiral perfecta contra el cielo diáfano, como si alguien hubiera decidido pintar la mañana con calma.

El viaje desde Boston ha sido largo, sí, pero lo que de verdad me ha oprimido el pecho durante cada kilómetro no ha sido la carretera ni las horas al volante. Ha sido aquella conversación que aún retumba en mi cabeza: las palabras que solté con rabia, la despedida fría y cortante antes de cerrar la puerta. Cada kilómetro me ha regalado tiempo para analizarlas, para darme cuenta de lo injusta que fui. El arrepentimiento ha ido creciendo dentro de mí, lento, pesado, inexorable, como una herida que se niega a cerrarse y que, en lugar de doler menos, lo hace más a medida que pasa el tiempo.

Me ajusto el abrigo hasta el cuello y avanzo por el sendero cubierto de escarcha. Antes de que pueda alzar la mano para llamar, la puerta se abre de golpe.

—Dakota.

La voz de Harper suena contenida, casi temerosa de romper la frágil paz que hay entre nosotras. Está plantada en el umbral, con el pelo suelto cayéndole en ondas sobre los hombros y un delantal anudado a la cintura. Sus mejillas están encendidas —tal vez por el calor de la cocina, tal vez por la sorpresa de verme aparecer tan temprano— y me escruta durante unos segundos que se me hacen eternos, como si estuviera midiendo cuánto daño queda todavía por reparar. Luego esboza una enorme sonrisa, la que siempre logra colarse por las grietas de mi coraza, aunque yo intente mantenerla bien puesta.

—Hola —murmuro, casi sin voz.

Da un paso hacia mí y, sin mediar palabra, me envuelve en un abrazo. Me pilla tan desprevenida que tardo un instante en reaccionar. No es un abrazo rápido ni de compromiso; es cálido, largo, cargado de todo el silencio que hemos acumulado estos días. Cierro los ojos y aspiro su perfume —vainilla, café, algo de canela… — y siento que mi pecho, que llevaba horas encogido, se expande de golpe. Ojalá pudiera detener el tiempo aquí, en este preciso segundo.

—Pasa, mujer, que estás helada —pide atropelladamente, ya tirando de mí hacia dentro mientras me quita el gorro y la bufanda con nerviosismo—. ¿Quieres que eche un par de troncos más a la chimenea? Todavía quedan de sobra.

—No, gracias. Salí de casa recién duchada a las cinco de la mañana y, la verdad, no fue la idea más brillante del año.

—Pues ya te digo que no —responde con una risa suave que me reconforta—. Ven, el desayuno está recién hecho.

Sus movimientos son torpes, casi adolescentes; evita mirarme a los ojos más de dos segundos seguidos, como si temiera que yo pudiera leer demasiado en ellos. La sigo hasta la cocina y, al entrar, el olor me golpea de lleno: café recién hecho, tortitas calientes, sirope de fresa y chocolate, galletas de jengibre que todavía humean en la bandeja. Sobre la isla un conjunto de servilletas de tela, velas pequeñas y un ramito de acebo en el centro da lugar a un rincón mágico y maravilloso. Al parecer alguien ha madrugado pensando en mí, y esa certeza me aprieta la garganta.

—Madre mía —susurro, sinceramente impresionada—. No recordaba la última vez que alguien me preparó un desayuno así de… completo.

—Bueno… —dice, encogiéndose de hombros con fingida indiferencia—. Quería darte la bienvenida como se debe.

Nos sentamos una frente a la otra en los taburetes altos. Yo parto una galleta y me la llevo a la boca solo para tener una excusa y no hablar primero; ella, en cambio, no deja de observarme. Siento su mirada recorrer mi rostro como si estuviera buscando heridas invisibles, y de pronto recuerdo cómo me miró aquella noche en el karaoke, justo antes de que todo cambiara entre nosotras. La misma electricidad vibra ahora en el aire, por mucho que Nathan insista en que son imaginaciones mías.

—¿Y los demás? —pregunto, intentando romper el hechizo.

—Han ido a casa de Ryan —contesta, girándose hacia la cafetera para disimular—. Al final celebraremos la Nochebuena allí y querían cerrar el menú con los padres de él. Así que… hoy estamos tú y yo solas.

Lo dice con naturalidad, pero una nota nerviosa le traiciona la voz y me arranca una sonrisa involuntaria. Asiento, y ella se apresura a rellenarme la taza de café, como si necesitara tener las manos ocupadas para no traicionarse más.

—¿Y bien? —pregunta, sentándose de nuevo frente a mí con las mejillas algo más coloradas—. Cuéntame cómo ha quedado todo con el Sweet Wheelz.

Suspiro largamente antes de contestar, como si soltara todo el peso que aún llevo encima.

—Dentro de lo malo… hemos tenido suerte. Nathan movió hilos con un par de contactos y mañana seguramente ya la tendremos lista. Han reconstruido la parte quemada, la instalación eléctrica es completamente nueva y, si no surge ningún imprevisto de última hora, podremos salvar las navidades.

Ella asiente mientras corta un trozo de tortita con delicadeza; la luz de la mañana se refleja en el sirope como si fuera oro líquido.

—Me alegro muchísimo —dice, y hace una pausa antes de añadir—: Oye… he estado pensando en algo.

Levanto una ceja, intrigada.

—¿En algo?

—Sí. Y antes de que me eches la bronca… ya sé que me pediste que no hiciera nada. Pero no he podido quedarme de brazos cruzados.

La forma en que lo dice, con esa mezcla de culpa y entusiasmo, me arranca una sonrisa. Harper tiene ese talento innato para sonar traviesa y adorable al mismo tiempo.

—Está bien, suéltalo —la animo, apoyando los codos en la encimera.

Se muerde el labio inferior, claramente nerviosa.

—He hablado con mi jefe. Le conté lo del Sweet Wheelz y… se me ocurrió que podríamos hacer algo juntas. Una promoción especial para darle un empujón brutal de visibilidad a la food truck justo ahora, en plenas fiestas.

Me quedo en silencio, procesando lo que acaba de decir. Ella sigue hablando, cada vez más rápido, como si temiera que la interrumpiera:

—La idea es traer el Sweet Wheelz aquí, a Evergreen Hollow, estos días. Jacob me confirmó que hay puestos libres en la plaza del mercadillo y que nos guarda uno si queremos. Imagínatelo: las luces, la gente, el ambiente… Con una campaña bien hecha podríamos atraer no solo a los del pueblo, sino a gente de los pueblos de alrededor, incluso de más lejos. Sería una oportunidad increíble para resarcirte del desastre.

La miro boquiabierta. Cada palabra rezuma ilusión, esperanza, fe ciega en algo que para mí ya estaba medio perdido. Veo cómo se le ilumina la cara al hablar, cómo gesticula con las manos, y por un instante me cuesta creer que alguien haya dedicado tantas horas a pensar en mí, en mi sueño, en cómo sacarlo adelante.

—¿Y Mike está de acuerdo con eso? —pregunto, todavía incrédula.

—A Mike le encanta cualquier cosa que le traiga clientela nueva —contesta con una sonrisa pícara—. Además, me debe un favor bastante gordo. Me dijo que adelante, que me dejaba liderar el

proyecto siempre y cuando no le dé más trabajo al resto. Y que el año que viene me va a tener de esclava con campañas grandes, así que…

La observo en silencio unos segundos, sin saber cómo articular lo que siento.

—Harper… no sé ni qué decirte.

—Di que sí —susurra, inclinándose un poco hacia mí con los ojos brillantes—. Di que aceptas y nos ponemos manos a la obra hoy mismo.

Me quedo mirándola. Está tan cerca que puedo ver el reflejo de las luces navideñas del salón en sus pupilas, y siento que el pulso se me acelera sin permiso.

—Es una locura absoluta —admito, pero no puedo evitar sonreír.

—Las mejores cosas de la vida suelen serlo, ¿o no? —replica, y su risa me contagia al instante.

—No, en serio. Traer la food truck hasta aquí con tanta prisa…

—Seguro que Nathan y su primo se animan —me interrumpe Harper—. Además, Jacob ya se ha encargado de los permisos.

—No es solo eso lo que me preocupa.

—¿Entonces qué es? —pregunta, y esta vez su voz suena más suave, más seria.

Tardo en responder, buscando las palabras adecuadas.

—Tú. Me preocupa que estés moviendo cielo y tierra solo para compensar lo que pasó… antes de que me marchara.

Baja la mirada un segundo, y por un instante temo haber roto la magia. Pero enseguida alza la barbilla y me mira directamente, con una seguridad que me deja sin aliento.

—No es por compensar nada —afirma con rotundidad—. Es porque quiero hacerlo. Porque creo en ti, Dakota, creo en tu proyecto, en tu talento, en lo que eres capaz de conseguir. Y porque no te mereces pasar unas navidades cojas cuando podrías tener las mejores de tu vida.

La sinceridad de sus palabras me atraviesa como una corriente cálida. Me quedo sin defensas, sin excusas, sin esa coraza que tanto me esfuerzo por mantener. Todo en mí grita que me lance, que la abrace, que le confiese que esa fe ciega que tiene en mí es lo único que me mantiene en pie cuando todo lo demás se tambalea. Pero lo único que consigo es sonreír y negar con la cabeza, tratando de disimular el temblor de mis labios.

—Eres imposible —murmuro.

—Y tú demasiado cabezota para aceptar ayuda cuando te la ofrecen con el corazón —responde, y las dos reímos al unísono.

La risa se desvanece poco a poco, pero la calidez permanece. Me doy cuenta de que la estoy mirando fijamente, demasiado tiempo, y siento el calor subiéndome por el cuello. Sus labios tienen una manchita de sirope de fresa, y la tentación de inclinarme y borrarla con los míos me golpea con una fuerza que casi me marea.

Sin pensarlo dos veces, me levanto del taburete y rodeo la encimera. Harper alza la vista, sorprendida.

—¿Qué haces? —pregunta en un hilo de voz.

—Agradecerte esto como te mereces.

Me inclino y la envuelvo en un abrazo que no tiene nada de protocolario. Es intenso, espontáneo, casi desesperado. Siento cómo su cuerpo tiembla ligeramente contra el mío, y durante unos segundos el mundo se reduce a eso: su calor, su olor a café y azúcar, el latido acelerado de su corazón contra el mío. Me aferro a ella como si temiera que se desvaneciera, y noto cómo inspira hondo, como si también ella quisiera grabar este instante en la memoria.

—Gracias —susurro contra su hombro, con la voz ronca.

—No tienes por qué dármelas —contesta igual de bajito—. Solo quiero verte feliz.

Nos separamos despacio, muy despacio. Pero cuando nuestros ojos se encuentran, algo cambia en el aire. Ya no quedan risas, ni nervios, ni excusas que nos protejan. Solo ella y yo, a apenas unos centímetros, con los corazones latiendo al mismo ritmo frenético.

Puedo ver cada detalle de su rostro como si lo descubriera por primera vez: la curva suave de su nariz, las pestañas largas que proyectan sombras sobre sus mejillas, la respiración entrecortada que le hace temblar los labios. Sin darme cuenta, alzo la mano y rozo su mejilla con la punta de los dedos.

—Harper… —susurro, sin saber muy bien qué quiero decirle.

Ella no responde con palabras. Se queda mirándome, con la boca entreabierta, los ojos muy abiertos. La tensión entre nosotras es tan densa que casi puedo tocarla. Me acerco un poco más, lo suficiente para sentir el calor que irradian sus labios, para percibir el leve temblor que nos recorre a las dos.

Y entonces, justo cuando estoy a punto de cerrar los ojos, el sonido del teléfono corta el aire y nos sacude a las dos.

Retrocedo de golpe como si me hubieran pillado haciendo algo prohibido. Harper parpadea confundida, se levanta y busca el móvil sobre la encimera con manos temblorosas. Yo me quedo quieta, todavía sintiendo el fantasma de su aliento rozándome la piel, el corazón latiéndome tan fuerte que casi duele.

Quienquiera que llame en este preciso instante no tiene ni idea de lo que acaba de interrumpir… ni de lo mucho que este momento, aunque inacabado, va a quedarse grabado en mí para siempre.

30

Harper

Al día siguiente todavía no ha amanecido del todo cuando llegamos a la plaza. El cielo se abre sobre nosotras como una inmensa franja de azul grisáceo con ribetes plateados justo donde el horizonte se funde con las colinas cubiertas de nieve. Las luces navideñas cuelgan entre los edificios antiguos de piedra y parpadean con pereza, como si también ellas acabaran de abrir los ojos. El suelo está cubierto por una capa helada de escarcha que cruje bajo nuestras botas, y frente a nosotras, majestuoso e inmóvil descansa el Sweet Wheelz, recién llegado de su particular resurrección.

Después de tantos días de incertidumbre, de llamadas angustiosas y noches sin dormir, verlo ahí de nuevo, erguido, orgulloso, con su pintura fresca brillando bajo las primeras luces del alba, me provoca un nudo en la garganta que no esperaba. Y eso que no es mi sueño, pero en estos últimos días ha empezado a sentirse un poco como si también lo fuera.

A mi lado, Dakota guarda silencio, con las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos de su abrigo y los ojos tan brillantes que parecen haber atrapado todo el amanecer. La observo de reojo y me doy cuenta de que está conteniendo la respiración, como si temiera que todo pudiera desvanecerse si parpadea demasiado fuerte.

—¿Lista? —le pregunto en voz baja

Ella asiente despacio y, cuando sonríe, lo hace de esa manera suya que siempre me ha parecido maravillosa, amplia, sincera, con

la curva perfecta de sus labios iluminando más que cualquier guirnalda.

—Más que lista —contesta, y la seguridad que destila su voz me recorre la espalda como una caricia.

Jacob termina de dar instrucciones a Eliot y, aunque él no forme parte habitual del equipo, se ha convertido en una pieza imprescindible estos días. Cuando el Sweet Wheelz está bien colocado Dakota da un paso al frente, casi impulsada por un resorte, y acaricia el lateral recién pintado con la palma abierta, como quien toca a un animal herido que por fin ha vuelto a casa. Todavía huele a disolvente, un aroma punzante que se mezcla con el frío, y aunque hay zonas donde el tono es ligeramente distinto —parches más claros que delatan las prisas—, la food truck luce impecable bajo las luces, como si el incendio nunca hubiera existido.

Me acerco por detrás sin pensarlo y la abrazo por la cintura, apoyando la barbilla en su hombro. Su bufanda de lana me hace cosquillas en la mejilla y siento cómo su cuerpo se relaja un instante contra el mío.

—¿Ves? —susurro junto a su oído, viendo mi aliento convertirse en vaho—. Ni tan mal para haberlo hecho casi a contrarreloj.

Ella suelta una risa breve, cristalina, que resuena dentro de mi pecho como si fuera mía.

—Ya, ahora solo falta gastarnos una fortuna en ingredientes para todo lo que queremos vender —comenta con ese tono juguetón que siempre utiliza cuando intenta disimular que, en el fondo, está preocupada.

—¡Mis trufas no pueden faltar! —exclamo de inmediato, fingiendo indignación—. Y haré una edición especial navideña con ralladura de limón y un toque de cardamomo que va a volver loco a medio pueblo.

Nathan, que está revisando la conexión eléctrica, levanta una ceja y se cruza de brazos.

—¿Qué? —le reto, plantándome frente a él con los brazos en jarras.

—Nada, nada —responde, conteniendo la risa—. Solo que nunca imaginé que te vería tan emocionada por mancharte de chocolate hasta las cejas.

—Cállate ya, pesado —replico, dándole un golpe en el brazo—. Sabes perfectamente que me encanta ayudar cuando la causa lo merece.

—Claro, ayudar… veinte minutos. Luego te largas a hacer fotos para Instagram.

Le saco la lengua y Jacob suelta una carcajada que retumba en toda la plaza. Dakota me mira por encima del hombro y su sonrisa, esa que parece hecha de luz pura, me deja sin aire durante un segundo.

Una vez conectada la food truck a la red eléctrica —gracias a la pericia de Jacob, que revisa cada cable como si le fuera la vida en ello—, entramos todos dentro. El espacio es reducido, pero huele a algo nuevo, a pintura fresca y a ese dulzor persistente del azúcar quemado que siempre se queda impregnado en las juntas de la plancha. Dakota abre los armarios con delicadeza, pasa los dedos por los utensilios y acaricia el mostrador como quien recupera un

recuerdo muy querido. Cada gesto suyo está cargado de una ternura que me aprieta el corazón.

—Bien —anuncia, girándose hacia nosotros con esa determinación que tanto admiro—. Vamos a hacer una lista clara y no vamos a dejar nada al azar. Nathan: tú te encargas del chocolate de cobertura, la mantequilla y el azúcar glas de la buena; nada de marcas raras, quiero lo mejor que encuentres. Eliot: café en grano de primera, vasos térmicos que no se rompan y servilletas decentes. Harper… —Me mira con una media sonrisa que me acelera el pulso sin remedio— …tú con las trufas, obviamente, pero también te vas a encargar de toda la decoración: virutas de colores, frutos rojos, frutos secos, todo lo que haga que la gente se pare en seco y se le haga la boca agua antes de probar bocado.

—Hecho, capitana —respondo, intentando que no se note lo mucho que me gusta verla así, mandando, segura, feliz.

Salimos hacia el pequeño supermercado del pueblo cuando el sol ya empieza a asomarse del todo. El trayecto es corto, pero lo vivimos como una pequeña expedición; el aire corta la cara, las nubes se abren dejando pasar haces de luz que convierten la nieve en diamantes, y el árbol gigante de la plaza se alza imponente entre los puestos que ya empiezan a montarse, con sus adornos plateados balanceándose y tintineando como si fueran pequeñas campanas.

Cuando regresamos, cargadas hasta los topes de bolsas y cajas, la plaza ha despertado por completo. Los primeros puestos despliegan sus toldos de colores, el olor a castañas asadas se entremezcla con el del chocolate caliente y la canela, y Jacob nos espera junto al camión de bomberos —que sigue aparcado en una

esquina por si acaso— para ayudar a conectar las guirnaldas exteriores de la food truck. Revisa cada bombilla, cada enchufe, y antes de marcharse le da a Dakota una palmadita en el hombro que la hace sonreír con timidez.

A mediodía, el Sweet Wheelz vuelve a estar oficialmente en marcha. El cartel luminoso improvisado parpadea, y por la ventanilla abierta empieza a salir un aroma que vuelve loco a cualquiera: chocolate fundido, mantequilla dorada, vainilla, especias que despiertan los sentidos y el alma. Northern Lights ha lanzado la campaña en redes un el lema que se me ocurrió hace dos noches a las tantas: «Sabores que calientan hasta el corazón más frío». No sé si ha sido la magia de internet, el boca a boca o pura suerte, pero en menos de una hora la plaza está abarrotada.

Familias con niños que no paran de saltar, parejas que se besan bajo los copos que empiezan a caer otra vez, vecinos que se saludan efusivamente… todos se detienen delante de la food truck como si no pudieran resistirse. El ritmo se vuelve frenético: Nathan prepara masas a toda mecha, Eliot sirve cafés sin derramar una gota, y Dakota y yo nos turnamos en la ventanilla atendiendo, cobrando, empaquetando y, de vez en cuando, cocinando también después de haber preparado las trufas.

—¡Harper, más cobertura de fresa, que se nos acaba! —grita Nathan desde atrás.

—¡Ya voy! —contesto mientras entrego una caja de cupcakes a una niña que me mira con ojos como platos.

El aire está lleno de risas, de villancicos que suenan desde los altavoces del ayuntamiento, de luces que se encienden y tiñen la

nieve de rojo, verde y dorado. Miro a Dakota entre el vapor y el gentío: lleva el gorro rojo un poco ladeado, las mejillas encendidas, algunos mechones pegados a la frente por el calor de la plancha, y los labios manchados de chocolate. Está preciosa. Y yo no puedo apartar los ojos de ella.

Cuando la fila mengua un instante, me deslizo hasta su lado.

—¿Cansada? —pregunto en voz baja, casi rozando su hombro.

—Un poco —admite, sin dejar de remover una masa espesa en un cuenco enorme—. Pero es un cansancio feliz. Significa que lo hemos conseguido.

—Ha funcionado, sí —musito, mirando a nuestro alrededor como si no me creyera del todo lo que veo.

—Sí —responde, y cuando levanta la vista hacia mí, sus ojos brillan con algo que no es solo agotamiento—. No lo habría logrado sin ti, Harper. De verdad. Esto… todo esto es gracias a ti.

Intento quitarle hierro, como siempre.

—Bah, tampoco te pases. Solo hice una llamada, unas fotos y moví un par de hilos. Nada del otro mundo.

—Harper —pronuncia mi nombre despacio, con esa cadencia que me obliga a mirarla de nuevo, a perderme en sus ojos azules—. Gracias. Has sido el motor de todo esto. Sin ti, seguiría llorando sobre las cenizas.

La gratitud que hay en su voz es tan sincera que me pesa y me llena a la vez. No sé qué responder, así que sonrío como una tonta y me pongo a atender el siguiente pedido.

Cuando el sol empieza a esconderse tras las colinas y el cielo se tiñe de naranja y violeta, la plaza se convierte en un espectáculo de luz y color. Dakota se apoya en el borde de la ventanilla, exhausta pero radiante, y me mira. La luz dorada de los adornos navideños se refleja en sus ojos y los convierte en dos mares profundos.

—¿No decías que este pueblo no tenía ninguna magia? —pregunta con una sonrisa traviesa que me provoca un cosquilleo en el estómago.

—Tiene que ser porque has venido tú —respondo sin filtro, sin pensar.

El silencio que sigue dura apenas un segundo, pero es suficiente para que note el calor subiéndome por el cuello hasta las orejas. Dakota me mira sorprendida, baja la vista un instante y se muerde el labio inferior con una mezcla de timidez y deseo.

Y justo cuando estoy a punto de decir algo para romper la tensión —o para aumentarla, no lo tengo claro—, una voz nos saca del trance:

—¡Oye, guapas, ¿me ponéis otra ronda de esos cupcakes que están para morirse?!

Me echo a reír, agradecida por la interrupción, y me lanzo a atender al hombre del gorro azul mientras siento la mirada de Dakota clavada en mi nuca, cálida, persistente, llena de emoción.

La gente sigue llegando en oleadas, los pedidos no paran, y yo no puedo dejar de pensar que este pequeño milagro —la food truck llena, la plaza a rebosar, la sonrisa de Dakota que no se apaga—

tiene mucho menos que ver con las redes sociales o las luces navideñas y mucho más con el hecho de verla feliz otra vez.

Y entonces lo entiendo, con una claridad que me atraviesa el pecho: verla así, con las mejillas sonrojadas y los ojos brillando de ilusión, en este pueblo que antes me parecía pequeño y gris, es el mejor regalo que me podrían haber dado esta Navidad. No necesito nada más. Ni luces, ni dulces, ni campañas virales. Solo necesito seguir mirándola y saber que, por primera vez en mucho tiempo, las dos estamos exactamente donde queremos estar.

31

Dakota

Es Nochebuena y, mientras camino junto a Harper hacia el Sweet Wheelz, tengo la sensación de que los últimos días se han comprimido en este instante exacto, como si el tiempo hubiera conspirado para que toda aquella mentira absurda que empezamos nos trajera precisamente hasta aquí, hasta este amanecer helado y perfecto. La plaza está casi desierta; solo se oye el eco de nuestros pasos y, de vez en cuando, el chirrido de un carro de la compra que algún vecino madrugador arrastra hacia el mercado. Una mujer mayor barre la puerta de la panadería con movimientos lentos y precisos, levantando nubecillas de escarcha que brillan al sol como polvo de estrellas. El abeto gigante preside el centro, imponente, cargado de bolas plateadas y guirnaldas que aún duermen, esperando la noche para despertar del todo. Huele a café recién hecho, a pan tierno que se cuece en los hornos de piedra y, por encima de todo, a ese aire limpio y cortante que solo tienen los pueblos pequeños cuando están a punto de celebrar algo importante.

—Cuando acepté venir a Evergreen Hollow por navidades… —comento mientras tiro de la persiana metálica con un chirrido que rompe el silencio— …jamás imaginé que acabaría abriendo la food truck aquí en plena Nochebuena.

Harper se agacha para conectar el generador; el cable negro serpentea por el suelo helado y levanta una nube de escarcha que

se le pega a los vaqueros como purpurina. Levanta la vista hacia mí, con el pelo revuelto por el viento y una mota de nieve pegada a la pestaña izquierda que parpadea como una estrella traviesa. Cuando se da cuenta de que la estoy mirando, su sonrisa se ensancha hasta convertirse en algo tan bonito que casi duele.

—¿Y te arrepientes? —pregunta con esa voz suave que siempre consigue colarse por debajo de mis defensas.

Niego con la cabeza tan despacio que siento el frío quemándome las mejillas, pero ya no me importa.

—Al contrario —admito, y la palabra sale algo ronca de mis labios—. Me parece… no sé cómo explicarlo. Como si hubiera estado esperando esto toda la vida sin saberlo. Ni siquiera siento que venga a trabajar. Siento que… que por fin he conseguido este dulce sueño.

Ella no contesta con palabras. Solo sonríe más, y esa curva deliciosa de sus labios me obliga a mirarla más tiempo del estrictamente necesario. Podría estar en cualquier otro sitio del mundo —paseando por las calles iluminadas de Boston, tirada en el sofá de mi piso vacío viendo series, en la cama de alguien cuyo nombre olvidaré a la mañana siguiente porque nunca serán suficiente comparado con lo que siento cuando estoy cerca de Harper— y nada, absolutamente nada, se parecería a esto; a verla recortada contra la luz fría del amanecer, con el delantal rojo que ya se está poniendo por encima del jersey gordo y que se anuda con nerviosismo, como si también ella estuviera impaciente.

Nathan y Eliot han ido a por los ingredientes que nos faltan después del éxito brutal de ayer, así que nosotras hemos decidido adelantarnos. Harper se pelea con el lazo del delantal; le queda

torcido hacia la izquierda, un nudo desastroso que parece hecho a propósito para hacerme sonreír. Me muerdo el interior de la mejilla para no reírme.

—¿Qué? —pregunta, arqueando una ceja.

—Nada —musito, bajando la vista al suelo como si de repente la nieve fuera lo más interesante del mundo—. Solo que el rojo te queda… peligrosamente bien.

Finge no haberme oído, pero la comisura de su boca se eleva traicionándola antes de darme la espalda y ponerse a preparar el chocolate como si le fuera la vida en ello.

Empezamos a trabajar en un silencio cómodo, cada una en su rincón. Ella funde chocolate negro al baño maría en un cazo de fondo grueso; el vapor sube en volutas densas y empaña los cristales hasta convertir el exterior en una acuarela borrosa y mágica. Añade la nata líquida con cuidado, una pizca de sal marina que cruje entre sus dedos y un chorrito de licor de avellanas que siempre eleva sus trufas a otro nivel. Después corta tiras finas de naranja confitada con un cuchillo que parece demasiado grande para sus manos y las coloca en la bandeja como si fueran joyas. Cuando el chocolate alcanza esa textura perfecta —ni líquido ni sólido, sino esa frontera sedosa donde todo es posible—, forma bolitas con las palmas, las reboza en cacao amargo que le tiñe los dedos de negro, en azúcar glas que parece nieve y en virutas de coco que brillan como escarcha.

Yo me pongo con los brownies que tanto me gustan: derrito mantequilla hasta que huele a nueces tostadas, añado azúcar moreno y cacao puro que he traído de mi tienda favorita de Boston,

bato huevos uno a uno hasta que la mezcla brilla como seda líquida. La harina tamizada y la canela molida en el momento le dan el toque cálido, y los trozos grandes de chocolate negro que se resisten a fundirse del todo serán la sorpresa que hará cerrar los ojos a quien los pruebe.

El batidor golpea el bol con un ritmo casi furioso, como si quisiera descargar en la masa todas las veces que me he equivocado en la vida, aunque hoy, por primera vez en mucho tiempo, siento que el pasado ya no me pesa tanto.

Dentro del camión el calor empieza a imponerse al frío. El horno calienta el aire hasta que el vaho de nuestras respiraciones desaparece, y entre nosotras se instala un silencio dulce, casi tan envolvente como el aroma a vainilla y canela que impregna nuestro alrededor.

—Al final te has convertido en una repostera de verdad —comento sin dejar de mirarla mientras coloca las trufas en las cajas con mimo infinito.

—No te pases —responde con la voz un poco ronca, intentando bromear, aunque sus ojos me dicen otra cosa—. Sigo prefiriendo tomar el café a mancharme hasta las cejas. Y fregar… ni te cuento.

—Ya, hasta que llegue el momento de los platos y recuerdes de pronto que tienes una reunión urgente en la otra punta del mundo.

—¡Oye, eso no es verdad! —protesta, y su risa suena tan bonita entre estas cuatro paredes que trae mariposas a mi estómago —. Además, alguien tiene que hacer las fotos bonitas para Instagram, ¿no?

Me tira un trapo a la cara y yo lo esquivo entre carcajadas. Hace un mohín infantil que me derrite por dentro, y por un segundo tengo la certeza absoluta de que el sol se ha detenido exclusivamente para iluminarla a ella.

Saco el móvil del bolsillo del delantal, busco mi *playlist* navideña y la pongo a reproducir. *Have Yourself a Merry Little Christmas* empieza a sonar, con esa voz cascada que parece saberlo todo sobre despedidas y nuevos comienzos.

Harper alza la cabeza, sorprendida, con una trufa a medio envolver entre los dedos pringados de chocolate.

—¿En serio vas a poner esto ahora?

—Claro —respondo, encogiéndome de hombros como si fuera lo más normal del mundo—. Los postres saben mejor con banda sonora navideña. Es ciencia. O magia. O las dos cosas.

Suelta una carcajada que me sacude por dentro, y durante tres segundos exactos olvido el frío, el cansancio, el miedo a lo que pueda pasar después. Solo existe su risa y esa melodía que nos envuelve como una manta demasiado pequeña para dos pero que, milagrosamente, nos cubre a las dos por completo.

De pronto, un bufido de fastidio rompe el hechizo.

—Joder —masculla Harper entre dientes—. Ya me he manchado otra vez. Soy un desastre con patas.

Levanta la mano cubierta de chocolate, pero lo que de verdad me corta la respiración es la mancha oscura que le cruza la mejilla izquierda, justo al borde de los labios, como si alguien hubiera decidido pintarle una constelación dulce.

—Eres un desastre andante incluso con delantal —susurro, cruzándome de brazos para disimular que me tiemblan las manos.

—No es para tanto —se defiende, y se frota con el dorso de la mano; solo consigue extender el desastre hasta la sien, como si se hubiera puesto una máscara de guerra hecha de cacao.

—Ven aquí, anda.

Harper se queda quieta. La distancia entre nosotras se reduce a nada en tres pasos. Puedo oler el chocolate caliente en su piel, el calor que desprende su cuerpo después de una hora frente al horno, el leve temblor de su respiración que se acelera cuando mi pulgar roza su mejilla. La mancha se desliza bajo mi dedo y siento su pulso latiendo rápido bajo la piel fina de la sien, desbocado, como un pájaro que quiere escapar. Levanta la mirada y me veo reflejada en sus pupilas oscuras; traga saliva y el movimiento de su garganta me hipnotiza. Me inclino un poco más. Ella entreabre los labios…

Y entonces la puerta trasera se abre de par en par con un estruendo que suena hasta en la otra punta del universo.

—¡Buenos días, equipo! —brama Nathan, irrumpiendo con bolsas que chocan contra la encimera como si fueran tambores.

Retrocedo tan rápido que tropiezo con el taburete y casi me caigo de espaldas. Harper se gira hacia el horno con rapidez. Eliot entra detrás cargando un saco de azúcar de diez kilos que deja caer con un golpe seco, sin perder la sonrisa.

—Traemos todo lo necesario para una Nochebuena épica —anuncia, ajeno al terremoto que acaba de provocar—. Harina de fuerza, huevos camperos, nata para montar, vainilla de la buena y

los últimos cotilleos del pueblo, cortesía de la dependienta que no calla ni debajo del agua.

Nathan me clava una mirada cargada de preguntas mudas y arquea una ceja con esa cara de «ya hablaremos luego» que tan bien conozco.

—¿Hemos interrumpido algo interesante? —pregunta con una inocencia tan falsa que casi me echo a reír.

—Que va, que va. Todo controlado —respondo, y esbozo mi mejor sonrisa de circunstancias.

Harper carraspea, agarra la espátula como si fuera su tabla de salvación y vuelve a sus trufas con la concentración digna de un cirujano. Yo intento centrarme en la masa, pero las manos me tiemblan y el corazón me golpea las costillas como si quisiera salir corriendo hacia ella.

El ruido regresa de golpe: cajas que se abren, utensilios que chocan, risas que intentan llenar el silencio que hemos dejado colgando en el aire. Nathan tararea una versión desafinada de *Jingle Bells* mientras Eliot marca el ritmo golpeando el horno con una cuchara de madera. Todo parece normal. Incluso alegre. Pero no lo es.

Porque yo sigo mirando de reojo a Harper; la luz del amanecer le dibuja un halo dorado en el cuello que me tiene hipnotizada. Respiro hondo, fuerzo una sonrisa y sigo batiendo la masa como si mi vida dependiera de que los brownies salgan perfectos.

Y cuando Harper se agacha a recoger una bandeja y la luz del sol le roza la piel como una caricia prohibida, entiendo con una claridad que me asusta que ya no voy a poder aguantar más las

ganas de besarla. De besarla de verdad, sin excusas, sin fingir, sin que sea parte del juego ni de las apariencias. Quiero besarla porque cada vez que la miro siento que me estoy perdiendo algo esencial, algo que ya no puedo seguir ignorando, aunque me muera de miedo por lo que pueda pasar después.

32

Harper

El aire nocturno de Evergreen Hollow se impregna de un aroma dulzón y cálido, como si la propia plaza exhalará un suspiro festivo que llevase días preparándose para este instante preciso. La multitud abarrota cada rincón, pero, por primera vez en mucho tiempo, el bullicio no me incomoda en absoluto —como solía suceder en los últimos años, antes de que decidiera apartarme de estas celebraciones—, ni siquiera el frío que se cuela hasta los huesos consigue empañar el ánimo ligero que me envuelve. Acabamos de cerrar el Sweet Wheelz hace apenas unos minutos y, aunque he pasado el día entero de pie, con las manos cubiertas de masa pegajosa y el pelo revuelto en mechones rebeldes que se escapaban de la coleta, una sensación maravillosa de ligereza me invade por completo.

A mi lado, Dakota se aferra a mi brazo con ternura, mientras sostiene en la otra mano un vaso de chocolate caliente que desprende un hilo de vapor en la penumbra. Sus dedos, helados por la brisa cortante de diciembre, contrastan deliciosamente con el calor que irradia su contacto, un roce que me ancla al presente y me impide moverme ni un milímetro. El murmullo constante de la gente se entreteje con la melodía suave que fluye de los altavoces: un villancico antiguo, casi hipnótico, que vibra en el aire gélido como si marcara el mismo ritmo de mi corazón acelerado.

—Me voy a volver completamente adicta a este lugar, te lo advierto —susurra Dakota sin apartar la vista del espectáculo que nos rodea.

Después curva los labios en una sonrisa tan luminosa que brilla más que todas las luces navideñas juntas y, justo en ese momento, las bombillas del gran árbol parpadean débilmente, como si tomaran aire antes del gran instante. Un silencio expectante se extiende por toda la plaza: los niños se suben a los hombros de sus padres con gritos de impaciencia, las parejas se abrazan más fuerte, y el rumor de la cuenta atrás empieza a correr de boca en boca.

Una voz grave y ceremoniosa resuena a través del altavoz, marcando el ritmo final.

Cinco. Cuatro. Tres. Dos. Uno.

Y, de repente, el árbol da un estallido cegador de luz. Miles de bombillas en tonos ámbar, rojo, azul y dorado se encienden al unísono, bañando la plaza entera en un resplandor cálido que hace brillar los ojos de todos los presentes como si fueran lágrimas de alegría contenida. Las ramas se coronan de estrellas fugaces artificiales, y su reflejo danza sobre los escaparates empañados, sobre los tejados cubiertos de nieve reciente, convirtiéndose en copos invisibles que parecen flotar a nuestro alrededor cargados de pura magia.

—Es… precioso —musito con la voz entrecortada, sin estar del todo segura de si me refiero al árbol o a la mujer que tengo al lado.

Porque en ese preciso segundo, Dakota gira la cabeza hacia mí y la luz dorada se derrama sobre su rostro como miel caliente, tiñendo de oro líquido su melena negra y avivando sus ojos hasta

hacerlos brillar con una felicidad tan pura que desearía poder guardarla en un frasco y conservarla para siempre.

—¡Me encanta! ¡Es muchísimo mejor que cualquier encendido en Boston! —exclama dando pequeños saltitos, aplaudiendo con el entusiasmo desbordado de una niña que acaba de descubrir que los sueños sí se hacen realidad.

—Cuidado, que me vas a bañar en chocolate caliente —protesto entre risas, señalando el vaso que amenaza con derramarse.

Ella suelta una carcajada y yo la observo embobada, incapaz de contener la tormenta de emociones que revolotean dentro de mi pecho como mariposas atrapadas.

—Por tu culpa, ahora voy a querer venir todos los años a este pueblo, y mira que ha estado siendo lo contrario… —le digo en tono juguetón, aunque por dentro el corazón me late tan fuerte que casi temo que lo escuche.

Dakota se gira del todo hacia mí y sus ojos azules, intensos como fragmentos de cielo nocturno estrellado, se clavan en los míos.

—Si me dejas acompañarte cada Navidad, no me quejaré en absoluto —responde con sinceridad.

«Todos los días de mi vida, no solo en Navidad», pienso, pero las palabras se me atascan en la garganta como si fueran demasiado grandes para salir. El corazón me da un vuelco tan brusco que el aire se me escapa en un jadeo apenas audible. En lugar de decirlo en voz alta, aprieto suavemente su brazo contra el mío, un gesto pequeño que estoy convencida transmite mucho más que cualquier declaración grandilocuente.

El gentío estalla en aplausos y vítores, y las campanas de la iglesia comienzan a repicar con fuerza, como si quisieran unirse al júbilo general. Todo forma un cuadro perfecto, casi irreal: las luces titilantes, la música envolvente, la risa de Dakota tan cerca que puedo sentir su vibración en la piel.

Poco a poco, la plaza se va vaciando. Las parejas se alejan cogidas de la mano dejando huellas efímeras en la nieve fina, y el aire se llena de ese murmullo sereno y satisfecho que solo aparece cuando algo verdaderamente hermoso acaba de suceder.

Nathan y Eliot se despidieron hace un rato con abrazos rápidos y promesas de vernos mañana, así que ahora solo quedamos nosotras dos. Caminamos envueltas de un silencio cómodo, por las calles adornadas con guirnaldas y luces, rumbo a casa de Ryan, donde el resto de la familia nos espera con la cena. Las casitas del pueblo relucen como pequeñas constelaciones caídas del cielo, y en cada ventana parpadean lucecitas de colores que parecen susurrar que, al menos por una noche, todos deseamos lo mismo: sentirnos en casa de verdad.

Al llegar, el calor nos recibe incluso antes de cruzar el umbral. Desde el porche ya se filtran las voces animadas, el tintineo alegre de los cubiertos y el eco de villancicos antiguos que mi abuela ha puesto en el viejo tocadiscos, esa reliquia con la aguja rayada que añade un encanto nostálgico imposible de replicar.

—¡Por fin llegáis! —exclama Lauren abriendo la puerta de par en par, con las mejillas sonrosadas por el vino y la emoción—. Ya pensábamos que os habíais perdido entre las luces.

—O que habíais decidido cenar donuts y gofres en la food truck —añade Ryan desde el fondo del pasillo, soltando una carcajada que retumba en todo el vestíbulo.

—Tampoco habría sido tan mala idea —contesta Dakota entrando detrás de mí con una sonrisa traviesa que ilumina toda la entrada—. Aunque dudo mucho que el camión huela tan increíblemente bien como esto.

El perfume de la cena es una auténtica tentación para los sentidos: pavo al horno relleno de hierbas aromáticas, puré de patatas cremoso con mantequilla derretida y un toque sutil de nuez moscada, zanahorias glaseadas con miel, ensalada crujiente de manzana y apio salpicada de nueces tostadas, y pan recién horneado que aún exhala vapor y llena la casa de ese aroma hogareño que te hace sentir inmediatamente en paz.

Mi madre se acerca con los brazos abiertos y una sonrisa enorme.

—Espero que vengáis con hambre de verdad, porque la abuela lleva desde las seis de la mañana cocinando sin parar —comenta guiñándome un ojo con complicidad.

—Tiene una pinta tan espectacular que ahora sí que me arrepiento de haber bromeado con lo de la food truck —admito riendo.

Todos estallamos en carcajadas, y la risa de Dakota se mezcla con las demás de una forma tan natural que parece que siempre ha estado aquí, como si este fuera su sitio desde el principio de los tiempos.

Nos sentamos a la mesa y, por un instante, el mundo entero parece detenerse. Las luces del árbol del salón parpadean con suavidad, el fuego crepita en la chimenea con ese rumor hipnótico que invita a soñar despierto, y las conversaciones fluyen solas, entrelazándose como los hilos de un tapiz antiguo que nunca se deshace.

—Entonces… —interviene mi padre con absoluta calma—, ¿al final habéis conseguido salvar la food truck?

Dakota traga el bocado con calma, y un rubor sutil le sube por las mejillas.

—Ha sido un esfuerzo de todo el equipo, pero parece que sí —responde con una modestia que la hace todavía más adorable—. Sin Nathan, sin Eliot y, sobre todo, sin Harper, no lo habríamos logrado ni de broma.

—Eso no es verdad ni por asomo —la interrumpo con vehemencia, incapaz de quedarme callada—. Tú eres el alma máter del Sweet Wheelz, Dakota. Yo no podía quedarme de brazos cruzados viendo cómo se hundía todo, y menos aún en Navidad.

—La campaña ha llegado a sitios que ni imaginábamos, y eso que la hicisteis a contrarreloj —añade Lauren alzando su copa con orgullo.

Dakota me mira y levanta también la suya, con una sonrisa que me corta la respiración.

—Lo que tendría que destacar todo el mundo es el talento brutal que tiene Harper y que, por alguna razón, la empresa para la que trabaja se empeña en ignorar —declara con una seguridad que me deja muda—. Cuando algo le apasiona de verdad, es capaz de

arrastrar a cualquiera con esa energía arrolladora que tiene. Es imposible resistirse.

—Totalmente cierto —corrobora mi abuela alzando su copa con solemnidad—. Yo lo vi desde que era una mocosilla. Cuando decidió montar aquel puesto de limonada en la puerta de casa, acabó teniendo a medio vecindario haciendo cola y ayudándola a exprimir limones.

Las risas vuelven a inundar el salón como una ola cálida, y durante unos segundos me limito a contemplar a Dakota en silencio. Está sentada al lado de Ryan, con la luz temblorosa de las velas dibujando reflejos danzantes en su melena negra. Sus ojos brillan cada vez que alguien cuenta una anécdota, sus manos se mueven con gracia al hablar, y cada palabra que sale de sus labios parece llenar estas paredes de una calidez que nunca antes había sentido tan intensa.

Y entonces lo entiendo con una claridad casi dolorosa: quererla es lo más fácil y natural del mundo. Verla aquí, rodeada de mi familia, riendo con mis historias de infancia, sintiéndose parte de todo esto… es como si siempre hubiera pertenecido a este lugar.

Después de la cena, Lauren y Ryan se levantan a recoger los platos entre bromas y codazos, y mamá anuncia con voz emocionada que ha llegado la hora de los regalos. Las luces del salón se atenúan hasta crear un ambiente íntimo y acogedor, y las cajitas envueltas en papel rojo y dorado empiezan a pasar de mano en mano con susurros y sonrisas expectantes. Cuando me toca a mí, mi madre me tiende un paquete pequeño con un lazo verde esmeralda.

—Este es de parte de Dakota —anuncia con una sonrisa de oreja a oreja que delata que sabe perfectamente lo que hay dentro.

Miro a Dakota y ella se encoge de hombros con un nerviosismo encantador que rara vez le veo. Reconozco al instante el papel del mercadillo navideño; ni siquiera me había dado cuenta de que había comprado nada. «Seguro que se ha aliado con alguien».

Abro el paquete con mucho cuidado, como si temiera romper el hechizo que flota en el aire. Dentro hay una cajita de música tallada a mano en roble oscuro, con la tapa adornada con un delicado motivo de estrellas entrelazadas. Giro la pequeña manivela y, de inmediato, brota una melodía suave y nostálgica, casi infantil, pero tan delicada que se me humedecen los ojos al instante, evocando recuerdos lejanos de tardes de invierno junto a mi abuela.

—No sé si te acordarás —murmura Dakota visiblemente nerviosa—, pero hace unos años, cuando paseábamos por Boston, me contaste que de pequeña se te rompió la caja de música que más querías y nunca encontraste una que te gustara tanto. Pensé que… bueno, que quizás esta podría ser una buena sustituta.

Durante unos segundos soy incapaz de articular palabra. La melodía se mezcla con el crepitar del fuego y las risas lejanas de fondo, pero todo queda en un segundo plano. Solo existimos ella y yo, y la emoción que me aprieta la garganta.

—Me acuerdo perfectamente —logro decir, con la voz temblorosa—. Lo dije cuando vimos aquella otra en el escaparate de la tienda del centro, ¿verdad? La que tenía bailarinas girando.

—Exacto —asiente ella, y sus ojos brillan más que nunca—. Dijiste que te recordaba a la que te regaló Carol cuando eras

pequeña —añade, dedicándole una sonrisa tierna a mi abuela.

—No sé ni qué decir… —susurro, sintiendo que las lágrimas amenazan con desbordarse—. Gracias, Dakota. De verdad, de corazón. Es el regalo más bonito que me han hecho nunca.

—No es para tanto —responde con esa humildad que la caracteriza—, solo quería que tuvieras algo que te recordara lo especial y única que eres, incluso cuando tú misma lo olvidas.

—¿Y qué soy, según tú? —pregunto, con el corazón latiéndome tan fuerte que casi no me oigo.

—Alguien que, sin proponérselo, pone música en la vida de los demás —contesta sin dudar ni un segundo.

Sus palabras me atraviesan como una corriente eléctrica. La miro fijamente y, por primera vez en mucho tiempo, siento que ya no puedo seguir mintiéndome a mí misma. La mentira con la que empezó toda esta historia se desvanece por completo en este instante. Porque esto no puede ser una ilusión, no cuando mi corazón late desbocado cada vez que me mira, no cuando su sola presencia llena de color cada rincón de mi mundo.

Recuerdo los primeros días, cuando todo era caos y prisas. Recuerdo cómo, sin darme cuenta, su risa empezó a ser lo primero que quería oír cada mañana y lo último que escuchaba antes de dormir.

Y ahora la miro y lo sé con una certeza absoluta: esto es amor. Del de verdad. Del que se cuela por las rendijas y, cuando te das cuenta, ya te ha cambiado la vida entera.

Lauren rompe el silencio con una carcajada estruendosa que nos saca a todos del trance.

—Vale, Harper —dice dejando la copa sobre la mesa con decisión—, ahora te toca a ti. ¿Dónde está el regalo para Dakota? —pregunta, y al cruzar su mirada conmigo, sé exactamente lo que tengo que hacer.

33

Dakota

—Quiero contaros la verdad.

El murmullo alegre de las conversaciones se corta de golpe, como si alguien hubiera bajado el volumen del mundo entero. La copa que Carol tiene entre los dedos se queda suspendida a medio camino de sus labios, el fuego de la chimenea parece contener la respiración, y el viejo reloj de pared sigue marcando los segundos con un tic-tac que de pronto suena atronador. Todos los ojos se vuelven hacia Harper. Sus mejillas están tan rojas que parecen arder, y sus manos se aferran al borde de la mesa como si fueran lo único que la mantiene anclada al mundo.

Cuando nuestras miradas se cruzan, sé exactamente lo que va a decir antes de que abra la boca. Niego con la cabeza, apenas un movimiento leve, casi imperceptible, rogándole en silencio que no lo haga, que no rompa la magia de esta noche perfecta. Pero Harper me sostiene la mirada con esa determinación terca que tan bien conozco.

—Dakota y yo no somos novias —suelta de una vez, sin adornos ni anestesia.

El tenedor de Lauren cae sobre el plato con un estrépito que retumba en todo el salón. Nadie se mueve. Los padres de Harper se quedan petrificados, con los ojos muy abiertos y la sorpresa dibujada en cada arruga de la cara. La madre de Ryan se lleva la mano al pecho como si le faltara el aire, y alguien tose con tanta

fuerza que parece que se va a ahogar con el último trozo de comida. La única que no parpadea es Carol. La abuela de Harper se reclina despacio en su silla, con esa media sonrisa sabia y un poco burlona que deja claro que ella lo ha sabido desde el primer día.

Yo me quedo clavada en el sitio, sin saber dónde poner las manos, sin saber si debo levantarme, hablar o simplemente desear que la tierra se abra y me trague entera. El calor me sube desde el pecho hasta las orejas como una marea imparable, y siento que me tiemblan los dedos.

Harper, en cambio, no titubea ni un segundo. Mira a cada uno de los miembros de su familia con una valentía que me deja sin aliento.

—Cuando vi a Vanessa paseando por el pueblo con Emily —empieza, y su voz tiembla solo un instante antes de hacerse firme—, me sentí tan mal, tan pequeña, que pensé que fingir una relación con Dakota era la mejor forma de protegerme. De protegernos a las dos.

Me mira de reojo y, aunque podría interrumpirla, podría soltar cualquier broma tonta para desviar la atención y convertir todo esto en una anécdota graciosa, no lo hago. No puedo. Porque en el fondo sé que necesita decirlo tanto como yo necesito escucharlo.

—Una mujer que es… —continúa, y su voz se suaviza al pronunciar cada palabra—, absolutamente maravillosa. Una mujer que ni siquiera me echó en cara lo egoísta que estaba siendo al pedirle que fingiera algo así.

Un murmullo recorre la mesa, como un suspiro colectivo que libera parte de la tensión. Harper baja la vista un segundo, respira

hondo y, cuando vuelve a alzar la mirada, sus ojos brillan con una intensidad que nunca le había visto.

—Sin embargo…

La última palabra queda flotando en el aire como una promesa a medio terminar.

—¿Sin embargo qué, hija? —pregunta su madre, con el ceño fruncido por la incertidumbre.

Harper gira la cabeza hacia mí y el mundo se detiene por completo. No hay escapatoria posible en esa mirada directa, limpia, valiente. Siento que el corazón me da un vuelco tan fuerte que tengo que agarrarme al respaldo de la silla para no tambalearme.

—Estos días —dice despacio—, no solo me has demostrado que eres la mejor amiga que podría tener, sino que quererte es lo más fácil que he hecho nunca. Que los días no tienen el mismo sabor si tú no estás en ellos. Que despertarme sabiendo que vas a estar ahí me hace feliz de una forma que no sé explicar.

Sus palabras son tan suaves que casi parecen un susurro, pero resuenan dentro de mí con una fuerza brutal, dulcísima, imposible de ignorar.

—Dakota… —Su voz se quiebra un instante y veo cómo traga saliva con dificultad—. Te quiero.

El silencio que cae después es tan denso que casi se puede tocar. Ni el fuego se atreve a crepitar. Solo escucho mi propio corazón martilleando contra las costillas.

—Y no te quiero solo como amiga —añade, con los labios temblando apenas—. Te quiero como mujer, como pareja, como

todo. Vivo con el miedo horrible de volver a Boston y que esta burbuja en la que hemos vivido estos días reviente. Porque tengo clarísimo que empezamos fingiendo, que todo esto nació de una mentira absurda… pero ya no lo es. Para mí ya no lo es. Y necesitaba decírtelo, aunque solo fuera para que supieras la verdad.

Siento un nudo en el estómago tan grande que apenas puedo respirar. Las luces del árbol parpadean con un ritmo hipnótico, el reloj sigue su marcha implacable, pero lo único que existe de verdad es su voz, honesta, desnuda, valiente.

Lauren se lleva la mano a la boca para contener un gemido.

—Madre mía, esto es lo más bonito que he oído en mi vida —susurra entre risas nerviosas, intentando aligerar el ambiente—. ¿Qué le has hecho a mi hermana, Dakota?

No tengo respuesta. No tengo palabras. Solo puedo mirarla.

Harper está ahí, frente a mí, con el rostro encendido y los ojos brillantes por las lágrimas que se esfuerza por contener. No se esconde. No se protege. Me lo entrega todo sin pedir nada a cambio, y en ese instante lo entiendo todo. Entiendo por qué me aterraba tanto que esto terminara, por qué cada vez que la veía sonreír sentía que me faltaba un lugar por el que caminar, por qué me dolía imaginar que volveríamos a Boston y todo se quedaría en un recuerdo navideño.

Porque yo también la quiero. La he querido desde la primera discusión absurda sobre tipografías, desde la primera vez que me miró como si yo fuera lo único importante en el mundo.

Sin pensarlo dos veces, me levanto. La silla se desliza hacia atrás con un chirrido que rompe el silencio. Nadie dice nada. Solo se

oyen mis pasos sobre la madera mientras cruzo la distancia que nos separa. Harper me mira confundida, con los ojos muy abiertos, y antes de que pueda reaccionar, alzo las manos y le acaricio el rostro. Su piel está caliente bajo mis dedos, y tiembla ligeramente al sentir mi contacto.

—Dakota… —susurra.

Pero no la dejo terminar. Me inclino y busco sus labios con los míos en un beso que llevaba meses, años, una vida entera deseando darle de verdad.

Y en ese momento el mundo desaparece.

No existe el murmullo de las respiraciones contenidas, ni el calor del fuego, ni el olor a canela y pino que impregna el aire. Solo existe ella. Su boca suave, cálida, sorprendida al principio y luego ansiosa, respondiendo con la misma urgencia que siento yo. El leve suspiro que se le escapa cuando profundizo el beso.

—¡Oye, que estamos aquí! —Oigo a alguien gritar, pero nada me importa ya.

Cuando me separo, el corazón me late tan rápido que creo que voy a desmayarme. Harper me mira con los labios entreabiertos y los ojos como platos, como si acabara de despertar en otro planeta.

Y entonces me echo a reír, una risa nerviosa, feliz, liberadora.

—¿De verdad creías que ibas a ser la única valiente esta noche? —le digo entre carcajadas—. ¿Es que no sabes que llevo enamorada de ti prácticamente desde el día que nos conocimos?

Durante un segundo nadie reacciona. Todos parecen necesitar ese instante para procesar lo que acaban de presenciar. Y de pronto

el salón estalla en aplausos, vítores y carcajadas. Lauren da palmadas como una niña pequeña y grita algo ininteligible entre el jolgorio. Ryan suelta una carcajada, y su madre aplaude con entusiasmo mientras se seca una lágrima con el dorso de la mano.

Harper sigue sin moverse. Se lleva una mano a los labios, como si aún pudiera sentir el beso grabado en ellos, y de repente me abraza con tanta fuerza que me levanta un palmo del suelo.

—No tienes ni idea de lo que acabas de hacer —murmura contra mi cuello, riéndose y llorando al mismo tiempo, mojándome la piel con lágrimas calientes.

—Claro que lo sé —respondo, acariciándole la espalda con ternura—. Te he dicho la verdad. Por fin.

Siento su respiración acelerada contra mi piel, el temblor de sus hombros bajo mis manos. En algún lugar detrás de nosotras, Carol suelta una frase que provoca otra oleada de risas.

—Yo siempre lo supe —afirma con esa calma serena de quien ha visto pasar muchas navidades—. Solo necesitabais que la magia de Evergreen Hollow os diera el empujón definitivo.

Las voces se mezclan, las copas vuelven a alzarse, los abrazos y las bromas llenan el salón, pero Harper y yo seguimos abrazadas en medio del torbellino, ajenas a todo lo demás. Lo único que existe son sus ojos, su sonrisa, el latido de su corazón contra el mío en un compás perfecto.

Podría haber imaginado mil finales distintos para esta noche. Podría haberme preparado para el silencio incómodo, para la vergüenza, para el dolor de una verdad que rompiera todo lo que

habíamos construido. Pero nunca, ni en mis sueños más locos, imaginé esto.

Esta paz inmensa que me recorre las venas como un río de luz. Esta certeza absoluta de que, pase lo que pase mañana, ya nada volverá a ser igual. Harper levanta la cabeza, con los ojos todavía húmedos y una sonrisa que ilumina toda la habitación.

—No me lo puedo creer —susurra, riéndose—. Lo has hecho delante de toda mi familia.

—Tenía que hacerlo —respondo sin dudar—. No iba a dejarte sola después de la valentía que has tenido.

—Esto no puede ser real —dice, como si temiera que todo fuera a desvanecerse si parpadea.

—Pues lo es —le aseguro, cogiéndole la cara entre las manos —. Lleva siéndolo mucho tiempo. Solo que las dos éramos demasiado cabezotas para admitirlo.

Sus dedos se entrelazan con los míos y siento que nuestros pulsos laten al unísono.

Carol se acerca despacio, con esa elegancia tranquila de los años, y coloca su mano arrugada sobre las nuestras unidas.

—Ahora sí —sentencia con una ternura infinita—. Ahora sí podemos decir que esta es una verdadera Nochebuena.

El comentario desata otra ronda de carcajadas, pero Harper y yo seguimos mirándonos, perdidas en nuestro propio universo, donde ya no hay mentiras, ni miedo, ni finales trágicos.

—¿De verdad llevas tanto tiempo sintiendo lo mismo? —me pregunta en voz baja, casi con incredulidad.

Asiento, con el corazón en la garganta.

—Desde que entré en tu despacho con aquella carpeta llena de ideas imposibles y una sonrisa que no me dejaba pensar con claridad —confieso—. Desde que te reías de mis eslóganes malos, desde que me mirabas como si yo tuviera todas las respuestas del mundo. Pero sobre todo… desde que me hiciste sentir que podía ser completamente yo misma sin miedo a que me juzgaran.

Ella sonríe, y es la sonrisa más bonita que he visto nunca.

—Y yo que pensaba que eras la mujer más inalcanzable del planeta.

—Lo era —admito entre risas—. Hasta que llegaste tú y lo cambiaste todo.

El reloj marca las doce y las campanas de la iglesia repican a lo lejos anunciando la medianoche. Las copas se alzan, los villancicos vuelven a sonar, y entre todo ese jolgorio navideño, Harper y yo seguimos quietas, ancladas en nuestro propio instante eterno. Me acerco de nuevo, le acaricio la mejilla con la punta de los dedos y ella me sonríe con esa expresión que ahora sé que buscaré siempre, como quien busca un faro en mitad de la tormenta.

Podría haberme esperado cualquier cosa esta noche.

Pero no hay mejor regalo de Navidad que abrir el corazón de par en par y descubrir que la persona que lo gobierna siente exactamente lo mismo que tú.

34

Dakota

El silencio que nos abraza esta noche tiene una cualidad distinta, como si respirara al mismo ritmo que nuestros corazones desbocados. En la penumbra de mi habitación, las luces navideñas que cuelgan junto a la ventana derraman un resplandor ámbar y mortecino sobre las sábanas revueltas, como si hasta la propia luz quisiera detener el tiempo y guardar este momento para siempre.

Mis manos descansan sobre las mejillas de Harper y no puedo dejar de mirarla. Su piel está tibia, casi febril bajo las yemas de mis dedos; su aliento se escapa en suspiros cortos y entrecortados que apenas agitan el aire; sus pestañas tiemblan con una delicadeza que me parte el alma, como si cualquier movimiento brusco pudiera romper el hechizo que nos envuelve.

—Nunca imaginé que la Navidad me regalaría algo tan bonito como esto —susurro, y mi voz suena ronca, dejando ver la felicidad que ya baila en el interior de mi corazón.

Harper esboza una sonrisa tímida, contenida, que se abre poco a poco en su rostro como la primera luz del amanecer colándose entre las nubes.

—Yo tampoco creía que la vida me iba a conceder estar contigo de esta manera —confiesa en un hilo de voz, y sus palabras me atraviesan el pecho como una caricia lenta y profunda.

Antes de que pueda responder, se inclina y me besa. No es un beso precipitado ni inseguro; es lento, intenso, lleno de todas las

cosas que aún no sabemos poner en palabras, pero que nuestros cuerpos ya entienden perfectamente. El mundo se reduce al calor húmedo de su boca, al roce suave y persistente de sus labios contra los míos, al estremecimiento que nos recorre cuando nuestros alientos se mezclan y se vuelven uno solo.

Me aparto apenas lo suficiente para buscar sus ojos, porque necesito confirmar que esto no es otro de mis sueños.

—¿Esto está pasando de verdad? —pregunto, con el miedo infantil de que al pronunciarlo todo se desvanezca.

Ella apoya su frente contra la mía y asiente muy despacio, con los ojos cerrados.

—Es más real que cualquier cosa que haya sentido nunca —responde, y su voz tiembla de pura emoción.

Quiero guardar este instante en una cajita y esconderla en lo más hondo de mi pecho. Quiero aprendérmelo de memoria para poder recordarlo incluso cuando sea vieja y el tiempo haya borrado todo lo demás.

Suelto una risa bajita, casi nerviosa, y Harper me mira con esa mezcla de ternura y curiosidad que tanto me gusta.

—¿De qué te ríes? —pregunta.

—De nada concreto —admito, encogiéndome de hombros—. Solo intento grabarme cada segundo, cada detalle, por si mañana despierto y todo esto parece un sueño demasiado bonito para ser verdad.

Ella sonríe de una forma maravillosa y, con la yema del dedo, recorre mi mejilla muy despacio, bajando hasta el cuello, dejando un

rastro de fuego a su paso.

—Pues grábatelo bien profundo —susurra, y sus ojos brillan con una promesa que no necesita más palabras.

Nos miramos un segundo más y el aire entre nosotras se carga de electricidad. Ya no queda distancia. Harper me besa otra vez, esta vez sin reservas, sin miedo, y siento su cuerpo pegarse al mío con una urgencia que me enciende la sangre. El frío que se cuela por las rendijas de la ventana no existe aquí dentro; solo existe el calor de su piel, el roce de sus manos, el latido acelerado que compartimos.

No hay prisa, pero tampoco contención. Solo la necesidad pura y desnuda de tocarnos, de reconocernos, de borrar los años de dudas y silencios con cada caricia. Mis dedos se entrelazan con los suyos y nos quedamos así un instante, respirando juntas, mirándonos como si fuéramos lo único que importa en el mundo.

—Eres preciosa —le digo sin pensar, porque es la verdad más sencilla y más grande que conozco.

Ella baja la mirada un segundo, como si el cumplido la avergonzara, y cuando vuelve a mirarme sus ojos están más brillantes que nunca.

—Tú sí que eres preciosa —responde con una sinceridad que me desarma—. Y ni siquiera eres consciente de lo mucho que brillas.

No hay dudas en su voz, ni miedo, ni adornos. Solo verdad. Y eso es lo que más me mata: que me mire así, no como a un sueño inalcanzable, sino como a alguien a quien ha deseado durante mucho tiempo y por fin puede tener.

Empezamos con cierta torpeza, entre risas contenidas y respiraciones que se entrecortan, pero pronto el baile de nuestros cuerpos fluye con naturalidad. Su pelo se enreda entre mis dedos mientras la beso, y me pierdo en su olor: canela, jabón y el aire frío del invierno que aún se le pega a la piel. Cada roce de nuestros dedos es una confesión.

Cuando nos miramos otra vez, Harper suelta una carcajada baja que me hace cosquillas en el pecho.

—Tienes la piel de gallina —comenta, divertida, rozando mi brazo con las yemas.

Niego con la cabeza y sonrío contra su boca.

—No es por el frío —susurro—. Eso lo provocas tú.

Ella abre mucho los ojos, sorprendida, y la risa se transforma en algo más profundo, más carnal. Le acaricio el rostro con el dorso de la mano, recorriendo despacio cada línea, cada curva, como si quisiera aprendérmela de memoria. Su mandíbula tensa, la piel suave de su cuello, el pulso acelerado que late bajo mi pulgar cuando rozo sus labios.

El tiempo se estira hasta casi romperse. El mundo se reduce a esta habitación: las luces que parpadean, el crujido lejano de la madera vieja, nuestras respiraciones que se vuelven más lentas…

Sus manos, ya sin timidez, se cuelan bajo mi camiseta y recorren mi espalda con una mezcla de ternura y urgencia que me hace jadear. Sus uñas cortas arañan ligeramente mi piel y dejan un rastro de fuego que me recorre la columna. Me arqueo contra ella y el roce de sus caderas contra las mías despierta un calor líquido que se acumula entre mis piernas.

La beso con más fuerza, mordisqueando su labio inferior hasta arrancarle un gemido que vibra contra mi boca. Tiro de su suéter con impaciencia y se lo quito de un tirón; la lana raspa sus hombros y deja marcas rosadas que contrastan con la palidez de su piel. Bajo la luz dorada que se cuela por la ventana, sus pezones están endurecidos, y su vientre se eriza en pequeñas ondas cuando paso la lengua por ellos. Los lamo, los succiono, los muerdo con cuidado al principio y luego con más intensidad mientras mis dedos pellizcan el otro, y Harper arquea la espalda con un siseo que suena a música.

Sus manos se hunden en mi pelo y tiran con fuerza, guiándome, pidiéndome más. El olor de su piel, se mezcla con el mío y llena la habitación de algo embriagador.

Continúo los besos por su vientre, sintiendo cómo tiembla bajo mi lengua. Desabrocho sus vaqueros con dedos torpes por la impaciencia, bajo la cremallera y tiro de ellos hacia abajo junto con las bragas. Ella levanta las caderas para ayudarme y se queda expuesta, brillante, palpitante. Su aroma me golpea de lleno y hace que se me haga la boca agua. Separo sus pliegues con cuidado y paso el pulgar por su clítoris, sintiendo cómo late bajo mi toque. Empiezo despacio, con círculos suaves, y luego aumento la presión mientras introduzco dos dedos en su interior. Está tan caliente, tan húmeda, que mis dedos se deslizan sin resistencia, y sus paredes se contraen alrededor de mí con cada movimiento.

Harper gime mi nombre, un sonido roto y precioso que me enciende aún más. Acelero el ritmo, curvando los dedos, y el sonido húmedo de mi mano contra su piel llena la habitación junto con sus jadeos.

De pronto me empuja hacia atrás con una fuerza que no esperaba. Sus ojos están oscuros, vidriosos, y me mira como si quisiera devorarme. Sus manos tiemblan mientras me quita la ropa, arañando mi espalda, mi cintura, mis caderas. Su boca baja a mis pechos y los devora sin contemplaciones, hasta que el placer se mezcla con un dolor dulce que me hace arquearme y gemir alto.

Sus dedos bajan entre mis piernas, me abren sin miramientos y se hunden en mí de golpe. Me agarro a sus hombros. Nos movemos con frenesí. El sudor nos pega la una a la otra. Harper acelera el ritmo, sus dedos dentro de mí se vuelven implacables, y yo respondo guiándola, pidiéndole más. El placer me atraviesa como un rayo, me rompe en mil pedazos, y grito su nombre mientras mi cuerpo convulsiona y llego al mejor orgasmo que he sentido en toda mi vida.

Ella sigue moviéndose encima. Sus caderas se alzan buscando más profundidad, más fricción, y yo empujo hacia arriba para encontrarme con cada embestida. El roce entre nosotras es intenso, casi insoportable, y cuando siento que sus paredes empiezan a contraerse alrededor de mis dedos, acelero aún más. Harper se tensa de golpe. Un gemido largo, profundo, casi animal sale de su garganta y su cuerpo se sacude en espasmos mientras se derrama sobre mi mano en oleadas calientes y abundantes.

Nos dejamos caer exhaustas, enredadas entre las sábanas. Mis manos recorren perezosas la curva de su espalda, dibujando círculos suaves sobre su piel aún caliente; las suyas se pierden en mi pelo, tirando con esa delicadeza que llega después de la tormenta. Nuestros corazones laten juntos, fuerte al principio, y luego más despacio, hasta encontrar un ritmo tranquilo.

Alzo la vista y encuentro sus ojos, todavía brillantes, entrecerrados por el cansancio y la felicidad. Hay algo tan profundo en ellos que me aprieta el pecho. Sonrío y ella me devuelve una risa ronca, apenas un suspiro que me acaricia la piel.

La atraigo más hacia mí, como si temiera que se escapara, y Harper deja caer la cabeza en el hueco de mi cuello. Deposita un beso lento, húmedo, justo donde mi pulso aún late descontrolado.

—Quédate aquí —susurra, y su voz tiembla de una emoción maravillosa.

No respondo con palabras. Entrelazo mis dedos con los suyos, aprieto fuerte, y siento cómo su respiración se calma contra mi piel. Cierro los ojos y dejo que una lágrima silenciosa se deslice por mi sien hasta perderse en su pelo. Porque esto ha sido la certeza absoluta de que, pase lo que pase fuera de estas cuatro paredes, aquí, entre sus brazos, ya no tengo miedo de nada.

35

Harper

La mañana de Navidad se desliza sobre Evergreen Hollow como un velo de seda fina, colándose por las rendijas de las cortinas con una luz tan suave y pálida que parece empeñada en detener el tiempo para siempre. El aroma del café recién hecho se entremezcla con el del pan tostado que sube desde la cocina, y por un segundo, al desperezarme despacio entre las sábanas aún calientes, no sé muy bien dónde estoy: si en mi apartamento de Boston o en el refugio más perfecto que jamás imaginé.

Dakota está de pie junto a la ventana, envuelta en la manta de cuadros rojos y blancos que ha estado todos estos días doblada sobre la butaca. La luz del amanecer le acaricia la piel con una ternura casi irreal, perfilando la línea elegante de su cuello, el leve aleteo de sus pestañas cuando parpadea… Se me encoge el corazón de pura gratitud, una gratitud tan inmensa y profunda que apenas soy capaz de gestionar. Es la primera Navidad de mi vida en la que puedo ser feliz de verdad sin esperar que el destino me devuelva el golpe.

—Buenos días —susurro, todavía con el sueño cogido.

Ella se gira despacio y su sonrisa se abre como un amanecer propio: lento, absolutamente precioso.

—Buenos días, dormilona —responde, acercándose a la cama con pasos descalzos—. ¿Has dormido bien o te has pasado la noche negociando con los renos de Papá Noel?

—Un poco de cada —bromeo, estirándome hasta que me crujen los huesos—. ¿Y tú? ¿Tan temprano y ya de guardia en la ventana?

—Quería ver cómo despertaba el pueblo —explica, y se inclina para dejar un beso en mi frente—. En Boston no tendremos estas vistas. Quise regalarte unos minutos más de sueño, pero veo que has decidido no seguir durmiendo.

—¿Y perderme esto? —Me incorporo del todo, apoyo la mano en su mejilla y noto la calidez de su piel—. Imposible. Es Navidad, quiero saborearla despacio, a sorbos pequeños, como si fuera el mejor café del mundo.

Bajamos al salón cogidas de la mano, y la casa nos recibe con su ritmo habitual cálido y lleno de vida. Lauren y Ryan están enzarzados en una discusión épica frente a los fogones, blandiendo cucharas de madera como si fueran espadas.

—¡La canela es indispensable! —se defiende Lauren, removiendo con furia una masa que huele de maravilla.

—¡Nuez moscada, mujer, nuez moscada! —replica Ryan, ofreciéndole una cucharilla para que pruebe—. Un poquito y alucinas.

Mamá, con el delantal lleno de huellas de harina, vigila el horno como si de él dependiera la paz mundial, y la abuela ocupa su sillón de siempre, contemplando la escena con ternura y un brillo especial en los ojos. El aire está tan cargado de esa alegría única que solo aparece una vez al año, cuando las familias que tienen suerte se juntan en la casa que lo significó todo durante generaciones.

Dakota y yo terminamos de colocar el desayuno en la mesa; cada roce accidental de sus dedos contra los míos me provoca un pequeño escalofrío que me recorre hasta la nuca.

—Esto huele a gloria bendita —comenta ella, cerrando los ojos mientras hincha sus plumones—. Si el día sigue así, me proclamo oficialmente la mujer más feliz del planeta.

—Aún puede mejorar —le aseguro, totalmente convencida.

—Pues estoy deseando descubrir cómo —responde, y su voz suena tan sincera, tan llena de luz, que tardo un segundo en recordar cómo se respira.

Después del desayuno, la familia al completo decide que toca el paseo tradicional por el pueblo, esa costumbre que nadie osa saltarse en Navidad. Aunque el frío corta como cuchillas, la idea de caminar por calles cubiertas de nieve me parece el regalo más bonito que podía pedir. Cada vez que exhalo, sale un fantasmita blanco que se desvanece antes de llegar al cielo. Los tejados parecen espolvoreados con azúcar glas, y el pueblo entero exhala un olor delicioso a leña crepitante. Las guirnaldas de las farolas titilan como luciérnagas congeladas, y la nieve cruje de nuevo bajo nuestras botas con un ritmo irregular que nos marca el camino.

Ryan, con la cámara colgada al cuello, se convierte en el cronista oficial del día. Dispara fotografías a mis padres caminando del brazo, sus siluetas recortadas contra el blanco infinito; a Lauren patinando sin querer sobre una placa de hielo y haciendo aspavientos para no caerse; a la abuela riendo con esa risa maravillosa, hundiendo las manos en los bolsillos del abrigo.

—¡Eh, parejita! —grita desde el otro lado de la calle, agachado para encuadrar mejor—. ¡Una foto para la posteridad! ¡Venga, que no muerdo… mucho!

El rubor me sube por el cuello como una marea cálida, pero Dakota no suelta mi mano; al contrario, la aprieta y se gira hacia mí con esa expresión traviesa que tanto me gusta.

—¿Ahora te da vergüenza, Harper? —susurra solo para mis oídos—. ¿O prefieres que pose yo sola y te robe todo el protagonismo?

—Solo quiero que salgamos guapas —replico, fingiendo dignidad.

—Ajá —contesta, conteniendo la risa—. Por esta vez… te creo.

Nos acercamos hasta casi tocarnos, y Ryan dispara varias ráfagas. Justo en el instante preciso, Dakota se inclina y roza mi mejilla con un beso rápido, cálido. Mi corazón da un vuelco olímpico, y el mundo entero se reduce a ese punto exacto de contacto.

—Perfecta —sentencia Ryan, revisando la pantalla con orgullo —. Álbum familiar, página uno. Y portada si me lo pedís —bromea.

Seguimos paseando entre los puestos adornados. Los vecinos nos saludan con esa alegría sincera de pueblo pequeño, nos regalan dulces envueltos en papel de colores chillones, y cada «¡Feliz Navidad!» me hincha un poco más el pecho.

—Caramelos de la señora Porter —le explico a Dakota mientras desenvuelvo uno con los dedos ya medio entumecidos—. Los hace desde que yo era así de pequeña —añado, poniendo la mano a la altura de mi cintura—. Dicen que dan suerte si los compartes con alguien a quien… bueno, ya sabes.

Muerdo la mitad; el azúcar se me pega a los labios, dulce y pegajoso.

—Entonces el año que viene también será nuestro —contesta ella, robándome el trozo que queda con una sonrisa pícara—. Y el siguiente, y el otro, y todos los que vengan.

—Ojalá —susurro, y noto que se me humedecen los ojos.

Llegamos al final del sendero, donde las colinas se extienden como un mar blanco y helado bajo el sol pálido de invierno. La nieve brilla con una luz casi mágica, y el tiempo parece detenerse, suspendido en las nubes de vaho que salen de nuestras bocas.

—¿Hacemos un muñeco de nieve? —propone mamá, con los ojos brillantes como cuando éramos niñas—. Como cuando os peleabais por la zanahoria más grande y recta.

La abuela nos observa desde un banco cercano, envuelta en su manta como en un capullo de lana. Sus ojos brillan de emoción, pero también percibo en ellos una sombra de melancolía que me aprieta el corazón. Me acerco, la abrazo por la espalda y noto la fragilidad de sus hombros bajo la tela.

—No te olvides nunca de que te quiero —susurro contra su pelo, que sigue oliendo a lavanda.

Ella coge mis manos con las suyas, frías, pero sorprendentemente firmes, y las aprieta con una fuerza que me emociona.

—Lo sé, mi cielo. Lo he sabido desde el día en que naciste —responde, y se gira un poco para guiñarme un ojo—. Ve con tu chica antes de que se le congele esa nariz tan bonita. Y dile que la próxima vez traiga guantes.

Sonrío con los ojos empañados, beso su mejilla arrugada y corro hacia Dakota, que ya está rodando una bola de nieve enorme, con las mejillas coloradas y el aliento formando nubes constantes.

—¡Te estás adelantando! —protesto entre risas mientras me agacho para empezar la mía.

—No es culpa mía que te guste tanto charlar —replica sin parar de dar vueltas a su bola—. Además, mira qué redonda está quedando; va a ser la base más épica de la historia.

Aprieto la nieve compacta entre las palmas hasta que me duelen. En cuestión de minutos estamos enzarzadas en una competición para ver quién hace la esfera más perfecta, quién la coloca mejor sin que se desmorone. La nieve se nos adhiere a las mangas en copos gordos, los dedos se nos entumecen hasta doler, pero ninguna se queja. Dakota suelta carcajadas cada vez que mi bola se agrieta y rueda ladera abajo, y yo le lanzo puñados de nieve, salpicándole el gorro hasta los ojos.

—¡Eso es trampa! —exclamo cuando la veo empujar mi esfera con el pie a hurtadillas.

—En el amor y en la guerra todo vale, ¿o no te lo han enseñado? —responde, esquivando mi manotazo y contraatacando con una bola que me da en plena espalda.

Ryan no para de disparar fotografías. Dakota me lanza otra que esquivo con gracia; la siguiente sigue su trayectoria y alcanza a Lauren en toda la nuca, explotando en una nube blanca espectacular.

—¡Eh! ¡Jugar sucio no vale! —protesta mi hermana, sacudiéndose la nieve del pelo, pero ya está preparando su propia

munición.

—Ups —dice Dakota, mordiéndose el labio con cara de no haber roto nunca un plato—. Lo siento mucho, Lauren. ¿Seguimos siendo amigas?

—Ni de coña —responde ella, y entonces lanza.

La bola impacta de lleno en el abrigo de Dakota y estalla en mil fragmentos que se le pegan como confeti helado. El estallido de risas es inmediato: Ryan se dobla literalmente de la risa y ya ni enfoca; mamá aplaude como si estuviera en el teatro; papá finge pasarse al bando de Dakota gritando «¡Equipo azul!» —por el color de los gorros— mientras se agacha tras un montículo de nieve.

En cuestión de segundos estalla la guerra total. Lauren recluta a mamá, que demuestra una puntería asombrosa para alguien que siempre dice «odiar la nieve hasta la muerte». Yo me alío con Dakota; nos cubrimos mutuamente mientras avanzamos agachadas, los proyectiles vuelan en arcos blancos perfectos: algunos se deshacen en el aire, otros impactan contra abrigos, gorros y mejillas. Los gritos de «¡Toma esa!», «¡Por la izquierda!», «¡Me has dado en la oreja, cabrona!» se mezclan con risas ahogadas y jadeos de esfuerzo.

Dakota me cubre mientras preparo una bola de tamaño descomunal, pero Ryan nos traiciona con tres disparos seguidos que nos salpican a las dos. Me giro para vengarme, resbalo en una placa de hielo traicionera y caigo de culo, riendo tanto que apenas puedo respirar. Dakota se tira a mi lado para protegerme, pero recibe una de Lauren directamente en la cara.

—¡Basta, basta! —grita, levantando las manos en señal de rendición mientras se deja caer de espaldas y mueve brazos y piernas para hacer un ángel imperfecto—. ¡Me rindo! ¡Devolvedme los dedos, por favor!

Me pongo junto a ella, jadeando, con las mejillas heladas y el corazón latiendo como si hubiera corrido una maratón. La nieve está blanda bajo nosotras, amortiguando todos los ruidos del mundo, y el cielo se deshace en copos lentos que se posan en nuestras pestañas como pequeños besos.

—Harper… —susurra Dakota, girando la cabeza hacia mí.

—Dime —contesto, todavía recuperando el aliento.

—Todo esto… —Señala con un gesto amplio el blanco infinito, las risas lejanas de mi familia que empiezan a calmarse, el muñeco a medio hacer con su base torcida— …es lo más maravilloso que he tenido en años. De verdad. No recuerdo haberme sentido tan en casa nunca.

Me giro hacia ella. La nieve se le ha pegado a las pestañas como estrellitas, y sus ojos reflejan el cielo gris perla con una intensidad que me corta la respiración.

—Para mí también —respondo, entrelazando mis dedos helados con los suyos—. Quién iba a imaginar que una mentira tonta de Navidad nos traería hasta aquí.

—Tu falso amor de Navidad —murmura, y después sonríe de oreja a oreja.

Nos quedamos un rato más en silencio, escuchando el viento que acaricia los abetos y el crujido lejano de la nieve bajo las botas

de mi familia, que ya recogen guantes perdidos y se sacuden los abrigos. Por un momento, todo es absolutamente perfecto.

Terminamos el muñeco al cabo de un rato: le enrollamos una bufanda roja al cuello, le ponemos una zanahoria por nariz y un sombrero viejo que Ryan rescató del maletero, ligeramente torcido, pero con personalidad. Posamos todos en grupo; Dakota me rodea con el brazo, apoya la cabeza en mi hombro y me susurra un «te quiero» tan bajito que casi lo lleva el viento. La nieve sigue cayendo, suave, como una bendición callada.

—Evergreen Hollow tiene su magia, ¿eh? —comenta ella, casi para sí misma.

—Ahora sí —respondo sonriendo, y aprieto su mano con fuerza.

De vuelta a casa, el fuego nos espera con su crepitar alegre y acogedor. Las luces del árbol parpadean a través de las ventanas empañadas, y el olor a pino fresco se mezcla con el de las galletas de jengibre que Lauren horneó nada más llegar y que ahora se enfrían en la encimera. Camino de la mano de Dakota, con los dedos entrelazados como si siempre hubieran estado así, y pienso que el amor no siempre llega con trompetas y fuegos artificiales. A veces se cuela por la puerta de atrás, disfrazado de bromas y de una amistad verdadera, y solo cuando el miedo se derrite como nieve al sol te das cuenta de que llevaba ahí todo el tiempo, esperando con una paciencia infinita.

Miro a mi alrededor: mi familia ríe mientras se quita las botas en el porche, el pueblo entero está vestido de blanco como un lienzo recién empezado, las luces se reflejan en los copos que caen despacio, cada uno diferente y único. Y por fin entiendo que hay

lugares que te devuelven lo que creías perdido para siempre, momentos que te recuerdan quién eres realmente y a quién perteneces de verdad.

Evergreen Hollow me lo ha devuelto todo.

Y mientras Dakota me aprieta la mano, sé que no quiero soltar nada de esto. Ni ahora, ni nunca. Jamás.

36

Dakota

Canto a pleno pulmón un villancico que retumba en el altavoz diminuto del Sweet Wheelz mientras remuevo con energía la masa tibia de los brownies navideños, una mezcla densa que ya huele a puro pecado. El aroma a cacao intenso se expande por todo la food truck como una manta caliente que abraza cada rincón y se cuela hasta por las rendijas. Afuera, la tarde se tiñe de ese dorado suave que precede a la noche más larga del año, y aunque la plaza está completamente helada, el corazón de Evergreen Hollow vibra con una fuerza que parece imposible de contener. Es Navidad, y el pueblo entero ha decidido celebrarla como si fuera la última que le quedara por vivir.

Nathan ha dejado antes de marcharse con Eliot varios termos gigantes de chocolate caliente, alineados contra la pared del fondo. Desde mi sitio, observo a Harper servir una taza humeante a una pareja de ancianos. Lleva puesto el gorro navideño más ridículo del mundo, ladeado de forma cómica, y cada pocos segundos intenta enderezarlo con un gesto torpe que no consigue nada más que empeorarlo. Además, mueve las caderas al ritmo del villancico, un balanceo descoordinado, pero tan contagioso que me arranca una sonrisa cada vez que la miro de reojo. «Dios mío, es un desastre con patas, pero un desastre que adoro», pienso, mordiéndome el labio para no reírme demasiado alto y distraerme de la masa.

—Algún día aprenderé a bailar sin parecer un pato borracho —se queja entre risas justo en el momento en que tropieza con la caja de moldes de papel para muffins que alguien dejó mal colocada cerca de su pie. Todo el contenido se desparrama por el suelo haciendo que las dos nos echemos a reír.

—Yo podría darte clases —respondo con un tono burlón pero lleno de cariño—, aunque, la verdad, siempre has tenido dos pies izquierdos. A estas alturas, creo que eres una causa perdida.

Harper abre los ojos como platos, finge una ofensa mortal y me suelta un manotazo juguetón en el brazo.

—¿Te vas a meter conmigo hasta en Navidad? —protesta, poniendo un puchero tan adorable que tengo que morderme el interior de la mejilla para no quitárselo a besos—. Para que lo sepas, tenía preparada una sorpresa muy especial para cuando cerráramos, pero después de esto… me lo estoy pensando muy seriamente.

Esa frase me provoca un cosquilleo cálido y delicioso que me recorre todo el estómago.

Cuando me aseguro de que no hay nadie cerca, doy dos pasos decididos hacia ella, la agarro con suavidad por la parte alta de la camiseta y la atraigo hacia mí hasta que la distancia entre nuestros labios es apenas un suspiro.

—¿De verdad vas a privarme de verte sonreír un poquito más? —le susurro, notando cómo sus pupilas se dilatan al instante—. Sabes perfectamente que me vuelven loca tus sorpresas.

Harper se derrite delante de mí, literalmente. Lo veo en el temblor apenas perceptible de sus labios entreabiertos, en la tensión suave de su cuello, en cómo aprieta los dedos alrededor de la jarra

de chocolate caliente como si fuera lo único que la mantiene anclada a la tierra. «¿Cómo es posible que un simple roce me ponga así?», pienso mientras mi propio pulso se acelera hasta parecer un tambor.

Harper resopla con fingida exasperación y se aparta de golpe, probablemente para no ceder a la tentación que nos envuelve a las dos.

—Por favor, que tenemos a las vecinas cotillas a las seis en punto —masculla, señalando con la barbilla hacia la plaza, donde tres señoras nos observan con la avidez de quien está viendo el capítulo final de su telenovela favorita.

No puedo contener la risa.

—Pues que miren, total, ya deben de estar cuchicheando sobre nosotras en todas las esquinas del pueblo —le contesto en voz baja cuando apartan la mirada con disimulo hacia otro puesto.

El siguiente grupo se acerca y Harper se recoloca el gorro con un suspiro resignado. Yo vuelvo al cuchillo y empiezo a cortar los brownies en cuadrados generosos, los más tiernos y esponjosos que he conseguido este mes: llevan nueces tostadas, un remolino cremoso de chocolate blanco por encima y un toque de ralladura de naranja que llena el aire de un aroma cálido que evoca chimeneas crepitantes y tardes de manta y peli.

—¡Feliz Navidad! —exclamo a los siguientes niños que se aproximan, ofreciéndoles la bandeja con un guiño cómplice que los hace sonreír de oreja a oreja.

Ha sido una gran idea abrir el Sweet Wheelz hoy también, y que nos hayamos dividido el trabajo en turnos, porque después de la guerra de nieve y nuestro muñeco raro, me encuentro de maravilla.

Los pequeños devoran los brownies en dos bocados y salen corriendo, dejando una estela de risas cristalinas que se mezcla con la música que ahora suena: un villancico suave, casi nostálgico, que tiñe la tarde de una magia tan palpable que parece que el tiempo se ha detenido solo para nosotras.

El Sweet Wheelz está lleno de una energía vibrante, contagiosa, imposible de contener. No solo repartimos brownies: sacamos las trufas navideñas que preparó Harper, con su cobertura de coco rallado y un corazón de caramelo que se derrite en la boca; los mini cupcakes coronados con crema de vainilla y un polvo de canela que parece nieve; las galletas en forma de estrella que horneé anoche, crujientes por fuera y suaves por dentro; y unos pastelitos rellenos de compota de manzana que huelen a hogar y a infancia.

La gente pasa, compra los dulces y agradece con palabras cálidas que nos llegan al alma. En un momento dado, se acerca un señor mayor con barba blanca y espesa y un gorro rojo que le da un aire sospechosamente navideño. No puedo evitar arquear una ceja.

—No soy Papá Noel, pero casi —declara con una sonrisa pícara, guiñándome un ojo antes de tenderme una caja envuelta en papel dorado—. Cada año horneo dulces para los nuevos del pueblo. Y este año me han chivado que tú también tienes tu rinconcito aquí.

Acepto el regalo y Harper me mira desde el fondo con los ojos brillantes, como si estuviera asistiendo a un milagro que hacía tiempo no veía.

—Vaya… —murmura cuando el hombre se aleja, con una sonrisa que no le cabe en la cara—. Este pueblo tiene un encanto

que nunca deja de sorprender. Y yo que me resistía tanto a volver…

Tiene toda la razón. Evergreen Hollow guarda un hechizo, casi secreto, que convierte lo cotidiano en algo extraordinario sin que te des cuenta.

El sol empieza a bajar, tiñendo el cielo de rosas y naranjas que parecen algodón de azúcar gigante. En el reflejo empañado de la ventanilla, veo cómo la plaza se transforma en una postal viva: familias posando para fotos improvisadas, parejas compartiendo una taza de chocolate caliente mientras se miran como si el mundo fuera solo de ellos, niños tirándose por la nieve para hacer ángeles imperfectos mientras sus padres los observan con amor.

Harper sirve chocolate a un adolescente larguirucho y, al girarse hacia mí, luce la sonrisa más radiante que le he visto nunca, un resplandor que le ilumina los ojos y le suaviza los rasgos como si estuviera envuelta en luz propia.

—No me puedo creer que estemos viviendo esto —confiesa casi sin aliento.

—Ni yo —respondo, acortando la distancia con un paso que me acerca tanto que casi puedo sentir su calor—. En serio, Harper… estoy tan feliz que casi me da miedo que sea un sueño.

Ella se queda quieta un segundo, como si estuviera grabando cada detalle en su memoria: la música flotando en el aire, el olor a chocolate y especias, el roce de mi aliento en su mejilla. «¿Estará deseando lo mismo que yo?», me pregunto, y el corazón me late tan fuerte que casi lo oigo.

La cola vuelve a crecer y el ritmo se acelera, pero no siento cansancio; solo una euforia burbujeante que me recorre las venas

como si hubiera bebido champán. El cielo se oscurece hasta un azul profundo y aterciopelado, y las luces de la plaza se encienden una a una, parpadeando como estrellas que han decidido bajar a la tierra. Un grupo de chavales pasa repartiendo campanillas doradas para los niños, que las agitan encantados. El aire está helado, pero dentro de este ambiente apenas lo noto. Harper tampoco; se frota las manos para entrar en calor y, cada vez que lo hace, la manga del jersey se le sube un poco y deja a la vista una pulsera plateada que le regalé en uno de sus cumpleaños.

Un niño pequeño se acerca a Harper y le pide que le ate la campanilla porque sus manoplas no le dejan. Ella se agacha con una concentración, y el gorro se le tuerce otra vez en un ángulo imposible. Me río por lo bajo. El crío, antes de irse, le da un abrazo torpe en la pierna que la deja completamente parada; veo cómo se le humedecen los ojos y se le escapa una sonrisa temblorosa.

—Eres un desastre adorable —le digo cuando vuelve al interior.

—¿Y tú qué? —replica ella—. Llevas harina en la nariz desde hace media hora.

Me toca con suavidad para limpiarme, pero deja la mano ahí un segundo más de lo necesario.

La música sube de volumen y la plaza entera parece unirse en un coro improvisado. Algunos vecinos empiezan a aplaudir al ritmo, otros se cogen de las manos y forman círculos que bailan con pasos desinhibidos. La atmósfera es tan cálida que hasta el invierno parece querer participar.

El día se acerca a su fin con una lentitud deliciosa. Cuando el último cliente recoge su brownie, Harper se apoya en el mostrador,

agotada pero radiante, con el pelo revuelto y los ojos brillando de pura felicidad.

—Ha sido increíble —murmura con la voz ronca de tanto hablar y reír—. Y todo gracias a ti, Dakota. De verdad.

—Gracias a las dos —corrijo, rozando su mano con la mía—. Nos lo hemos ganado a pulso. Además, si no llega a ser por tu idea loca, este año habría sido un desastre total.

Harper suspira y me mira directamente a los ojos, sin apartar la vista ni un segundo.

—Lo único que sé es que… —Se queda callada un instante, como buscando las palabras exactas—. Este ha sido, sin ninguna duda, el mejor día de Navidad de toda mi vida.

—Y para mí también —respondo sin dudar, sintiendo cómo la tensión entre nosotras crece.

Salimos de la food truck, contemplando cómo la nieve cubre la plaza en un velo blanco y silencioso. El árbol de Navidad del centro brilla como un faro de esperanza, y los copos se posan en nuestras pestañas, en nuestros gorros, en nuestras sonrisas…

Harper estira la mano y un copo se derrite al instante en su piel cálida.

—Es lo más bonito que he visto nunca —dice, casi sin voz—. Bueno… después de ti, claro.

La miro. Las luces se reflejan en sus ojos como estrellas atrapadas, la nieve se le pega al pelo, a las mejillas, a la sonrisa que no se le borra. Y sé que no puede existir un final más perfecto para este día. Entrelaza sus dedos con los míos, fuertes y seguros, y no

hace falta que diga nada más. Porque, como ella ha dicho, esta es la Navidad más bonita de nuestras vidas, de las muchas —espero— que nos quedan por vivir.

37

Harper

—¿De verdad tengo que abrirlo ahora mismo? —pregunta Dakota con los labios temblando, y me hace notar perfectamente cómo los nervios le recorren el cuerpo entero, aunque intente disimularlo con esa sonrisa.

Así arrancamos nuestro pequeño ritual improvisado en plena plaza, mientras la nieve cae con suavidad, como si la propia noche de Navidad hubiera decidido regalarnos el telón más bonito para despedirse. Alrededor, todo el mundo rebosa felicidad, hay abrazos, villancicos, luces que parpadean como estrellas caídas, pero yo solo oigo la respiración de Dakota, ese vaivén acelerado que delata que está haciendo verdaderos esfuerzos por parecer tranquila cuando en realidad es todo lo contrario.

—Si quieres me lo llevo a casa… —bromeo, atrayendo el paquete contra mi pecho con gesto juguetón, sabiendo de sobra que no me va a dejar hacer semejante cosa.

—¡Ni se te ocurra! —protesta al instante, casi indignada—. Pero que conste que no vale eso de darme dos regalos esta Navidad, ¿eh? Que yo solo te he dado uno.

—Tranquila, siempre puedes compensarme después… —respondo con una sonrisa traviesa que no me molesto en disimular, porque la verdad es que la idea de que me compense me gusta bastante.

Nos hemos sentado en uno de los bancos de la plaza, cubierto por una capa fina y perfecta de nieve recién caída que se ha quedado bajo nuestros abrigos. Las farolas derraman una luz dorada que flota entre los copos suspendidos en el aire, como si cada uno se hubiera detenido un segundo para mirarnos y luego siguiera cayendo, convertido en una diminuta estrella fugaz. El gorro rojo de Dakota está ligeramente torcido, dándole ese aire de desorden adorable que me vuelve loca, y la bufanda verde —que, por cierto, no le hace ni pizca de justicia a sus ojos— le cae sobre los hombros como una manta de color vivo que la convierte en la única nota cálida de todo este blanco inmaculado. La plaza bulle de vida y de felicidad, pero nosotras estamos dentro de una burbuja íntima, un espacio solo nuestro dónde el ruido llega amortiguado y el frío parece haberse olvidado de nosotras.

Dakota carraspea, toma aire y empieza a desenvolver el regalo con lentitud, arrancando el papel trozo a trozo como si quisiera alargar al máximo la expectación. Los copos se posan sobre la caja y se derriten al instante, dejando pequeñas gotitas que brillan como lágrimas de cristal bajo la luz. Por fin levanta la tapa con cuidado y sus ojos se abren de par en par, una mezcla tan pura de sorpresa y emoción que casi puedo tocarla con las manos.

Dentro descansan unos prismáticos antiguos de bronce cálido, con el metal ligeramente gastado por el tiempo, pero pulido con mimo, llenos de filigranas delicadas en los laterales que parecen sacadas de un cuento antiguo. Las lentes conservan un brillo suave, y la correa de cuero viejo revela años e historias que nadie ha contado todavía.

Los coge con muchísimo cuidado, como si temiera que se deshicieran entre sus dedos.

—Cuando quería huir de este pueblo —empiezo a explicar, notando cómo el aire frío me quema un poco los pulmones al recordarlo—, me escapaba al tejado de casa por las noches y miraba las estrellas con estos prismáticos viejos de mi abuelo. Pensaba que, si las veía más de cerca, quizás alguna escucharía mi deseo de verdad y me sacaría de aquí para siempre.

Ella acaricia el metal con las yemas, como si estuviera leyendo en braille toda la tristeza que llevé encima durante años.

—Es curioso —añado, bajando la vista hacia mis botas hundidas en la nieve, donde los copos se acumulan sin prisa—, que haya tenido que volver precisamente aquí, al sitio del que más quería escapar, para darme cuenta de lo que de verdad quiero… y de todo lo que tengo cuando me atrevo a mirar a mi alrededor con otros ojos.

El silencio se instala entre nosotras, como si ambas necesitáramos ese espacio vacío para reordenar todo lo que hemos vivido en estos días, para que las emociones se asienten en nuestro corazón.

—¿Te gustan? —pregunto, casi con miedo, sin atreverme a levantar la cabeza.

Dakota asiente varias veces, rápido, como si las palabras se le hubieran atascado en la garganta.

—Es… precioso —susurra con la voz temblorosa de emoción—. Me encanta, Harper. De verdad, me encanta muchísimo.

Y la forma en que me mira enciende algo dentro de mí, una hoguera pequeña y constante justo en el centro del pecho que ahuyenta el frío y me calienta hasta las puntas de los dedos.

—Cuando volvamos a Boston —continúo, atreviéndome por fin a sostenerle la mirada—, podemos subir a tu azotea y ver las estrellas juntas. He pensado que podría ser nuestra tradición hasta que regresemos aquí el año que viene por Navidad… y el siguiente, y el otro…

No sé si termino la frase o si las palabras se quedan flotando en el aire, porque Dakota se inclina hacia mí y me besa con ternura, con esa calidez que hace que el corazón me tiemble y que mis manos se agarren a su abrigo como si fueran capaces de sujetar el mundo entero.

El beso es lento, profundo, y el frío de la plaza y los villancicos lejanos del coro infantil se desdibujan hasta desaparecer. Solo existe ella, solo existe este instante que no quiero que termine nunca.

Pero, como si el universo no estuviera dispuesto a darnos ni un minuto de tregua, una sombra alargada se proyecta sobre la nieve, justo delante de nosotras.

—Vaya, quién iba a imaginar que cuando me rechazaste el otro día en el bar era porque de verdad estás enamorada de ella.

La voz tiene ese tono venenoso que conozco demasiado bien, una mezcla de burla y rencor que se me clava muy dentro. Levanto la mirada y ahí está Vanessa, envuelta en un abrigo negro impecable, con las manos metidas en los bolsillos y una sonrisa que no llega a los ojos, una máscara perfecta que esconde un abismo de resentimiento.

Dakota se tensa a mi lado; lo siento aunque todavía tengamos las manos entrelazadas.

—¿Qué quieres, Vanessa? —pregunto sin molestarme en disimular el enfado que me sube por la garganta.

—Nada importante, solo despedirme —responde encogiéndose de hombros—. Mañana me voy de este pueblo asqueroso. La Navidad ha pasado y ya no pinto nada aquí.

Dakota baja la mirada un segundo, incómoda, y yo busco con desesperación a Emily entre la gente, esperando que aparezca y se la lleve de una vez.

—Emily está terminando las maletas —añade Vanessa, disfrutando visiblemente de mi desconcierto—. Al menos ella sabe dónde está el límite de las ilusiones baratas.

Aprieto los dientes hasta que me duele la mandíbula.

—Por cierto —suelta, ladeando la cabeza con esa falsa dulzura que tanto odio—, me alegra saber que te lo pasaste tan bien con Liora mientras engañabas a medio pueblo. Qué hipocresía más deliciosa, Harper.

Me quedo helada. El golpe es tan directo que siento que el estómago se me cae a los pies.

—Las noticias vuelan rápido en sitios como este, sobre todo, si tienes ciertos contactos —remata, encogiéndose de hombros como si acabara de comentar cualquier cosa—. Feliz Navidad.

Se da media vuelta y se aleja contoneándose, dejando tras de sí una estela de perfume caro y veneno puro.

Cuando desaparece entre la gente, me giro hacia Dakota con la boca entreabierta, buscando desesperadamente las palabras que arreglen este desastre.

—Dakota, escucha… yo…

Pero ella niega con la cabeza, esquivando mi mirada con firmeza. Veo pasar por sus ojos una tormenta de confusión, de dudas, de algo que me aterra.

—Tengo que ir a por una cosa —dice, levantándose del banco y dejando la caja de los prismáticos a mi lado, sola sobre la madera cubierta de nieve.

—Espera, por favor —suplico, incorporándome de un salto, con el corazón latiéndome tan fuerte que casi lo oigo.

En ese preciso instante, el móvil vibra en mi bolsillo como si también él estuviera nervioso. Lo saco con dedos torpes y veo el nombre de Mike parpadeando en la pantalla: «Llámame. Es urgente».

—Mierda —susurro, notando cómo el aparato tiembla entre mis manos.

Miro hacia donde Dakota se aleja entre la multitud. La plaza está a rebosar: familias que posan para las fotos, niños que corren lanzando bolas de nieve, luces que parpadean por todas partes… y ella no es más que un abrigo oscuro que se va desdibujando, que se pierde entre tantas sombras felices.

Corro tras ella, esquivando carritos, abrigos, risas, pero de pronto recuerdo los prismáticos abandonados en el banco y me detengo en seco.

—Mierda —repito, dando media vuelta a toda prisa.

Regreso corriendo, agarro la caja con las dos manos y me la aprieto contra el pecho como si fuera lo único que me queda de ella.

Vuelvo a girarme, escudriño la plaza con el corazón en la garganta, busco su gorro entre cientos de cabezas, su bufanda verde entre miles de colores.

Pero ya no la veo.

La he perdido entre la gente, entre las luces y la nieve que sigue cayendo sin prisa, cubriendo sus huellas antes de que pueda alcanzarlas, dejando solo un vacío helado que se me clava muy dentro y que me destroza de un solo golpe.

38

Harper

El aire me corta la respiración como si cada inhalación fuera un puñetazo helado directo al pecho, un latigazo que se hunde en los pulmones y me arranca jadeos entrecortados. Corro sin rumbo fijo, sin pensar en nada más que en no detenerse, dejando que las piernas decidan por mí mientras los prismáticos rebotan contra mi corazón dentro del bolsillo interior del abrigo. El frío me azota las mejillas, ya tensas y coloradas, y las lágrimas que intento tragarme se mezclan con la nieve que continúa cayendo. Todo Evergreen Hollow se difumina a mi alrededor, como si el pueblo entero se hubiera quedado atrapado en una fotografía antigua que alguien estuviera quemando lentamente por los bordes.

No entiendo cómo he podido perderla de vista; Evergreen Hollow no es tan grande como para que alguien desaparezca así, de golpe, sin dejar rastro. Pero la idea, esa posibilidad absurda y aterradora, me atraviesa como un cuchillo: «¿Y si se ha marchado de verdad? ¿Y si ha cogido el coche y se ha largado, harta de mí, de todo esto?». El pensamiento me acelera el pulso hasta convertirlo en un tambor desbocado que retumba en mis oídos.

Me detengo apenas un segundo, lo justo para que el vértigo me deje mareada, con las piernas temblando.

—¡Joder… mierda! —grito casi sin voz, saltando por encima de una placa de hielo que cruje bajo las botas y está a punto de tirarme de bruces al suelo.

Miro alrededor, desesperada, buscando entre las sombras alargadas que proyectan las farolas. Las luces navideñas parpadean como si se rieran de mí, como si fueran simples adornos huecos incapaces de iluminar la única cosa que ahora importa. El jaleo de la plaza queda atrás mientras avanzo por la calle principal, donde los vecinos pasean tranquilos, envueltos en sus abrigos, completamente ajenos al nudo que me aprieta la garganta.

Vuelvo a echar a correr y, al doblar una esquina, choco contra alguien; literalmente me lo llevo por delante, estrellándome contra su pecho ancho con tanta fuerza que casi acabo en el suelo. El hombre se tambalea y me agarra de los brazos para sostenerme y al levantar la mirada, me encuentro con Jacob.

—¡Harper! —exclama con esa sonrisa enorme que siempre lleva puesta—. ¡Feliz Navidad!

Pero yo no consigo articular palabra; solo sale un gemido ahogado que se pierde en el viento helado.

—Ey… ¿estás bien? —pregunta, frunciendo el ceño, y extiende una mano como si temiera que fuera a desmayarme allí mismo.

—¿Has visto a Dakota por algún lado? —logro balbucear, casi suplicante.

Jacob niega despacio, sacudiendo la cabeza con una expresión de sincero pesar.

—No, lo siento mucho… ¿Ha pasado algo grave? —insiste, preocupado.

—Tengo que encontrarla —respondo únicamente, y antes de que pueda añadir nada más ya me he zafado de sus manos y corro de nuevo, dejando atrás su cara de desconcierto absoluto.

Doblo hacia una de las callejuelas que rodean la plaza. El suelo está cubierto por una capa fina de hielo que brilla bajo las luces, y las sombras azuladas y doradas se pegan a mis botas como si quisieran impedirme avanzar. El corazón me late tan fuerte que duele, como si fuera a romperme las costillas desde dentro.

A medida que corro, una sensación incómoda me trepa por la espalda, como si mi propia historia, todos estos años de silencio y de miedo, me estuviera alcanzando al fin, sin darme opción a seguir huyendo. Y entonces, justo cuando freno en seco al llegar a un cruce, con el semáforo parpadeando en rojo sobre mi cabeza, la verdad me golpea con una fuerza que ya no puedo seguir ignorando.

He estado enamorada de Dakota desde hace años. Desde aquel primer proyecto juntas, cuando su inteligencia afilada y esa sonrisa suya, tan cálida y despreocupada, me atraparon por completo y sin remedio. Desde la primera vez que me miró como si yo fuera la única persona en la sala. Y lo escondí. Lo guardé bajo llave, como quien esconde una joya demasiado preciosa porque sabe que un solo movimiento en falso puede hacerla pedazos para siempre. Nuestra amistad era lo más valioso que tenía en la vida, el único lugar seguro en un mundo que siempre me había parecido inestable y cruel. Preferí callarme, fingir indiferencia, mirar hacia otro lado y meterme en relaciones absurdas y vacías mientras mi corazón gritaba su nombre a todas horas, en cada mirada robada que me dejaba sin aliento y con las rodillas flojas. «¿Cómo pude ser tan cobarde, tan ciega, tan estúpida?», me reprocho ahora, sintiendo que la garganta se me cierra y las lágrimas amenazan con desbordarse.

—He sido una imbécil… —susurro al viento, y la voz se me quiebra en mil pedazos—. La he cagado, pero bien. Lo he estropeado todo…

Cierro los ojos un instante y los recuerdos se agolpan sin piedad: tardes de café y risas, noches hablando hasta el amanecer, sus manos rozando las mías sin querer y haciéndome temblar, todos estos años en los que he estado a su lado y, al mismo tiempo, tan lejos de lo que realmente quería.

—No puedo perderla —murmuro casi sin aire, apoyando la palma abierta sobre el pecho para intentar calmar aquel latido salvaje de mi corazón.

Sin embargo, un claxon estalla de repente a mi izquierda. Abro los ojos de golpe, con el corazón en la garganta, y lo primero que veo es el coche de Dakota detenido justo delante de mí, con los faros encendidos y el parabrisas empañado desde dentro, dibujando la silueta que conozco mejor que la mía propia. Ella baja la ventanilla despacio, con un gesto deliberado, y su rostro aparece iluminado por la luz roja del semáforo. Tiene una sonrisa traviesa, pero sus ojos… están llenos de una ansiedad que refleja exactamente la mía.

—Entra de una vez, anda —me pide.

Me quedo un segundo paralizada, como si mis piernas hubieran olvidado cómo funcionan, inundada por una oleada de alivio tan grande que casi me mareo. Al final consigo moverme, abro la puerta del copiloto y me dejo caer en el asiento, cerrando de un portazo que ahuyenta el frío que intentaba colarse detrás.

El calor del habitáculo me envuelve al instante, un contraste brutal con el hielo que aún me recorre las venas, pero ni siquiera eso

logra calmar el torbellino que llevo dentro.

—¿Por qué te has ido así, sin decir nada? —pregunto, y el tono me sale de reproche y de miedo a partes iguales.

Dakota suspira hondo, aferrada al volante como si necesitara agarrarse a algo sólido para no salir volando.

Sus mejillas están sonrosadas por el frío, pero también de un rubor que conozco porque lo he sentido yo misma infinidad de veces al mirarla. De pronto, como si hubiera estado esperando el momento exacto, se gira hacia el asiento trasero, coge una bolsa de papel y la levanta delante de mí con una sonrisa pícara que ilumina todo el coche.

—He ido a por esto —confiesa, y el olor a hamburguesa con queso y patatas fritas me invade de golpe—. Y a decirle cuatro cosas a la imbécil de Vanessa, no sabes qué cara se le ha quedado cuando la he mandado a la mierda entre el gentío de la plaza —relata con una sonrisa enorme en los labios—. Pensé que podríamos celebrarlo con esto.

Casi me echo a reír ante lo absurdo de la situación: yo deshecha en angustia, convencida de que la había perdido, y ella apareciendo con comida rápida como si eso solucionara todos los males del universo.

—¿No has visto el mensaje que te mandé? —pregunta, ladeando la cabeza.

Parpadeo aturdida y saco el móvil. Tengo tres notificaciones suyas que parpadean en la pantalla.

—No… no lo había visto —admito, y siento que la cara me arde de vergüenza—. Madre mía, qué ridícula soy. Entré en pánico total.

Dakota me mira un segundo más y, de pronto, toda la tensión parece abandonarla; los hombros se le relajan y una sonrisa enorme, auténtica, le ilumina la cara entera.

—Mientras buscaba el coche, he pensado que podríamos subir a las colinas —dice entonces, con la voz llena de una calidez que me derrite por dentro—. A ver las estrellas con los prismáticos que me has regalado. Hace una noche perfecta.

Su sonrisa se ensancha todavía más, radiante, capaz de barrer cualquier sombra que nos haya separado hasta ahora. Me echo a reír como una tonta, como si todo el pánico de hace unos minutos no hubiera sido más que una pesadilla absurda que su presencia acaba de disipar. Pero las lágrimas empiezan a rodar sin permiso, como si se resistieran a aceptar que la tormenta ha pasado.

Dakota alarga una mano, duda apenas un segundo y, al final, roza mi mejilla con el pulgar, secándome una lágrima con ternura.

—Ey… no llores, por favor —susurra, y su voz tiembla un poquito.

Entonces ya no puedo más. Me inclino hacia ella sin pensar, sin lógica ni miedo, le tomo la cara entre las manos y la beso. Un beso largo, lento, profundo, que sabe a años de silencio. Sus dedos se enredan en mi abrigo, tirando de mí como si quisiera borrarle los centímetros que nos separan, y yo me entrego del todo, perdiéndome en el sabor de su boca, en el calor de su aliento mezclándose con el mío.

Por un instante el mundo se detiene, suspendido en esta burbuja que hemos creado sin darnos cuenta. Hasta que un claxon impaciente nos saca del trance.

Nos separamos de golpe, con las mejillas ardiendo y los ojos brillantes, y estallamos en una risa nerviosa que nos sacude a las dos.

—Será mejor que nos movamos antes de que nos multen — dice ella, todavía riendo.

—Sí —respondo entre carcajadas—. No quiero convertirme en la leyenda navideña de la chica que provocó un atasco por besar a la mujer que la tiene loca.

Dakota pone la primera marcha, me mira de reojo, y acelera suavemente hacia la salida del pueblo, hacia las colinas, hacia las estrellas que esta noche, por primera vez, vamos a mirar juntas sin miedo.

39

Dakota

Nunca he creído en los milagros, y mucho menos en esos milagros que la gente suele colgarle al amor como si fuera una varita mágica reservada para unos cuantos afortunados. Pero ahora, mientras Harper está sentada en el capó del coche con las piernas colgando y la nieve posándosele en las pestañas como si fueran diamantes diminutos, con la luz plateada de la luna acariciándole la piel pálida y haciéndola brillar de una forma casi irreal, entiendo que sí existen cosas extraordinarias en Navidad. No como las imaginaba de pequeña, con campanas resonando y fuegos artificiales estallando en el cielo, ni como en esas películas donde todo es excesivo y dramático, sino de una manera mucho más callada, más honda, más verdadera: esa forma en que la vida, sin avisar, te cambia el rumbo entero con un simple roce, con una mirada que por fin se atreve a decir lo que llevas años callando.

El frío nos abraza con rudeza, pero es un frío conocido, casi amigo, y las colinas de Evergreen Hollow, las mismas desde las que hace unos días nos lanzamos en trineo entre risas y gritos, ahora relucen bajo una capa de nieve tan limpia que parece recién inventada. Cada copo refleja la luz de las estrellas como si fueran millones de espejos diminutos, y el paisaje entero se convierte en un mar blanco y silencioso que se pierde hasta el horizonte. Siento un cosquilleo en la piel que no tiene nada que ver con la temperatura; es la certeza absoluta de que este momento, este lugar exacto, se va a quedar grabado en mí para siempre, como una de esas

fotografías antiguas que se amarillean con el tiempo pero que nunca pierden su magia.

Harper está recostada contra el parabrisas, con la cabeza echada hacia atrás y la boca entreabierta, contemplando el cielo como si lo viera por primera vez. Parece una niña que acaba de descubrir que el mundo es mucho más grande y más bonito de lo que le habían contado, y esa expresión, me deshace por dentro y me calienta el pecho más que cualquier chimenea.

—¡Mira la ciudad desde aquí! —exclama de pronto, señalando con el dedo hacia el valle—. Parece que alguien ha volcado todas las estrellas sobre las casas.

Su voz vibra y se mezcla con el viento que silba entre las colinas, pero llega hasta mí clara y cálida. Me da un golpecito con el codo, juguetona, y yo sonrío sin poder evitarlo. Harper siempre ha tenido esa capacidad de iluminar todo lo que toca, incluso sin proponérselo, incluso cuando ni siquiera es consciente de ello.

Le quito los prismáticos de las manos con un gesto rápido y travieso que la hace protestar con un «¡eh!» indignado, aunque la sonrisa enorme que lleva puesta delata que está encantada. Me los llevo a los ojos y enfoco hacia Evergreen Hollow: las luces navideñas parpadean, como un mosaico vivo que respira bajo la nieve. Los tejados inclinados, las calles empedradas, los árboles centenarios… todo parece sacado de un cuento que alguien decidió hacer realidad solo para nosotras.

—Es precioso —susurro, bajando los prismáticos poco a poco hasta que mi mirada se detiene en ella—. Aunque, la verdad, hay

algo que me lo parece muchísimo más. —Hago una pausa deliberada y la miro a los ojos—. Tú.

Harper se queda completamente quieta un segundo, como si mis palabras la hubieran pillado desprevenida. La veo sonrojarse hasta las orejas y apartar la vista hacia el horizonte nevado. Pero esta vez no quiero que busque excusas en el paisaje; quiero que sienta lo mismo que yo, esa corriente eléctrica que me recorre entera cada vez que la miro y que ya no tengo ninguna intención de seguir escondiendo.

Dejo los prismáticos sobre el capó, me bajo del coche con calma y camino hasta ella. Le tomo las mejillas entre mis manos frías y la beso. Un beso lento y profundo. Un beso que sabe a alivio, a miedo disuelto, a promesas que por fin se cumplen. El frío desaparece; solo existe el calor de sus labios, el roce suave de su aliento, la forma en que sus manos se aferran a mi abrigo como si temiera que me evaporase.

Cuando nos separamos apenas unos centímetros, Harper respira agitada y sus ojos brillan más que todas las estrellas que tenemos encima.

—Harper Lewis —susurro, porque las palabras me queman en la garganta y ya no puedo contenerlas más—, no tengo ni idea de cómo he podido tardar tanto en decirte que te quiero. Que te quiero desde siempre, que te quiero tanto que a veces me dolía mirarte y no poder tocarte así.

Ella suelta una risa suave, casi incrédula, apoya su frente contra la mía y roza mis labios al hablar, enviándome pequeñas descargas por todo el cuerpo.

—Pues yo no tengo ni idea de cómo he sido tan tonta —contesta con la voz temblorosa por la emoción—. Porque siempre fuiste tú, Dakota. Siempre.

Esa frase me atraviesa como una flecha cálida y certera. Cierro los ojos un instante para guardarla dentro, para atesorarla como el regalo más valioso que me han hecho nunca.

De pronto Harper tiembla, pero esta vez no es de emoción: es un escalofrío brutal que le recorre el cuerpo entero. Su abrigo está empapado de nieve húmeda y sus manos parecen dos cubitos de hielo.

—¿Entramos en el coche antes de que te congeles del todo? —propongo, aunque la respuesta es obvia.

Ella mira un segundo hacia el valle, hacia las luces que titilan como un mar de colores allá abajo.

—Seguro que mi familia estará empezando a preocuparse… —comenta en voz baja, casi con culpa.

Sonrío con complicidad.

—Tranquila. Le mandé un mensaje a tu abuela antes de subir. Le dije que cenaríamos aquí arriba, y que no nos esperaran hasta tarde.

Harper abre mucho los ojos.

—Vaya, vaya… si te llevas mejor con ella que yo —pregunta con una sonrisa traviesa—. Me encanta. Os adoro a las dos.

Me roba un beso rápido, recoge las bolsas vacías de las hamburguesas y los envoltorios arrugados y echa a correr hacia el coche levantando nubecillas de nieve con cada paso. Me quedo

mirándola un instante: su risa resuena entre las colinas, su silueta se mueve con esa energía que siempre me ha atraído como un imán, incluso cuando yo me empeñaba en mirar hacia otro lado.

Sonrío para mis adentros y la sigo. Abro la puerta del conductor y el aire helado se cuela un segundo antes de que la cierre de nuevo. Harper ya está dentro, frotándose las manos delante de la rejilla de la calefacción, que empieza a soplar aire tibio con un zumbido reconfortante. Sus mejillas siguen rojas, pero ahora brillan de otra forma: de felicidad pura.

—Han sido, sin duda, las mejores Navidades —confieso sin miedo, mirándola a los ojos.

Ella ladea la cabeza con esa expresión pícara que tanto me gusta.

—Todavía no han terminado —susurra, acercándose muy despacio—. Y creo que pueden mejorar bastante.

Antes de que pueda contestar, Harper se inclina hacia mí y me besa otra vez. Sus manos se deslizan hasta mi nuca, se enredan en mi pelo, bajan por el cuello del abrigo con una urgencia tierna y deliciosa. Mi respiración se acelera al instante y la suya también. La calefacción llena el coche de calor, pero lo que de verdad me abrasa son sus labios, la forma en que me mira justo antes de volver a besarme, como si no pudiera creer que esto esté pasando de verdad.

Rompe el beso solo para subir la temperatura dos puntos más. Luego me dedica una sonrisa traviesa, casi inocente, y roza mi mano con la suya. Ese simple contacto basta para que todo mi cuerpo se encienda.

Mis manos responden solas: se cuelan bajo su abrigo, recorren la curva de su espalda por encima del jersey, sienten el calor de su piel filtrándose a través de la lana. Ella suspira contra mi boca, un sonido bajo y dulce que me vuelve loca, y sus dedos bajan por mi piel, se aventuran bajo el cuello de mi camiseta, rozan la piel desnuda con una delicadeza que eriza cada centímetro de mi cuerpo. Me acerco más, la atraigo hacia mí sobre el asiento, y mis labios recorren su mandíbula, bajan por su cuello, besan la piel fría que se calienta al instante bajo mi aliento. Sus manos se enredan en mi pelo, me guían de nuevo a su boca, y profundiza más el beso. Mis dedos bajan por su costado, se detienen en la cintura, exploran con reverencia cada curva como si estuviera descubriendo un territorio sagrado que siempre había sido mío pero que nunca me había atrevido a reclamar.

—Eres todo lo que necesito —le digo entre jadeos, mientras mis manos siguen su camino sin prisa, pero sin pausa.

El vaho empaña los cristales por completo, nos aísla del mundo, y nos perdemos la una en la otra: en sus uñas arañando suavemente mi espalda, en mis palmas apretando sus caderas, en el roce de su aliento contra mi oído, en el latido acelerado de su corazón bajo mi mano. Nos besamos, y nos descubrimos de nuevo con una mezcla de urgencia y ternura que hace que todo lo demás desaparezca.

Fuera sigue nevando, la ciudad brilla a lo lejos como un puñado de estrellas caídas, pero aquí dentro solo existimos nosotras, envueltas en calor, en deseo, en un amor que por fin es libre.

Y mientras el placer nos envuelve y nos arrastra, entiendo que el amor no es un milagro que aparece y desaparece: es el hilo invisible y resistente que siempre ha estado ahí, esperando a que nos atreviéramos a tirar de él. Y ahora que lo hemos hecho, ya nada ni nadie podrá soltarlo jamás.

Epílogo

Harper

Evergreen Hollow. Febrero de 2027.

—A ella le habría encantado vernos así —susurra Dakota, y cuando entrelaza sus dedos con los míos lo hace con esa delicadeza que aún hoy, después de tantos años, me roba el aliento y deshace cualquier barrera que alguna vez creí imposible de derribar.

El pueblo entero aparece envuelto en un manto blanco tan perfecto que parece irreal, como si Evergreen Hollow hubiera decidido detener el tiempo bajo la nieve para abrazar este momento con nosotras y guardar en su memoria todas las luces navideñas que un día iluminaron estas mismas calles empedradas. Hoy, sin embargo, la protagonista es otra: la tercera Sweet Wheelz, esta vez fija para siempre en el centro de la plaza, clavada al suelo como si llevara aquí toda la vida, como si siempre hubiera estado destinada a quedarse.

Me acerco unos pasos más y contemplo el cartel recién pintado que cuelga sobre la ventanilla; las letras curvadas atrapan la última luz del atardecer y brillan con un tono dorado que me llena de orgullo. El verde metálico de la food truck destaca contra la nieve inmaculada, vibrante y lleno de vida, y por un segundo cierro los ojos e imagino cómo se verá dentro de unos meses, cuando llegue la primavera y las flores empiecen a asomar tímidas entre los adoquines, cuando el sol caliente de verdad y los niños corran alrededor con helados en la mano.

—Y habría sido nuestra clienta más fiel —añado con la voz tomada por ese nudo que aún aparece cuando hablo de ella.

Aprieto los dedos de Dakota con más fuerza, como si su calor fuera lo único que me ancla e impide que me hunda en la ausencia. Diez meses después de aquellas Navidades que lo cambiaron todo, mi abuela nos dejó. Se fue tranquila, rodeada de todos nosotros, con esa paz serena en los ojos que siempre tuvo, como si supiera desde siempre que el final sería dulce. Aún recuerdo cómo me tomó la mano con sus dedos frágiles y me dijo, muy bajito, para que solo yo lo oyera: «En cuanto vi a Dakota entrar por la puerta, supe que ella iba a ser tu milagro de Navidad». Y ahora esas palabras me acompañan cada día, me calientan el pecho cuando el recuerdo amenaza con doler demasiado y me recuerdan que ella, de alguna forma, lo vio venir antes que ninguna de nosotras.

Dakota, que parece leer mi mente como lleva haciendo desde siempre, aprieta mi mano con más fuerza y me obliga a volver al presente. Cuando me giro hacia ella, sus ojos azules están llenos de una ternura infinita y de una certeza que me tranquiliza.

—Ey… —musita, acercándose hasta apoyar la palma abierta sobre mi corazón—. Está aquí. Siempre va a estar aquí.

Asiento despacio, parpadeando rápido para contener las lágrimas que se empeñan en salir. No quiero llorar hoy; ella odiaría verme llorar cuando lo que toca es celebrar. Su esencia sigue en cada receta que preparo, en cada risa que compartimos, en cada aroma dulce que sale de la plancha y que ahora impregna toda la plaza.

Un llanto breve y exigente rompe el silencio a nuestra espalda. Me vuelvo y veo a Lauren y Ryan acercándose con Carter en brazos; el pequeñín, de apenas cinco meses, lleva un gorro de lana que le queda enorme y que Lauren intenta ajustar con esa torpeza encantadora de madre primeriza. Ryan sostiene la manta al hombro, orgulloso, y los dos traen los ojos brillantes de frío y de emoción.

Les sonrío con todo el cariño del mundo y Dakota suelta una risita suave que me ensancha el pecho hasta doler de lo bonito que es.

—¡Ya está listo! —grita Jacob desde detrás de la food truck, apartándose justo en el momento exacto.

Las luces se encienden de golpe y el Sweet Wheelz 3 se transforma en un faro de colores cálidos que ilumina la nieve. El color de la pintura reluce como un lago bajo la luna, los aplausos estallan espontáneos entre la gente que se ha reunido alrededor y el aire se llena de olor a café recién hecho, a chocolate fundiéndose y a esa mezcla única de ilusión y nostalgia que solo Evergreen Hollow sabe crear.

Dakota se gira hacia mí con una chispa traviesa en la mirada.

—¿Qué te parece si preparamos la receta estrella de tu abuela? —propone, y su voz suena llena de orgullo y de amor.

Siento una oleada de calor que me sube desde el estómago hasta la garganta. Pienso en todo lo que ha pasado desde entonces: en cómo, meses después de volver a Boston, dejé un trabajo que me ahogaba —gracias abuela— y di el salto al vacío del márquetin digital por mi cuenta. Y, sobre todo, pienso en las tardes enteras que Dakota y yo hemos pasado en nuestra cocina probando recetas

nuevas, quemando bizcochos, riéndonos hasta llorar cuando algo salía mal y celebrando como locas cuando salía perfecto. Pienso en cómo cada fracaso y cada éxito nos ha traído hasta aquí, hasta este instante.

—Sería el mejor homenaje que podríamos hacerle —respondo, y la emoción me tiembla en la voz.

Me giro hacia ella y me quedo mirándola como quien contempla un paisaje que nunca se cansa de admirar: sus ojos del color del mar en calma, las mejillas sonrosadas por el frío, esa mezcla de fuerza y dulzura que siempre me ha vuelto loca. Me acerco un poco más, atraída como siempre por su imán.

—Gracias por estar aquí conmigo —susurro—. Gracias por todo.

No hace falta decir más; ella lo entiende todo. Dakota acorta la distancia, apoya su frente contra la mía y me besa con esa suavidad que aún me deja sin aire.

Pero justo cuando empiezo a perderme en ella, me escabullo con una risa traviesa y echo a correr hacia la food truck.

—¡La primera ronda corre de mi cuenta! —grito levantando los brazos, y la plaza entera se gira hacia nosotras con sonrisas enormes.

La gente se acerca poco a poco, atraída por el calor que sale del interior y por el aroma a gofres recién hechos que ya empieza a escaparse. Escucho la risa de Dakota a mi espalda.

—Algún día te van a nombrar reina oficial del caos —comenta mientras entra detrás de mí, con ese tono divertido y resignado que tanto quiero.

—Y a ti reina de la paciencia infinita —replico entre carcajadas, mientras enciendo las luces interiores y el espacio se llena de golpe de ese olor dulce y acogedor que siempre ha sido mi hogar.

—¿Pongo música? —pregunta con un guiño cómplice.

—Por supuesto —contesto, imaginándome ya cantando a grito pelado mientras sirvo.

Busca en su móvil y, segundos después, una melodía suave y cálida inunda la plaza, se mezcla con las risas de la gente, con el burbujeo del chocolate en la olla y con la luz dorada que se derrama sobre la nieve. Todo parece encajar de forma perfecta, como si el universo hubiera decidido parar un segundo para regalarnos este instante.

Dakota se coloca detrás de mí; siento su presencia antes de verla. Su mano se posa en la parte baja de mi espalda y, cuando me giro, sus ojos me miran con una calma tan honda que cualquier resto de tristeza se disuelve al instante.

—Me haces muy feliz —murmura, y se me forma un nudo en la garganta.

Dejo la espátula sobre la encimera, me acerco a ella y le tomo la cara entre las manos.

—Y tú a mí —confieso, y me pierdo en el azul de su mirada entre risas.

Dakota sonríe, se inclina y roza sus labios con los míos. Y mientras la beso, mientras siento su aliento mezclarse con el mío y sus manos rodearme la cintura, entiendo que no importa cuántos inviernos pasen, cuántas primaveras lleguen o cuántas veces regresemos a este lugar que nos vio creer en este amor. Evergreen

Hollow siempre será el principio de nuestra historia, el escenario donde todo empezó. Y Dakota seguirá siendo mi hogar, mi refugio, mi amor de verdad…, aunque todo comenzara siendo un falso amor por Navidad.

Agradecimientos

A todas las personas que han acompañado este viaje navideño, gracias. Escribir esta historia ha sido un proceso luminoso, lleno de dudas, descubrimientos y momentos increíbles. A mi familia, por ser refugio y raíz. Gracias por sostener mis días, celebrar mis pequeñas victorias y recordarme que escribir también es una forma de estar acompañada.

Y a mi abuelo, cuya bondad, sentido del humor y manera de entender el mundo dieron inspiración a la abuela de Harper. Él fue, sin saberlo, la chispa que encendió la ternura que recorre estas páginas. Gracias por enseñarme que el amor más profundo se expresa en los gestos pequeños y en la forma de mirar a quienes queremos. Ojalá este libro conserve un poco de su luz.

A quienes abráis este libro, gracias por dejar que esta historia forme parte de vuestra Navidad —y de vuestras propias tradiciones —. Gracias por dedicar tu tiempo a leer esta novela, por compartir tu opinión conmigo, por seguir a mi lado.

Si sigues aquí, espero poder continuar sacándote una sonrisa de vez en cuando.

*No olvides dejarme tu reseña/opinión a través de **Amazon** o **Goodreads**.*

Tu apoyo me ayudará a seguir creciendo como autora.

Sobre la autora

Lorena Murién (1987). Devoradora de series, persona en proceso; empezó a juntar letras con 13 años y desde entonces lo ha combinado con su afición por el diseño y la maquetación. Su primera novela, *Verde entre las flores* (2021) es la consecución de un sueño que ha continuado con varias obras enfocadas al público general, con temática LGBTQI+ y representación lésbica en cada una de sus historias.

Puedes leer todas mis novelas publicadas hasta ahora a través de mi página de autora en **Amazon**.